KEMPIS.

DE LA
IMITACION DE CRISTO
Y
DESPRECIO DEL MUNDO.

EDICION REFORMADA

POR

M. MARTINEZ MAESTRE.

Aprobada por la Autoridad Eclesiástica.



MADRID.—1865.
Librería de D. LEON P. VILLAVERDE, editor,
calle de Carretas, número 4.

Imp. de D. Leon P. Villaverde, carrera de S. Francisco, 6.

DICTAMEN DEL CENSOR ECLESIASTICO.

Merece el mas justo elogio la idea, felizmente realizada por el autor de la reforma del libro titulado «Kempis. De la imitacion de Cristo, y desprecio del mundo,» cuyo exámen y calificacion dignóse V. S. encomendar á mi parecer y fallo. Esta obra, oportunísima, no solo se halla conforme, en todo sentido, á las reglas de nuestra fé católica, y recta moral, si que abraza, y ofrece á los profesores del Cristianismo de cualquier estado ó condicion, cuantos documentos evangélicos, y máximas ascéticas son convenientes y precisas para obtener cada cual el fin de la santidad bien entendida á que es llamado, segun su clase respectiva. En concepto general, será utilísima la estampa y publicacion de esta obra correcta, pura y agradablemente ampliada; y necesaria, con especialidad para ese género de fieles, que, ó por ignorancia lastimosa, ó deplorable desidia, viven en la práctica habitual de un cristianismo informe, de una Religion sin alma, sin fervor, sin cruz, sin mortificacion, sin caridad. Basta al celo arreglado y justificacion de V. S. para que no dude conferir la competente licencia que solicita el mencionado autor, y le autorice á la publicidad y giro de su importante trabajo.—Madrid, 21 de Febrero de 1860.—Fr. Luis Godinez.—Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido.—Es copia conforme.—El Notario Juan Moreno.

NOS EL LDO. D. MANUEL DE OBESSO,

PRESBÍTERO, COMENDADOR DE NÚMERO DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, Y VICARIO ECLESIÁSTICO DE ESTA VILLA DE MADRID Y SU PARTIDO ETC. ETC.

Por la presente, y por lo que á nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito de la obra titulada «Kempis. De la imitacion de Cristo y desprecio del mundo,» escrita en latin por el P. Tomás de Kempis, y traducida y ampliadas sus máximas por D. M. Martinez Maestre, mediante que de nuestra órden ha sido reconocido y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid y Febrero veintisiete de mil ochocientos sesenta.—LDO. OBESSO.—*Por su mandado*, LDO. JUAN MORENO.

ADVERTENCIA.

Esta obra, que consta de cuatro libros, ó partes, la escribió en latin el V. P. Tomás de Kempis, canónigo regular de San Agustin.

Y porque desde su aparicion se ha considerado ser este Libro uno de los que mas contribuyen al bien de las almas, en todos los pueblos católicos se ha traducido á sus respectivos idiomas, reproduciéndole en diversas ediciones.

En nuestra España le tradujeron el V. P. Fr. Luis de Granada, el P. Juan Eusebio Nieremberg, y el Presbítero D. José del Camino parece que tambien.

Por lo que á mí toca, respecto de esta obra, diré, que esperimento grande satisfaccion siempre que me ocupo en su lectura; satisfaccion que atenúa en parte el sentimiento de que no se hicieran mas libremente dichas traducciones; pareciéndome que en tal caso, las personas poco ilustradas recogerian de su lectura todo el fruto que ofrece; pues en verdad, no hay clase, no hay individuo en la sociedad á quien no manifieste el camino que ha de seguir para acopiar de ese fruto la porcion que pueda necesitar para su santificacion.

Ansiando yo ver este Libro acomodado á mi de-

seo, me aventuré (pero con todo el respeto de que son dignas dichas traducciones, y teniéndolas presentes, así como el original) á poner mas en claro las máximas de que consta, ampliándolas además en la parte posible, sin separarme lo mas mínimo de la mente de su Autor.

Confio en que mi trabajo será utilísimo á la generalidad de los fieles, apoyado en el parecer del respetable Censor á quien ha sido sometido su exámen por el Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de esta Corte, y por el de las personas autorizadas que han tenido la bondad de revisar el manuscrito.

UN CONSEJO

Á TODA PERSONA QUE TOMARE EN SUS MANOS ESTE LIBRO.

De la lectura y meditacion de libros espirituales recoge el hombre fruto muy abundante para nutrir el alma enflaquecida: en ellos encuentra la verdadera medicina que, cuando se halla enferma, la puede curar. El que esto ignore, haga la prueba por algun tiempo, y dígame despues si hablo, ó no con verdad.

Y pues que del Kempis tratamos ahora, el que no le conoce, pregunte á las personas que le manejan, y le responderán: *Sigue, sigue su doctrina, que conduce á poseer la eterna felicidad.*

Por muchas, ¡oh cristiano! que sean tus ocupaciones ó quehaceres, no dejas de buscar hora en que dar al cuerpo el alimento diario. Ten muy presente, que si omites el indispensable que necesita el alma, se irá estenuando, y perecerá. Y el solo Médico que aun en lo mas peligroso de la enfermedad puede darla vida, si á él acudes fuera de tiempo, acaso no te escuchará. Mas, persuadido yo de que así como procuras por el cuerpo, cuidarás tambien de nutrir el alma con los esquisitos manjares que te indican, y te ofrecen los libros santos, y muy particularmente

este del V. Kempis, te prevengo que para leer y meditar lo que contiene es preciso te acompañe pura intencion, el mas vivo deseo de que cuanto leas y medites sea en honra y gloria de Dios y bien de tu alma; pidiendo de todo corazon al Señor la gracia de conocer su Santísima voluntad, y de cumplirla.

Y así este como los demás libros espirituales; has de leerlos con detenimiento, y estar solamente en lo que leas, para enterarte bien de lo que dicen. Y segun las reglas que dan, aplícate á trabajar para desechar de tí los defectos en que incurres respecto la guarda de los Divinos Mandamientos, y para adquirir las virtudes de que aun careces, y que tanto los libros santos te recomiendan.

Y en todos estos libros, en cualquiera que adoptes, porque sea el que mas pueda contribuir á tu santificacion, segun consejo de Sacerdote docto, lee seguidamente sus partes ó capítulos, y despues fíjate, y con frecuencia lee y medita aquello que mas mueva tu ánimo, que mas te persuada á dejar los vicios, las malas pasiones que te dominen, lo que te guie á una pronta y verdadera conversion.

Y no tengas por bastante el que tu entendimiento se penetre de las verdades que encierran dichos libros, de los sanos consejos que te dan: es necesario que la voluntad te acompañe, que te mueva á poner por obra con entera voluntad, fé y confianza en Dios, lo que te recomiendan.

Y terminado cada dia el capítulo, ó la parte de

él que leyeres y meditares, ruega al Señor que te conserve en los buenos pensamientos y deseos que la lectura te hubiere inspirado, y que brote en tu corazon á su tiempo, y produzca abundante fruto la semilla que hubieres recogido.

Cuida mucho de no dejarte persuadir de los desafectos á la lectura de estos libros, si pretendieren apartarte de ella. El tiempo que emplees en esta obra de virtud (piénsalo bien) te será mas provechoso que si le dedicáres á cosas vanas y conversaciones inútiles.

Recomendamos á los padres de familias que lean, ó hagan leer el Kempis á las personas que estuvieren bajo su direccion. Mucho adelantarán en las virtudes los hijos y dependientes de aquellos que en sus casas establecieren esta costumbre; y mucho mas si les trazaren y obligaren á seguir diariamente un plan de vida cristiana.

DE LA

IMITACION DE CRISTO.

LIBRO PRIMERO.

CONTIENE AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

CAPITULO PRIMERO.

De la imitacion de Cristo, y desprecio de las vanidades del mundo.

1. *Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue, no anda en tinieblas* (Joan. cap. 8, vers. 12). Con estas palabras nos convida, nos exorta Jesucristo á que imitemos su vida y costumbres, si de veras queremos ser iluminados con la preciosísima antorcha de su divina gracia, y libres de toda ceguedad del corazon.

Sea pues una de nuestras principales ocupaciones el meditar sobre la vida del Redentor.

2. Superior es á la de todos los Santos,

la Doctrina de Jesucristo; y el que llegue á poseer el espíritu de sus palabras, encontrará el *maná* (Apocal. 2. 17) que está escondido en ellas:

Pero sucede que muchos, aunque oyen predicar repetidas veces el Evangelio, no se deciden á vivir ajustándose á sus reglas, porque no tienen el espíritu de Jesucristo.

El que quiera entender perfectamente las palabras del Divino Maestro, y sacar el debido fruto de ellas, esfuércese en conformar su vida toda con la del mismo Señor.

3. ¿De qué te sirve el argumentar profundamente, y con sutileza, sobre el misterio de la Trinidad Santísima, si estás en desgracia suya, porque te falta la humildad?

No se alcanza la perfeccion con tratar cosas sublimes: el único modo de agradar á Dios es vivir cristianamente.

Ten mas deseo de sentir la contricion, que de saber su definicion.

Si supieras de memoria la Sagrada Escritura, y las sentencias de cuantos filósofos han existido, ¿de qué te aprovecharia faltándote la caridad, y la gracia de Dios?

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (Ecles. 1. 2), menos el amar á Dios, y servirle fielmente.

La verdadera sabiduría consiste en caminar hácia el reino de los cielos, despreciando todos los vanos placeres y apetitos del mundo.

4. Ten por vanidad el andar en busca de bienes perecederos, y el poner en ellos la confianza.

Vanidad es el pretender honores, y el elevarse á puestos distinguidos.

Locura el dar gusto al cuerpo, y apetecer lo que nos ha de ocasionar tormentos por una eternidad.

Locura es desear larga vida, y no cuidar de que la vida sea buena.

Locura el ansiar lo presente, y no atender á lo venidero.

Locura el amar lo que dura tan poco, y no buscar con ánsia la felicidad eterna.

5. Conserva en la memoria esto que dice la Escritura: *No se harta el ojo de ver, ni la oreja se hincha de oir* (Ecles. 1. 8).

Y así, pon todo tu cuidado en apartar el corazon del amor desordenado de las cosas del mundo, que jamás pueden hartarte, y busca contínuamente los bienes celestiales que Dios te ofrece; pues los que apetecen los gustos de los sentidos, manchan su conciencia, y pierden la gracia del Altísimo.

CAPITULO II.

Con humildad debe juzgar el hombre de sí mismo.

1. Es natural en el hombre el deseo de saber. Pero ¿de qué le sirve la ciencia al que le falta el temor de Dios?

Mejor es el rústico humilde que sirve á Dios, que el filósofo soberbio que gasta la vida en contemplar el curso de los astros, olvidándose de su propia salvacion.

El que se conoce bien á sí mismo, se tiene por verdaderamente digno de desprecio, y siente que le alaben.

Aun cuando supieras con perfeccion todas las cosas, si no tienes caridad, ¿de qué te aprovecharía delante de Dios, que te ha de juzgar segun tus obras?

Reprime el deseo de saber mas de lo que te conviene, porque es causa de mucha distraccion y engaño.

El que posee vastos conocimientos, gusta mucho de ser conocido, y que le tengan por sabio.

Muchas cosas hay que al hombre le importa poco ó nada el saberlas: y néciamente vive engañado el que pone toda su aplicacion en lo que no conduce para salvarse.

No se alcanza la paz del alma con saber mucho, sino con vivir bien: y lo que inspira gran confianza en el Señor es la pureza de conciencia.

3. Cuanto mas docto y entendido fueres, tanto mas rigorosamente serás juzgado si no hubieres vivido mas ajustadamente que los otros.

No te envanezcas de lo que sabes, antes sí teme no emplear bien ese saber que Dios te ha concedido

Si te parece que sabes y entiendes bien muchas cosas, ten por cierto que son muchísimas mas las que ignoras.

No presumas de saber mucho; mejor será que te creas y confieses ignorante.

No pretendas anteponerte á otros: considera que hay muchos mas doctos que tú, y mas sabios en la ley y servicio de Dios.

Si quieres aprender algo que te sea provechoso, huye de ser conocido.

4. El que mas sabe es aquel que mejor se conoce á sí propio, y se mira con mayor desprecio.

Es señal de perfecta sabiduría el tenerse por nada, y siempre juzgar favorablemente de los demás.

Aunque veas que alguno peca gra-

ve, ó públicamente, no por eso te consideres mejor que aquel desdichado, porque no sabes si perseverarás en el bien.

Todos ciertamente somos frágiles; pero guárdate de pensar que hay otro mas frágil que tú.

CAPITULO III.

Doctrina de la Verdad.

1. Dichoso aquel á quien la Verdad enseña por sí misma, dándosele á conocer claramente, y no por medio de figuras y palabras que pasan con velocidad.

Pensamos muchas veces que tenemos razon; pero nuestra opinion y sentidos se engañan. El entendimiento del hombre es muy limitado.

2. ¿De qué sirve el meditar y disputar sobre cosas oscuras y difíciles, si en el dia del juicio no se nos ha de pedir cuenta de haberlas ignorado?

Por insensatos nos debemos tener cuando nos dedicamos á cosas de simple curiosidad y peligrosas, apartándonos de lo que es util y necesario para salvarnos. Esto en verdad puede decirse que es tener ojos y no ver.

¿Qué nos importan las cuestiones de la lógica sobre los géneros y especies?

Aquel á quien habla el Verbo Eterno se libra de la confusion que nace de la muchedumbre de opiniones.

De este Verbo proceden todas las cosas; y todas ellas nos declaran que es único, y él *es el principio, el mismo que nos habla* (Joan. 8. 25) interiormente.

Si el Verbo no nos ilumina, no podemos entender, ni juzgar rectamente las cosas.

El hombre que toda su confianza la pone en Dios, que todo lo encamina á Dios, y que vé á Dios en todas las cosas, puede esperar que no varíe de sentimientos su corazon, y gozar de una dulce paz en el Señor.

¡Oh Dios mio, que sois la verdad misma! unidme á Vos haciendo que os ame con un amor tierno y sin fin.

Nada que oigo leer y hablar me satisface: en Vos, Señor solamente puedo encontrar lo que deseo y busco.

Callen en vuestra presencia todos los sabios, y cuantas criaturas puede haber: habladme Vos solo, Dios mio.

3. Cuanto mas recogido en sí se hallaré el hombre, y mas sencillo fuere de corazon, tanto mas facil le será la inteligencia de

las cosas espirituales, porque recibirá del Cielo la gracia para entenderlas.

Un alma pura, sencilla, y constante en la fé, no se disipa ni distrae, aun cuando muchas y diversas ocupaciones la rodeen; porque todo lo encamina á honra y gloria de Dios; poniendo al propio tiempo suma diligencia en no contentar su gusto y amor propio.

Si te observares detenidamente, hallarás que ninguna cosa te inquieta tanto, ni te ocasiona mas estorbo que tus mismas pasiones no mortificadas.

El hombre virtuoso, piensa, y arregla interiormente lo que ha de hacer, antes de ponerlo por obra, y en todo se gobierna como Dios manda, sin dejarse llevar de los deseos de una inclinacion viciosa.

¿Quién sostiene mayor combate que aquel que pelea para vencerse á sí mismo?

En este combate debemos ocuparnos contínuamente; es decir, en sujetar todas nuestras malas pasiones, en hacernos cada dia mas fuertes, y en ir adelantando en la virtud.

4. Por grande que llegue á ser nuestra perfeccion, siempre descubriremos algunos defectos: y por muy claro que parezca ser

nuestro entendimiento, le cercarán oscuridad é ignorancia.

Para llegar á Dios, es camino seguro el conocimiento de nosotros mismos; y es mas útil que la sabia penetracion de todas las ciencias.

Pero no por esto se anatematizan las ciencias, ni el conocimiento de las cosas buenas. La ciencia, considerada en sí misma, es buena; y Dios ha querido que la haya; pero sin que sea perjudicial á la recta conciencia, y á una vida enteramente cristiana, el poseerla.

El que pone mas cuidado en saber mucho que en vivir bien, sacará poco ó ningun fruto de su trabajo.

5. Si pusiesemos tanto cuidado en desterrar los vicios, en adquirir y sembrar las virtudes, como en promover vanas cuestiones y disputas, no se verian tantos escesos, ni sería tanta nuestra flogedad en el cumplimiento de los deberes que la Religion nos prescribe.

Y ciertamente que en el dia del juicio, no se nos preguntará qué leimos, sino qué hicimos; ni la elocuencia con que hablamos, sino la santidad con que vivimos.

Dime: ¿dónde estan ahora aquellos maes-

tros y doctores que conociste cuando vivian, y que lucian por su ciencia?

Ya ocupan otros sus puestos. Cuando vivian, se les guardaban consideraciones; mas hoy, pocos serán los que se acuerden de ellos.

¡Ah, y cuán presto pasa la gloria del mundo! Si la vida de tales doctores correspondió con su ciencia, entonces sí que puede decirse que su saber fué de provecho.

6. Pero muy crecido es el número de los que por adquirir la vana ciencia del mundo se olvidan de servir á Dios.

Los que prefieren el ser grandes al ser humildes, se enredan y confunden con sus vanos pensamientos.

El verdadero grande es el que de todo corazon ama á Dios y al prógimo; y que se tiene por muy pequeño, y no apetece honores ni distinciones.

El verdadero sabio es el que *mira todas las cosas de la tierra con desprecio por seguir á Jesucristo* (Philip. 3. 8).

Y sabio es el que aprende á hacer la voluntad de Dios, no la suya propia.

CAPITULO IV.

De la prudencia en las acciones.

1. No seas ligero en creer lo que te digan, ó que te sugiera tu pensamiento. Cada cosa debe considerarse despacio, y con prudencia, para librarnos de ofender á Dios;

Pero ¡oh dolor! tan frágiles somos, que mas fácilmente creemos, obramos y hablamos el mal que el bien.

El varon prudente, no cree con ligereza á toda clase de personas, porque sabe que mucho se dice sin tener razon ni fundamento para hablarlo, ó porque de intento se pretenda engañarnos.

2. Grande sabiduría es el no hacer cosa alguna sin meditarla bien; y el no empeñarse el hombre en seguir su propio parecer.

La misma Sabiduría nos aconseja que no demos crédito á cuanto se diga; y que hasta averiguar la verdad, suspendamos el referir á otros lo que hubiéremos oido, ó ligeramente creido.

Toma consejo de quien sepa mas que tú, y cuya conciencia sea recta; y sigue su dictámen.

Vive en la práctica de las virtudes, y se-

rás sabio, segun Dios quiere que lo seas.

Y ten muy en cuenta, que cuanto mas humilde fuere el hombre, y mas obediente á Dios, tanto mas sabio será, y de mayor paz disfrutará.

CAPITULO V.

De la lectura de los libros Sagrados.

1. En la Sagrada Escritura se ha de buscar la verdad, no la elocuencia.

Toda, ó cualquiera parte de ella, se ha de leer poseidos de aquel espíritu con que fué escrita.

No se ha de buscar en ella la elegancia de las palabras, sino el provecho que se saca de sus santas instrucciones.

Respecto los otros libros que tambien tratan de cosas santas y moral cristiana, aun cuando su estilo sea llano, se deben leer como si fuesen los mejor escritos.

No te pares en si el autor es tenido por sabio, ó si carece de nombradía: solamente ha de moverte á leerlos el amor á la verdad que en ellos esté escrita.

Examina, y toma consejo si lo que tales libros dicen es bueno, sin detenerte á escudriñar quién lo ha escrito.

Los hombres pasan; *pero la verdad del Señor permanece eternamente* (Salmo 11. 6).

Dios nos habla de varios modos sin acepcion de personas.

La curiosidad nos impide muchas veces el sacar fruto de la leccion de la Escritura, porque queremos interpretar á nuestro modo lo que no se debe creer sino llanamente.

Si deseas sacar provecho, lee con humildad, con sencillez, y con fé; y no pretendas con ese estudio adquirir fama de sabio.

Medita en silencio, y muy detenidamente, las palabras que escribieron y dijeron los Santos; y no rechaces las que oyeses á los ancianos; pues ni aquellas se conservan en vano, ni en vano se dicen estas.

Y de buena voluntad toma consejo cuando te fuere necesario.

CAPITULO VI.

De los deseos desordenados.

1. Desde el instante en que el hombre dá entrada en su corazon á algun mal pensamiento, ó pasion desordenada téngase por muy cierto que pierde la quietud, la paz que disfrutára su alma.

Ni el soberbio, ni el avaro viven sosegadamente: solo disfruta esta dicha el pobre y humilde de espíritu.

El hombre que no se mortifica á sí pro-

pio para matar todas sus pasiones desordenadas, podrá ser tentado y vencido por la mas leve de ellas.

El flaco de espíritu é inclinado á los gustos de los sentidos, con dificultad se abstiene de los deseos terrenos:

Y si alguna vez se abstiene, siente grande tristeza; y fácilmente se irrita si alguno en aquellos momentos le contradice, ó se opone á lo que quiere.

2. Cuando logra su mal deseo, le atormenta seguidamente la conciencia; y en vez del contento que buscaba, lo que encuentra es el remordimiento que le ocasiona el haber satisfecho su pasion desordenada.

La verdadera paz del alma se encuentra mortificando las pasiones, no satisfaciéndolas.

En suma, no habita la paz en el hombre carnal, entregado á las cosas que perjudican á su alma, si no en el fervoroso y puro.

CAPITULO VII.

Que se evite la vana esperanza, y la soberbia.

1. Insensato es aquel que pone su esperanza en los hombres, ó en las cosas de la tierra.

No te avergüences de servir á cualesquiera personas, ni de parecer pobre en este mundo por amor de Jesucristo.

No confies en tí mismo: pon tu esperanza solamente en Dios, y haz lo que puedas para agradarle; y el Señor, en quien esperas, favorecerá tu buena voluntad.

No confies en tu saber, ni en el de los demás hombres: pon tu confianza en Dios, que dá la gracia á los humildes, y abate á los presuntuosos.

2. No te gloríes de tus riquezas, ni de tener amigos poderosos: gloríate en Dios, que es quien lo dá todo, y que además quiere unirse estrechamente á nosotros.

No te vanagloríes de tu gallarda presencia y buena salud, pues una enfermedad ligera lo destruye todo en pocos dias.

No manifiestes complaciencia en tu saber y mucho ingenio, porque en ello desagradas á Dios, olvidándote de que á su bondad debes el saber todo lo bueno que posees.

3. Nunca te consideres mejor que otro, pues Dios penetra hasta los mas ocultos pensamientos del hombre, y acaso aparezcas peor que aquel en su presencia.

No te envanezcas de tus buenas obras, porque no juzga Dios como los hombres,

y muchas veces condena lo que estos alaban.

Si hubiere algo bueno en tí, persuádete de que hay menos que en los otros, y así conservarás la humildad.

Nada pierdes en tenerte por menos que todos; pero mucho perderás si te antepones á uno solo.

El humilde goza de una paz contínua; pero el corazon del soberbio es con frecuencia atormentado de indignacion y de envidia.

CAPITULO VIII.

Que debe huirse la mucha familiaridad.

1. *No manifiestes tu corazon á todo hombre* (Ecle. 8. 22); pero sí pide consejo al sabio y temeroso de Dios para los asuntos de importancia.

Con jóvenes, y personas que no conozcas, conversa poco.

No lisonjees á los ricos, ni frecuentes el trato de las personas orgullosas.

Acompáñate con las humildes, sencillas, devotas, y de buenas costumbres, y trata con ellas de cosas edificantes.

No te familiarices con muger alguna; pero sí encomiéndalas todas al Señor.

No desees trato frecuente con los hom-

bres, sino con Dios y sus Angeles; y huye de ser muy conocido.

2. Con todos se debe ejercer la caridad; pero familiarizarse con muchos no conviene.

El que antes era estimado por solo su buena reputacion, suele desagradar así que es visto y tratado.

No pocas veces pensamos que agrada nuestra conversacion y nuestro trato, y encontramos que causan fastidio los defectos que van descubriendo en nosotros.

CAPITULO IX.

De la sujecion y obediencia.

1. Grande ventaja es el obedecer y vivir sumisos á un superior que se interesa en nuestra felicidad eterna; para lo cual es preciso que renunciemos la libertad de obrar cuanto puede sernos perjudicial, y nos sujetemos á su direccion.

Es mas conveniente, para no turbar la paz de nuestro corazon, y para ocuparnos con mayor provecho en servicio de Dios, el obedecer, que el mandar.

Muchos obedecen por necesidad, no por amor, ni convencimiento; de lo cual resulta que se hallan disgustados, y se entregan

á la murmuracion. Estos no gozarán la paz del alma, si gustosos no se someten en obsequio de Dios.

En cualquier parte que te halláres, ten por cierto que no encontrarás descanso si te niegas á la obediencia del superior.

Muchos se han engañado pensando encontrar en otra parte la paz que apetecian, dejando el lugar en que se hallaban.

2. El hombre quiere gobernarse por solo su dictámen; y esta es la causa de que nos inclinemos á los que son de nuestro mismo parecer.

Mas si hemos de obrar acertadamente, y agradando á Dios, cuando nuestra opinion sea errada, renunciemos á ella prontamente: y si la razon nos asiste, cedamos de ella lo que sea posible, en obsequio de la paz.

¿Quién es tan sabio, que tenga aprendido todo lo que hay que saber?

No te empeñes en que solo es bueno tu dictámen: oye con gusto el de los otros.

Si tu parecer, en cosas que no sean de grande entidad, ni contrarias á la Religion, fuere el mas acertado, y en obsequio de Dios y de la paz te sujetares al de otro, sacarás mayor provecho.

3. Muchas veces se ha dicho que es mas seguro tomar consejo, que darle.

Bien puede acontecer que sea bueno nuestro dictámen; mas el no querer seguir el ageno cuando la razon, ó las circunstancias lo exijan, es señal de terquedad y soberbia.

CAPITULO X.

Que deben evitarse las conversaciones inútiles.

1. Apártate cuanto puedas del comercio de los hombres, porqué es grande estorbo para pensar en las cosas del Cielo el tratar frecuentemente de la tierra, aun cuando se traten con buena intencion.

El mucho conversar, es causa de que se apodere de nosotros la soberbia y vanidad. ¡Ah, y cuántas veces nos habremos arrepentido de lo mucho que en tiempos hablamos!

¿En qué consiste que gustamos de conversar, siendo así que rara vez nos retiramos sin dañar nuestra conciencia con la conversacion?

Consiste en que con el mucho hablar queremos consolarnos los unos á los otros, y aliviar el corazon de aquellas penas que le molestan.

No hay para nosotros mayor placer que

hablar de las cosas que amamos, ó que nos gustan.

2. Pero tristísimo es que quedemos engañados; pues la satisfaccion y consejo que buscamos en las criaturas, sirve de mucho estorbo para pedir consuelo á Dios, que nos le daria interiormente.

Velemos, y oremos para no perder ociosamente el tiempo.

Si conviniere hablar, y pudieres hacerlo, habla cosas edificantes.

La mala costumbre, y el descuido de adelantar en la virtud, son la causa de lo licencioso de nuestra lengua:

Y por el contrario, conversando con personas que esten animadas del espíritu de Dios, y siendo sobre cosas tambien espirituales, adelantaremos mucho en el camino de la perfeccion cristiana.

CAPITULO XI.

Del modo de alcanzar la paz, y del celo de adelantar en la virtud.

1. El que quiera vivir pacíficamente, no se ha de entrometer, ni cuidar de lo que dicen ó hacen los demás.

¿Cómo puede gozar paz el que se embaraza con negocios agenos, ó se ocupa en co-

sas que le impiden el recogerse interiormente á pensar en los medios de salvarse?

¡Dichosos los que viven en una santa sencillez, porque disfrutarán grande sosiego!

¿Por qué llegaron algunos Santos á ser tan perfectos, y tener tan elevada la contemplacion? Porque pusieron gran cuidado en morir para el mundo, mortificando en sí todos los deseos terrenos: y de este modo alcanzaron fuerzas, y pudieron entregarse á Dios de todo corazon, y ocuparse libremente en su salvacion.

Pero nosotros estamos dominados de pasiones, y nos entregamos con ánsia á las cosas perecederas.

Y como casi nunca sujetamos enteramente nuestros malos deseos, ni nos alentamos á practicar frecuentemente las virtudes, de aquí nuestra flogedad, nuestra tibieza para ocuparnos en el negocio de salvar nuestras almas.

3. Si nos hallásemos enteramente muertos para todo lo que nos aparte de Dios, y tuviéramos el corazon limpio de vanos y carnales afectos, entonces apreciaríamos las cosas celestiales, y podríamos disfrutar las dulzuras de su contemplacion:

Pero vivimos esclavos de nuestras pasiones y apetitos, y no nos esforzamos á entrar por el camino de los Santos; y por eso no gustamos ni un solo instante las dulzuras Divinas:

Ni buscamos esas dulzuras, ó remedio que el Cielo nos enviára si le solicitásemos con viva fé cuando algun mal nos acomete: corremos á buscarle en los hombres, olvidados que de Dios podemos recibirle, porque solo en Dios debemos poner toda nuestra confianza.

4. Si desde luego acudiésemos á Dios, sin duda nos favorecería el Señor, que nos proporciona las ocasiones de pelear para probarnos, y despues sacarnos vencedores de toda tentacion, si permanecemos firmes confiando en su gracia.

Si pensamos que el permanecer en vida religiosa y adelantar en la virtud, consiste en ejercicios esteriores, pronto se apagará en nosotros la devocion. Arranquemos de nuestro corazon la raiz del mal (que lo es nuestras desordenadas pasiones); y he ahí el modo de alcanzar la paz del alma.

5. Si de corto en corto tiempo arrancásemos de nosotros una mal acostumbre, un vicio, pronto llegaríamos á ser perfectos;

pero no es así como obramos, pues se advierte que en los años pasados éramos menos pecadores que al presente.

Debemos procurar el adelantar de dia en dia en la virtud; mas, por desgracia, se tiene hoy por cosa grande el conservar alguna parte de nuestro primitivo fervor.

Con poca violencia que á los principios nos hiciésemos, practicaríamos despues todas las cosas buenas con facilidad y alegría.

6. Trabajo cuesta vencer una costumbre; pero es porque no queremos vencer, sujetar á lo justo nuestra propia voluntad.

Mas si no puedes vencer lo fácil, menos vencerás lo dificultoso.

Resiste desde el principio todo deseo desordenado, pues de no, contraido hábito de seguir tus malas inclinaciones, te será muy difícil despues el vencerlas.

Si consideras bien cuán grande paz alcanzarías, y lo mucho que agradarías á Dios viviendo cristianamente, no podrá dudarse que pondrás el mas esquisito cuidado en tu adelantamiento espiritual.

CAPITULO XII.

Del provecho que puede sacarse de las adversidades.

1. Provechoso es que nos sobrevengan trabajos, porque suelen ser la causa de que el hombre abra los ojos del alma, y considere cuán pasageros son los goces de la tierra, y aun los mismos males y contratiempos; y desengañado, sufra con paciencia, empleándose en procurar adquirir los bienes del Cielo.

Provechoso es encontrar personas que nos contradigan, y que aun cuando obremos bien, juzguen mal, ó poco favorablemente de nosotros: esto puede ayudarnos á ser humildes, y á evitar nuestra vanagloria.

Porque viendo que los hombres nos desprecian, y no hacen caso de nosotros, en Dios buscaremos el testigo de nuestra inocencia, en Dios que penetra los corazones.

2. Unámonos con Dios de todas veras: busquemos en el Señor el consuelo en todas nuestras aflicciones, y no en los hombres.

Cuando el hombre de buena voluntad se encuentra afligido, ó combatido de malos pensamientos, conoce la necesidad que

tiene de acudir á implorar la misericordia de Dios, sin cuyo ausilio no puede hacer cosa provechosa, ni conseguir el bien.

El hombre bueno se entristece, gime y suspira cuando le atormentan las penalidades de esta vida y pide al Señor que le socorra: *y desea ser desatado de la carne, y estar con Cristo* (Philip. 1. 23).

He aquí las ocasiones en que el hombre se persuade de que no puede disfrutarse en este mundo paz cumplida, ni seguridad perfecta.

CAPITULO XIII.

Del resistir las tentaciones.

1. Interin estamos en el mundo, no dejaremos de ser afligidos con tentaciones y trabajos. Escrito está, que *la vida del hombre es una tentacion continua sobre la tierra* (Job. 7. 1).

Es pues necesario que nos hallemos muy preparados para resistir las tentaciones á que estamos sujetos. Velar y orar debemos, para que el diablo, *que anda como leon rugiendo alrededor nuestro, buscando á quien tragar*, no nos encuentre desprevenidos (Petr. 5. 8).

Ninguno hay, por perfecto y santo que sea, que no padezca tentaciones.

2. Pero las tentaciones, aunque pesadas y modestas, nos son muchas veces utilísimas, porque sirven para humillarnos, purificarnos y enseñarnos.

Todos los Santos pasaron por muchas tribulaciones, y de este modo aprovecharon en su perfeccion; mas los que no pudieron resistir las tentaciones, y sostenerse en tales pruebas, se perdieron.

No hay corporacion tan santa, ni lugar por muy retirado que sea, donde no penetren adversidades y tentaciones.

3. Interin vive el hombre, no está libre de ser tentado, porque todos tenemos con nosotros mismos la causa de la tentacion, que es la concupiscencia ó inclinacion al mal con que nacemos.

Pasada una tribulacion ó tentacion, nos acomete otra; y siempre tendremos algo que padecer, porque perdimos el bien de nuestro primer estado de felicidad.

Muchos procuran huir las tentaciones sin hacer grandes esfuerzos para combatirlas, de lo cual resulta que luego les acometen con mas fuerza; pero no es bastante huir; es indispensable hacerlas frente con la humildad, con la paciencia, la oracion, y con todas las armas que nos facilite el fir-

mísimo deseo de no ofender á Dios, y así podremos vencerlas.

4. Aun cuando procures, y consigas evitar las ocasiones de pecar, si de raiz no arrancas de tu corazon las causas que á pecar te incitan, estás espuesto á que las tentaciones te asalten con mas violencia, y al fin seas vencido.

Y vencerás las tentaciones si te acoges á Dios, y confias en el favor Divino, sin afligirte, ni desesperarte, por muy recias que sean.

Pide consejo en la tentacion, y no trates con aspereza al que se viere tentado, antes bien consuélale como mejor puedas, así como tú querrás que lo hicieran contigo.

5. La causa principal de las tentaciones es nuestra inconstancia y poca confianza en el Señor:

Porque así como una nave sin timon camina á merced de los diversos vientos, así el hombre flojo, inconstante en sus buenos propósitos, corre por donde las tentaciones quieren llevarle.

Dicen que el fuego prueba el duro hierro; pues del mismo modo se puede asegurar que la tentacion prueba al varon justo.

Si á veces ignoramos lo que pode-

mos, la tentacion descubre lo que somos.

Estemos siempre en vela; y así todo principio de tentacion se estrellará en esa vigilancia. Si cuando nuestro comun enemigo se presenta, lo resistimos á la puerta, no penetrará en nuestras almas.

He aquí del modo que acomete la tentacion: Un ligero pensamiento de cosa pecaminosa; este pensamiento le acoge la imaginacion, que importuna nos le recuerda de continuo: á este continuado recuerdo sigue el deseo: al deseo, el movimiento desordenado, ó consentimiento, que suele conducirnos á poner los medios de lograr aquel mal fin.

Así se introduce poco á poco el enemigo en nuestras almas, y llega hasta apoderarse de ellas, si no se le resiste á los principios: y cuanto mas tardemos en oponer esa resistencia, tanto mas flojos nos hallaremos de dia en dia para oponernos al maligno espíritu.

6. Hay algunos que padecen violentas tentaciones al principio de su conversion, otros al fin, y otros casi toda su vida.

Algunos hay tambien que son tentados blandamente, segun el órden y sabiduría de la Justicia Divina, que tiene en cuenta

la disposicion y méritos de los hombres, y todo lo dispone para su salvacion.

7. Y así, en vez de desmayar cuando somos tentados, debemos pedir al Señor con grande fervor que se digne ayudarnos en todas nuestras tribulaciones, y esperar; pues como dice el Apóstol, *Dios no permitirá que seais tentados mas allá de vuestras fuerzas, antes hará que saqueis provecho de la misma tentacion, para que podais perseverar* (I Corint., 10. 13).

Humilláos en la presencia del Señor, y *él os ensalzará* (Jacob. 5. 10). Y en toda tentacion y adversidad nos favorecerá con los preciosos dones de su gracia.

8. En las tentaciones y adversidades se conoce lo que hemos aprovechado para bien de nuestras almas: y padeciendo, se alcanza mayor mérito, y se descubre mejor la virtud.

No puede causar estrañeza que el hombre mantenga su fervor y devocion cuando no padece tribulaciones; pero si sufre con paciencia los tiempos de adversidad, y no flaquea su espíritu, alcanzará grande provecho.

Algunos hay que no caen en grandes tentaciones, pero que son vencidos por aque-

llas mas comunes y ligeras. Así lo permite Dios para humillarnos, y hacernos conocer que por nosotros mismos nada podemos, y que si en las cosas pequeñas nos manifestamos tan débiles, en las grandes será estremada nuestra flaqueza.

CAPITULO XIV.

Que deben evitarse los juicios temerarios.

1. Considérate, fija la atencion en tí propio, y guárdate de juzgar las acciones de los otros.

El que se entromete á juzgar del prógimo, trabaja sin provecho; y muchas veces se engaña, y fácilmente peca: mas el que se examina, reconoce y juzga á sí mismo, emplea utilísimamente su trabajo y tiempo.

Generalmente juzgamos de las cosas con arreglo al gusto ó disgusto que nos causan; y el amor propio nos impide el juzgarlas con debido acierto.

Si en todas ocasiones fuese solamente Dios el único fin de nuestros deseos, no nos inquietaríamos con tanta facilidad cuando alguna cosa nos desagrada.

2. Ocurre con frecuencia que una causa interior, ó esterior, la cual no conocemos,

domina nuestra voluntad, y nos impele tras aquello á que nos inclina.

Muchos, en la práctica de buenas obras buscan su propia comodidad, gusto ó interés, y tal vez ignorando que en esto se equivocan.

Parece que estan en paz cuando las cosas que les interesan se hacen segun su deseo, pero se entristecen y alteran no verificándose segun su voluntad.

Por la diversidad de opinionesse promueven muchas veces discordias, no solamente entre parientes, amigos y convecinos, sí tambien entre personas devotas, y entre los religiosos que viven en comunidad.

3. Las añejas costumbres, con dificultad se desarraigan: y muy pocos son los que se dejan gobernar de buen grado contra su propio dictámen.

Si solamente te apoyas en tu razon y saber, y no te humillas ante Jesucristo para alcanzar su gracia, tarde, ó nunca será iluminado tu entendimiento.

Dios quiere que vivamos enteramente sumisos á su voluntad, y que inflamados de su Divino amor abandonemos nuestro dictámen.

CAPITULO XV.

De las obras que proceden de la caridad.

1. Ni por complacer á otro, ni por interés, ni por amenazas, ni por cualesquier otras causas es permitido obrar mal; pero en provecho del necesitadó se puede suspender alguna buena obra ó conmutarla en otra mejor; por esto, no se pierde la accion buena, se mejora.

La obra esterior sin la caridad, que es el amor de Dios y del prógimo, de nada sirve: mas todo lo que se hace guiados por la caridad, aunque sea poco, siempre es provechoso; porque Dios tiene mas en cuenta la intencion y amor con que se hacen las cosas: que lo grande de ellas.

2. Mucho hace el que mucho ama; mucho hace el que hace bien, y á tiempo; y bien hace el que procura mas por el bien y utilidad del que necesita ser ausiliado y socorrido, que por su gusto é intereses propios.

Muchas veces se tiene por caridad lo que en realidad no es otra cosa que vanidad y amor propio; ó lo que hacemos por ocultos fines.

3. El que ejerce la verdadera caridad,

no se busca á sí propio en cosa alguna, busca solamente la gloria de Dios, y el bien que puede resultar al prógimo.

Á nadie, ni de nada tiene envidia el hombre caritativo, porque no desea ningun bien para sí solo, ni quiere complacerse en sí mismo: la dicha de los demás le llena de alegría.

Respecto á su felicidad, pone toda su esperanza en Dios, de quien provienen los bienes que desea disfrutar eternamente.

Lo bueno que ve hacer á sus semejantes, considera que lo hacen por disposicion de Dios, fuente perenne de donde nos viene toda gracia, y en quien con grande gozo descansan todos los Santos como en su último fin.

¡Oh! quién alcanzára una centella de verdadera caridad, de purísimo amor de Dios! El que lo consiga, conocerá que las cosas de este mundo no son mas que ilusion y vanidad.

CAPITULO XVI.

Que debemos tolerar y sufrir los defectos agenos.

1. Lo que no puede el hombre enmendar en sí propio, ni corregir en otros, preciso es que lo mire, y que lo sufra con

paciencia hasta que Dios permita la enmienda y correccion deseada.

Medita bien, y hallarás que todo cuanto sufras á causa de tus defectos y de los agenos, conviene para probar tu paciencia, y afirmarte en ella, sin la cual serán de poco provecho nuestros méritos.

Mas en tales casos, pide á Dios que se digne socorrerte, para sufrir con resignacion.

2. Si alguno, amonestado por tí una ó dos veces, rehusa tus buenos consejos, no porfíes: encomiéndalo todo en manos de Dios, que sabe convertir el mal en bien, para que se cumpla su voluntad, y sea glorificado en sus siervos.

Sufre con paciencia cualesquier defectos y flaquezas de los otros, porque tú tambien incurres en defectos y flaquezas que te deben sufrir ellos.

Si no puedes vencerte á tí mismo, y hacerte tan perfecto como deseas, menos podrás conseguir que los demás sean cual tú quisieras que fueran.

Deseamos encontrar sin defectos á todas las personas con quienes tratamos; pero no por esto procuramos corregir los nuestros.

3. Queremos que se corrija á los otros

severamente; pero no nos agrada ni aun el ser suavemente amonestados.

No nos parece bien que se condescienda con lo que otros desean; y sí queremos que se acceda á lo que nosotros pidamos.

Queremos que los demás esten sujetos á reglas y estatutos, pero que á nosotros se nos deje en libertad de hacer lo que nos parezca. En esto se conoce que no amamos al prógimocomo la ley de Dios nos ordena.

Si todos fuésemos perfectos en nuestras obras, ¿qué tendriamos que sufrir por amor de Dios, á nuestros hermanos?

4. Pero el Señor tiene dispuesto que unos á otros nos toleremos, que mútuamente llevemos las cargas de nuestros defectos; porque ninguno en la tierra está esento de ellos, ni de cargas; nadie se basta á sí propio: y es regla de la caridad el socorrernos los unos á los otros, consolarnos, ayudarnos, instruirnos, amonestarnos, y amarnos sinceramente.

En los tiempos de adversidad se conoce la virtud que posee cada uno

Las ocasiones descubren los defectos del hombre, le presentan, no cual se le consideraba, sino, verdaderamente cual es.

CAPITULO XVII.

De la vida religiosa.

1. Aprende á vencerte, á reprimirte en las palabras y acciones que puedan ser desagradables á las personas entre quienes habites, para que con ellas vivas unido, y en santa paz.

Virtud es el estar en un monasterio; y en él, sin queja ni disgusto, permanecer hasta la muerte.

Y grande mérito alcanza el que, viviendo en medio del siglo, donde se vé, y se oye tanto que á las almas perjudica, siendo una continuada tentacion, se mantiene siempre fiel á Dios.

Dichoso el que en cualquier estado y lugar vive y muere santamente en el Señor.

Si quieres sostenerte, y adelantar mas y mas cada dia en la perfeccion cristiana, mírate en la tierra como desterrado y peregrino.

Para mantener una vida religiosa, es necesario que hasta simple aparezcas á los ojos del mundo por amor á Jesucristo,

2. El ser verdaderamente religioso, no consiste en parecerlo, sino en desechar las

malas costumbres, y en la entera mortificacion de las pasiones.

Nada busques fuera de Dios y de tu salvacion, porque solamente encontrarás tribulacion y dolor.

No gozará de paz el que pretenda hacerse superior á los demás, en vez de procurar ser el menor, y aun sujetarse á todos.

3. El verdadero religioso debe considerar que no ha sido llamado para mandar, sino para obedecer:

Que ha de hablar poco, y que está obligado á trabajar con afan en todo aquello que redunde en honra y gloria de Dios:

Que la Religion prueba al hombre como se prueba el oro en el crisol, y por tanto, ha de padecer y sufrir con resignacion y amor.

CAPITULO XVIII.

Del ejemplo de los Santos.

1. Considera los grandes ejemplos que nos han dado los Santos, así de perfectos cristianos, como de fieles observantes de la Religion, y verás lo poco, ó nada que nosotros hacemos para imitarlos.

¿Qué viene á ser nuestra vida, comparada con la suya? Medítalo bien.

Los Santos y Amigos de Jesucristo, le

sirvieron fervorosamente: soportaron por su amor hambre, sed, desnudez, cansancio, calor y frio, oraban; y ayunaban; maceraban su cuerpo con diversas penitencias: y sufrieron persecuciones y oprobios.

2. Trae á la memoria los grandes trabajos que padecieron los Apóstoles, los Mártires, los Confesores, las Vírgenes, y todos los que han querido seguir los pasos de Jesucristo. *Aborrecieron su alma en este mundo* á fin de guardarla para vida eterna (Joan. 12. 25.)

Estrecha y mortificada fue la vida que pasaron los Santos en los desiertos: largas y penosas tentaciones padecieron, atormentados por el cruel enemigo; sosteniendo consigo mismos una lucha tenaz para vencer sus inclinaciones; y las vencieron al fin por medio de continuas y fervorosas oraciones que hacian al Señor, con rigorosas abstinencias, y con el celo y fervor tan grande que les animaba de su adelantamiento espiritual y servicio de Dios.

3. Utilísimamente empleaban el tiempo, pues durante el dia se ocupaban en trabajar, y dedicaban la noche á largas meditaciones: y aun puede decirse que su ocupacion en orar era continuada, porque du-

rante el trabajo, tambien oraban mentalmente.

Las horas les parecian cortísimas para dedicarse á Dios; y tanta era la dulzura que esperimentaban en sus contemplaciones, que se llegaban á olvidar del alimento corporal necesario.

Renunciaban las riquezas, dignidades y honores, parientes y amigos: nada querian del mundo; y hasta en las cosas necesarias descuidaban el atender al cuerpo.

Pobrísimos eran de bienes terrenos; pero muy ricos de gracia y de virtudes.

En lo esterior, de todo carecian; mas en lo interior se hallaban bien provistos de consuelos Divinos.

4. No tomaban parte en las cosas del mundo; pero Dios, á quien estaban unidos, les trataba como á íntimos amigos suyos.

Teníanse por nada á sí mismos, y por dignos del desprecio de los hombres; pero eran preciosos á los ojos de Dios, que los amaba.

Perseveraban en una verdadera humildad, practicaban una sencilla obediencia, y seguian constantemente por el camino de la paciencia y de la caridad; y así adelantaban diariamente en el camino de lo es-

piritual, y reunian grandes méritos delante del Señor, de quien alcanzaban abundantes gracias.

Estos hombres santos los ha puesto Dios para que sirvan de modelo á todos los que quieran seguir á Jesucristo en el claustro: y mas nos debe mover su ejemplo para adelantar con fervor en la virtud, que el del crecido número de los tibios para dejar de practicarla.

5. ¡Oh, y cuán grande fue en el principio el fervor de los que se acogieron al claustro para hacer vida religiosa! ¡qué amor á la soledad, y á la oracion! ¡cuánto celo por agradar á Dios! ¡qué cuidado en observar la respectiva regla! ¡qué respeto y sumision al superior!

Las señales que nos han dejado, declaran todavía que fueron en verdad varones santos y perfectos, que combatiendo esforzadamente vencieron al mundo.

En los tiempos presentes se tiene en mucho al que no quebranta la regla, ó que puede tolerar con alguna paciencia el estado que abrazó voluntariamente.

6. ¡Oh tibieza y negligencia de nuestro espíritu, que con tanta facilidad nos impele á separarnos de aquel fervor en que

debiamos permanecer para cumplir nuestros santos propósitos!

Y tal es nuestra pereza, nuestra flojedad y desaliento, que por no cuidar de la vida, hasta el vivir nos parece molesto.

¡Concédanos Dios que despues de haber meditado los muchos ejemplos de santidad que tantos justos nos han legado, sacudamos la apatía que nos adormece, y que se avive en nosotros el deseo de imitarles en cuanto nos sea posible, para que el Señor se apiade de nosotros, y merezcamos obtener su Divina gracia, para con ella emprender decididamente el camino de la virtud, y adelantar en él hasta lograr entera perfeccion.

CAPITULO XIX.

De los ejercicios de un buen religioso.

1. La vida del buen religioso, así interior como esteriormente, ha de hacer conocer á los demás que tiene por compañeras toda clase de virtudes.

Y en orden á las virtudes interiores, que los hombres no pueden del todo descubrir, preciso es mayor observancia que en las esteriores, porque nos mira Dios, á quien no podemos engañar, y á quien he-

mos de tributar suma reverencia en todo lugar que nos hallemos.

Mucho nos conviene renovar diariamente nuestros buenos propósitos, y escitar nuestro fervor, como si fuese el dia primero de nuestra conversion, diciendo:

¡Señor, y Dios mio, ayudadme á practicar mis buenos propósitos, y perseverar en vuestro santo servicio; y dadme la gracia necesaria para desde este instante empezar mas fervorosamente á ocuparme en agradaros, pues conozco que hasta este dia es muy poco lo que he hecho!

2. Nuestro adelantamiento espiritual depende de los buenos propósitos y deseos: y el que quiera adelantar en el camino de la virtud, necesita poner mucho cuidado y diligencia.

Si los que hacen firmísimos propósitos de seguir á Jesucristo, se separan muchas veces del camino que nos ha trazado, ¿qué les sucederá á los que ningun propósito han hecho de seguir al Salvador, ó que si alguno formaron, ha sido muy ligeramente?

Varios son los modos de quebrantar nuestros cristianos propósitos; y la menor omision en nuestras prácticas religiosas, ó

ejercicios de costumbre, por lo general nos es dañosa.

El propósito del hombre justo, mas procede de la gracia de Dios que del convencimiento propio; y en Dios pone su esperanza, y en el Señor confia para todo lo bueno que se propone. Dios es quien lo dispone todo.

3. Si por algun motivo de piedad, ó para provecho del prógimo necesitado; se interrumpen alguna vez las prácticas religiosas de costumbre, ó á que el cristiano se ha obligado, fácilmente podrá remediar esta falta, aprovechando la ocasion mas oportuna para cumplir con aquella costumbre ú obligacion:

Mas si por disgusto, pereza, ú otras causas análogas á estas omitimos el cumplimiento de nuestros buenos propósitos ú obligaciones, somos culpables, y de ello se nos seguirá gran daño.

Esforcémonos todo lo que podamos en cumplir nuestros deberes, si queremos incurrir en menos faltas:

Procuremos siempre encaminar nuestros propósitos á santos y determinados fines, y á huir de todo aquello que se oponga á nuestro adelantamiento en la virtud.

Y en nuestro interior los deseos y en nuestro esterior los actos, hemos de arreglarlos á lo justo; porque uno y otro es necesario para nuestro adelantamiento espiritual.

4. Si en cada un dia no puedes recogerte varios ratos á vida contemplativa, recógete siquiera una sola vez en la hora que mejor se te proporcione.

Por la mañana forma el propósito de lo que has de hacer en todo el dia; y por la noche examina bien si con tus palabras, obras ó pensamientos has ofendido en algo á Dios y al prógimo; y en este caso, pon á las ofensas pronto remedio.

Armate de fortaleza para resistir las tentaciones con que el enemigo se haya propuesto atormentarte.

Huye de la gula, y de todo aquello que pueda escitar en tí los apetitos carnales.

Nunca estés ocioso: trabaja en cosas provechosas á tus semejantes y que te proporcionen la módica ganancia que necesites para sostener tus obligaciones.

Empléate en hacer las obras de caridad que te sea posible: ora, medita, lee libros piadosos, y aquellos que te proporcionen

conocimientos en la facultad ú oficio que ejerzas.

Y respecto el trabajo corporal, preciso es proceder con discrecion, midiendo las fuerzas y capacidad.

5. Los ejercicios de piedad ó devocion particulares tuyos, mejor es que los practiques á solas que públicamente, porque á solas los practicarás con mas fervor.

Los preceptos que te impone la Religion, y los ejercicios que te prescriba tu estado, cúmplelos antes que tus devociones particulares: cumplidos que sean aquellos, entrégate á estas.

Y en lo tocante á ejercicios espirituales de pura devocion, no es preciso que todos practiquen unos mismos: cada cristiano puede emplearse en aquellos con que considere ha de agradar mas á Dios.

Y estos ejercicios pueden variarse segun tiempos y circunstancias; teniendo en cuenta que unos convienen mas para los dias festivos, otros para los de trabajo, otros para aquellos en que nos vemos acometidos de tentaciones, y otros para los en que gozamos alguna prosperidad y perfecto sosiego.

En unas cosas es bien pensar cuando

estamos tristes, y en otras cuando alegres en el Señor.

6. En las fiestas principales de la Iglesia es muy conveniente renovar nuestros propósitos y ejercicios, para implorar con fervor la intercesion de los Santos en nuestro favor.

Tambien es provechoso disponernos con buenos propósitos de una á otra fiesta, como si entonces hubiéramos de salir de este mundo para llegar á la fiesta eterna.

Y así, en estos dias que con mayor diligencia nos dediquemos á Dios, es necesario que nos preparemos cuidadosamente, cumpliendo todo loque la Religion nos encarga, y los deberes que el respectivo estado nos impone; y esto con todo rigor; viviendo tan santamente como si estuviéramos para recibir en breve el premio de nuestro trabajo, que esperamos del Señor.

7. Y si se nos dilata esta recompensa, creamos que aun no estamos bien preparados, y por eso no merecemos todavía una gloria donde no hemos de entrar hasta el tiempo que está determinado. Preparémonos mejor para aquella hora, y acordémonos de lo que Jesucristo nos ha dicho: *Bienaventurado aquel siervo que cuando*

el Señor viniere lo halláre en vela. Verdaderamente os digo que le pondrá sobre cuanto posee. (Luc. 12. 43. 44).

CAPILULO XX.

Del amor al retiro, y del silencio.

1. Busca el tiempo que sea mas conveniente para aplicarte á trabajar por tu salvacion, y dedícate á pensar frecuentemente en los beneficios de Dios.

No te ocupes en cosas de vana curiosidad: lee aquellos tratados que te muevan á compuncion, y no los que solamente sean de pasatiempo.

Si te apartas de conversaciones, paseos, y visitas inútiles, y huyes de oir las novedades, chismes, enredos y murmuraciones que corran, además de librarte de incurrir en pecado, tendrás tiempo para dedicarte á la oracion y meditacion.

Los mayores Santos huían cuanto les era posible la compañía de los hombres, para que estos no les perturbasen el servir á Dios en su retiro.

2. Decia un antiguo filósofo: *Cuantas veces he tratado con los hombres, y permanecido algun tiempo entre ellos, me he retirado de su compañía menos hombre.*

Y esto mismo acredita la esperiencia. Cuanto mas nos intrincamos en las conversaciones, mas se desvanecen nuestras buenas ideas y santos propósitos, y no pocas veces es causa de abandonarlos enteramente.

Raro es el hombre que habla mucho sin incurrir en errores. Y mas facil es encerrarse en casa, que fuera de ella poderse librar de caer en el mal.

Si deseas, si quieres ocuparte de veras en el servicio de Dios, y así negociar tu salvacion, necesario es que te apartes del bullicio, que solo trates con las gentes lo puramente necesario, y que permanezcas en tu casa ocupado en las labores que tengas de costumbre, viviendo con Jesucristo.

Y si en el campo ó en los bosques estan tus ocupaciones, aun mejor que el habitante de la villa consigues la soledad, y puedes entregarte á la contemplacion, y á vivir con Jesucristo, teniéndole presente de contínuo en tu imaginacion.

Peligro corre el que no tiene amor al retiro: huye de presentarte frecuentemente en público para vivir mas seguro.

Peligro corre en hablar el que no tiene amor al silencio.

Para presidir, y mandar con acierto,

preciso es que antes nos acostumbremos á obedecer sin replicar.

3. Si quieres disfrutar gozo cumplido, cuida de purificar tu conciencia.

Esto hacian los Santos, á quienes siempre acompañaba gran temor de Dios; y por este temor conseguian la paz interior, y se humillaban ante el Señor.

El hombre pervertido no cuida mas que del gusto de los sentidos; y en medio de los gozos mundanos se cree seguro; cuya seguridad nace de su presuncion y soberbia, que al fin se convierten en su daño, despues del largo tiempo que ha vivido engañado.

No te consideres seguro en esta vida, aunque te parezca que vives bien; ni aun cuando te halles retirado en la estrechez de un claustro, ó permanezcas en el desierto.

4. No pocos de aquellos que el mundo tenía por muy buenos, y hasta por Santos, han estado repetidas veces á peligro de caer, y otros han caido en graves pecados, por su sobrada confianza.

Por tanto, es utilísimo á muchos el verse acometidos de tentaciones, y que sea con frecuencia; porque la demasiada seguridad y confianza en sí propios no les ensoberbezca,

y llenos de presuncion corran á buscar fuera de Dios algun consuelo.

¡Qué conciencia tan pura seria la nuestra, si pudiéramos privarnos de las alegrías pasageras, y nos fuere facil huir de los negocios del mundo!

¡Cuán perfecta paz disfrutaríamos, si nos desprendiésemos de cuidados inútiles, para pensar únicamente en Dios y en nuestras almas, poniendo toda nuestra esperanza en el Señor!

5. De los consuelos celestiales, ¡quién es digno sino el que se ha ejercitado en actos de santa contricion!

Si quieres que penetre en tu alma el arrepentimiento de tus pecados, huye las grandes concurrencias, retírate á tu aposento, donde á solas puedes meditar y trabajar en lo que mas conviene á tu salvacion.

Las personas que habitan en el claustro, encontrarán en la celda lo que perdieron algunas veces por salir de ella.

Al religioso poco acostumbrado á salir de la celda, le parece muy agradable el permanecer en ella, así como al seglar que en su casa encuentra lo que apetece:

Pero celda y casa son enfadosas á los que con frecuencia las dejan.

Si desde que te propusiste encerrar en el claustro, ó ser sacerdote secular, y tú, seglar, desde que ya conoces el daño que un frecuente é innecesario trato con el comun de las gentes te puede ocasionar, procuras permanecer en tu retiro siempre que no tengas necesidad de salir de él, le tomarás cariño, y en tu encierro voluntario vivirás muy contento.

6. En el silencio y la quietud adelantan las almas devotas en su perfeccion, y descubren con las luces del Señor los misterios que estan escondidos en las Santas Escrituras.

En el silencio y la quietud se encuentra aquella abundancia de lágrimas con que se lavan y purifican las almas, para acercarse mas y mas al Criador cuanto mas se apartan de las inquietudes del siglo.

Cuanto mas nos separemos de nuestros conocimientos y amistades peligrosas, tanto mas se acercará á nosotros el Señor y sus santos Angeles.

Mejor es vivir retirado cuidando de la salvacion, que olvidado de sí mismo hacer en público grandes prodigios.

Cosa loable es que el hombre religioso

se presente en público rara vez, para evitar el ver y ser visto.

7. ¿Para qué quieres ver lo que no te es lícito poseer? Ten presente que *el mundo pasa, y sus goces* (I Joan. 2. 17).

Los deseos sensuales nos conducen al vicio, á los placeres; pero pasadas aquellas horas, ¿qué encontramos? remordimientos de conciencia, y tristeza en el corazon.

Alegremente se emprende una marcha, pero suele ser tristísima la vuelta.

Placentera fué la tarde de ayer, y llena de pesares aparece la mañana de hoy.

Los gustos de los sentidos, insensiblemente se van arraigando en nosotros, que nos muerden, y matan por fin.

¿Qué puedes ver en otra parte que no veas donde estás? Aquí ves el Cielo, la tierra, y todas las cosas que han sido criadas por Dios.

8. ¿Qué te propones ver en cualquier otra parte que permanezca mucho tiempo debajo del Sol?

¿Crees poder satisfacer enteramente tus deseos? Ten por cierto que no lo podrás lograr.

Aunque fuera posible que vieras delante de tí todas las cosas de acá abajo,

¿qué conseguirías? Una pasagera y vana ilusion.

Alza los ojos al Cielo, fija en él tu esperanza, tu deseo, y ruega al Señor que te perdone.

Deja las cosas vanas á los vanos, y ocúpate en hacer lo que Dios quiere que hagas.

Cierra las puertas de tu habitacion, y en ella suplica á Jesus que se acerque á tí.

Estáte en su compañía, pídele que abra enteramente los ojos de tu alma, y que fortifique en ella tus propósitos de seguirle; y vive seguro de que si esto haces, mas paz que en tu morada no encontrarás en otra parte.

Si te abstienes de salir de casa cuando de ello no tengas necesidad, y de mezclarte en conversaciones que no sean edificantes, en las que no te interesen, y en averiguar lo que pasa, vivirás en santa paz: mas si lo contrario hicieses, cuenta de seguro con que te has de proporcionar desasosiego.

CAPITULO XXI.

De la compuncion del corazon.

1. Si quieres adelantar en todo lo que interesa al bien de tu alma, no te apartes

del temor de Dios; reprime tus malos deseos, y no te entregues á los gustos mundanales.

El dolor de haber pecado conduce al hombre á la devocion.

La compuncion produce grandes bienes, de los cuales nos priva el amor á las cosas terrenas.

Admira el ver que hallándose el hombre desterrado en este tristísimo valle de dolor y de lágrimas, y conociendo los gravísimos peligros que continuamente rodean su alma, pueda estar alegre, y que pretenda disfrutar una dicha verdadera en la tierra.

2. Nuestro escaso juicio, y el apego á lo que halaga nuestros sentidos, es la causa del descuido, del abandono con que miramos los males que dañan nuestras almas; y tan fátuos somos, que reimos locamente cuando amargamente debiéramos llorar.

No esperes verdadera libertad, ni alegría cumplida, sin que te acompañe un verdadero temor de Dios, y que tu conciencia esté limpia.

¡Dichoso aquel que se aparta de todo lo que puede distraerle de cumplir sus buenos propósitos; y se recoge en sí mismo con una santa compuncion!

¡Y feliz el que se desprende de lo que puede agravar, ó manchar su conciencia!

Cualquier mala costumbre ó vicio que hubieres contraido, por muy arraigado que en tí se halle puedes vencerle adoptando una costumbre buena que sustituir en su lugar. Esto no es difícil, si te acompaña buena voluntad.

Si te resuelves á comunicar muy poco con los hombres, ellos te dejarán libre para que te emplees en hacer tus buenas obras.

3. No te ocupes en negocios agenos, ni te mezcles en asuntos que toquen á los superiores.

Antes que en amonestar á otros, ó reconvenirles por sus defectos, ocúpate en corregir los tuyos, en hacerte enteramente virtuoso.

Porque los hombres te nieguen su favor no te contristes: afligete solo de la falta de cuidado que hayas puesto en arreglar tu vida con la prudencia que corresponde á un siervo de Dios, á un cristiano.

Para no caer en tentacion, es muy conveniente carecer de contentos, y muy particularmente de aquellos que mas apetece la carne.

Y tengamos muy presente, que si nos

vemos privados de los consuelos Divinos, ó si rara vez se nos dispensan, consiste en que no buscamos la compuncion interior ni desechamos enteramente los gustos terrenos.

4. Considérate indigno de merecer esos consuelos Celestiales, y confiesa que en vez de ellos, debes ser atormentado con muchas aflicciones.

El hombre que de corazon se halla arrepentido de sus culpas, se aparta del mundo cuanto puede, desecha sus pompas y vanidades, y los gustos todos de la tierra le parecen amargos.

El hombre virtuoso, á cualquiera parte que vaya encuentra motivos para afligirse y llorar; pues, ya sea que ponga los ojos en sí mismo, ó en los demás, vé que nadie vive sin aflicciones.

Y cuanto mas este hombre examina á sus semejantes, tanto mas tiene de que afligirse y lamentarse.

Causa son de justo dolor, y lo cual nos ha de mover pronto á verdadera contricion, nuestros pecados, pues nos sujetan y postran fuertemente, que pocas veces podemos levantarnos á pensar en las cosas de Dios.

5. Si nos ocupásemos mas en pensar

que hemos de morir, que en desear vivir mucho tiempo, no hay duda que con mas fervor procuraríamos arrepentirnos.

Tambien, si considerásemos atentamente las penas del purgatorio y del infierno, de buena voluntad sufriríamos en este mundo todos los trabajos que nos sobrevinieran y nos sujetaríamos á las austeridades y penitencias con que mas pudiéramos agradar al Señor.

Pero como no penetran hasta el corazon las cosas que son necesarias para salvarnos, por eso nos mantenemos frios y perezosos, entregados á los gustos y regalos del mundo.

6. La falta de espíritu y de confianza en Dios para sufrir lo penoso que nos sobreviene, es la causa porque muchas veces se queja nuestro cuerpo miserable.

Pidamos á Dios con humildad que nos conceda el espíritu de compuncion de nuestros pecados: y digamos con el Profeta: *Alimentadnos, Señor, con pan de lágrimas; y dadnos á beber lágrimas con abundancia.* (Ps. 79. 6).

CAPITULO XXII.

Consideracion de las miserias humanas.

1. Desdichas te sobrevendrán, y miserable serás donde quiera que estuvieres, y

en cualquier parte á donde fueres, si no buscas á Dios, y á él te entregas enteramente.

¿Por qué te inquietas cuando no consigues lo que quieres? ¿Quién es el que logra todas las cosas segun su voluntad? Ni tú, ni yo, ni nadie sobre la tierra.

Ni hay hombre en el mundo que no padezca tribulaciones y angustias, por muy acaudalado que sea, y elevadísimo cargo que ejerza.

¿A quién se debe tener por dichoso? Al que con alegría padece algo por Dios.

2. Hay almas débiles, sobradamente desposeidas de virtud, que dicen: ¡Oh, y cuán rico, cuán distinguido es fulano! ¡qué vida tan buena pasa, y sin trabajar!

Nada vale todo eso: pon tú los ojos, la esperanza en los bienes del Cielo, y verás que las grandezas humanas son una pura ilusion, nada permanentes, y de grave carga, porque nunca se poseen sin cuidado ni temores.

No consiste la felicidad del hombre en poseer bienes en abundancia, no: bástale lo puramente necesario para terminar su peregrinacion.

En verdad, en verdad que la mayor mi-

seria que el hombre esperimenta es el vivir sobre la tierra.

Y cuanto mas ajustado quiere vivir á la ley santa de Dios, tanto mas amarga le parece la vida, porque vé, y conoce mas claramente los defectos de la corrupcion humana.

Y el alma entregada á Dios, hasta el comer, beber, velar, dormir y demás necesidades de la naturaleza, las tiene por una miseria, por una carga pesada, que quisiera no depender en nada del cuerpo, y estar libre de todo lo que puede conducirla al pecado.

3. Y porque estas necesidades y penalidades son en la tierra un estorbo para el hombre que solamente atiende á su salvacion, por eso deseaba el Profeta verse libre de ellas, y decia devotamente: *Sacadme, Señor, de mis angustias* (Ps. 24. 17).

Lástima inspiran los que no conocen sus propias miserias; y lástima grande se debe tener á los que gustan de esta vida tristísima y corruptible.

Y tristeza causa el considerar, que gustamos de ella casi todos los hombres.

Y admira el ver que un crecidísimo número que está sujeto á trabajar continuada

y penosamente, y á implorar la caridad pública, sin acaso recoger lo mas necesario para su sustento, quisiera no salir nunca de este mundo, permaneciendo en él sin cuidarse de la vida feliz en el reino de los Cielos.

¡Ah insensatos, tan apegados á la tierra que en nada sino en lo carnal encontrais la dicha! Llegará dia en que conozcais cuán vil y despreciable es lo que tanto amais.

No le está permitido al hombre atentar contra su vida, no: si atentáre, cometerá un horrendo crímen; pero, sin incurrir en pecado puede desear el disfrutar cuanto antes de la vista del Supremo Hacedor, sujetándose resignado á que esto se verifique cuando, y por los medios naturales que Dios tenga determinado.

4. Todos los Santos y verdaderos amigos de Jesucristo despreciaron los gustos de los sentidos, y el vano lucimiento del mundo, porque toda su esperanza se encaminaba á los bienes eternos.

Y para no enredarse en la tierra con afecciones á las cosas perecederas, elevaban sus deseos á la posesion del reino de los Cielos.

No pierdas, hermano, la esperanza de

adelantar en la virtud: todavía estás á tiempo.

5. ¿Por qué vas dilatando de dia en dia el poner por obra tus buenos propósitos? Levántate ya: dá principio ahora mismo, diciendo: Quiero aprovechar este dia para empezar á combatir mis malas inclinaciones, para enmendarme, para buscar á Dios de todas veras.

Tal vez sea el único tiempo que el Señor me conceda para procurar mi salvacion; si le desaprovecho, me perderé para siempre.

El tiempo de merecer es aquel en que se padecen aflicciones.

Y es preciso padecer antes de llegar al descanso. Escucha al Profeta rey: *Pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste á refrigerio* (Ps. 65. 12.)

Preciso es que te sobrepongas á tí mismo, que violentes tu voluntad; para que venzas los vicios.

Para el alma es pesadísima carga el cuerpo, por cuya fragilidad no puede vivir sin pecado, ni librarse de penas y dolores.

Por nuestra propia voluntad, nada quisiéramos padecer; pero por el pecado per-

dimos la inocencia, y con ella la verdadera felicidad,

Así pues, preciso es tener paciencia, implorar, y esperar la misericordia de Dios hasta que cese de reinar el pecado en nosotros, *y lo que es mortal se lo absorba la vida* (II Corint. 5. 4.)

6. Es tanta nuestra fragilidad, que raras veces podemos separarnos de los vicios; y lo prueba el que hoy confesamos nuestros pecados, y al poco tiempo incurrimos en aquellos mismos, y acaso, acaso añadimos á ellos otros mayores.

Ayer hicimos firme propósito de vivir ajustadamente á la ley de Dios, y hoy ya se nos han olvidado tales propósitos.

Preciso es que conozcamos nuestra nada, y que nos humillemos ante el Señor, confesando nuestra fragilidad y miseria.

Y de tal fragilidad puede resultar tambien que por descuido, negligencia, ú otras causas análogas, perdamos en breve tiempo lo que hayamos alcanzado con grande trabajo, y mediante la gracia con que por nuestras buenas disposiciones de entonces hubiéremos sido ayudados.

7. ¿Qué será de nosotros al fin de la vida presente, si en el principio de ella nos

manifestamos indiferentes, y flojos en el cumplimiento de lo que nos manda Dios?

¡Y queremos lograr el eterno descanso, cual si ya le tuviéramos merecido, siendo así que nada se encuentra en nosotros, ni aun siquiera señales de querer entrar en un verdadero arrepentimiento!

Pidamos á Dios el ser instruidos de nuevo, y como niños, en todo lo necesario á nuestra salvacion; y sobre el modo de adquirir y conservar las buenas costumbres, y adelantar con fruto en lo espiritual.

CAPITULO XXIII.

De la meditacion de la muerte.

1. Ten presente que dura muy poco la vida, y procura estar despierto.

Hoy es el hombre, y mañana desaparece de sobre la haz de la tierra; y brevemente desaparece tambien de la memoria no teniéndole á la vista.

Pero tanta es la ignorancia, y tal la dureza del corazon del hombre, que solamente piensa en lo presente, sin acordarse de lo venidero.

Todas tus obras y pensamientos debieras reglarlos como si hubieras de morir en aquel momento que piensas ú obras.

No temerias mucho la muerte si tuvieras limpia la conciencia.

Sabio serás si pones mas cuidado en no querer pecar, que en querer vivir.

Si no te hallas hoy dispuesto, ¿lo estarás mañana? El dia de mañana es incierto para tí: ¿sabes si llagarás á él?

2. ¿De qué nos sirve vivir mucho tiempo, cuando tan poco nos enmendamos?

¡Ay Dios! la larga vida no siempre enmienda lo pasado, antes por lo general añade pecados á pecados.

¡Ojalá que hubiéramos vivido bien siquiera un dia!

Muchos cuentan los años de su conversion, pero no pocos hallan que es corto el fruto de la enmienda.

Cosa terrible es el morir, pero acaso sea mas peligroso el vivir mucho.

¡Dichoso aquel que no aparta del pensamiento la hora de su muerte, y se dispone á morir todos los dias!

Si has visto alguno en la agonía, no te olvides de que por el mismo camino has de pasar.

3. Considera por la mañana que no llegarás á la noche, y por la noche no te olvi-

des de que tal vez no llegaras á la mañana.

Consérvate siempre bien dispuesto, procurando que no te coja la muerte desprevenido.

Muchos mueren repentinamente. *Estad apercibidos* (dice el Señor), *porque á la hora que no pensais vendrá el Hijo del Hombre* (Luc. 12. 40).

Y cuando llegue aquella hora terrible, muy al contrario que al presente juzgarás de toda la vida pasada, y te pesará infinito el haber sido tan flojo y descuidado.

4. ¡Oh, y cuán sábio y feliz es aquel que procura vivir, y sostenerse hasta el fin del modo que deseara hallarse á la hora de la muerte!

Gran confianza ha de inspirarle de lograr una dichosa muerte el total desprecio que hubiere hecho del mundo, el fervoroso deseo de adelantar en la virtud, el trabajo de la penitencia, la prontitud en obedecer, la abnegacion de la propia voluntad, y la paciencia en todas las adversidades, todo por amor de Jesucristo.

Muchas son las buenas obras que puedes hacer entre tanto que goces de buena salud; mas cuando enfermáres, aunque quieras, poco harás.

Pocos son los que se enmiendan de resultas de una enfermedad, así como rara vez se santifican los dados á peregrinaciones y romerías.

5. Ni por consejos de tus amigos, ni por instancia de tus parientes dejes el negocio de tu salvacion para mas adelante: confía en Dios, no en ellos, que cuando mueras, mas pronto de lo que presumas se olvidarán de tí.

Ahora es tiempo de que tú por tí mismo te prepares con buenas obras, las cuales envies al Señor antes que tú vayas. Si despues de la muerte te favorecen tus allegados con sufragios, tanto mejor; pero no esperes lograr tu salvacion por ellos, porque tal vez la confianza te engañe.

Si no procuras tu bien ahora, ¿quién te lo procurará despues que mueras?

El tiempo presente es muy precioso; el mas favorable: los dias de buena salud son los que debes aprovechar para conseguir tu salvacion:

Si los gastas inútilmente, teme tu eterna condenacion.

Llegará dia en que desees con vivas ánsias que te sea concedida una sola hora para arrepentirte de tus culpas, pero ¿la alcanzarás?

6. Considera, hermano mio, el grande espanto y peligro que puedes evitar si ahora procuras vivir temeroso de morir desprevenido:

Aplícate á vivir ahora de tal modo, que mas bien te cause alegría que temor el ver acercarse la muerte.

Aprende ahora á morir para el mundo, á fin de que entonces empieces á vivir con Cristo.

Decídete ahora á despreciar todo lo terreno, para que nada te impida el ir á gozar de Dios desde el instante de tu muerte.

Castiga ahora tu cuerpo con la penitencia, para tener entonces segura confianza.

7. Locura grande es el pensar vivir mucho, no teniendo un solo dia seguro.

Infinitos que esperaban larga vida, se han visto engañados: fueron arrancados del mundo cuando menos lo esperaban.

¡Cuántas veces has oido decir que uno murió asesinado, otro se ahogó, otro pereció de una caida, otro falleció repentinamente estando comiendo, otro jugando, otro á manos de ladrones, otro abrasado, miles y miles en los combates, y arrebatados por la peste!

Ello es cierto que el fin de todos es la

muerte, y que la vida del hombre pasa velozmente como una sombra.

8. ¿Y quién se acordará de tí despues de muerto? ¿quién rogará por tí?

Haz ahora, hermano, haz ahora lo que puedas para bien de tu alma, pues no sabes cuándo morirás, ni qué será de tí despues de muerto.

Atesora riquezas inmortales ahora que tienes tiempo. No pienses sino en salvarte: atiende á las cosas de Dios únicamente.

Procúrate ahora el favor de la Madre de Jesus, para que sea tu medianera.

Gana amigos ahora venerando á los Santos, y procura imitar sus virtudes.

Socorre á los pobres cuanto puedas, para que aplacado Dios por sus ruegos, seas recibido en las moradas eternas.

9. Considérate como huesped en la tierra, al cual no es permitido tomar parte alguna en los negocios del mundo.

Manten el corazon libre de deseos terrenos, pero siempre levantado á Dios, porque no ha de ser estable tu presencia en la tierra.

Acude al Señor todos los dias con oraciones y lágrimas, para que despues de la

muerte merezca tu alma pasar dichosamente á gozar de su presencia. Amen.

CAPITULO XXIV.

Del juicio de las almas, y castigo de los pecados.

1. Mira bien el fin que te propones en todas y cada una de las cosas; y considera que, segun tus obras serás juzgado por un Juez severo, á quien nada puede ocultarse, y que no se aplaca con dádivas, ni admite disculpas.

Hombre miserable, que aun cuando sea de poca gravedad el delito que cometiste, tiemblas ante un juez en la tierra, ¿cómo te hallarás ante Dios, y qué le responderás cuando te pida cuenta de todas las malas acciones, las cuales conoce mejor que tú?

2. Por qué no te aprovechas del tiempo que Dios te concede ahora, y no te preparas, como verdadero cristiano, para ese dia? Dia terrible, en que cada una de las almas tiene que hacer por sí sola su defensa.

Ahora, ahora puedes trabajar con fruto, pues el Señor aceptará tus lágrimas, oirá tus súplicas, y admitirá el dolor de haberle ofendido en satisfaccion de tus pecados.

2. En esta vida se ofrecen al hombre motivos para padecer y merecer. Si te

injurian, duélete mas de la maldad que comete el que te injuria, que de tu propio mal. Ruega á Dios incesantemente por tus enemigos, y perdónalos de todo corazon. Humíllate ante aquellos á quienes hubieres ofendido. No te dejes dominar de la ira. Sufre con paciencia, sé misericordioso con todos. Violéntate á tí mismo, procurando sujetar los sentimientos y deseos de la carne á lo justo que te incline el espíritu.

Mejor es cortar ahora el vicio, y purgar los pecados con la penitencia, que satisfacer por ellos despues de la muerte.

Verdaderamente que nos tiene engañados el amor ciego con que amamos nuestra carne.

3. ¿En qué piensas que se ha de cebar el terrible fuego del infierno, sino en tus pecados?

Cuanto mas gusto dieres á la carne, tanto mas cebo vas juntando para las llamas eternas; y por consecuencia, tanto mas fuertemente serás alimentado con ese fuego.

En lo mismo que hubiere pecado el hombre será en el lugar de las penas castigado.

Allí sufrirán los perezosos punzadas ardientes.

Los dados á la gula esperimentarán un hambre y sed inesplicables.

Los entregados á placeres deshonestos serán atormentados con un vivísimo fuego.

Los envidiosos aullarán como perros rabiosos.

A los soberbios desgarrarán sus entrañas la ignominia y confusion que les cercará.

Los avaros serán oprimidos con la mas acerva necesidad.

4. No habrá vicio que en aquella mansion de llanto y de tristeza deje de tener preparado el correspondiente tormento.

Una sola hora de tormentos será allí mas insoportable que cien años en este mundo de la mas áspera penitencia.

Allí no hay para los condenados el mas leve descanso ni consuelo, pero en este mundo, aun cuando el hombre se vea rodeado de males y trabajos, de vez en cuando halla algun alivio, y le consuelan los hombres caritativos.

Aplícate á borrar tus pecados con el arrepentimento y la penitencia, si quieres tener por seguro el triunfo en el dia de la cuenta.

En este dia *estarán los justos con grande constancia contra aquellos que les angustiaron* (Sap. 5. 1), y que les quitaron lo que ganáran con su trabajo.

Entonces estarán para juzgar los que en este mundo se sujetaron humildemente al juicio de los hombres.

El pobre y el abatido tendrán en aquella ocasion mucha confianza, pero el soberbio se estremecerá.

5. Entonces se conocerá que fue sábio en este mundo aquel á quien por seguir los caminos de Jesus se tuvo por insensato; y por amar á Jesus fue despreciado.

Entonces, con la mayor satisfaccion y alegría, se recogerá el fruto que produjeron los trabajos llevados con paciencia en esta vida; y *toda iniquidad cerrará su boca* (Ps. 106. 42).

Los que practicaron las virtudes, se hallarán gozosos en aquel dia; pero unidos en la mayor tristeza los que solamente cuidaron de satisfacer sus gustos.

El que mortificó su cuerpo, y resistió sus malas inclinaciones, estará gozoso: abatido el que no quiso atender mas que á los deleites.

En el dia de la cuenta brillarán los que

vistieron humildemente; y los que arrastraron galas quedarán oscurecidos.

El morador de una pobre casilla será mas estimado que los habitantes de suntuosos palacios.

Una paciencia constante será entonces de mayor valía que el mas grande poder ejercido en este mundo: y la sencillez de una pronta y santa obediencia, mas ensalzada que toda la sagacidad y política del siglo.

6. En aquel dia servirá de mas contento el haber tenido la conciencia pura, que el haber hecho alarde de poseer la mas docta filosofía.

Mas satisfaccion resultará de haber despreciado las riquezas, que de haber poseido todas las del mundo.

Mas consuelo se recibirá entonces de haberse entregado á la oracion con frecuencia y devotamente, que de haberse sustentado con deliciosos y sabrosísimos manjares.

Mas gozo de haber guardado silencio, que de haber hablado con esceso.

Mas valdrán aquel dia las buenas obras, que las muy discretas palabras.

En fin, mas aprovechará en dia tan terrible, como lo es el del juicio, haber pasado la vida en estrechez y penitencia, que

haber disfrutado todas las delicias de la tierra.

Aprende ahora á padecer las cortas penas de este mundo, para evitar las espantosas del otro.

Haz aquí primero la prueba de lo que podrias sufrir despues.

Y si aquí no puedes resistir lo que es tan poco, ¿ cómo podrás sufrir allá los tormentos eternos?

Si una pequeña mortificacion te impacienta en este mundo, ¿cuánto, y de qué modo te impacientarán los crueles y eternos padecimientos del infierno?

Gozar deleites en esta vida, y presumir que despues te deleitarás tambien habitando con Jesucristo, es un presumir equivocado, hermano y amigo querido. Ó los deleites, ó Cristo.

7. Quiero suponer que hasta esta hora has vivido colmado de honores, de riquezas y entregado á toda clase de placeres: y en el caso de que tu vida termine de aquí á un instante, ¿de qué te servirá todo esto?

Convéncete de que todo es vanidad y locura, menos el amar á Dios, y servirle á el solo.

El que de todo corazon amáre á Dios, no

temerá la muerte, ni el juicio, ni las penas del infierno; porque el amor, cuando es perfecto, arroja fuera de nosotros el temor, y nos acerca al Señor con gran confianza;

Así como se vé muy de contínuo que temen la muerte y el juicio los que permanecen y se deleitan en el pecado.

Mas si el amor que tengamos á Dios no fuere tan vivo que nos contenga, y mate aquellos impulsos que nuestras malas inclinaciones nos sugieran para ofenderle, será muy provechoso que recordemos las penas del infierno, y que por temor á ellas huyamos del pecado.

Y téngase por cosa cierta, que si desechamos de nosotros el temor que habemos de tener á Dios, aunque Padre tan tiernísimo, muy pronto caeremos en los lazos que nos tienda el demonio.

CAPITULO XXV.

De la fervorosa enmienda de toda la vida.

1. Considera bien que el prevenir al cristiano que desprecie los bienes, pompas y vanidades del mundo, es solo con el santo fin de que goce toda la libertad que necesita para entregarse al servicio de Dios, y alcanzar su salvacion.

Si desde luego trabajas con fervor en perfeccionar tu vida y costumbres, encaminándolo todo á honra y gloria de Dios, brevemente recibirás el premio, y te verás libre de todo temor y pena.

Cortísimo tiempo durará ese trabajo, el cual te proporcionará un eterno descanso, y alegría eterna.

Si perseveras fiel y constantemente en practicar las virtudes, tambien Dios será fiel, y muy generoso en pagarte.

Vive con esperanza de alcanzar victoria y premio por tu perseverancia en el amor de Dios; pero no te creas seguro; esto sería culpable temeridad, y motivo tal vez de soberbia.

2. Un buen cristiano se veía frecuentemente atormentado con penosas dudas que le hacian luchar entre la esperanza y el temor. Abatido un dia de tristeza, entró en la iglesia, y se postró ante un Divino Señor, y entre las súplicas que dirigia al Altísimo, una fue la siguiente: ¡Oh! si supiera que habia de perseverar en mis buenos propósitos...

Sin concluir de espresar su deseo, oyó interiormente esta respuesta. ¿Qué harías si lo supieres? Pues haz ahora lo que harías entonces, y estarás seguro.

Consolado y fortalecido con tal respuesta, se entregó enteramente á la voluntad de Dios, y cesaron al momento sus congojas.

En vez de ser curioso, y querer averiguar lo que le sucederia en adelante, se aplicó con todo cuidado á inquirir lo que debia practicar que fuese mas agradable á Dios, para mejor servirle.

Espera en el Señor, y haz obras buenas, y habitarás en paz en la tierra, y te sustentarás con las riquezas de ella (Ps. 36. 3).

Lo que á muchos retrae de enmendar su vida, y adelantar en la virtud, es la falta de deseo, su flogedad, y el tener por trabajoso pelear consigo mismos para vencer sus pasiones.

Y en verdad que si procuramos con esfuerzos mortificarnos hasta vencer aquella costumbre, aquel vicio que mas arraigado se halle en nosotros, y por consecuencia mas trabajo nos ha de costar el lanzar de nosotros, adelantaremos sobremanera en el camino de la virtud y vida cristiana.

Cuanto mas procura el hombre vencerse á sí mismo, y mortifica su amor propio, tanto mas se fortifica en la fé, y mayor gracia le concede el Señor.

4. Pero no todos tienen el mismo ánimo para mortificarse, y vencer y dominar todas sus malas inclinaciones.

Aunque así sea, tambien es verdad que si un hombre flojo en el cumplimiento de los deberes de cristiano, y abrumado con la pesadísima carga de violentas pasiones, sale de su apatía, y hace esfuerzos para dominarlas, proponiéndose servir fielmente á Dios, adelantará mas en su camino que otro menos pecador, pero que permanece tibio en ahuyentar de sí los vicios.

Dos cosas pueden contribuir eficacísimamente á que arreglemos nuestra vida; y son, abandonar todos nuestros malos deseos, y trabajar para adquirir todas aquellas virtudes de que carecemos.

Y es necesario cuidar de no incurrir en aquellos defectos en que se vé, y se oye decir que incurren otros, y desagradan á los buenos.

5. Apresúrate á imitar los virtuosos ejemplos que veas practicar, ó que oigas referir.

Nunca imites lo malo; y si en tal error incurrieres alguna vez, procura lavar aquel pecado con el dolor y la penitencia.

Y ten muy presente, que así como tú ob-

servas las acciones de los otros, ellos observan las tuyas.

¡Qué gozo tan cumplido recibe el verdadero católico cuando vé á sus hermanos empleados con fervor en las prácticas religiosas!

¡Pero qué tristeza le ocasiona el contemplar los muchos que caminan desordenadamente, y han abandonado esas prácticas, así como varios religiosos los ejercicios de su vocacion.

Dañosísimo es que deje el hombre las obligaciones precisas de su estado por ocuparse en lo que no le incumbe.

6. Acuérdate de la profesion que abrazaste, ó propósito que hiciste; y no apartes tus ojos de Jesucristo.

Cúbrete de vergüenza al contemplar que en nada has imitado la santísima vida de Jesucristo, no obstante los muchos años que tienes señalado el camino por el cual prometiste andar.

El hombre que atenta y devotamente medita la santísima vida, pasion y muerte del Redentor, encontrará con abundancia lo que le es provechoso, y muy necesario: y torpísimamente engañado vive el que fuera de Jesus busca otra cosa mejor.

¡Ah! si preparásemos nuestro corazon de modo que Jesus se hospedára en él, y en él se dignára aposentarse ¡cuán pronta y cumplidamente seriamos instruidos en todo aquello que necesitamos saber!

7. El religioso que vive fervorosamente, oye y ejecuta de buena voluntad cuanto le manda el superior.

El tibio, el negligente, de contínuo se vé atribulado, angustiado, porque carece de los consuelos interiores que proporciona la recta conciencia, y no le está permitido buscar los esteriores, que son los contentos de la tierra.

El religioso que no vive segun la regla que abrazó, está espuesto á grave ruina.

El que gusta vivir ancha y descuidadamente, no disfrutará verdadera paz, porque con frecuencia encontrará cosas que le descontenten y aflijan.

8. ¿Qué practican los religiosos que viven estrechamente en la observancia de sus reglas?

Se dejan ver en público rarísimas veces, y aun en sus mismas casas se encuentran apartados unos de otros; visten pobremente; trabajan mucho, hablan poco, velan largo tiempo, oran frecuentemente, se entregan

á la lectura de las santas Escrituras, y observan rigorosamente la regla á que se sujetaron.

Mira los muchos Religiosos y Religiosas que á la media noche, y en todas las épocas del año, dejan el lecho con el mayor contento, y acuden al coro á entonar himnos y salmos en alabanza del Señor.

Avergüéncese aquel que se impuso esta obligacion, y por pereza, ó desprecio de esta práctica, deja de acudir á obra tan santa.

9. ¡Qué dicha la nuestra si en nada mas tuviéramos que ocuparnos que en alabar á Dios con el corazon y de viva voz!

¡Qué felicidad si no tuviéramos necesidad de comer, beber, ni dormir, y pudiéramos orar, y estar empleados contínuamente en ejercicios espirituales! Mucho mas dichosos seríamos que hallándonos, como nos hallamos, sujetos á las necesidades del cuerpo.

¡Pluguiese á Dios que no conociéramos semejantes necesidades, y que solo tuviéramos que atender al alimento espiritual de nuestras almas! Pero, ¡oh dolor! á tan necesario, á tan indispensable alimento no nos cuidamos de atender; y si atendemos alguna vez, es con disgusto, sin gana.

10. Cuando el hombre se ha llegado á persuadir que no debe buscar en ninguna criatura su satisfaccion y consuelo, entonces empieza á encontrar en Dios un gozo perfecto; y con todo lo que le suceda, por adverso que sea, se conforma y está contento.

Entonces, ni las prosperidades terrenas le ocasionan contento, ni tristeza los males; puesto enteramente en las manos de Dios, en Dios confia, y en Dios vive, porque el Señor es su todo en todas las cosas, y nada vé sino á Dios.

11. Acuérdate con frecuencia de la muerte, y ten en la memoria que el tiempo perdido ya no vuelve.

No presumas alcanzar las virtudes, si para conseguirlo no pones de tu parte toda diligencia.

Tan pronto como empieces á entibiarte en la fé, y en la práctica de las buenas obras, empezarás á caer en pecado: mas si en ambas cosas perseveras constantemente disfrutará de una dulcísima paz.

Y por tu amor á la virtud te favorecerá Dios con su gracia, con la cual soportarás pacientemente los trabajos y penalidades de esta vida.

El que vive cristianamente, se encuentra siempre dispuesto para todo lo bueno, así como para sufrir los males que le sobrevengan.

Mas grande trabajo ocasiona el resistir las malas pasiones, que sudar con los trabajos corporales.

El que no evita los pequeños defectos, espuesto está á incurrir en los mas graves.

Un dia bien empleado proporciona grande contento por la noche.

Vela sobre tí; amonéstate, escítate á tí propio á no faltar al cumplimiento de lo que te manda Dios, y no te cuides de lo que hagan los demás.

Tanto será lo que aproveches para bien de tu alma, cuanta fuere la violencia que te hicieres en mortificar los malos deseos y trabajo que emplees en seguir el camino del Crucificado. Que este Señor te haga partícipe de su gloria. Amen.

LIBRO SEGUNDO.

AVISOS UTILÍSIMOS PARA LA VIDA INTERIOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la conversacion interior.

1. *El Reino de Dios está dentro de vosotros*, nos dice Jesucristo (Luc. 17. 21.)

Abandonemos al mundo, convirtámonos al Señor de todo corazon, y encontrarán el descanso que apetecen nuestras almas.

Aprende á despreciar las cosas esteriores (que son las de la tierra), y entrégate á las interiores (ó sea lo que debes hacer para salvarte); y verás que viene á tí el Reino de Dios;

Porque *el Reino de Dios* es paz y *gozo en el Espíritu Santo* (Rom. 14. 17): y entiende bien que no se concede á los malos.

Si en tu interior preparas morada digna de tal huesped, Jesucristo vendrá á tí, y te hará participante de sus dulces consuelos.

Este Señor busca la hermosura de su hospedaje dentro del alma; y sí allí la en-

cuentra, allí permanece con la mas grande complacencia.

Y la visita que hace á esa alma pura, es contínua, porque con ella se entretiene en dulce conversacion, tratándola con admirable familiaridad, é inundándola de paz y alegría.

2. Ea pues, alma fiel, prepara en tu pecho digna morada á este casto Esposo, para que se digne venir á tí, y habitar contigo.

Así lo ha prometido: escúchale: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él* (Joan. 14. 23).

Pon todos los medios posibles para que Dios tome posesion de tu corazon; y á nada mas des en él entrada

Si posees á Jesucristo, eres verdaderamente rico, y nada mas necesitas.

Te socorrerá en todas tus necesidades, sin que eches de menos el socorro de los hombres, que son inconstantes, y perecen luego; pero Jesucristo permanece eternamente, y asiste á sus amigos hasta el fin.

3. No confíes demasiado en el que se declare tu protector, aunque te manifieste gran cariño, y tú le estimes en demasia, porque el hombre es frágil.

Ni te aflijas porque se manifieste contrario tuyo.

El que hoy te favorece, tal vez te despreciará mañana, porque el hombre varía como el viento.

Pon en Dios toda tu esperanza; y sea Dios á quien temas, y á quien ames.

En el Señor tendrás tu amparo y tu defensa, que dispondrá todas las cosas del modo que mas convenga para tu provecho.

Acuérdate de que *no tienes aquí ciudad permanente* (Hebr. 13. 14). Donde quiera que fueres ó estuvieres, considérate como forastero: no gozarás reposo en parte alguna hasta haberte unido estrechamente con Jesucristo.

4. ¿Qué buscas aquí, no siendo este mundo el lugar de tu descanso?

Donde te está preparada la morada es en el Cielo; y si quieres ocuparla, preciso es que mires como de paso lo terreno.

Todas las cosas de este mundo acaban, y tú tambien acabarás; procura no aficionarte á alguna de ellas, para que no se arraigue el mal en tu corazon y perezcas.

Pon tu pensamiento en el Altísimo, y ruega á Jesucristo que te proteja.

Si no puedes elevarte á la contemplacion de las cosas celestiales, medita en la Pasion de Jesucristo, y acógete devotamente á sus sacratísimas llagas.

Porque si te acoges de corazon á las llagas y pasion de Jesus, encontrarás la fuerza que necesitas para sostenerte en tus aflicciones.

Tambien la encontrarás para no sentir que te desprecien; y para sufrir con paciencia los males que de palabra ó de obra te ocasionaren los hombres.

5. El mismo Jesucristo se vió despreciado del pueblo, y abandonado de sus amigos cuando mas necesitaba de consuelo.

Cristo quiso padecer por nosotros, y sufrir los mayores oprobios; ¿y te atreverás tú á prorumpir en la menor queja; si padeces algo? Sufre con paciencia por amor al mismo Jesus.

Jesucristo tuvo enemigos y calumniadores: ¿y pretendes tú ser estimado y favorecido de todos?

¿Qué premio quieres que se conceda á tu paciencia, no esperimentando aflicciones y desgracias que la pongan á prueba?

Si eres enemigo de la Cruz, pues no

quieres padecer mortificacion alguna, ¿qué derechos pretendes alegar para ser amigo de Cristo?

Sufre por amor á Jesucristo, y será tu amigo, y reinarás con Cristo.

6. Si te acercas á Jesus, y te declaras su sincero amigo, conocerás, y participarás de su encendido amor al hombre; y entonces el grande gozo que esperimentarás te hará olvidar todo lo que en el mundo pueda serte provechoso, ú ocasionarte mal; gloriándose de ser injuriado, y de padecer por Cristo: porque el amor que se tiene á Jesus dispone al hombre para despreciarse á sí mismo, y hasta entregarse á la muerte por Jesucristo.

El que ama á Jesus y busca la verdad, haciendo una vida desnuda de afectos desordenados, puede entregarse á Dios libremente, elevarse en espíritu sobre sí mismo, y descansar en el Señor.

7. El verdadero sabio es aquel que mira y aprecia las cosas segun es debido, sin pasion, ni desfigurándolas por cualquier otro motivo; y no como las mira y aprecia el mundo: sabiduría que mas procede de Dios que de los hombres.

El que sabe vivir cristianamente, y ha-

ce poco aprecio de las cosas del mundo, no busca lugares, ni espera tiempo para entregarse á la práctica de sus ejercicios devotos.

El verdadero amigo de Dios, fácilmente se recoge á pensar y obrar lo que puede ser agradable al Señor, resistiéndose á dar entrada en su corazon á las cosas del mundo.

Para ello no le estorba el trabajo de manos, ni clase alguna de ocupaciones; y se conforma con todas las cosas segun se suceden.

El que vive ocupado de las cosas de Dios, no se cuida del mal obrar de aquellos que se han entregado á las cosas del mundo.

Y cuanto mas el hombre se aficionáre á las cosas de la tierra, tanto mas se desvia de pensar en las del cielo.

8. Si tu corazon se hallára libre de pasiones, y por consecuencia obraras con rectitud en todo, todo redundaria en bien y provecho tuyo.

Muchas cosas te disgusfan, y alteran, porque no te has desprendido de lo terreno.

Nada hay que tanto manche y enrede tu corazon como el amor desordenado que tienes á las cosas de acá abajo.

Cuando te abstengas de buscar en los hombres el consuelo en tus tribulaciones, y solo acudas á pedirle á Dios de todas veras, podrás contemplar las cosas celestiales, y esperimentar tu alma grande gozo.

CAPITULO II.

De la sumision á la voluntad de Dios.

1. No te cuides del que se declare en tu favor, ó te se manifieste contrario; cuida únicamente de que sea Dios quien te guie en todas tus acciones.

Conserva pura la conciencia, y Dios te defenderá.

Al que ayuda Dios, no daña la malicia del hombre.

Si sabes sufrir y callar, el Señor te favorecerá, que sabe el tiempo, y modo de librarte; y así, para todo debes ponerte en sus manos.

Solamente Dios puede ayudarnos, y librarnos de toda tribulacion.

Muchas veces conviene, para que se pruebe, y que guardemos aun mayor humildad, que sepan otros nuestros defectos, y nos corrijan.

2. El que confiesa con humildad sus faltas, aplaca fácilmente á los que ha ofen-

dido, y á poca costa dá satisfaccion á los que tiene enojados.

A los humildes protege Dios, y los libra del mal; á los humildes ama y consuela; á los humildes dá especial gracia; y al humilde abatido, y que durante su abatimiento en la humildad permanece, lo eleva á grande honra.

A los humildes descubre Dios sus secretos, y los convida, y los atrae á sí dulcemente.

La paz que goza el humilde, no se altera aun cuando muchas sean las injurias que reciba, porque vive con Dios, y no hace caso de las cosas del mundo.

No presumas haber adelantado en la virtud si no te consideras en toda ocasion como el menor, como el último de los hombres.

CAPITULO III.

Del hombre bueno y pacífico.

1. Procura que en tu corazon se arraigue la paz, y despues de haberlo conseguido podrás emplearte en procurársela á tus semejantes.

El hombre pacífico es mas util en la sociedad que otro muy ilustrado.

Aquel á quien dominan las pasiones,

maliciosamente trata de convertir en malo lo que es bueno; y con facilidad cree y se inclina á lo mas pésimo.

El hombre virtuoso y pacífico, todo lo vé con espíritu de caridad, y cree ser rectos los fines con que se hace.

Al que goza de paz cumplida, nada le altera ni acobarda.

Mas el que faltó á Dios y al prógimo, y no ha puesto en paz su conciencia, se vé atormentado de crueles sospechas; y ni sosiega, ni permite sosegar á los que le rodean.

Dice muchas veces en perjuicio propio, y del prógimo, lo que no debiera decir; y y deja de hacer lo que le conviene, que es poner en paz su alma.

Ten muy en cuenta las obligaciones de los demás, y descuida el cumplir las tuyas.

Procure el hombre celarse y corregirse á sí propio; y esto hecho podrá celar y corregir á otros.

2. Y tú que, por cuantos medios te son posibles, tratas de encubrir tus faltas, ¿por qué razon no quieres admitir las disculpas agenas?

Sabe que la caridad exige que tú á tí mismo te culpes, y disculpes á tu hermano.

Sufre con paciencia los defectos de los otros, si quieres que sufran los tuyos.

El hombre que verdaderamente se halla poseido de la caridad y humildad, ni se irrita contra su prógimo, ni de él está quejoso; y si quejoso está alguna vez, es solamente de sí propio.

Para que seas cual ese hombre, obsérvale detenidamente: nota la diferencia que haya de tí á él; y esfuérzate á imitarle.

No se contrae ningun mérito, y sí se cumple un deber, tratando cariñosamente al hombre bueno y pacífico; además que causa grande satisfaccion, y no se gana poco, contrayendo con él amistad, y conversando con él frecuentemente.

El tratar con personas altaneras, de mal genio, muy apegadas á su parecer, y acostumbradas á contradecirlo todo, sufriendo sin quejarse cuanto digan, y pasando por aquello que quieran, y pesando las palabras que se las ha de decir, para no alterar la paz, es una heroicidad, una gracia que Dios ha concedido al que las sabe sobrellevar.

3. Hay hombres que tienen paz consigo mismos, y que la sostienen con los demás.

Hay otros que ni la tienen consigo, y que ponen los medios para que otros la pierdan; y que son una carga muy pesada para sus allegados, y mayor para sí mismos.

Y los hay que permaneciendo ellos en paz estudian el modo de poner en paz á sus convecinos:

Pero nuestra paz en esta vida se ha de entender que mas estriba en sufrir con resignacion y tranquilidad de ánimo los males, las desgracias que nos sobrevienen, que en tolerar los defectos y contrariedades del prógimo, porque estos ocasionan menos padececer que aquellos.

El que con mas paciencia sufra, ese disfrutará mayor paz; y si fijo hasta el fin conserva la paciencia, es el que supo vencerse á sí propio; y enseñorearse del mundo, y hacerse amigo de Jesucristo, y conseguir su gloria.

CAPITULO IV.

De la pureza de corazon y sencilla intencion.

1. Con dos alas, que son la sencillez y la pureza, se remonta el hombre sobre todas las cosas de la tierra.

La sencillez ha de unirse á la intencion, y la pureza al efecto.

Y la intencion, acompañada de la sencillez, se encamina á Dios: la pureza le abraza, y en Dios encuentra su gozo.

Ninguna buena obra te parecerá irrealizable cuando te encuentres libre de malos deseos.

Si solamente procuras hacer lo que sea agradable á Dios, y provechoso al prójimo, librarás tu corazon de todo desordenado afecto.

Si te acompañáse recta intencion, toda criatura será para tí un espejo en que podrás mirarte para ordenar tu vida, y un libro de santas instrucciones:

Porque no hay cosa alguna criada, por insignificante que parezca, que en sí no manifieste el poder, la sabiduría y bondad de Dios.

2. Si fueras bueno: si tu alma estuviera enteramente purificada, verias y entenderias todas las cosas segun son, y las apreciarias segun cada una merece.

El espíritu limpio de toda mancha penetra el cielo y el infierno.

Tal cual son los sentimientos del corazon humano, así juzga de lo que vé.

Si hay alegría, algun gozo en este mundo, el hombre de recta y pura conciencia es quien lo disfrutará.

Las penalidades y angustias son propiedad del que se obstina en permanecer en pecado.

Así como el hierro deja la escoria entre el fuego, y este lo pone resplandeciente, así el hombre que se entrega á Dios de todas veras, desecha de sí la flogedad, la escoria de los malos afectos, y se convierte en hombre nuevo.

3. Cuando el hombre afloja en seguir la virtud, afloja tambien en las prácticas religiosas á que antes se entregaba gustoso: aun las mortificaciones mas ligeras le desagradan; y acoge de buen grado lo que contenta, lo que halaga los sentidos.

Muy al contrario procede el que, reconocido el error en que vive, se ha propuesto dominar todas sus pasiones, y caminar por donde Dios quiere que todo mortal vaya caminando; para lo cual no encuentra dificultades; teniendo por muy ligeras y fáciles aquellas cosas que le parecian carga pesada, y suponia no poder abrazar.

CAPITULO V.

De nuestra propia consideracion.

1. No debemos confiar en nosotros mismos para cosas de entidad, porque muchas veces nos hallamos privados de la gracia y del conocimiento necesario para obrar bien.

Poca luz hay en nosotros, y esa la perdemos luego por nuestra negligencia.

Y muy triste es que no echemos de ver la ceguedad de nuestras almas.

Siempre que obramos mal, para dar disculpa sabemos incurrir en otras faltas.

En diversas ocasiones nos impelen á obrar ciertas pasiones; pero tan necios somos, que creemos no ser las pasiones quienes nos guian, y sí suponemos que es un buen celo.

Reprendemos á otros por faltas leves; y aunque las nuestras sean mayores, no fijamos la atencion en ellas, y ni admitimos que se nos reprenda.

Súbitamente nos quejamos, y en demasía, de lo que sufrimos por causa de otros; pero ni aun hacemos el menor caso de lo que hacemos sufrir á los demás, ni del eno-o que les causamos.

El que conozca bien sus defectos, no juzgará mal de su prógimo.

2. El verdadero amigo de Jesucristo antepone el cuidado de no desagradarle á todos los demás cuidados.

Y el que vela atentamente sobre sí, para no ofender al Señor, se mezcla, y habla poco de los negocios y cosas de los otros.

No será perfecta tu devocion, tu apego á las cosas santas, ínterin te ocupes en hablar de lo ageno, y no te apliques á cuidar de tí mismo.

Si solamente te ocuparas de Dios, y de procurarte su santa gloria, te importaria muy poco todo lo demás que á estos dos tan interesantes puntos no pertenezca.

¿Donde estás cuando no estás contigo? pues dejas de estar en tí cuando no piensas en Dios y en tu salvacion.

Y despues de haber salido de tí mismo, y discurrido por todas partes, y pensado, y tratado solamente de las cosas del mundo, ¿qué adelantaste?

Para alcanzar la paz del alma, y estar unido con Dios, no pienses sino en tí solo, y haz poco caso de todo lo demás.

3. Ten por cierto que adelantarás mucho para tu bien espiritual si te desprendes

de todo cuidado terreno; pero si estimas demasiado las cosas temporales, infaliblemente perderás el rigor del alma, y te separarás de las del Cielo.

Ninguna cosa en el mundo debe parecerte grande, hermosa, ni digna de ser amada sino Dios, y lo que viene de Dios.

Ten por vanos, por peligrosos los contentos que puedan proporcionarte las criaturas.

El que ama á Dios, no se cuida de lo que es inferior al Señor.

Solamente Dios Ser Eterno, inmenso, Justo y Misericordioso, es el consuelo del alma y la alegría del corazon.

CAPITULO VI.

De la alegría de la buena conciencia.

1. La gloria del hombre virtuoso es el testimonio de su buena conciencia.

Si quieres gozar de una verdadera alegría, sosten continuadamente la pureza de tu conciencia.

El hombre de conciencia limpia sufre pacientemente toda clase de males é infortunios, y aun está contento con su padecer.

Pero aquel cuya conciencia está manchada, ni aun en medio de los mayores pla-

ceres encontrará alegría, ni aun el menor sosiego.

Si no te remordiere la conciencia, gozarás de una quietud suavísima.

No te alegres sino cuando hicieres algun bien.

Jamás gozan los malos alegría verdadera, ni gustan la paz del alma, porque *no hay paz para los impíos, dice el Señor Dios.* (Isai. 57. 21).

Y si los malos dicen: *en paz estamos; no vendrán males sobre nosotros; ¿quién se ha de atrever á hacernos daño?* no los creais; porque repentinamente se levantará contra ellos la justicia divina, y se convertirán en nada sus obras, y perecerán sus pensamientos.

2. No es difícil al que ama á Jesus poner su gloria en los trabajos que padezca por Dios: el que por esta causa se gloría, funda su gloria en la Cruz de Cristo.

La gloria, la alegría que los hombres se proporcionan unos á otros, pasa muy luego.

Y la gloria del mundo, siempre vá acompañada de tristeza.

La gloria del hombre pende de su conciencia, no de la boca de otros hombres.

La alegría de los justos proviene de Dios:

y en Dios hallan su complacencia, y en la verdad su gozo.

El que ansía alcanzar la gloria eterna, donde se goza la verdadera alegría, no hace caso de la temporal: mas el que desea la gloria del mundo, lejos está de procurarse la eterna.

Cuando mires con desprecio las alabanzas y los vituperios, residirá la verdadera paz en tu corazon.

No serás mejor porque te alaben, ni peor porque te vituperen.

3. Al de conciencia pura nada le altera; vive sosegado y contento.

Tal como seas, así aparecerás ante Dios; y no por lo que digan serás mas bueno, ni mas malo de lo que el Señor sabe que eres.

Si examinas bien tu conciencia, y la encuentras enteramente limpia, nada te importará de cuanto malo digan de tí los hombres.

El hombre juzga por lo que aparece á su vista: el Señor vé el corazon (1 Reg. 16. 7).

El hombre vé las obras, pero Dios conoce las intenciones.

Obrar bien en todo, y tenerse por nada, es señal de alma humilde.

Cuando el hombre no busca consuelo en

las criaturas, prueba es de que hace poco caso de lo terreno; y de que tiene puesta toda su confianza en Dios.

4. El que no solicita que los hombres aprueben sus acciones, ni pretende que le elogien, dá á entender que solamente confia en el Señor:

Porque, como dice San Pablo, *No el que se alaba á sí mismo es aprobado* (bueno), sino aquel á quien Dios alaba (II Cor. 10. 18).

Tener á Dios en el corazon y en los labios, andar siempre con Dios, y no manifestar apego á cosa alguna del mundo, estado es de varon espiritual.

CAPITULO VII.

Del amar á Jesucristo sobre todas las cosas.

1. ¡Dichoso el que sabe lo que es, y cómo se ha de amar á Jesucristo, y despreciarse, y abatirse á sí propio por amor á Jesucristo!

Para amar á Jesus, preciso es dejar de amar las cosas del mundo; porque Jesus quiere que se le ame á él solo, y mas que á todo lo criado.

El amor de las criaturas es engañoso y mudable; el que Jesus nos profesa es fiel, y permanente.

El que se une á las criaturas, tropezará de continuo en el error, y por fin caerá, porque el apoyo que puede prestar el hombre es fragil y perecedero; mas el que se entrega y estrecha á Jesus, se mantendrá siempre firme.

Ama pues, y conserva siempre por tu único amigo á Jesus, el cual, aunque todos los hombres te desprecien y abandonen, jamás te dejará, ni permitirá que acabes mal.

Considera detenidamente que, aun cuando mucho ames á las criaturas, y ellas te aprecien, quieras ó no quieras, llegará tiempo en que las dejarás, y te abandonarán, porque has de morir.

2. Siendo esto una verdad infalible, únete en vida á Jesus, ámale con toda tu alma; sé solo de Jesus amigo; y llegado el tiempo de tu muerte, cuando todos te falten, Jesus te socorrerá.

Y ten muy presente, como ya te he dicho, que Jesucristo no admite compañero en la amistad, pues quiere ser solo, y solo poseer tu corazon.

Si sabes desnudarte de todo apego á las criaturas, habitará Jesus en tí gustosamente.

Cuenta por perdido todo el amor que pusieres en los hombres, no siendo por amor á Jesus, y para mayor gloria suya.

No fies tu seguridad en la caña, que es muy quebradiza, y *toda carne es heno, y toda gloria* (del mundo) *como flor del campo* (Isai. 40. 6).

3. Si juzgas de los hombres por lo que parecen, pronto te verás engañado.

Y si en ellos pretendes encontrar descanso y provecho, en vez del bien que buscas, frecuentemente hallarás grave daño.

Si en todo y para todo buscas á Jesus, siempre le encontrarás; no lo dudes.

Si te buscas á tí mismo, tambien te hallarás; pero será para tu perdicion; pues el que á sí propio se busca para proceder, y no á Jesus, mas daño se ocasiona que el que puede causarle el mundo todo, y todos sus enemigos.

CAPITULO VIII.

Amistad familiar de Jesus.

1. Cuando Jesus nos asiste, todo nos parece bien, nada encontramos difícil; pero si está ausente, todo nos parece molesto, trabajoso.

Cuando no habla Jesus al corazon, ningun consuelo humano le satisface; pero así

que le dirige una sola palabra, siente un gozo inesplicable.

María Magdalena se levantó de donde estaba llorando al punto que Marta la dijo: *El Maestro está aquí, y te llama* (Joan. 11. 28).

¡Oh qué dichoso momento aquel en que nos llama Jesus de las lágrimas al gozo del espíritu!

¡Cuán insensible y endurecido se muestra el que no está con Jesus!

¡Y qué necio, y cuán vano es el que algo busca fuera de Jesucristo!

Dime: el no andar con Jesus; el perder á Jesus, ¿no es mayor daño que perder mil mundos que poseyeras?

¿De qué te sirve cuanto pueda darte el mundo, si no tienes á Jesus?

Estar sin Jesus es un horrible infierno: estar con Jesus es una dulcísima gloria.

Si está contigo Jesus, ningun enemigo puede dañarte.

El que encuentra á Jesus, halló el tesoro de los tesoros; el mayor bien de todos los bienes.

El que pierde á Jesus, perdió su sosiego, perdió su alma.

El que está sin Jesus, vivirá tristísima-

mente: el que posee su gracia, disfruta una verdadera alegría.

3. Saber conversar con Jesus es grande ciencia; atraerle al corazon, y conservarle en él, es ciencia aun mucho mayor.

Sé humilde, devoto y pacífico, y estará Jesus contigo, y contigo permanecerá.

Alejarás de tí á Jesus, y perderás su santísima gracia, desde el instante en que te aficiones á las cosas terrenas.

Y si por entregarte al mundo apartas de tí á Jesus, si le pierdes, ¿dónde irás? ¿y adónde crees encontrar otro amigo tan fiel, tan constante y pródigo?

Si no fuere Jesus tu especialísimo amigo, muy triste y desconsolado te hallarás.

Sumamente necio serás si en otro pones tu esperanza: solamente Jesus puede proporcionarte la verdadera alegría.

Escoge mejor el tener á todos los hombres por contrarios, que á Jesus ofendido.

Si personas y cosas estimas, procura que ninguna de ellas te robe ni aun la mas mínima parte del amor á Jesucristo, á quien antepondrás á todos, y á todo, y amarás sobre todo.

4. Ama á tu prógimo por Jesucristo, pero á Jesucristo ámale por sí mismo.

Solo Jesucristo merece ser siempre amado, porque solo él es bueno, y fiel entre todos los amigos.

Ama en él, y por él á todos tus amigos y enemigos; y por todos ellos ruégale, para que le amen y sirvan de corazon.

No desees ser amado y alabado con esceso, porque esto á Dios solamente pertenece, que no tiene semejante.

Tampoco quieras que otro tenga el corazon puesto en tí, ni tú le pongas en otro: no desees sino que sea Jesus quien posea el tuyo y el de todos los demás.

5. Sé puro, y líbrate de tener apego á criatura alguna.

Preciso es que te halles desposeido del amor á lo terreno, y con intencion pura de agradar á Dios, si quieres tener el corazon desembarazado, y ver cuan suave es el Señor.

Mas esto no lo alcanzarás si no se anticipa su gracia, y eres atraido de ella, para que, dejadas y echadas de tí todas las cosas de la tierra, puedas entregarte solamente á Dios:

Porque cuando viene su gracia al hombre, adquiere fuerzas para todo: mas si esta gracia no le acompaña, se encuentra

débil, pobre, y como desnudo y abandonado, á sufrir trabajos y aflicciones.

Pero en medio de esos trabajos y aflicciones, no debe desmayar, ni perder la confianza: se ha de conformar con la voluntad de Dios, y sufrir con paciencia todo lo que le suceda; porque despues del invierno viene la primavera; despues de la noche, el dia: y despues de la tempestad aparece la calma.

CAPITULO IX.

De la privacion de todo consuelo humano.

1. No es difícil despreciar el consuelo de los hombres cuando tenemos el de Dios.

Pero grande prueba de constancia en la virtud es la de hallarse un cristiano sumido en la tristeza, y al propio tiempo privado de todo consuelo divino ó humano, y no obstante esto, de buena voluntad, y con paciencia, sufrir por amor, honra y gloria de Dios la afliccion y desamparo en que se encuentra su seco corazon, sin quejarse, ni detenerse á pensar si merece ó no ser así atormentado, y resistiendo entregarse á los placeres con que el mundo le convida, para proporcionarse distraccion y alegría.

Nada estraño es que te halles alegre y ervoroso cuando sientes que te anima la

gracia de Dios: todos deseamos que sobre nosotros descienda.

Muy suavemente camina el que vá guiado por esa gracia.

Y ninguna maravilla es que no sienta la carga aquel á quien conduce el Todopoderoso.

2. Que con facilidad nos entregamos á los gustos del mundo, es bien ciertísimo; y la causa es, que no podemos desnudarnos de la carne, que aviva nuestros apetitos sensuales.

El glorioso mártir San Lorenzo salió vencedor del siglo, y del amor que profesaba al Santo Pontífice Sixto, de quien era diácono, pues sufrió con gran paciencia, por el mayor amor que tenia á Jesucristo, el ser separado de aquel santo Papa á quien tanto queria.

Y mas quiso verse privado de aquel contento humano, que faltar á la sumision que pide el cumplimiento de la voluntad de Dios.

El proceder de este gran Santo te enseña á dejar por Dios, con resignacion y sin manifestar tristeza, todos los parientes y amigos, aun cuando mucho sea el amor que los tengas.

Y ten asimismo paciencia cuando algun pariente ó amigo te deje, pues bien sabido es que todos hemos de separarnos con la muerte.

3. Preciso es que el hombre batalle mucho, y largo tiempo, consigo mismo, para ponerse sobre sí y encaminar á Dios su afecto.

El que se deja vencer del amor propio, fácilmente se desliza á los contentos terrenos:

Pero el que tiene verdadero amor á Jesus, y se anima á imitar sus virtudes, no busca los contentos del mundo; al contrario, se entrega á la oracion, á ejercicios penosos, y sufre con paciencia los males; todo por amor á Jesucristo.

4. Y cuando Dios te conceda alguna dulzura espiritual, recíbela con accion de gracias, no como premio que merezcas, sino como don gratuito.

Y recibe este don con la mayor humildad, procurando desde aquel instante vivir mas ajustadamente al temor y amor de Dios, y mas arreglado que nunca á tus palabras y acciones; porque pasado el tiempo de aquella dulzura, vendrá el de las tentaciones y combates.

Mas cuando seas privado de aquel don, de aquel consuelo con que el Señor te favoreció, no desanimes; póstrate humildemente ante el Eterno, suplícale que te ampare, y confiado espera, que Dios, si vé que fielmente continúas amándole, te asistirá, y te concederá nuevas y mayores dulzuras y consuelos.

Esto no es cosa nueva, ni estraña para los que saben lo que hace el Señor con los que siguen sus caminos; porque los Santos y Profetas esperimentaron muchas veces estas alternativas de dulzura y afliccion.

5. Oye á uno de esos Profetas: Al sentirse lleno de consuelo espiritual esclama: *Yo dije en mi abundancia: No tendré jamás mudanza* (Ps. 29. 7).

Ausente de él la gracia, vuelve á esclamar: *Apartaste de mí, Señor, tu rostro, y quedé conturbado* (Id. 8).

Mas, aunque privado su corazon del divino y dulce consuelo, ni desmaya, ni desconfia, sino que con mayores instancias ruega así al Señor: *A tí, Señor, clamaré, y a mi Dios rogaré* (Id. 9).

Y en fin, alcanza lo que pide, como el mismo Profeta lo dice: *Oyó el Señor, y se*

apiadó de mí: el Señor se hizo mi ayudador (Id. 11). *Mudaste, Señor, mi llanto en gozo; y me rodeaste todo de alegría* (Id. 12).

Y pues tenemos ejemplo de lo que acontecia á los grandes Santos, nosotros, aunque pecadores, no habemos de desmayar: oremos, roguemos frecuentemente á Dios.

Y si el Espíritu Consolador nos regala con su santísima gracia, y despues se sirve retirárnosla, y dejar solo y angustiado nuestro corazon, insistamos mas y mas en nuestras oraciones y súplicas; porque *Dios visita al hombre de madrugada, y de repente le prueba* (Job. 7. 18).

6. ¿Y en qué podemos, y debemos esperar, y poner toda nuestra confianza, sino en la misericordia de Dios, y en el socorro de su santa gracia?

Supongamos que te hallas en compañía de venerables Sacerdotes, de otra clase de personas muy cristianas, y de fieles amigos; rodeado de libros devotos, y de santas imágenes, y que te empleas en el cántico de los himnos y salmos de la Iglesia; ¿de qué te servirá todo eso, si estás desamparado de la gracia, y por esta falta se encuentra triste y abatida tu alma?

En caso semejante, niégate á todo aquello con que el mundo te convide para alegrarte, y resígnate con paciencia á la voluntad de Dios, que esto haciendo, no te faltará el Señor.

7. Difícil será encontrar un solo hombre, aun entre aquellos que mas justos nos parezcan, que no haya esperimentado, por mas ó menos tiempo, privaciones de los consuelos divinos, y por esta causa flaqueado su fervor.

¿Qué Santo, en mayor ó menor grado, no habrá padecido tentaciones?

Porque no es digno de ser elevado á la contemplacion de las cosas celestiales el que no ha sufrido por amor de Dios alguna penalidad.

Y la tentacion que hoy te aflige, suele ser la señal del consuelo divino que has de recibir mañana.

Pues á los probados en tentaciones es á quienes está prometido el gozo celestial. *Al que viniere* (dice el Señor) *daré á comer del árbol de la vida* (Apocal. 2. 7).

8. Tambien es dado el consuelo espiritual á fin de que el hombre cobre mas fuerza para padecer trabajos.

Y viene despues de ese consuelo la ten-

tacion, para que no se envanezca del bien que ha recibido.

El demonio no descansa, ni la carne está muerta todavía: por tanto, no dejes de prepararte para la pelea, pues á derecha é izquierda tienes contínuamente enemigos preparados á combatirte.

CAPITULO X.

Del agradecimiento de los beneficios de Dios.

1. No busques descanso, pues has nacido para el trabajo.

Disponte á sufrir, mas bien que á gozar consuelos espirituales; y prepárate á llevar tu cruz, y no á vivir con alegría.

¿Qué hombre no abrazaria de buena gana el consuelo y alegría espiritual, si pudiera conservarlo siempre?

¿Y quién duda que esos consuelos son mucho mas dulces que todas las delicias del mundo y placeres de la carne?

Todos los contentos del mundo son torpes, son vanos: solo las delicias espirituales dan verdadero contento, porque nacen de la virtud, y es el Señor Dios quien las envía é infunde en las almas puras.

Pero nadie puede gozar continuamente de estos consuelos divinos, porque el tiem-

po de la tentacion apenas concede treguas.

2. Y grande estorbo son para que la gracia de Dios reanime el corazon del hombre, los lazos con que el alma está asida á la carne, y la mucha confianza que tenemos de nosotros mismos.

Grande es el bien que el Señor hace al hombre cuando le consuela con su gracia; pero el hombre procede mal si no reconoce con accion de gracias este favor, y que solo le viene de Dios.

Y la falta de nuestro agradecimiento á Dios por los dones espirituales que nos comunica, es la causa de que el Autor de todo bien no nos prodigue mas, y mayor gracia.

El que se manifiesta agradecido á un beneficio que recibe, se capta la voluntad del que se le dispensa, se hace acreedor á otro nuevo.

Y considera bien que Dios quita al soberbio lo que suele dar al humilde.

3. No quieras recibir consuelos (estos provienen de los hombres) que te separan de la contemplacion de las cosas santas; del conocimiento de tí mismo, y de lo nada que eres sin Dios.

Tampoco te entregues á consideraciones que te envanezcan, y despierten en tu ánimo vanidad y soberbia.

No creas que sea santo todo lo que venga de la humana grandeza, ni que todo lo dulce es bueno, ni todo deseo puro, ni que todo lo que aman los hombres es aceptable á Dios.

Si se nos dispensase una gracia que pueda contribuir á hacernos mas humildes de lo que seamos, mas timoratos, y que mas á propósito sea para conocer nuestra nada, con gusto la debemos admitir.

El que aprendió prácticamente lo que es recibir la gracia del Altísimo, y despues verse privado de ella, no se atreverá á presumir que puede atribuirse á sí propio cosa alguna buena, antes sí confesará su pobreza, su flaqueza, y la imposibilidad de obrar por sí solo aun la menor cosa buena.

Lo que es de Dios, dálo á Dios, y atribúyete á tí lo que es tuyo; es decir, dá gracias á Dios por los beneficios que te dispensa, y échate á tí solo la culpa de ser pecador, confesándote merecedor de la pena.

4. Ponte siempre en lo mas bajo y humillante, para que subas á lo mas alto;

porque antes de merecer, es preciso padecer resignado.

Los Santos que aparecen mas grandes delante de Dios son aquellos que á sí mismos se tienen por mas pequeños y despreciables.

Aquellos á quienes Dios comunica espíritu de verdad, y llena de gloria celestial, desprecian la gloria vana del mundo.

Los que ponen su esperanza en Dios, en Dios confian, y no en sí mismos, no conocen la soberbia.

Y los que atribuyen á Dios todo cuanto bien dispensan no buscan ser alabados de los otros; solo anhelan la gloria que procede de Dios, y que Dios sea alabado y glorificado por todas las criaturas sobre todas las cosas.

5. Sé agradecido á los menores beneficios que te sean dispensados, y te harás digno de otros mayores.

Recibe hasta los mas pequeños dones como muy grandes favores, y ten por preciosos aun los mas insignificantes.

Si atiendes á la grandeza del que dá, ningun don te parecerá pequeño: viniendo de Dios, nunca puede valer poco lo que te regale.

Hasta los trabajos y castigos que nos envie debemos tenerlos en grande estima, y agradecérselos en estremo, porque cuanto permite que nos sobrevenga, lo tiene dispuesto para nuestro bien, que es la salvacion.

Así pues, todo el que desee conservar las dádivas del Señor, ha de manifestarse agradecido al recibirlas, sufriendo con gran paciencia, y sin proferir queja alguna cuando sea servido privarle de ellas: lo único que ha de hacer es orar, suplicar que se las vuelva; trabajando sin desmayar por conservarse en vida enteramente cristiana, que es el modo de conservarse en gracia, y no perder las dulzuras celestiales que por esta gracia se posean.

CAPITULO XI.

Del corto número de los que aman la Cruz de Jesucristo.

1. Muchos son los que desean habitar con Jesus en su Reino; pero pocos los que se deciden á llevar su Cruz.

Muchos los que quieren que Jesus les envie sus dulces consuelos; pero limitado el número de los que apetecen las tribulaciones.

Muchos los que pretenden acompañarle en la mesa, y tal vez ninguno en la abstinencia y mortificacion.

Todos ansiamos participar de su gozo, y pocos padecer algo por Cristo.

Muchos siguen á Jesus hasta el partir del pan; pero muy pocos hasta beber del caliz de su pasion.

Muchos se complacen con sus milagros, pero pocos le siguen en los oprobios de la Cruz.

Muchos aman á Jesucristo ínterin no sufren disgustos; mas si aflicciones y males les molestan, se disgutan, y en el amor se entibian.

Muchos alaban y bendicen á Jesus cuando los asiste y consuela; mas si algun tiempo se separa de ellos, pocos son los que no desmayan, y dejan de proferir amargas quejas.

2. Los verdaderos amigos de Jesus, le aman sin interés alguno; le aman solamente por ser quien es; y lo mismo le aman, glorifican y alaban cuando padecen trabajos y aflicciones, que cuando cariñosamente les asiste con dulces consuelos.

Y estos verdaderos amigos, aun cuando tenga por conveniente el Señor retirarlos

por largo tiempo su asistencia, y queden entregados á sí propios, á las amarguras del corazon, sufren con paciencia; y lo mismo aman y bendicen al Redentor que cuando Dios los llenaba de favores.

3. ¡Oh, y cuánto puede el amor que sin interés se profesa á Jesus! ¡ese amor que no busca los gustos, el bienestar, la vana gloria, ni cosa alguna del mundo, y sí solo á Jesus, por el deseo que tiene el que le busca de ser su verdadero amigo!

El que solamente busca en Jesus el alivio de sus males, y consuelo en sus aflicciones, y no agradece que se lo dispense, ó se olvida de Jesus si se le retarda ese consuelo que solicita, no es amigo de Jesucristo, ni le profesa amor.

Y el que solo busca en Jesus su comodidad y provecho, bien claramente manifiesta que se ama mas á sí propio que á Jesus.

¿Podrá encontrarse algun hombre que de todo corazon se proponga amar á Dios de balde?

4. Rara vez se halla alguno tan espiritual que enteramente esté desprendido del apego á las cosas del mundo.

¿Donde está el verdadero pobre de

espíritu, y desnudo totalmente del amor á lo terreno? Lejos hay que buscarle; y su valor es como el de las preciosas mercancías que vienen de los confines de la tierra.

Aunque el hombre dé á los pobres cuanto posea por alcanzar esa pobreza de espíritu, nada seria. Aunque hiciese grandes penitencias, todavía seria poco. Aunque adquiriese toda la ciencia posible, estaria lejos; y aunque practicase grandes virtudes con una devocion fervorosísima, todavía le faltaria una cosa sumamente necesaria, y es: que despues de haber abandonado todas las cosas del mundo, y sujetado los impulsos de la carne, y enteramente el amor propio, *considere que no ha hecho nada*, aunque muy convencido esté de que ha hecho todo eso, y cuanto mas esté obligado á hacer.

5. Si te tuvieren por el mas fiel observante de la ley de Dios, y efectivamente lo fueres; y te considerasen hombre de grande mérito, siente en estremo los elogios que de tí hiciesen. y opon á ellos el confesarte siervo inútil; porque dice Jesucristo: *Cuando hicieres todas las cosas que te son mandadas, dirás: Siervo inútil soy: lo que debí hacer es lo que hice* (Luc. 17. 10).

Entonces podrás ser en verdad pobre

de espíritu, y decir con el profeta: *Solo estoy, y pobre* (Ps. 24. 16).

Pero no habrá ninguno mas rico, ni mas poderoso, ni mas acompañado, ni mas libre que este que sabe dejarlo todo, dejarse á sí mismo, y tenerse por el último de todos por amor á Jesucristo.

CAPITULO XII.

Del camino real de la Santa Cruz.

1. *Quien en pos de mí quiera venir*, dice Jesucristo, *niéguese á sí mismo, y tome su cruz cada dia, y sígame* (Luc. 9. 23).

A muchos parecerán duras estas palabras; pero mas duras les parecerán las que pronunciará el Juez Supremo el dia del juicio final: *Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno* (Mat. 25. 41).

Los que de buena voluntad oyen y abrazan ahora la palabra de la Cruz, no temerán entonces esa sentencia.

Y esta señal de la Cruz aparecerá en el cielo cuando venga el Señor á juzgar al mundo (Mat. 24. 30).

Entonces, todos los siervos de la Cruz que ajustaron su vida á la del Crucificado, se llegarán con grande confianza á Jesucristo su Juez.

2. ¿Y por qué te retiras de tomar la cruz con que Jesus te convida, siendo la guia del camino que te conduce á su Reino?

En la Cruz está nuestra salud eterna; en la Cruz está nuestra vida, y el refugio contra nuestros enemigos.

Por la Cruz se alcanzan las dulzuras celestiales, la fortaleza de alma, el gozo del espíritu, la perfeccion de las virtudes, y el colmo de la santidad.

No hay salud para el alma, ni esperanza de la vida eterna sino en la Cruz.

Toma, pues, tu cruz, y sigue á Jesucristo, si quieres conseguir la salvacion.

El mismo Jesus caminó delante con su Cruz, y en la Cruz murió por tí. Abrázate tú tambien con la Cruz, y llévala hasta la muerte.

Si mueres con Jesucristo, vivirás tambien con Cristo (Rom. 6. 8), y si participas de sus penas, participarás tambien de su gloria.

3. Mira que toda nuestra dicha consiste en llevar la cruz hasta el fin; y no hay otro camino que nos conduzca á la vida, y á la verdadera paz del alma, sino el de la cruz y contínua mortificacion.

Anda por donde te plazca, escudríñalo todo, y te convencerás de que en ninguna parte encuentras camino mas recto y seguro para la gloria que el de la Santa Cruz.

Dispon, ordena todas las cosas como mejor te parezca, para que todo salga á medida de tu deseo; mas no obstante esto, tendrás que padecer, encontrarás cruz: la que si no llevas por Jesucristo, nada de lo que dispongas te aprovechará.

De enfermedades y dolores que atormenten tu cuerpo, no te librarás; y de aflicciones que martiricen tu espíritu, no escaparás.

4. Unas veces te hallarás privado de los consuelos celestiales; otras te harán padecer los hombres, y otras, que es lo peor, por falta de continencia y conformidad, tú á tí mismo te causarás fastidio.

Y para todos estos males, ¿en quién buscarás consuelo? Preciso será que los sufras todo el tiempo que Dios quiera.

Porque el Señor dispone que padezcas sin hallar consuelo, para que te sujetes enteramente á su voluntad, y seas verdaderamente humilde.

Nadie siente, ni hace tanto aprecio de lo mucho que por nosotros padeció Jesus,

como hace el que imita al Redentor en padecer.

Reflexiona que siempre, y en todas partes está preparada la cruz, y que en todo lugar te espera el cargar con ella,

Vayas donde quieras, la cruz te acompaña, porque no puedes menos de llevarte á tí mismo, que en verdad eres para tí la cruz mas pesada.

Sea que vivas en la abundancia, medianía ó pobreza; que desempeñes en la sociedad los cargos mas elevados, ó te veas reducido á la clase de trabajador; que disfrutes grande favor de los hombres, ó de ellos seas despreciado; que por muy sabio te tengan, ó por ignorante, cruz has de hallar, porque nadie se libra de la cruz.

Y es preciso que, por muy pesada que fuere la que sobre tí cargáre, la soportes con paciencia, si quieres disfrutar paz interior y el premio eterno.

5. Si de buena voluntad llevas la cruz por Cristo, ella te guiará y llevará al fin deseado, donde se acabará el padecer, que aquí no puede acabarse.

Si la llevas contra tu gusto, te se hará mas pesada: y como, sea que quieras ó no quieras, has de cargar con cruz, si por

Cristo no la abrazas, y en vez de entregarte á la paciencia, te entregas á la desesperacion, la misma cruz será tu condenacion.

Y de la cruz no es posible huir; así pues, toma gustoso la primera que se te presentare, pues si la esquivas, cargarás despues con otra mas pesada.

6. ¿Te parece que podrás evadirte de lo que ninguno ha podido evitar? Considera que ni aun los mayores Santos han vivido en el mundo sin aflicciones, ni sin su cruz.

Ni Jesucristo nuestro Señor pasó en esta vida con descanso. *Fué menester que el Cristo padeciese, y así entrase en su Gloria* (Luc. 24. 26).

Convénzate este ejemplo de que no puedes ir tú á la mansion Celestial por otra parte que por el camino real de la Santa Cruz.

7. Toda la vida de Jesucristo fue una contínua cruz y padecer: ¿y buscas tú gozar descanso y alegría?

Pues te engañas si presumes encontrar otra cosa que aflicciones; porque toda vida mortal está llena de miserias, y sembrada de cruces.

Y cuanto mas adelantado se halláre el hombre en la perfeccion cristiana, tanto

mas pesadas encuentra las cruces que lleva, porque el amor que tiene á Dios le aumenta la pena de verse desterrado en este mundo.

8. Pero en medio de sus aflicciones, las buenas almas sienten dulces consuelos, conociendo el grande fruto que sacan con sufrir su cruz con mucha paciencia:

Porque, conformándose con la voluntad de Dios que las envía el padecer, convierten todo el peso de la afliccion en una dulce confianza en la bondad del Señor.

Y cuanto mas se mortifica la carne con las aflicciones, tanto mayor fuerza cobra el espíritu con la gracia.

Tambien se fortalece el hombre con el deseo de padecer, para imitar á Jesucristo en los trabajos; porque sabe que el padecer y sufrir por Dios es hacerse mas agradable á sus ojos.

Y no es la virtud del hombre la que hace este prodigio; es la gracia de Jesucristo, que obra con tal poder en la carne fragil, que la mueve á abrazar y amar con gran fervor lo que naturalmente aborrece.

9. ¿Puede el hombre inclinarse con gusto á llevar su cruz, castigar su cuerpo y sujetarle, huir las honras, sufrir con pacien-

cia las injurias, despreciarse á sí mismo, ser despreciado, y no desear prosperidades, ni gusto alguno en este mundo? Si consideras tus inclinaciones, hallarás que con ninguna de estas cosas puedes conformarte por tí mismo:

Mas si á Dios acudes para que te fortalezca á fin de resistir á los gustos del mundo, y tolerar los males y desprecios que te sobrevengan, y en Dios pones toda tu confianza, recibirás del Señor la gracia que necesitas para vencer al mundo y á la carne.

Tambien triunfarás del demonio armándote de la fé y de la señal de nuestra redencion, que lo es la Santa Cruz.

10. Prepárate, como bueno y fiel siervo de Jesucristo, á llevar animosamente la Cruz de tu Señor, que por tu amor fue crucificado.

Prepárate á sufrir muchas incomodidades y penas en esta vida miserable, pues siempre las has de encontrar en cualquier parte donde vayas, ó donde quiera que te retires:

Así es preciso. Y contra todos los males que te sobrevengan, no hay otro remedio que la paciencia.

Bebe con alegría lo amargo del cáliz de

nuestro Salvador, si quieres ser amigo suyo, y tener parte en su gloria.

No mires con tristeza que Dios envie sus dulces consuelos á quien fuere servido, y que tú carezcas de ellos: cuida solamente de estar preparado á padecer trabajos, y ténlos por preciosísimos dones:

Porque *entiende que no se han de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria* que te pueden *proporcionar* (Ps. 8. 18), aun cuando todos los que padezcan los hombres los padecieras tú solo.

11. Cuando logres que te sean dulces los trabajos, y halles gusto en ellos por amor á Jesucristo, ten entonces gran confianza, porque habrás encontrado el paraiso en la tierra:

Pero ínterin rehuses padecer, y procures evitarlo, considérate en estado enfermo, tristísimo, y ten por cierto que los trabajos y penalidades de que quieres huir, te seguirán á donde fueres.

12. Si te dispones á hacer lo que debes, que es á padecer, y á morir por Jesucristo, pronto alcanzarás el bien, y la paz del corazon.

Aunque fueres arrebatado hasta el tercer cielo, como lo fué San Pablo, no por eso es-

tarias esento de trabajos. *Yo le mostraré*, dice Jesus, *cuantas cosas le es necesario padecer por mi nombre* (Actor. 9. 16).

Así pues, no hay mas que padecer por Jesucristo, si quieres amarle y servirle perpétuamente.

13. ¡Quiera el Cielo que seas digno de padecer algo por el nombre de Jesus! Grande gloria recibirias por premio, y grande contento sería para los Santos, y á tu prógimo serviría de edificacion.

Todos alaban la paciencia, pero pocos desean padecer.

Decídete á padecer por Jesucristo, que en realidad, por mucho que padezcas, no será tanto como innumerables gentes padecen y sufren por seguir los gustos del mundo.

14. Cree firmemente que para merecer, debe ser tu vida una muerte contínua; es decir, contínua penitencia, contínuo sufrimiento de todos los males que te sobrevengan, y contínua privacion de los deleites del siglo.

Cuanto mas de ese modo muere el hombre, tanto mas vá viviendo para Dios.

Y que no espere conocer las cosas celestiales el que se niege á padecer por Cristo los trabajos que Dios le envie.

No hay cosa mas agradable al Señor, ni mas provechosa para el hombre, que padecer de buena voluntad por Jesucristo.

Y si te se diere á escoger entre recibir dulces consuelos ó trabajos, abraza gustoso los trabajos, llevándolos pacientemente por Jesucristo, porque así te acercarás mas al Señor, y serás mas parecido á los Santos.

No consisten nuestros méritos y aprovechamiento en recibir abundantes consuelos y dulzuras espirituales, sino en sufrir trabajos y aflicciones:

15. Porque si alguna cosa fuera mejor y mas util para la salvacion del hombre que el padecer, estemos seguros de que Jesucristo la hubiera manifestado con la palabra y el ejemplo.

Mas lo cierto es que Jesucristo padeció, y además exortaba á sus discípulos, y á cuantos quisieran seguirle, diciendo: *El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí* (Math. 10. 38).

Visto, y examinado todo detenidamente, se saca en conclusion, *que para entrar en el Reino de Dios es necesario permanecer en la fé, y pasar muchas penalidades y aflicciones* (Actor. 14. 21).

LIBRO TERCERO.

DEL CONSUELO INTERIOR.

HABLAN DIOS Y EL SIERVO FIEL.

CAPITULO I.

Palabras de Jesucristo al alma fiel.

1. El SIERVO FIEL. *Oiré lo que el Señor Dios me hable* interiormente (Ps. 84. 9).

Voz INTERIOR. ¡Dichoso el hombre á quien el Señor habla al corazon, y recibe de su infinita bondad palabras de consuelo!

¡Dichosos los oidos que solo atienden á lo que dice la Verdad Divina, y estan cerrados enteramente á las murmuraciones del mundo!

¡Dichosos por cierto los oidos que no escuchan lo que dicen los hombres, y sí solamente á la Verdad Eterna, que habla y enseña interiormente!

¡Dichosos los ojos cerrados á las cosas del mundo, y que permanecen atentos á las espirituales!

¡Dichosos los que conocen los caminos de la bienaventuranza, y procuran con sus cuotidianos ejercicios de devocion y piedad

hacerse dignos de los secretos del Cielo.

¡Dichosos los que se entregan á pensar en Dios solamente, y para esto se desprenden de los embarazos que ocasionen los negocios del siglo!

1. *S. F.*—¡Oh alma mia! Considera bien estas cosas, y cierra las puertas de tus sentidos, para que puedas atender solamente á lo que Dios te diga.

2. *V. I.*—Pues escucha, alma fiel, lo que te dice tu Amado: Yo soy tu vida, tu salud eterna, tu paz. Persevera siempre unida á Mí, y hallarás toda la dicha que deseas.

Deja todo lo transitorio, y no busques sino lo eterno.

¿Qué son todas las cosas temporales sino lazos engañosos?

¿Y de qué te servirán todas las criaturas, si el Criador te desampara?

Niégate á todo lo del mundo: procura hacerte agradable á Dios, y gozarás la paz que anhelas.

CAPITULO II.

El Siervo fiel pide al Señor que le haga oir su palabra en el corazon.

1. *S. F.—Hablad, Señor, que tu siervo oye* (I Reg. 3. 10).

Siervo tuyo soy: dame, Señor, entendimiento para no faltar á tus preceptos (Ps. 118. 125).

Inclina, Dios mio, mi corazon á tus testimonios; y venga sobre mí tu salud, segun tu palabra (Ps. 118. 36 y 31).

Y tu palabra descienda sobre mi corazon *como rocío sobre la yerba* (Deut. 32. 2)

Los hijos de Israel decian á Moisés: *Háblanos tú, y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos* (Exodo. 20 19).

No es así mi ruego, no, Dios mio: lo que yo deseo es que Vos me hableis: por tanto, humildemente os suplico del mismo modo que os suplicaba el profeta Samuel: *Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.*

No me hable Moisés, ni Profeta alguno: habladme Vos, Señor Dios mio, que sois quien inspira y dá luz á los que hablan en vuestro nombre, porque Vos sois quien solamente puede enseñarme con toda perfeccion.

2. Los encargados por Vos de hablar, dirán cuanto les inspirareis; pero yo os suplico, Dios mio, que seais Vos quien encienda mi corazon, y no ellos.

Grandes cosas me dirán, mas deseo que seais Vos, y no ellos, quien me esplique su sentido.

Me anunciarán, Señor, vuestros Misterios; mas para penetrar de lo oculto lo que seais servido que yo sepa, sed Vos quien solamente ilumine mi entendimiento.

Mandamientos me impondrán: para cumplirlos, deseo que Vos me ayudeis, y no ellos.

El camino de vuestro Reino me manifestarán; pero á Vos pido que me deis toda la fuerza que es necesaria para seguirlo.

Vuestros encargados tendrán toda la virtud y poder que os hayais dignado comunicarles para que su voz penetre hasta el interior; mas yo os suplico encarecida y humildísimamente que seais Vos, y no ellos, quien ilumine y fortifique mi corazon.

Bien que vuestros encargados rieguen la superficie; pero yo espero de Vos el abundante riego, y que os encargueis de su cultivo, para que mi alma produzca abundantísima cosecha de frutos espirituales.

Oiré atento sus palabras; mas espero que sereis Vos, Dios piadoso, quien comunique la inteligencia á mi oido.

3. Así pues, no me hable Moisés: habladme Vos, Señor Dios mio, que sois la Verdad Eterna, no sea que hallándome instruido en las cosas santas esteriormente,

y no penetrado de ellas el corazon, muera sin haber dado fruto de buenas obras, como debo.

No me sea de condenacion vuestra palabra oida, pero no ejecutada; conocida, pero no amada: creida, pero no guardada.

Hablad, Señor, que vuestro siervo oye: *vuestras palabras son de vida eterna* (Joan. 6. 69.)

Habladme, para que mi alma reciba algun consuelo, y yo mude de vida enteramente, para honra y gloria de vuestro Santo Nombre.

CAPITULO III.

Escelencia de las palabras del Señor, y ceguedad de los mundanos.

1. *V. I.*—Oye, hijo mio, mis palabras; palabras suavísimas, é infinitamente mas escelentes que las de todos los sabios y filósofos del mundo.

Mis palabras son espíritu y vida, y no deben entenderse segun la capacidad humana; ni se han de intepretar á gusto de la carne, sino oirlas con humildad y verdadero deseo de ponerlas por obra.

2. *S. F.*—*Bienaventurado*, dice el Profeta, *el hombre á quien tu instruyeres, Señor y le enseñáres tu ley, para que sean mas*

suaves sus penas en el dia de tribulacion (Ps 93. 12 y 13), y que no se halle desamparado en la tierra.

3. *V. I.*—Yo soy, dice el Señor Dios, quien enseñé á los Profetas desde el principio, y el que en todos tiempos habla, deseoso de que todos me escuchen; pero muchos estan sordos á mi voz, porque se han endurecido sus corazones.

Mas son los que escuchan la voz del mundo que la mia, y mas los que de mejor gana siguen los apetitos de la carne que mi voluntad.

Promete el mundo cosas frívolas, nada duraderas; y por ellas se le sirve con esfuerzo: prometo yo grandes bienes, y duraderos por toda una eternidad, y encuentro grande apatía, muy frios los corazones para hacer algo en servicio mio.

¿Quién manifiesta tanta prontitud y gusto para servirme á Mí, como la que se vé para servir á los poderosos, y lograr los placeres del mundo?

Por conseguir un mediano empleo, un favor, cualquier beneficio, se emprende largo viaje; y para alcanzar la vida eterna hay muchos, muchísimos que apenas mueven un pie.

Avergüéncese el Cristiano que no busque mas que el vil interés.

Por cosa de insignificante valor se litiga tenazmente.

Por una corta cantidad de dinero, por una promesa hecha sin deseo de cumplirla, no se esquivan las mayores fatigas.

Mas, ¡oh dolor! por un bien sin igual. por un premio inestimable, por un honor sumo, por una gloria ¡sin fin como la que prometo al justo, nada se hace; húyese aun de las menores incomodidades para alcanzar todo esto.

4. Siervo perezoso, que te molesta una carga muy ligera, y que el llevarla hasta el fin te haría dichoso, avergüénzate de soltarla, y de ver que hacen mas los dados al mundo por perderse, que tú por salvarte.

Mas alegres corren ellos á la vanidad que tú á la verdad, no obstante que de contínuo quedan burladas sus esperanzas.

Mis promesas son firmes; y al que confia en Mí, jamás le falto.

Daré infaliblemente lo que tengo prometido, y cumpliré lo que tengo dicho al que persevere fiel en amarme hasta la muerte.

Yo premio liberalmente á todos los bue-

nos; pero no hasta despues de haberlos probado con aflicciones, y visto su constancia en servirme.

5. Escribe en tu corazon mis palabras, y medítalas atentamente, que en el tiempo de la tentacion te serán muy necesarias.

Lo que no entiendas cuando lo leas, te lo esplicaré yo cuando te visite.

De dos modos acostumbro visitar á mis escogidos, y son con la tentacion y el consuelo.

Dos lecciones les doy tambien todos los dias, la una, reprendiéndoles sus defectos; la otra, exortándoles á adelantar en la virtud.

El que oye mis palabras, y no las pone por obra, tiene un Juez severo para el último dia.

Oracion para pedir la gracia de la devocion.

6. *S. F.*—Señor Dios mio, todo mi bien lo sois Vos. ¿Y quién soy yo para atreverme á hablaros?

Soy un miserable siervo vuestro; un vil gusano, mucho mas pobre y despreciable de lo que pienso y puedo espresar, y mas pecador que ningun otro hombre.

Vos solo sois Bueno, Vos solo Justo, Vos

solo Santo; Vos lo podeis todo, lo dais todo, lo llenais todo; y solamente el que os ofende está vacío de vuestros dones.

Yo, Dios mio, soy indigno de vuestras bondades; pero *acordaos, Señor, de vuestras piedades y de vuestras misericordias* (Ps. 24. 6) que usásteis desde el principio del mundo.

Henchid mi corazon de vuestra santísima gracia, pues no quereis que esten vacías vuestras obras.

7. ¿Cómo me podré sufrir á mí mismo en esta vida miserable, si vuestra misericordia y gracia no me da fuerzas?

No me volvais, Señor, el rostro; no tardeis en visitarme, ni me dejeis sin consuelo, no sea que quede seca mi alma á vuestros ojos *como la tierra sin agua* (Ps. 142. 6).

Enseñadme, Señor á hacer vuestra voluntad, porque Vos sois mi Dios (Ps. 142. 10).

Enseñadme á vivir en vuestra presencia de un modo humilde y digno de Vos; porque Vos sois mi Sabiduría, Vos conoceis lo que realmente soy: antes que naciese me conocisteis, y antes que hubiera mundo.

CAPITULO IV.

Que debemos vivir en presencia de Dios con sinceridad y humildad.

1. *V. I.*—Hijo mio, camina con sinceridad en mi presencia, y búscame siempre con sencillez de corazon.

El que vive cristianamente, no recibirá daño alguno, porque en la verdad y virtud tendrá su defensa contra todo engaño y calumnia.

Si la verdad te acompaña, serás entera y realmente libre, digan lo que quieran de tí los hombres.

2. *S. F.*—Cierto es, Señor; y pues Vos sois la Verdad misma, os pido que se haga en mí segun decís:

Y que vuestra verdad me instruya, y guie, y guarde hasta el fin, para alcanzar la dicha que me teneis prometida.

Libradme de toda inclinacion desordenada, y caminaré en vuestra presencia, Dios mio, con libertad de corazon.

3. *V. I.*—Yo te enseñaré (dice la Verdad Eterna) lo que es agradable á mis ojos.

Piensa en tus pecados con grande dolor de haberlos cometido; y nunca te ten-

gas por algo, aunque hicieres buenas obras.

No te olvides de que eres pecador, y estás sujeto á muchas pasiones, que no podrás resistir si no te asisto.

Considera que tú por tí mismo nada eres, y que vas caminando á la nada.

En nada te convertirás en el sepulcro, dejando sola hasta el fin de los siglos á tu pobrecita alma, que en el entretanto que vuelva á unirse á tí por disposicion mia, sufrirá el castigo, ó será premiada, segun tu vida.

Y medita detenidamente que cuando vuelvas á ser, y á ella vuelvas á unirte, á la par tú y ella sufrireis el castigo que la fue impuesto, ó gozareis el bien con que fue premiada.

Y que nada eres, ni vales, lo comprueba el que un leve disgusto te altera, te entristece, el padecer te aflige, y las enfermedades te abaten, te vencen y derriban.

Nada tienes de que poder alabarte, y sí mucho de que avergonzarte: y es tu flaqueza mayor de lo que puedes pensar.

4. Por muy grande cosa que te parezca ser algo de lo que hagas, no te envanezcas: reflexiona bien, y hallarás que nada vale.

Persuádete de que lo únicamente grande, precioso, admirable, es lo eterno y lo que solo merece estimarse, alabarse y buscarse.

Pon tu gusto en la Verdad Eterna sobre todo, y desprecia siempre tu bajeza estrema.

Nada te entristezca, ni temas, ni huyas, tanto como tus defectos y pecados, los cuales deben darte mas pena que si perdieras todo aquello que mas estimes en el mundo.

Hay algunos que no caminan con sinceridad en mi presencia, pero que movidos de curiosidad, y con grande presuncion, quieren investigar y conocer lo impenetrable de mis secretos, desatendiendo por esto el hacer lo que deben para salvarse.

En castigo de su vana curiosidad y soberbia, permito que caigan en grandes errores, tentaciones y pecados.

5. Teme mis justos juicios, espántate de mi ira, y en vez de pretender escudriñar mis Misterios, examina tus iniquidades, y considera las malas obras que hayas hecho, y las buenas que dejaste de practicar.

Algunos hay que solo ponen su devocion en libros espirituales, otros en imáge-

nes, otros en ceremonias y señales esteriores:

Otros me traen á menudo en la boca, y muy poco en el corazon.

Hay otros cuyo entendimiento se halla iluminado con las verdades de la fé, y purificado el corazon de afectos desordenados, y que estan siempre suspirando por los bienes eternos; que oyen hablar con disgusto de las cosas de la tierra, y satisfacen de mala gana las forzosas necesidades del cuerpo. Estos entienden lo que el Espíritu de Verdad les dice interiormente;

Porque este Espíritu es quien les enseña á despreciar las cosas perecederas, y amar las celestiales, á no hacer caso del mundo, y suspirar dia y noche por la Gloria.

CAPITULO V.

De los admirables efectos del amor de Dios.

1. *S. F.*—¡Os bendigo, Padre Celestial, Padre de mi Señor Jesucristo, que habeis tenido á bien acordaros de una pobre y miserable criatura cual yo soy!

¡Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo, gracias os doy porque os

habeis dignado consolarme en distintas ocasiones, aunque de ningun modo lo merezco!

Os bendigo y alabo de todo corazon, á Vos, á vuestro unigénito Hijo, y al Espíritu Consolador, por los siglos de los siglos.

¡Oh Señor Dios mio, que empleais en mí vuestro amor santo! cuando os digneis venir á mi corazon, el alma se inundará de gozo.

Vos sois mi gloria y alegría. Vos mi esperanza y mi refugio en el tiempo de la tribulacion.

Mas, pues que todavía no os amo con tan ardiente amor como debo y deseo amaros; y aun es imperfecta mi virtud, necesario es que sea por Vos fortalecido y consolado.

Así, Señor, visitadme á menudo, y enseñadme, instruidme bien en vuestra Santa Ley.

Libradme de malas pasiones, y limpiad mi corazon de todos los afectos desordenados, para que enteramente purificado, no haya nada en mí que me impida amaros, y estar pronto y preparado á sufrir con paciencia las adversidades, y á sostenerme con firmeza en vuestro santo servicio.

3. *V. I.*—El verdadero amor, el amor que no se funda en otro interés que en el afecto ó inclinacion que se tiene al amado conduce á servirle con todo el corazon, á prestarle amparo y consuelo, á padecer por él, y hasta por él dar la vida para librarle del mal.

Nada se hace dificil al que ama con verdad para emplearse en bien y servicio del amado.

Si este corresponde fielmente al que le ama, la satisfascion y el gozo que ambos esperimentan es estremado.

Jesucristo, mi querido Hijo, te ama y te amó hasta dar la vida por tí: si no correspondes á su amor, serás un ingrato; y como la ingratitud es la cosa que mas afecta, mas se siente, no esperes que se acerque á tí en tiempo alguno, ni solicites mi compasion.

Mi amor y el de mi Hijo es generoso, y tanto que siempre mueve á practicar acciones grandes, y á que en todo se busque lo mas perfecto.

El que me ama con sinceridad y verdad, preciso es que se desprenda del afecto á todas las cosas terrenas, para que ninguna de ellas anteponga á Mí, ni le ciegue el deseo de las comodidades, ni el de poseer riquezas,

y que ni tampoco el temor de recibir mayor ó menor daño por amarme le retraiga.

No hay en el cielo ni en la tierra cosa mas dulce que el amor, ni mas fuerte, ni mas sublime, ni mas ámplia, ni mas agradable, ni mas perfecta, ni mejor. El amor nace de Mí, y levantándose sobre todas las criaturas, solamente viene á reposar en Mí.

El que ama, se vé que corre, vuela, y se alegra aun cuando mucho se fatigue, en obsequio de aquel á quien ama: y ¡todo lo hace libre, voluntariamente, sin violencia.

Todo lo dá por alcanzar al que es el Todo; y todo lo posee poseyendo á este todo porque yo soy todas las cosas, y mas que todas ellas, pues soy el orígen y autor de todo bien.

El amador desinteresado no se cuida de los dones que recibe; mira solo al dador de ellos, que es á quien ama, no á los dones.

El amor de mis amadores, no siempre guarda tasa ni medida: enardecido por el fervor, sale fuera de su espacio.

Estos mis amadores no sienten el peso que llevan; aun quieren mayor carga de aquella con que pueden; y nunca se quejan

de que se les mande lo imposible, porque creen que teniendo á su amado, para nada les faltan las fuerzas.

El que realmente me ama, es capaz de hacer todo lo bueno; y ejecutará muchas cosas que no se atreverá á emprender el que se desvia de mí.

5. El amor vigila de contínuo, y hasta durmiendo.

En el trabajo no se cansa, en los males no se aflige, ni en las ocasiones de temor se acobarda, antes bien, á imitacion de una viva llama que se eleva, se encamina á mí, pugnando contra todos los estorbos que se le oponen.

Solo el que ama puede conocer los clamores del amor.

¡Oh, y que clamor tan penetrante es á mis oidos el afecto con que un alma me dice fervorosamente: Dios mio, Dios mio, único bien y esperanza mia, Vos sois todo mio, y yo todo vuestro!

6. *S. F.*—Hacedme crecer en amor á Vos, Dios piadosísimo, para que yo os ame mas y mas, y guste la dulzura de vuestro tierno amor, abrasándome, y consumiéndome en vuestro amor.

Sea yo esclavo de este amor, enagenán-

dome de mí mismo á impulsos del fervor y admiracion.

Enseñadme, Dios mio, el suavísimo cántico del amor: arrebatadme hácia Vos; y haced que gozosa de amor mi alma no cese de alabaros hasta la muerte.

Haced, Señor, que os ame mas que á mí mismo; que no me ame á mí sino por Vos, y que á todos los ame por Vos, segun manda la ley del amor que proviene de Vos, y que solo por Vos resplandece.

7. *V. I.*—El amor es diligente, sincero piadoso, complaciente, generoso, sufrido, fiel, prudente, constante, magnánimo, y tan desinteresado, que nunca mira su propio provecho, sí solamente el de su amado.

El que así no ama. vá guiado solamente de su propio interés, del egoismo.

8. El amor es muy mirado, humilde, y puro en la intencion: no es inconstante, ni se emplea en cosas vanas: es sóbrio, firme, casto, quieto, y cuidadoso de guardar los sentidos.

El que ama, es sumiso, y obediente á sus superiores, y se tiene á sí mismo por despreciable: vive pensando en Mí (dice Dios), y muy agradecido á mis beneficios.

En Mí confia con esperanza firme, y

redobla esa esperanza tanto cuanto mayores son sus penas, porque sabe que la vida de amor se pasa sin aflicciones.

9. El que no está pronto á padecer por Mí cuanto se ofrezca, y hacer en todo segun Yo le ordenáre, no diga que me tiene amor.

El que me ama, es preciso que abrace gustoso todo lo amargo y penoso que le sobrevenga por causa de Mí, y que jamás de Mí se aparte por muchos que sean los trabajos que le sobrevengan.

CAPITULO VI.

Pruebas de amor verdadero.

1. *V. I.*—Hijo mio, el amor que hay en tí, todavía no es fuerte, ni prudente.

2. *S. F.*—¿Por qué, Señor,

3. *V. I.*—Porque á la menor contrariedad desmayas, y dejas de practicar las obras de piedad que habias comenzado y buscas con ánsia consuelo.

El que me ama con firmeza, persevera animoso en las aflicciones y tentaciones, sin rendirse á las sugestiones del demonio; y del mismo modo me ama cuando le pruebo con trabajos que cuando le colmo de favores.

4. El que ama con sinceridad, como no le mueven al amor los intereses que el mundo dá, si un don recibe de aquel á quien ama, no fija la atencion en el don, sino en el amor del amigo que se le dá.

Mas atiende á la buena voluntad que á lo que recibe; y mas estima al amado que á todas sus dádivas.

El que á Mí me ama generosamente, no se complace en los favores que le dispenso, se complace en Mí mas que en todos los favores.

Si algunas veces se entibiare tu fervor para Conmigo ó mis Santos mas de lo que quisieras, no por eso lo creas todo perdido:

Procura volver á la oracion, y á las prácticas cristianas que tanto me agradan, y poco á poco recobrarás tu vigor.

Y el tierno y dulce afecto que esperimentes en diversos tiempos, es un gusto anticipado del Cielo que dimana de mi gracia; pero no te fundes en él demasiado, pues le doy y le quito cuando es mi voluntad.

Pelear contra los malos movimientos del alma, y desechar las persuasiones del diablo, señal es de virtud y de gran merecimiento.

5. Así pues, no te inquietes porque te

acudan á la imaginacion cosas estrañas que te inciten á pecar; nada pierdes por eso si no te dejas vencer, y si permaneces constante en el próposito de servirme fielmente.

Nada estraño es que algunas veces te halles de repente como estasiado en contemplar las cosas espirituales, y que repentinamente vengas á caer en desvaríos de la imaginacion.

Como no sean voluntarios tales desvaríos, y si los combates porque te desagradan, piensa que nada pierdes, y que ínterin dura el combatir contra ellos, es muchísimo lo que ganas para conmigo.

6. Ten por cierto que el enemigo del género humano hace cuanto puede para ahogar tus buenos propósitos, y apártate de la piadosa consideracion de la Pasion y Muerte de mi amado Hijo Jesus, del culto que has de tributar á su Santísima Madre mi querida Hija, de honrar á los Santos, de amarme como debes, del dolor que has de tener de tus pecados, y de la confianza y esperanza que en Mí tengas de que te perdonaré si permaneces constante en la virtud.

Y te sugerirá muchos malos pensamientos y carnales deseos, para que te fastidies

de la oracion, y te apartes de la lectura de libros espirituales.

La confesion humilde y dolorosa le dá mucho pesar; y si pudiera, te haria dejar la comunion.

Resístele; no le creas, pues bien sabes que ha intentado engañarte muchas veces.

Cuando de malos pensamientos te veas asaltado, atribúyelos á ese mismo incansable enemigo.

Oponte á ellos acudiendo á Mí con oraciones y súplicas. Ruega á mi Hijo, y pon por intercesora á la Vírgen María.

Si esto hicieres, con vivo deseo de librarte de las tentaciones, y de ellas no te librares en aquel tiempo, cobrarás fuerzas para resistirlas:

Porque mi Hijo Jesus, viendo tu resistencia al pecado, á los halagos del demonio y del mundo, estará contigo; y el comun enemigo huirá avergonzado de tu resistencia.

El Cristiano fiel ha de padecer toda clase de trabajos, y perder la vida, antes de incurrir en pecado.

Y el que constante así resista, podrá decir, con seguridad de vencer, *Vete Satanás* (Mat. 4. 10), y se ira;

Y siendo Yo tu guia, tu salud, ¿á quién puedes temer?

7. En toda tentacion pelea como buen soldado de la Cruz; y si alguna vez flaquean tus fuerzas, y solo por esta causa, no por entregarte gustoso al enemigo, fueres vencido, reanima tu espíritu; y con mayor vigor que antes vuelve á la pelea para recobrar lo perdido, confiado en que te daré socorro; pero guárdate en todo caso de suponer que á tí debes el triunfo, porque esto despertaria en tí presuncion y soberbia.

Por la soberbia y presuncion se ven no pocos acometidos y subyugados por una ceguera casi incurable.

Sírvate de advertencia, para que seas humilde, la ruina de los soberbios, que presumen locamente poderlo todo, y todo debérselo á sí mismos.

CAPITULO VII.

Deben ocultarse por humildad los dones que Dios nos concede.

1. *V. I.*—Hijo mio: lo que debes hacer es ocultar la gracia de la devocion que has recibido, no engreirte por este favor, ni hablar mucho de él, sino considerar que no

le has merecido; y por tanto humillarte, y temer el perderle.

No confies demasiado en la posesion de esa gracia, pues tal vez muy luego, porque así convenga á tu mayor bien, la veas convertida en aflicciones ó duras tentaciones.

Y cuando la gracia te consuela, y te fortifica, y te consideras rico con ella, piensa lo débil y pobre que te ves cuando conviene privarte de ella.

El adelantar en la virtud, no consiste solo en recibir consuelos espirituales, sí tambien en sufrir con paciencia la privacion de ellos, y la sequedad y angustia en que queda el corazon, perseverando (no obstante el disgusto que esperimentes) con firmeza en la oracion, y en los ejercicios de costumbre, y en todos los deberes que te corresponden.

Haz para agradarme lo que esté en tu mano; como mejor puedas y sepas; y no desmayes, ni aflojes en cosa alguna, por grande que sea la afliccion en que te veas.

2. Muchos hay que se impacientan, ó que desmayan, y se retraen de seguir el camino de la virtud cuando las cosas que sobrevienen no son á su gusto.

No siempre está en mano del hombre

su camino. Solamente Yo soy quien puede dar y consolar, segun, y cuando lo considero conveniente, á quien me parece, y lo que me parece; porque los bienes ó trabajos que Yo le envie, son para que consiga su salvacion.

Algunos incautos se han perdido por la misma gracia de la devocion que recibieron; porque su fervor les condujo á hacer mas de lo que podian, sin tener en cuenta sus pocas fuerzas. Dejándose llevar del celo, y no de la razon, se atrevieron á mas de lo que Yo queria, y por esta causa quedaron privados de aquella gracia en castigo de su presuncion.

Así cayeron en un abismo de desamparo, y quedaron sumidos en la pobreza, los que, contando solamente con ellos mismos, quisieron poner su habitacion en el Cielo, para que humillados y empobrecidos no se atreviesen á volar con sus alas, y esperasen mis disposiciones.

Los que todavía no conocen bien mis caminos, fácilmente pueden estraviarse, si no se dejan gobernar por el consejo de los ya prácticos y prudentes.

3. El presuntuoso que guiado de solo su parecer, y no por el consejo de los esperi-

mentados, quiera seguir mis caminos, si no cede, y se sujeta á esos consejos, encontrará al fin dificultades, y grave perjuicio.

Mas los que de sábios presumen, rara vez se gobiernan por el consejo de otros.

Mejor es saber poco, y ser humilde, que poseer gran ciencia con orgullo.

Mas le conviene al hombre poseer escasa ciencia y pocos bienes terrenos, que reunir aquella y estos en abundancia, y que por ellos se engría é hinche de soberbia.

No procede discretamente el que se entrega á la alegría, olvidado de su miseria, y del casto amor que me debe tener; esto será causa de que pierda la gracia que le dí.

Ni la virtud acompaña al que desmaya en los tiempos de tribulacion, y le falta la confianza que en Mí debe tener.

4. El que cuando disfruta sosiego, porque ningun mal le aflige, y vive cual si nunca hubiera de padecer, cuando le llegue el tiempo de la tribulacion, se encontrará desanimado, confuso, y lleno de temor.

El que sabe mantenerse siempre humilde, y reprimir su deseo de parecer algo, no caerá tan pronto en tentaciones, ni en pecado.

Gran consejo es, y no le has de echar

en olvido, que cuando te halles con fervoroso espíritu, medites lo que te sucederá cuando ese fervor se retire de tí porque la luz de la gracia te falte.

Y cuando esa privacion esperimentes, piensa que puedes volver á recobrar la gracia que de tí aparté, por convenir así para seguridad y provecho tuyo, y tambien para gloria mia.

5. Muchas veces te aprovecha mas esta prueba que si siempre te sucediese todo como deseas;

Porque no consiste el mérito en recibir el celestial consuelo, ni en entender bien la Escritura, ó esceder á otros en dignidad, sino en tener una humildad verdadera, en amarme con toda el alma, en procurar que Yo me gloríe en tus buenas obras, en tenerte por nada, despreciándote sinceramente, alegrándote mas de verte despreciado de los otros, que distinguido y honrado.

CAPITULO VIII.

De la baja estimacion de sí mismo delante de Dios.

1. *S. F.—Hablaré á mi Señor Dios, aunque soy polvo y ceniza* (Gen. 18. 27).

Si por algo mas que polvo y ceniza me tuviera, vuestra verdad se me opondria, y

mis maldades darian contra mí un testimonio imposible de contradecir.

Pero si me humillo y anonado; si en realidad me desprecio, y me considero solamente como un poco de polvo que soy, me mirareis favorablemente, Señor, y recibiré vuestra gracia, la cual, iluminando mi corazon, hará que se convierta en nada la poca estima que de mí mismo aun conserve, y quedaré á mis ojos cual debo aparecer.

Así me manifestareis lo que soy, lo que fuí, y de donde vine, porque lo que soy no lo conocí.

Si me dejais entregado á mí mismo, en nada quedo convertido; mas al punto que me mireis; me trasformais en un nuevo sér, me encuentro lleno de fortaleza y de un gozo inesplicable.

Mirándome, Señor, me levantais maravillosamente en un instante; y vuestra bondad me sostiene, aunque mi propio peso me inclina siempre á la tierra.

2. Esta, Dios mio, es obra vuestra, de vuestro amor, que por pura gracia y misericordia me previene, y me socorre en tantas necesidades, librándome tambien de peligros, y de males en realidad innumerables.

Amándome yo desordenadamente, me perdí; pero amándoos á Vos, y buscándoos solamente, os encontré tambien; y vuestro amor me ha hecho abrir los ojos para tenerme por nada.

¡Oh, Señor! Mejor me tratais de lo que merezco, y de lo que me atreviera á pensar ó pedir.

Bendito seas, Dios mio, pues aunque soy indigno de todo favor, no cesa vuestra liberalidad y bondad de hacer bien hasta al ingrato y mas contrario vuestro.

Haced que todos nos convirtamos á Vos, que sois nuestra salud, nuestra virtud, y nuestra fuerza, para que seamos humildes, agradecidos y devotos.

CAPITULO IX.

Todo debe referirse á Dios, como á último fin.

1. *V. I.* —Hijo mio, dice Dios. Si quieres ser dichoso, debes tenerme por tu supremo bien y último fin.

Si tal fuere tu intencion, purificaré tu corazon de los afectos á lo terreno, y de la estimacion en que quieras tenerte á tí mismo.

Porque si te buscas á tí y á las criaturas, y no á Mí, perderás el vigor del alma para

las cosas santas, y te verás privado del rocío espiritual.

Para qué esto no suceda, dirige á honra y gloria mia todas las cosas, considerando que Yo soy quien lo dá todo, y quien de todo priva al pecador.

Así pues, considera cada cosa buena procedente de Mí, que soy el Bien sumo, y por esta razon has de referirlas todas á Mí como á su orígen.

2. De Mí, como de fuente viva, sacan las aguas saludables de la gracia el pequeño, el grande, el pobre y el rico; y los que libremente, y de corazon me sirven, recibirán nuevas gracias por haber usado bien las primeras.

Mas el que quisiere gloriarse fuera de Mí ó buscar su satisfaccion ó contento en algun bien terreno, jamás alcanzará verdadero gozo, ni pureza de corazon; antes sí se verá enredado en confuso laberinto, y angustiado de diversos modos.

Por tanto, no te atribuyas cosa alguna que practiques, ó que haya en tí, ni á hombre alguno la virtud que posea; todo proviene de Mí, pues nada es, ni tiene el hombre.

Y como yo le concedo todo lo que es, y lo que tiene, quiero que todo me lo vuelva

el que haga mal uso de ello: y con sobrada justicia exijo que, pues todo lo que es el hombre, y lo que tiene, Yo se lo doy, sea agradecido á mis favores.

3. Está es la verdad con que se destruye la vana gloria.

Cuando reine en tu corazon la gracia y la caridad, no entrará en él la envidia, ni tristeza de la dicha agena, ni tampoco te dominará el amor propio:

Porque todo lo vence la caridad; y ella es quien dilata la fuerza del alma.

Para que no te dejes engañar, te prevengo que solo en Mí debes poner tu gozo y esperanza. *Ninguno hay bueno sino solo Dios* (Luc. 18. 19), que por todos ha de ser alabado sobre todas las cosas, y bendito en todas ellas.

CAPITULO X.

Es cosa muy sabia servir á Dios y despreciar al mundo.

1. *S. F.*—Otra vez hablaré, Señor, y no callaré. Diré en silencio á mi Dios, á mi Señor y á mi Rey, que está en los Cielos:

¡Cuán grande es la abundancia de dulzura que teneis reservada para los que os temen! (Ps. 30. 20).

¡Y con cuánta mas regalareis á los que os aman y sirven de todo corazon!

No es posible esplicar la dulzura que en la contemplacion concedeis al que os ama.

En lo que principalmente veo vuestro escesivo amor y caridad es en que me habeis dado el ser que no tenia; en que cuando andaba estraviado, lejos de Vos, me volvisteis á vuestro servicio, y en que me habeis mandado que os ame.

2. ¡Oh fuente de amor eterno! ¿qué diré de Vos? ¿cómo podré olvidarme de que os habeis dignado pensar en mí cuando me hallaba en estado de corrupcion y muerte?

Habeis tenido de este vuestro miserable siervo aun mas misericordia de la que esperaba; y sin mérito alguno de mi parte me habeis concedido vuestra amistad y gracia.

¿Con qué podré corresponder á tan grande beneficio? porque no á todos se concede que renuncien al mundo, y dejando todo lo que le pertenece, abracen una vida enteramente cristiana.

Nada es que yo os sirva, cuando todas las criaturas están obligadas á serviros.

Y siendo nada el serviros yo, me lleno

de admiracion considerando que os dignais llamarme, recibirme por vuestro siervo, y agregarme á otros siervos vuestros muy amados, siendo tan indigno y pobre como soy.

3. Todo cuanto tengo y empleo para serviros es vuestro, aunque en verdad mas me servís Vos á mí que yo á Vos.

El cielo y la tierra que criasteis para servicio del hombre, le sirven puntualmente todos los dias, segun vuestro precepto.

Y no os contentais con esto, sino que empleais para servicio del hombre hasta el ministerio de vuestros santos Angeles.

Pero lo que escede á todo, es que Vos mismo quereis servir al hombre, y para ello os entregais todo á él.

4. ¿Qué os puedo yo dar por tanta multitud de beneficios? Estremado sería mi gozo si consiguiera serviros fielmente todos los dias de mi vida. Si Vos me sosteneis, se cumplirá mi deseo, pues por mí solo, Señor, bien sabeis que nada puedo.

Espero, Dios benignísimo, que me concedereis esta gracia, porque quiero amaros, y serviros con todas mis fuerzas, y bendeciros, y alabaros; y que por todas las criaturas seais alabado y bendito.

5. Grande honor y gloria hay en serviros y despreciarlo todo por vuestro amor, pues los que de todo corazon se aplican á serviros, serán colmados de vuestros beneficios.

Los que por vuestro amor se niegan á todos los gustos del cuerpo, serán galardonados por el Espíritu Santo con dulcísimos consuelos.

Y en fin, los que por seguiros, y en honra y gloria vuestra abrazan el camino estrecho del Cielo, y no piensan en las cosas del mundo, alcanzarán una libertad de corazon inesplicable.

6. ¡Oh servidumbre de Dios, suave y gustosa, que haces al hombre verdaderamente libre y santo!

¡Oh felicísimo estado del contínuo ejercicio religioso, que puede hacer semejante á los Angeles á la criatura que no se separe de él! Terrible es á los demonios, pero muy agradable al Altisímo, y digno del respeto de los hombres.

¡Oh ejercicio, que debe ser apetecido y abrazado con suma satisfaccion, para merecer el Sumo Bien, y alcanzar el gozo eterno!

CAPITULO XI.

Los deseos del corazon deben examinarse, y moderarse.

1. *V. I.*—Hijo mio, aun tienes necesidad de aprender muchas cosas que todavía no sabes bien.

2. *S. F.*—¿Y cuáles son, Señor?

V. I.—Que sujetes tus deseos á solo mi voluntad: que no seas amador de tí mismo, sino que en todo procures hacer lo que sea de mi agrado.

Varias veces te hallas animado de deseos que te alientan en sumo grado; pero examina bien si se encaminan á mi honra y gloria, ó á tu provecho.

Si á mi honra y gloria se dirigen, no verás alterada la paz de tu corazon; ni te contristes, sea cual fuere el modo como Yo te trate y disponga las cosas: mas si, engañado de tu amor propio, te buscáres en esos deseos á tí mismo, y no á Mí, encontrarás inquietud, y te suscitarás embarazos.

4. Guárdate de seguir tus deseos sin consultar conmigo, recogiéndote á devotas súplicas y oraciones; no sea que despues te arrepientas de haber hecho lo que tú por tí solo creiste ser lo mejor;

Pues no debe seguirse al instante el afecto ó pensamiento que á primera vista parece bueno, ni desecharse el que desde luego parece contrario.

Algunas veces conviene refrenarse aun en los buenos propósitos y deseos, para evitar que la demasiada precipitacion te haga caer en error, ó que tu celo indiscreto sirva de escándalo á otros, ó que la resistencia que encuentres en los demás te altere y precipite.

5. Hay ocasiones en que es necesario violentarse, y resistir con vigor los deseos de la carne, sin atender á que el cuerpo quiere ó rehusa, procurando sujetarle al espíritu aunque no quiera.

Y en esta obra de castigar y reducir al cuerpo á servidumbre, se ha de perseverar hasta que esté ya reducido á contentarse con poco, y eso que no sea perjudicial al alma, sin quejarse jamás de cosa alguna que le pareciere amarga.

CAPITULO XII.

Modo de adquirir la paciencia, y resistir las pasiones.

1. *S. F.*—¡Señor, y Dios mio! veo que me es muy necesaria la paciencia en esta

vida, porque son muchos los males á que en ella estoy sujeto, y muchas las cosas que son al hombre contrarias.

De cualquier modo que busque la paz, no la encontraré: sujeto estoy á vivir entre dolores y contínua guerra.

2. *V. I.*—Así es, hijo mio. No quiero que busques paz que esté libre de tentaciones ó contrariedades.

Cuando fueres probado con diversas tentaciones, y sufrido con paciencia muchas tribulaciones, entonces has hallado la paz.

Y si dices que no eres capaz de sufrir mucho en esta vida, ¿cómo sufrirás el purgatorio?

De dos clases de trabajo, lo mas general y apetecible es el escoger aquel que se tiene por mas ligero: así, pues, para evitar los suplicios eternos, acostúmbrate ahora á sufrir por Mí los males que te sobrevengan.

3. Supones tú que los hombres dados al mundo padecen poco, ó nada; pero no sucede, segun tú presumes, ni aun á aquellos que te figuras viven mas regaladamente.

Dirás que disfrutan muchos placeres, que siguen su propia voluntad, y que así

viviendo, apenas sentirán sus penas.

Sea como presumes, que tengan lo que apetecen, que gocen de cuanto desean, y vivan con alegría; pero, ¿y cuánto les durará?

Esos opulentos voluptuosos, que solamente cuidan de pasar los dias en disipaciones, en placeres, y no en trabajar para su salvacion, pronto, muy luego desaparecerán con todas sus delicias y glorias terrenas.

Y sabe además, que durante su vida, y rodeados de su engañosa dicha, no gozan de paz alguna; porque las mismas cosas en que fundan sus placeres y felicidad, les ocasionan frecuentemente graves disgustos y penas.

Y es justo que sea así, para que ya que siguen desordenadamente sus gustos, no gocen de ellos sin confusion y amargura gustos tan pasajeros y vergonzosos, que les privan de lograr una felicidad eterna.

Pero esto no lo conocen los dados al mundo, porque están ciegos y como embriagados; y así caen brutalmente en la muerte del alma por corto tiempo de deleites en esta vida.

Por tanto, hijo mio, *no reine el pecado*

en tu cuerpo mortal, ni obedezcas á las concupiscencias (Rom. 6. 12). *Ten tu deleite en el Señor, y te otorgará las peticiones de tu corazon* (Ps. 36. 4).

4. Si quieres tener un gozo verdadero, y gustar abundantemente mis dulzuras, desprecia lo del mundo, privándote de sus vanos placeres.

Y cuanto mas te apartes de lo terreno, y menos consuelos busques en las criaturas, tanto mas te colmaré de beneficios y de dulzuras.

Pero no las alcanzarás si no sufres con paciencia tristezas y combates.

Las anteriores malas costumbres se opondrán á tu conversion; pero las vencerás con la paciencia y práctica de las virtudes.

La carne querrá rebelarse; mas podrás sujetarla con el fervor del espíritu.

La antigua serpiente se acercará á tí, y te incitará; pero la puedes hacer huir con la oracion, y empleándote en un trabajo provechoso que no te permita distracciones: así la cerrarás enteramente la puerta.

CAPITULO XIII.

De la obediencia, á ejemplo de Jesucristo.

1. *V. I.*—Hijo mio, el que se separa de la obediencia, pierde la gracia; y el que quiere para sí solo las cosas que pertenecen á todos, se verá privado del derecho de mancomunidad.

El que no se somete alegremente á superior, manifiesta que se resiste al yugo, y quiere sacudirle, porque aun no ha podido vencer los impulsos de la carne.

Aprende á obedecer á tu superior sin repugnancia, si quieres sujetar la carne.

Porque el hombre que ha dominado los impulsos del corazon, con facilidad vence los enemigos esteriores.

Cuando la carne no obedece al espíritu, no tiene tu alma peor enemigo mas que á tu mismo cuerpo.

Si deseas vencer los impulsos de vanidad y soberbia á que te inclina la carne, es de absoluta necesidad que te desprecies á tí mismo, que te humilles.

El amor desordenado que te tienes, es la causa que te retrae de sujetarte gustosamente al parecer de los otros.

2. Nada es que tú, siendo solamente pol-

vo, te sometas á un hombre por Mí, cuando Yo, que soy Todopoderoso, y Altísimo, y que hice todas las cosas de nada, me sujeté á los hombres, humillándome por tí.

Yo me abatí hasta el polvo de la tierra para darte ejemplo, y que con mi humildad aprendieras á vencer tu soberbia.

¡Oh polvo! aprende á obedecer! tierra y lodo, aprende á humillarte á los piés de todos! aprende á quebrantar tu voluntad y sujetarte á todo!

3. Ármate, y pelea contra tí mismo hasta vencer ese amor propio y soberbia que te dominan; hasta lograr ponerte en estado de ver con alegría que todos te desprecian, y hasta te pisen como á un insecto.

Y de que te pisen y escarnezcan, no te quejes. Considera que son muchas las veces que me ofendiste, y que por ello mereciste otras tantas el infierno:

Que si te he perdonado, ha sido por compasion á tu alma, queriendo darte á conocer mi amor, y lo que la estimo; para que agradecido á mis beneficios te apliques á una verdadera humildad, y sufras todo desprecio con paciencia.

CAPITULO XIV.

Para no envanecernos de las buenas obras, hemos de pensar en los secretos juicios de Dios.

1. *S. F.*—¡Señor, Señor, tus altos juicios me asombran cual un espantoso trueno! mis huesos se estremecen, y el alma busca un oculto lugar donde esconderse!

Confundido quedo cuando leo que *ni los Cielos son limpios en vuestra presencia* (Job. 15. 15); y que *no perdonásteis á los Angeles que pecaron* (II Petr. 2. 4).

Si los Cielos no son puros á vuestros ojos, y no perdonásteis á vuestros Angeles, ¿qué será de mí, si no me mirais compasivo, Señor?

2. Aquellos cuyas obras parecian dignas de alabanza, se perdieron por haber incurrido en feos desórdenes.

Y los que comian pan de Angeles, se han deleitado despues con manjar de animales inmundos.

¡Señor y Dios mio! conozco bien que no hay santidad que pueda sostenerse sin vuestro socorro; ni sabiduría, si Vos no la comunicais: ni fuerzas que no se rindan, si Vos no las sosteneis; ni castidad segura, si Vos no la defendeis; y que toda nuestra

vigilancia sirve de nada, si Vos no nos guardais.

Si nos dejais entregados á nosotros mismos, caemos, y perecemos; pero con vuestra asistencia poderosa nos levantais, y vivimos.

Por nosotros mismos somos inconstantes; solo Vos podeis hacernos permanecer en nuestros buenos propósitos: somos tibios, Vos enardeceis nuestro espíritu.

3. ¡Oh cuán bajamente debo sentir de mí, pues nada soy, aunque parezca que hago algo bueno!

¡Dios mio, Dios mio, cuánto debo humillarme al considerar lo inescrutable de vuestros juicios, y mi nada!

¡Oh juicios, que por mucho que el hombre se afanára, no podria penetrar!

En ellos se estrella la vanidad humana; y por ellos reconocemos mas claramente que somos nada.

Así pues, toda nuestra vanagloria se anega en estos juicios, se estrella nuestra soberbia, y se estinguen nuestras fuerzas.

4. ¿Qué es el hombre, Dios mio, delante de Vos? ¿Podrá el barro contrariar el deseo del artífice que le tiene en sus manos?

¿Cómo podrá engreirse con vanas ala-

banzas el que de verdad ha sujetado su corazon á la voluntad de Dios?

El mundo entero es incapaz de inspirar vanidad ni orgullo en aquel que conoce y ama la verdad.

Ni las alabanzas de todos los hombres privarán el humilde conocimiento de sí mismo al que ha puesto en Dios toda su esperanza;

Porque meditará bien que todos los mortales que dan alabanzas son tambien, como él, nada, polvo y ceniza lo mas; y que sus alabanzas y personas pasarán con tanta brevedad como las palabras que pronuncien; porque *solo la verdad del Señor permanece eternamente* (Ps. 116. 2).

CAPITULO XV.

De cómo debe pedir el hombre lo que deseáre.

1. *V. I.*—Hijo mio, en todas ocasiones que algo me pidas, debes decir de este modo: Señor, concededme lo que os suplico, si es del agrado vuestro, y si ha de redundar en honra y gloria de vuestro Santo Nombre.

Señor, dignaos acceder á mi deseo, si no es contrario á vuestras disposiciones y á la salvacion de mi alma. Si en algo puede des-

sagradaros y perjudicarme, desechad, Dios mio, mi peticion.

2. No todos los deseos provienen del Espíritu Santo, aunque el hombre los tenga por justos y buenos.

Dificultoso te será distinguir si el buen espíritu ó malo te mueve á desear las cosas ó si te inclinas á ellas por tí propio.

Muchos que al principio parecian ser movidos por buen espíritu, despues se han visto engañados.

Y por tanto, siempre se han de pedir las cosas con temor y humildad de corazon: y todo debe ponerse con resignacion en mis manos, diciendo así:

Señor, Vos sabeis lo que mas conviene; hágase lo que os voy á pedir segun vuestra voluntad.

Dadme lo que querais, como querais, y cuando querais.

Tratadme como sabeis que conviene, y del modo que fuereis servido, para vuestra mayor gloria.

Ponedme donde quisierais, y disponed de mí en todo como os agrade.

En vuestras manos estoy: llevadme donde os plazca, segun tuviereis por conveniente.

A todo estoy pronto como siervo vuestro, porque no deseo vivir para mí, sino para Vos: haced, Señor misericordiosísimo, que así lo cumpla.

ORACION

para pedir que se cumpla la voluntad de Dios.

3. *S. F.*—¡Oh Jesus benignísimo! concededme vuestra gracia para que esté conmigo, obre conmigo, y persevere hasta el fin conmigo.

No permitais que yo desee jamás otra cosa sino lo que os sea mas acepto y agradable.

Haced que yo quiera lo que Vos quereis, que ame lo que Vos amais; que mi voluntad se conforme siempre con la vuestra, y que no me sea posible querer, ó no querer sino lo que Vos querais, ó no querais.

4. Concededme que renuncie á todo lo del mundo; que guste de ser despreciado por vuestro amor, y vivir desconocido en este siglo, y que ponga en Vos toda mi esperanza, y permanezca siempre unido á Vos, y que en Vos encuentre mi descanso.

Vos, Dios amantísimo, sois la verdadera paz del corazon; Vos mi reposo; y fuera de Vos, todo es inquietud y fatiga.

Unido siempre á Vos, que sois el único y soberano Bien, *en paz dormiré, y reposaré* (Ps. 4. 9).

CAPITULO XVI.

El verdadero consuelo se ha de buscar solo en Dios.

1. *S. F.*—Cuanto puedo desear ó imaginar para mi consuelo, no quiero esperarlo en este mundo, sino en la vida eterna.

Aunque poseyese yo solo todas las riquezas, y gozase todas las satisfacciones y placeres del mundo, de nada me aprovecharian, ni durarian mucho tiempo.

No encontraré contento y gozo sino en Dios, que es el consolador de los pobres, y refugio de los humildes.

Alma mia, espera en la promesa del Señor, y serás colmada de bienes en el Cielo.

2. *V. I.*—Si deseas desordenadamente las cosas de esta vida, perderás la felicidad de la otra.

Usa de las cosas temporales como de paso, y solamente segun te sean necesarias; pero desea y busca con ansia, y diariamente, las eternas.

No es posible que cosa alguna temporal satisfaga enteramente tu deseo, porque no

fuiste criada para gozar bienes que se acaban prontamente.

3. Aunque tuvieses todos los bienes del mundo, no por eso serías feliz; porque tu dicha y felicidad consisten únicamente en Mí, que soy quien lo ha criado todo, y quien lo dá todo.

No pretendas lo que tienen por felicidad los locos amadores del mundo, sino la que esperan los buenos cristianos, y suelen gustar anticipadamente los limpios de corazon, *cuya dicha y morada está en los Cielos* (Philip. 3. 20)

Todo consuelo que recibas de los hombres, vano es, y breve; mas el que Yo te envío, es sólido y duradero.

El hombre devoto, y que sinceramente me ama, lleva consigo por todas partes su consolador, que soy Yo.

4. *S. F.*—¡Señor y Dios mio! séame concedido el querer de buena voluntad vivir privado de todo consuelo humano: y si me faltáre el vuestro, haced, Señor, que me consuele con saber que es de vuestro agrado hacerme pasar por esta prueba; pues confio, mi Dios, que *no estareis enojado para siempre, ni amenazareis eternamente.* (Ps. 102. 6).

CAPITULO XVII.

Hemos de encomendar á Dios el cuidado de nosotros mismos.

1. *V. I.*—Hijo mio, déjame disponer de tí segun mi voluntad, pues sé lo que te conviene.

Tú por tí solo no discurres sino como hombre que eres, ni obras de otro modo que guiado por el afecto humano.

2. *S. F.*—Así es, Señor. Mas cuidado teneis Vos de mí, que el que yo pueda tener, por grandes que sean las diligencias que haga para ello.

Se bien que no puede sostenerse el que no pone toda su confianza en Vos.

Haced, Dios mio, que mi voluntad sea siempre recta, y conforme á la vuestra. Disponed de mí segun fuere de vuestro agrado. Bien sé que no puede dejar de ser bueno cuanto venga de Vos.

Si os dignais tenerme abatido, y despreciado de todos, bendito seais: si quereis que os sirvan en alguna dignidad, bendito seais; si sois servido consolarme, bendito seais; y si quereis que padezca trabajos y tentaciones, bendito seais; y bendito, y alabado, y glorificado en todo tiempo.

3. *V. I.*—Hijo mio, así debes conformarte si quieres caminar conmigo. Tan pronto debes estar aparejado para las tentaciones y trabajos, como para recibir alegría y consuelo. Tan de buena gana debes conformarte con la necesidad y la pobreza, como con la riqueza y abundancia.

4. *S. F.*—Señor: de buena voluntad sufriré por Vos todo lo que querais que venga sobre mí.

Con la mayor humildad y contento recibiré de vuestra mano los males y los bienes, lo amargo y lo dulce; y os daré gracias por cuanto querais que me suceda.

Libradme de todo pecado, y no temeré la muerte, ni el infierno.

No me aparteis de Vos para siempre, ni me borreis del libro de la vida. Esto os pido, Señor, con toda el alma: esto espero de vuestra bondad; y así no me dañará ninguna de cuantas cosas me sucedan.

CAPITULO XVIII.

Debemos sufrir con paciencia, á ejemplo de Jesucristo, las miserias de la vida.

1. *V. I.*—Hijo mio, Yo bajé del Cielo por tu salud; y me vestí de tus miserias, no por necesidad, sino movido de amor pa-

ra enseñarte á ser sufrido, y que lleves sin impaciencia las miserias de la vida.

Desde la hora en que nací hasta mi postrer aliento en el Calvario, nunca me faltó que padecer.

Nací en un lugar humildísimo; tuve por cuna un pesebre; viví pobremente; oí de mí muchas quejas y murmuraciones; sufrí con mansedumbre ingratitudes y oprobios en pago de mis beneficios; por mis milagros ví blasfemias; y por mi Doctrina contradicciones.

2. *S. F.*—Señor mio Jesucristo, pues que Vos padecísteis tanto cumpliendo el mandato de vuestro Padre, justo es que yo pecador miserable cumpla lo que Vos me ordenais, que lleve con paciencia todas las cruces que me enviáreis, y que sufra el tiempo que quisiereis las miserias de esta vida, y me sufra tambien á mí mismo en satisfaccion de mis pecados.

Carga pesada en verdad es la vida presente; pero por vuestra santísima gracia se ha hecho muy meritoria; y por el ejemplo que Vos nos disteis, y el de vuestros Santos, mas suave, mas tolerable para los flacos de espíritu.

En ella se encuentra mas consuelo que

el que daba la ley antigua, que tenia cerradas las puertas del Cielo; y el camino que conducia á él parecia tan oscuro, que eran pocos los que se resolvian á seguirle.

Y aun los justos que habian de salvarse, no podian entrar en la Gloria antes que Vos hubierais sufrido vuestra pasion, y la muerte.

3. ¡Oh, y cuántas gracias debemos daros, amabilísimo Jesus, porque os habeis dignado enseñarnos, á mí, y á todos los fieles, el camino de vuestro Reino!

Ninguna duda debemos abrigar de que vuestra vida ha de ser el ejemplo de la nuestra, ni de que con el santo ejercicio del sufrimiento llegaremos á Vos, que sois nuestra dicha, nuestro refugio, nuestro guia.

Si Vos no fuerais delante, enseñándonos el camino de vuestro Reino, ¿quién, Señor, hubiera sabido seguirle? ¿y cuántos le hubieran emprendido?

Y de los que seguirle se han propuesto, ¡cuántos y cuántos se quedáran atrás, y aun no se movieran, si no los animára vuestro amor y divino ejemplo!

Y si sabiendo, como sabemos, los grandes milagros que obrasteis, la sabia doctri-

na que predicasteis, vuestra mansedumbre, caridad, y el acendrado amor que nos profesais, estamos tan remisos y flojos, ¿qué seria si nos faltase la brillantísima luz con que nos alumbrais para seguiros?

CAPITULO XIX.

El sufrimiento de las injurias es señal de verdadera paciencia.

1. *V. I.*—Hijo mio, no te quejes por lo que padeces, pues es muy poco, en comparacion de lo que otros han padecido con tentaciones violentas, con graves tribulaciones, y con muchos ejercicios y pruebas por donde pasaron.

Considera lo que Yo y mis Santos padecimos. Tú aun no has resistido hasta derramar sangre.

Acuérdate de continuo de los trabajos que otros padecieron, para que este recuerdo te anime, y te guie á soportar los tuyos, que son muy ligeros.

Y si ligeros no te pareciesen, atribúyelo á tu impaciencia, y al poco deseo de mortificar tu cuerpo.

Pero que sean ligeros ó penosos, si deseas merecer, aplícate á sufrirlos con paciencia.

Cuanto mas y mejor te prepares á padecer, tanto mas sabio eres, y tanto mas creces en méritos.

Con buena voluntad sufrirás los males que te sobrevengan, si por amor á Mí los recibes: y cuanta mas paciencia manifiestes, mas te acostumbrarás á llevar la cruz con que Yo te cargue; y por pesada que fuere, te parecerá muy ligera.

2. Y no digas: Yo no puedo sufrir los insultos de esta persona, ni es razon que los tolere: de cualquier otra los sufriria pacientemente.

El que así siente, yerra lastimosamente, porque solo tiene en cuenta las ofensas, y las personas, y no considera lo que es la virtud de la paciencia, ni mira al que la ha de premiar.

3. No hay verdadera paciencia en el que solo quiere sufrir lo que le parece, y de quien le parece.

La paciencia reside en el que no hace aprecio de la persona que le hace padecer, si es superior, igual ó inferior; si hombre de bien, ó un perverso; y sin atender á clase ó calidad de sugetos, recibe de buena voluntad, como de mano de Dios, los insultos, las calumnias y males que se le ocasionan,

cuando y como quiera que sea; teniéndolo todo por favor, y grande provecho para su alma;

Porque no hay trabajo alguno padecido por mi Padre Celestial, aun cuando muy pequeño sea, que no sirva de mérito.

4. Procura estar preparado para el combate, si deseas la victoria.

Sin pelear, no puedes conseguir el premio de la paciencia: y si rehusas sufrir, rechazas el ser premiado.

Pero si deseas premio, entra con esfuerzo en el combate; sufre con paciencia.

Sin trabajo no se llega al descanso: sin combate no se alcanza la victoria.

5. *S. F.*—Señor, hacedme posible con vuestra gracia lo que me parece imposible por mi natural flaqueza.

Bien sabeis que es poco lo que puedo sufrir, y que la menor contrariedad me derriba. Hacedme amar y desear por vuestro Nombre cualquier ejercicio de paciencia que sea, pues conozco el grandísimo provecho que es para mi alma padecer y sufrir por mi Dios.

CAPITULO XX.

De la confesion de nuestra flaqueza, y de las miserias de esta vida.

1. *S. F.—Confesaré contra mí al Señor mi injusticia* (Ps. 31. 5). Os confesaré, Dios mio, mi flaqueza:

Tal es, que muchas veces la cosa mas insignificante me derriba lleno de tristeza.

Formo propósito de obrar esforzadamente, y á la menor tentacion me acongojo.

La cosa de menos valor es motivo para mí de graves tentaciones.

Y cuando creo que estoy algo seguro, porque no veo el peligro, casi me encuentro vencido, y basta un soplo para derribarme.

2. Mirad, Señor, mi bajeza y fragilidad, que está patente á vuestros ojos.

Tened misericordia de mí: *Sacadme del lodo, para que no quede atollado* (Ps. 68. 15), y desmaye enteramente.

Lo que mas me aflige y confunde delante de Vos, es verme tan propenso á caer, y con tan pocas fuerzas para resistir mis pasiones.

Y aunque del todo no me rinden al consentimiento, me causa mucha pena y molestia el reprimirlas, y el vivir en continuo combate.

Conozco tambien mi flaqueza en que me acometen abominables pensamientos, los cuales me es mas fácil retener en la imaginacion, que desecharlos.

3. ¡Oh Dios de Israel poderosísimo, que tanto cuidais del bien de las almas! Mirad, Señor, el dolor y trabajo de vuestro siervo, y guiadle en todo lo que haya de hacer, y por cualquier parte donde fuere.

Fortalecedme con vuestra gracia, para que nunca llegue á dominarme el hombre viejo, que es esta carne miserable que aun no está sujeta al espíritu, y que es preciso reprimir toda mi vida.

¿Y qué vida es esta, Dios mio, donde nunca faltan aflicciones y miserias, llena de lazos y de enemigos?

Porque así que pasa una angustia ó tentacion, viene otra; y aun durante el primer combate sobrevienen otros mayores, que de ningun modo se esperaban.

¡Ay! ¿Cómo es posible amar una vida tan llena de amarguras, y sujeta á tantas calamidades y miserias?

¿Cómo puede llamarse vida la que engendra tantos males y muertes?

Y no obstante esto; es amada de muchos que quieren deleitarse en ella.

Cualquiera que medite, conoce que el mundo es vano y engañoso; pero no queremos dejarle, porque tienen mucha fuerza sobre nosotros los apetitos de la carne.

Hay cosas que incitan al amor del mundo, y otras á despreciarle. *La concupiscencia de carne, la concupiscencia de ojos, y la soberbia de vida* (I Joan. 2. 16), escitan al amor.

Los males, las miserias, las penas que justamente se siguen á esa concupiscencia, y á todos los malos deseos, es lo que incita á su desprecio.

5. Mas, ¡oh dolor! el amor á los gustos en un alma dada al mundo, que funda toda su dicha en vivir entregada á los placeres, hace que se olvide de Dios.

Pronto los abandonarian si gustaran la suavidad del Señor, y el hechizo de la virtud.

Los que desprecian el mundo, y procuran vivir para Dios, conocen la dulzura celestial prometida á los que de corazon se renuncian á sí mismos; y ven con mucha

claridad cuan torpemente se engañan los que en las cosas de la tierra buscan alegría y bienestar.

CAPITULO XXI.

Solo en Dios se ha de buscar el descanso.

1. *S. F.*—Alma mia, descansa en Dios, y en el Señor confía sobre todas las cosas, porque Dios es el eterno descanso de los Santos.

Amantísimo y dulcísimo Jesus, haced que me alegre y descanse en Vos sobre todas las criaturas, sobre la salud, sobre toda gloria y honra, sobre todo poder y dignidad, sobre toda clase de riquezas, fama y ciencia, sobre todo placer y alegría, sobre todo consuelo y esperanza, sobre todo merecimiento, y sobre todo cuanto se pueda idear: sobre los Angeles y Arcángeles, y sobre todo el ejército del Cielo, sobre todo lo visible é invisible; y en fin, sobre todo aquello que no seais Vos, Dios mio y mi Consolador.

Vos, Señor, escedeis infinitamente en perfecciones á todas las cosas. Vos sois infinitamente bueno, infinitamente benigno, infinitamente poderoso, infinitamente rico.

Vos solo sois infinitamente amable: vuestra grandeza, vuestra hermosura y glo-

ria son infinitas: en Vos solamente han estado, están y estarán perpétuamente todos los bienes.

2. Así pues, cualquier gracia que me concedais que no sea teneros y poseeros cumplidamente á Vos mismos no me satisface. No se contenta mi corazon enteramente, ni descansará sino en Vos, remontándose sobre cuantos dones puede haber, y sobre todo lo criado; porque solamente Vos podeis llenarle, y colmar sus deseos.

¡Oh, Jesus mio, casto Esposo de las almas, y supremo Señor de todo! ¿quién me dará las alas de una verdadera libertad para volar hasta Vos, y poner en Vos solo todo mi descanso?

¿Cuándo me será concedido, clementísimo Dios, pensar en Vos únicamente?

¿Cuándo me uniré tan estrechamente á Vos, que por la fuerza de vuestro amor suavísimo me olvide enteramente de mí, y solo en Vos encuentre aquella satisfaccion aquella dicha que pocos conocen, y que escede á cuanto el hombre puede imaginar!

3. ¡Pero cuán distante me hallo del logro de mis deseos! Lo que al presente consigo, no es otra cosa que gemir, y sufrir con estremado dolor mi desgracia;

Porque en este valle de miserias acaecen infinitas cosas que me inquietan, me afligen y ofuscan la razon; pues me enredan á lo mundanal, y me distraen hasta de pensar en mi Dios; me halagan, y procuran entretenerme para que no me acerque á Vos, y me prive de aquellas santas delicias con que favoreceis á los espíritus celestiales. Todo, Dios mio, conspira á separarme de Vos.

Señor Altísimo, muévaos á compasion mis miserias, mis suspiros, la flaqueza de mi carne, que no puede por sí librarse de la grande perdicion que hay en la tierra.

4. ¡Oh, Jesus, resplandor de la Gloria eterna, y consuelo del alma en su destierro! no encuentro palabras con que dirigirme á Vos: supla mi silencio cuanto os quiero decir y suplicar.

¿Hasta cuándo dilatais el venir, mi Dios y Señor?

Venid á este pobre siervo vuestro; venid, y llenadle de alegría.

Venid, Señor, venid pronto, porque sin Vos no puede haber un solo instante de verdadero contento. Vos sois mi alegría, y mi alimento, y mi vida.

Verdaderamente soy miserabilísimo en

esta vida, donde estoy como encarcelado y cargado de cadenas hasta que mirándome Vos favorablemente me deis libertad y gozo con la luz de vuestra Divina presencia.

5. Busquen otros lo que quieran, en vez de buscaros á Vos, que yo solamente á Vos es á quien busco; á Vos quiero y deseo: no encuentro, ni encontraré alegría sino en Vos, Dios benignísimo, que sois mi esperanza, y mi salud eterna.

No cesaré de invocaros; y siempre os estaré rogando hasta tanto que me mireis misericodiosamente, y me hableis al corazon.

6. *V. I.*—Aquí estoy. Vengo á tí porque me has invocado. Tus lágrimas, tus deseos, tu humildad y penitencia me han movido á visitarte.

7. *S. F.*—Gracias, Dios benignísimo; repetidas gracias os doy por tanta bondad. Os he llamado, Señor, porque deseo poseeros: y estoy dispuesto á despreciar todas las cosas por gozar de Vos.

Y mayores gracias debo tributaros, por el triplicado favor que me habeis dispensado moviéndome Vos mismo á buscaros.

Bendito seais, Señor, que usais de tanta misericordia con este siervo vuestro.

Bendito seais. ¿Y qué mas he deciros? Humíllome, Señor, profundamente en vuestra presencia; me abato hasta el polvo acordándome de lo mucho que os he ofendido, y de mi bajeza.

No hay cosa semejante á Vos en todas las maravillas del Cielo y de la tierra.

Vuestras obras son perfectísimas; vuestros juicios son justísimos; y por vuestras providencias se gobiernan todas las cosas.

Alabada seais y glorificada, ¡oh Sabiduría del Padre! Haced, Señor, que mi alma mi lengua, y todas las criaturas os alaben y bendigan ahora y siempre.

CAPITULO XXII.

De la memoria de los beneficios que recibimos de Dios.

1. *S. F.*—Abrid, Señor, mi corazon á vuestra ley, y guiadme por vuestros mandamientos.

Hacedme conocer vuestra santa voluntad, y enseñadme á considerar con especial atencion y reverencia los beneficios que me habeis dispensado, así generales como particulares, para daros las debidas gracias.

Aunque bien sé, y confieso que soy in-

capaz de daros las que merece el mas pequeño de todos ellos.

Sé tambien que no merezco ni aun el mas mínimo favor de los que me concedeis.

Y cuando considero lo que sois, y lo que haceis, Señor, por mí, enmudezco, me anonado y confundo; y el alma se estasía contemplando vuestra majestad y grandeza.

2. Todas las buenas disposiciones de alma y cuerpo, todos los bienes interiores ó esteriores, naturales ó sobrenaturales que poseemos, son dones de vuestra bondad que estan declarando que sois liberal, misericordioso, y fuente de todo bien.

Y aunque unos reciben mas, y otros menos de esos bienes, resulta que todo viene de Vos, y que sin Vos, nada tenemos.

El que ha recibido mas, no se gloríe de que haya sido por sus méritos, ni se envanezca ni desprecie al que haya recibido menos.

El mayor, y el mejor es aquel que menos méritos se atribuye á sí mismo, y que dá gracias al Señor con mas humildad y devocion.

Y el que se tiene por mas vil y despre-

ciable de todos, se halla mejor dispuesto para recibir los mayores dones.

3. El que hubiere recibido menos, no por eso ha de entristecerse, ni quejarse, ni tener envidia á los que hayan recibido mas: lo que le corresponde hacer es alabar vuestra bondad infinita, Dios piadosísimo, pues concedeis vuestros dones tan liberalmente por pura gracia, sin acepcion de personas.

Todo viene de Vos; y así, por todo debeis ser alabado y glorificado.

Vos conoceis lo que conviene dar á cada uno, y el por qué han de recibir unos menos y otros mas, pues sabeis cuáles son los méritos de todos. No es á nosotros á quien pertenece ese juicio ni exámen.

4. Por eso, Señor, tengo por un particular bien el hallarme privado de aquellas cualidades que parecen sobresalientes, y logran aprobacion y alabanza, segun la opinion de los hombres.

Y al considerar cada uno su miseria, y su bajeza, no ha de desmayar, ni afligirse; debe consolarse y alegrarse viendo que Vos escogisteis para amigos y servidores vuestros á unos pobres menospreciados del mundo.

Testigos son de esta verdad vuestros

Apóstoles, á los cuales dijisteis, Señor, *Cuando en la regeneracion el Hijo del Hombre se sentará en el trono de su majestad, os sentareis vosotros sobre doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel* (Mat. 19. 28).

Y no obstante esta grande promesa y elevadísima dignidad, vivieron en el mundo tan humilde y sencillamente, tan sin malicia ni engaño, *que se alegraban de sufrir afrentas por el Nombre de Jesucristo* (Actor. 5. 41); y abrazaban con grande afecto lo que en el mundo se aborrece.

Por eso, Señor, ninguna cosa debe alegrar tanto al que os ama y agradece vuestros beneficios, como el que se cumpla en sí propio vuestra voluntad, y todas las disposiciones de vuestra eterna Providencia.

Con lo cual ha de hallarse tan consolado y satisfecho, que quiera y desee con ánsia ser el menor de todos, y en todo el último; así como tantos apetecen ser los primeros; que tan satisfecho y humilde esté en el lugar mas bajo, como en el mas distinguido; y que tan de buena voluntad quiera vivir despreciado, sin reputacion ni fama, como si todo el mundo le honrase.

Porque el deseo, Dios mio, de que se cumpla lo que Vos querais, y el amor de

vuestra honra y gloria, deben ser para nosotros mas que todo, y servirnos de mas placer y consuelo que cuantos beneficios hayamos recibido, ó hubiéramos de recibir.

CAPITULO XXIII.

Cuatro cosas muy provechosas para la paz del corazon.

1. *V. I.*—Hijo mio, ahora te enseñaré el camino de la paz, y de la libertad verdadera.

2. *S. F.*—Sí, sí, mi Dios y Señor, que os oigo con sano consuelo.

3. *V. I.*—Aplícate, hijo querido, á hacer la voluntad agena antes que la tuya, siempre que no sea contraria á mis Mandamientos.

Escoge siempre tener menos que mas. Procura ocupar el mas ínfimo lugar en todo, y sométete á todos.

Desea siempre, pídeme que se cumpla en tí mi voluntad.

El que dispone su ánimo de este modo, encontrará el camino de la paz y del descanso.

4. *S. F.*—Señor, vuestras breves palabras contienen una doctrina admirable.

Son pocas, pero de grande enseñan-

za. Si me concedeis que las observe con fidelidad, no caeré tan fácilmente en inquietudes.

Pues cuantas veces esperimento algun disgusto y turbacion, no es otra la causa que el haberme separado de vuestras saludables reglas.

Pero Vos, Señor mio, que todo lo podeis, y quereis siempre el provecho de las almas, aumentad en mí vuestra gracia, para que haga lo que me enseñais, aprovechándolo todo para mi salvacion:

Oracion contra los malos pensamientos.

5. *S. F.—No os alejeis de mí. Dios mio: volved vuestros ojos en mi ausilio* (Ps. 70. 12); porque me acometen una multitud de malos pensamientos y temores, que sobremanera me afligen y atormentan.

¿Qué haré, Señor, para librarme de ellos ó impedir que me hagan daño?

Yo iré (decis por Isai. 45. 2. 3) *delante de tí, y humillaré á los poderosos de la tierra, quebrantaré puertas de bronce*, romperé barras de hierro, y *te daré los tesoros escondidos*.

Esto habeis prometido, Señor Altísimo, y espero que lo cumplireis conmigo; que

viniendo Vos á mí, huirán de vuestra presencia, rotas las cadenas que á ellas me ligan, las pasiones que me inclinan al pecado; y purificando mi alma de la culpa, me hareis participante de vuestros Divinos Misterios.

Acudir á Vos en todas mis aflicciones es mi verdadero consuelo; porque en Vos tengo depositada toda mi confianza; y á Vos invoco é invocaré de lo íntimo de mi corazon, y con paciencia esperaré hasta que os digneis ampararme.

Oracion para alcanzar la luz del alma.

6. *S. F.*—¡Oh buen Jesus! Derramad en mi alma vuestra claridad Divina, y disipad las tinieblas que la ofuscan.

Abrasad mi corazon con el vivo fuego de vuestro amor; y así fortalecido, y ausiliado con vuestra Divina gracia, cobrará la fuerza necesaria para resistir los halagos del mundo; y todas las malas pasiones.

Combatiré fuertemente; y ayudado de Vos, Jesus Santísimo, venceré mis pasiones y atormentadores deseos, aunque muy tenaces sean, y difíciles de domar.

Y vencidos mis capitales enemigos, purificada mi alma, é iluminada por Vos, la

paz residirá en mi conciencia, lugar de donde, cuando está limpia de toda mancha, salen las alabanzas que mas gratas son á vuestros oidos.

¿Qué no podeis hacer, Jesus amoroso, para que deje de cumplirse lo que os pido, cuando mandais á la tempestad que cese, al mar que se calme, al fuerte aquilon que se retire, y al punto sois obedecido?

7. Apiadáos de mí, Señor. Comunicadme vuestra luz, y hacedme conocer vuestra verdad, pues sin este beneficio, siempre seré una tierra estéril.

Derramad sobre mí vuestras bendiciones: descienda sobre mi corazon el rocío celestial, para que crezcan en él la devocion y compuncion, que produzcan fruto de buenas obras.

Levantad, Señor, mi alma, que se halla postrada con el peso de muchos pecados: inspiradme que solamente suspire por las cosas del Cielo, para que empezando á gustar sus dulzuras, me retire enteramente de pensar en las del mundo.

Separadme de todos los gustos pasageros que emanan de las criaturas, porque ningun bien perecedero puede satisfacerme y darme paz.

Unidme á Vos, Jesus querido, haciéndome amaros con un amor fiel y constante. Vos solo bastais al que os ama: sin Vos, todo es vano y sin provecho.

CAPITULO XXIV.

Evitar la curiosidad de saber vidas agenas.

1. *V. I.*—Hijo mio, huye el averiguar las acciones de tu prógimo; es vana curiosidad, y perjudicialisímo, el mezclarse en las cosas de otros, y principal causa en la murmuracion.

¿Qué te vá á tí de lo que será de aquel? Tú sígueme (Joan. 21. 22.)

¿Para qué quieres saber del modo que vive tu vecino, lo que hace, ó lo que dice?

Tú no eres responsable de los demás: y siendo así que de tí solo has de dar cuenta, ¿por qué te entrometes en lo que no te pertenece?

Conozco bien lo que son todos los hombres; viendo estoy cuanto sucede en el mundo; y sé lo que pasa en cada uno, lo que piensa, lo que desea, y á dónde se encaminan sus intenciones.

Así pues, todo se ha de dejar á mi providencia. Tú por tu parte consérvate en san-

ta paz, aunque veas que otros andan inquietos y afanados:

Sobre ellos ha de recaer todo lo que digan ó hagan, pues no pueden engañarme.

2. No procures adquirir el vano lucimiento de una grande reputacion, ni familiarizarte con muchos, ni de adquirir un particular amor de los hombres; porque con estas cosas se distrae y enreda el corazon.

Yo me complacería en hablarte frecuentemente, y descubrirte secretos que ignoras, si vivieras con aquella vigilancia que es indispensable para estar en observacion de cuando vengo, y si entonces tuvieras el mas vivo deseo de recibirme, y hospedarme lealmente en tu pecho.

Vive, pues, con cuidado, aplícate á la oracion, y no pierdas ocasion alguna de humillarte.

CAPITULO XXV.

En qué consiste la paz del corazon, y aprovechamiento de la virtud.

1. *V. I.—La paz os dejo; mi paz os doy: no os la doy Yo como la dá el mundo,* (Joan. 14. 27.) Esto dije, querido hijo, á mis discípulos.

Todos desean paz, pero no todos quie-

ren hacer lo que es necesario para alcanzar la paz verdadera.

Mi paz es para los humildes de corazon; y nadie llegará á gozarla sin tener mucha paciencia.

Si oyes mis palabras, y las sigues, alcanzarás admirable paz.

2. *S. F.*—Y para alcanzarla cual me decís, ¿qué hare, Señor?

3. *V. I.*—Reflexiona bien en todas ocasiones lo que vas á decir ó hacer; y en todo ello no lleves otra intencion que la de agradarme; ni desees ó busques cosa alguna sino á Mí, ó por Mí.

No juzgues temerariamente de los dichos ó hechos agenos, ni te entrometas en lo que no te corresponda. De este modo podrás librarte de inquietudes, ó rara vez las esperimentarás.

Nadie espere sosiego cumplido en este mundo, persuadido de que nunca habrá de sentir inquietud alguna, ni padecer alguna pena interior ó esterior. Esto solamente se alcanza en el Cielo.

Y así, no creas haber encontrado la paz porque al presente no esperimentes cosa que te aflija; ni te glories de que no tienes adversarios, ni de que tu felicidad es per-

fecta, porque todo te sucede y lo hallas como deseas.

Tampoco te tengas por algo, ó por especialmente favorecido de Mí, porque sientas en tí la devocion y sus dulzuras.

No se conoce en estas cosas el verdadero amador de la virtud; ni consiste en ellas el adelantamiento y perfeccion del cristiano.

4. *S. F.*—¿Pues en qué consiste, Señor?

5. *V. I.*—En ofrecerte de todo corazon á mi voluntad, sin buscar por amor propio tus intereses y comodidad en lo mucho y en lo poco, en lo temporal, ni en lo eterno: de modo que mirando con ánimo igual los bienes y los males de la vida, me des de todo las gracias, no menores por lo contrario que por lo favorable.

Si estuvieres tan firme y perseverante en la esperanza, que aun cuando te veas privado de consuelos espirituales, te prepares á sufrir mayores penas; si en vez de quejarte, porque creas no mereces padecer tanto, reconoces y adoras mi santidad y justicia en todo lo que dispongo de tí, entonces caminas ciertamente por el camino de la paz; y ten firmísima esperanza de que volverás á gustar la alegría de mi presencia.

Y si consigues despreciarte enteramen-

te, ten por cierto que alcanzarás la mayor paz que se puede gozar en la tierra.

CAPITULO XXVI.

Acudir á Dios para que nos sostenga en las necesidades y cuidados de esta vida.

1. *S. F.*—Veo, Señor, que solamente el varon justo puede permanecer de continuo en la aplicacion á las cosas del Cielo, y pasar tranquilamente por medio de los cuidados de la vida, y no interrumpir el desempeño de sus cuotidianas obligaciones.

Verdad es que este don es solamente concedido á las almas que pueden llamarse enteramente libres de afectos terrenos; porque viven sin apego alguno á las glorias del siglo.

2. ¡Dios de misericordia! humildemente os suplico que me protejais en los quehaceres y ocupaciones que me son necesarias en esta vida, para que no me distraigan de vuestro servicio; que cuideis de las diversas necesidades de mi cuerpo, y me impidais que busque deleites al tiempo de satisfacerlas, y todo lo que causa estorbo á mi alma, para que no me haga desmayar el peso de las molestias.

No os pido solamente que me libreis de

aquellas cosas que la vanidad del mundo busca con tanto anhelo, si tambien que me asistais en las miserias penales que provienen de la maldicion pronunciada sobre nuestra naturaleza; las cuales me agravan el alma de tal suerte, que no la dejan en su verdadera libertad cuando lo desea.

3. ¡Oh Dios mio, dulzura inefable! convertid para mí en amargura todos los gustos del cuerpo; pues con la falsa apariencia de bienes me apartan del amor á los eternos.

No permitais, Dios mio, no permitais que me venza la carne, ni la sangre: no permitais que me deje engañar del mundo, ni de su gloria, ni que el diablo me derribe con sus astucias.

Dadme fortaleza para resistir, paciencia para sufrir, y constancia para perseverar.

Privadme, Señor, de la engañosa alegría del mundo, y derramad en mi corazon la suavísima uncion del Espíritu Santo.

Disipad en mi alma el amor de lo carnal, y encended en mi corazon vuestro amor, Dios mio.

4. Para el hombre espiritual y fervoroso es carga bien pesada el comer, el beber,

el vestir, y todo aquello que le es indispensable para conservar la existencia.

Concededme la gracia que necesito para usar de estas cosas con moderacion y templanza, sin poner aficion en ellas.

No puede el hombre privarse de lo que le es absolutamente necesario para vivir; y vuestra ley santa no se lo veda; pero sí le prohibe usar lo que no necesita, y lo que sirve de gran deleite; porque de otra manera, se rebelaria la carne contra el espíritu.

Os ruego, mi Dios, que en estas cosas me tengais de vuestra mano, y me guieis á la práctica y observancia de lo que sea justo, para no caer en ningun estremo.

CAPITULO XXVII.

El amor propio nos desvia del Sumo Bien.

1. *V. I.*—Hijo mio, Yo soy el Todo, y si quieres poseerme, es preciso que te entregues á Mí, sin guardar nada para otro, ni para tí.

Ten por cierto que mas que ninguna otra cosa te daña el amor que tienes á tí mismo.

Así como amares las cosas, será el apego que las tengas.

Si tu amor fuere puro, sencillo, y bien

ordenado, no serás esclavo de las cosas.

Nunca codicies lo que no es lícito tener, ni tengas lo que puede quitarte el sosiego, y privarte de la libertad interior.

Es cosa bien estraña que no te encomiendes á Mí de todo corazon, con todo cuanto tienes, puedes tener y desear.

2. ¿Por qué quieres vivir con inquietud, y fatigarte en cuidados inútiles? Aplícate á conformarte en todo con mi voluntad, y no habrá cosa que te dañe.

Si deseas, ó quieres mas estar en una parte que en otra, por vivir con mayor comodidad y gusto, nunca lograrás sosiego, ni estarás libre de pesares: porque en todas las cosas encontrarás defectos; y en todas partes habrá quien te moleste, ya oponiéndose á tus deseos, ya causándote disgustos.

3. No resulta provecho de lograr las cosas temporales que se apetecen; y sí de despreciarlas, y arrancarlas de raiz del corazon: y esto no solamente se entiende respecto las pingües haciendas y riquezas, sino tambien en lo tocante á honores, distinciones y aplausos, que son unos bienes engañosos que pasan muy pronto.

De poco sirve el lugar donde se vive, si

falta el fervor del espíritu. Ni durará mucho la paz que se busca fuera, si la virtud no existe con profundas raices en el corazon, y no vives entregado á Mí.

Podrás variar de lugar, mas no por eso mejorarás; porque llegada la ocasion, hallarás lo mismo que huías, y aun mas.

Oracion para pedir la pureza del corazon, y la sabiduría del Cielo.

4. *S. F.*—Fortalecedme, Señor, con la gracia del Espíritu Santo. Haced que cobre fuerzas el hombre interior que hay en mí, y libertarme el corazon de toda inquietud y cuidado vano. No permitais que se deje dominar del deseo de cosa alguna grande ni pequeña, sino que las mire todas como pasajeras, y á mí mismo como que voy pasando con ellas;

Pues que *todo en el mundo es vanidad y afliccion, y ninguna cosa hay permanente debajo del Sol* (Ecles. 2. 11). ¡Oh, qué sabio es en verdad el que conoce que todo en la tierra es vanidad y afliccion!

5. Concededme, Señor, el don de sabiduría que me enseña á buscaros á Vos solo, y encontraros, á poner en Vos todo mi gusto, amaros sobre todas las cosas, y juz-

gar de todo segun el aprecio que merezca en el órden de vuestra sabiduría.

Haced que me guarde con prudencia de los que me lisonjeen y alaben, y sufra pacientemente á los que me sean contrarios, y me ofendan;

Porque es mucha sabiduría no inquietarse de cuanto digan las gentes, ni dar oidos á las peligrosas lisonjas de quienes intenten seducirme, ó engañarme, que es el modo de andar con seguridad por el camino del Cielo.

CAPITULO XXVIII.

Contra los murmuradores.

1. *V. I.*—Hijo mio, ni sientas, ni te quejes de que algunos formen mala opinion de tí sin haber dado motivo para ello; ó de que contra tí digan cosas que ocasionen disgusto.

En peor opinion que te tengan debes tenerte tú mismo, y no creer haya otro mas fragil y pecador que tú.

Si tu vida fuere arreglada á lo que Yo te enseño, ningun caso hagas de palabras que se lleva el viento.

Y cuando los hombres hablen mal de tí, sé prudente, calla; no te alteres por

mucho que digan, acude á Mí solamente.

2. No fijes tu paz, ni tu inquietud en lo que digan, pues siempre eres el mismo, de cualquier modo que interpreten tus acciones.

¿Dónde está la verdadera paz y la verdadera gloria sino en Mí?

El que no apetece agradar á los hombres, y obrando bien no teme desagradarlos, gozará de mucha paz.

Del amor desordenado, y del vano temor nace todo desasosiego del corazon, y la distraccion de los sentidos.

CAPITULO XXIX.

En el tiempo de la tribulacion se ha de invocar y bendecir á Dios.

1. *S. F.*—Bendito seais, Señor, eternamente, pues habeis querido que venga sobre mí esta tentacion que tanto me atormenta (ó este mal, ó trabajo que tanto me aflige, ***segun lo que cada uno padezca***).

No puedo por mí librarme de ella, ni resistirla; y así, mi Señor, y mi Dios, os ruego que la convirtais en bien y provecho de mi alma.

Mirad, Señor, lo atribulado que estoy: angustiado se halla mi corazon con el duro

combate de esta pasion que me ataca con ruda fuerza. *Padre* amoroso, *salvadme de esta hora* (Joan. 12. 27).

Considero, Señor, que tal vez hayais querido conducirme á este estado, para que con duplicado fervor os bendiga y alabe despues de haberme sacado triunfante del combate que estoy sosteniendo, pues confio que me hareis quedar vencedor en él.

Dios mio, Dios mio, nada valgo, nada soy, nada puedo hacer sin Vos; y por tanto, á Vos acudo, suplicándoos que me libreis del mal.

Señor, dadme paciencia otra vez. Ayudadme; y aun cuando mucho tenga todavía que padecer, ni desmayaré, ni temeré.

¿Y qué mas os pediré ahora que tanto estoy padeciendo? Que se cumpla vuestra santísima voluntad.

Bien conozco que merezco estas aflicciones y penas, y que debo sufrirlas, mas para ello, Señor, sostened mi paciencia hasta que pase la tempestad, y venga la calma.

Poderoso sois para librarme de esta tentacion, ó disminuir su fuerza, á fin de que no me rinda.

Otras veces me habeis concedido esta

gracia, Dios mio, misericordia mia. Sed tambien mi refugio en este dia de tribulacion, la que cuanto mas esceda á mis fuerzas, tanto os es mas facil, Señor, apartarla de mí.

CAPITULO XXX.

Que se debe implorar el socorro de Dios, y esperar nuevos beneficios.

1. *V. I.*—Hijo mio, *Yo soy el Señor, que dá fuerzas en el dia de la tribulacion* (Nahum. 10. 7). Acude á Mí cuando estés afligido.

Lo que mas te impide recibir los consuelos que Yo puedo enviarte, es que acudes tarde á Mí con tus súplicas y oraciones; y antes de llegar á pedirme, buscas en las criaturas consuelos y satisfacciones, pretendiendo hallar alivio en cosas que halagan tus sentidos.

Cuando ves que de tales consuelos no sacas ningun fruto, entonces recurres á Mí, porque conoces que Yo saco salvos de todo peligro á los que me invocan y esperan en Mí; y que fuera de Mí no hay socorro suficiente, ni consejo provechoso, ni remedio durable.

Así pues, cuando la tempestad descar-

gáre sobre tí, no desmayes, dirígete á Mí. Esfuérzate á resistir, considerando lo grande que es mi misericordia.

Considera tambien que estoy muy cerca de tí, no solo para volverte al estado de sosiego en que te hallabas, sino para concederte nuevos favores, si con sinceridad me invocas.

2. *Yo soy el Señor tu Dios. ¿Hay cosa alguna difícil para Mí?* (Jer. 32. 27).

¿Soy acaso como los que dicen y no hacen? ¿Dónde está tu fé? Acógete á ella, y en ella persevera.

Ten ánimo y paciencia, que á su tiempo te llegará el consuelo. Ten esperanza, que Yo vendré y te favoreceré.

Mira como tentacion la inquietud que padezcas, pues si confias en Mí, ni tienes motivo, ni razon para temer.

Nada conseguirás inquietándote por cosas que estan por venir, y que no sabes si sucederán.

Tristeza sobre tristeza es esto. *No andes cuidadoso por el dia de mañana; porque el dia de mañana, á sí mismo se traerá su cuidado* (Mat. 6. 34).

Cosa bien inútil y vana es alegrarse ó entristecerse el hombre de lo que acaso jamás sucederá.

3. Pero es tal la flaqueza humana, que se deja engañar de tales pensamientos; y demuestra tambien su fragilidad cuando tan fácilmente dá oidos á las sugestiones del enemigo.

A este espíritu maligno, nada le importa que sean verdades ó mentiras las que le sirven para engañar: y lo mismo es para él postrar las almas por el amor de las cosas presentes, que por el temor de las que pueden suceder.

No se turbe tu corazon, ni se acobarde (Joan. 14. 27). Cree en Mí y confia en mi misericordia.

Cuando te parece que estoy muy lejos de tí, me encuentro muchas veces mas cerca de lo que crees.

Y cuando juzgas que casi todo está perdido, entonces, no pocas veces, estás mas próximo á merecer.

No imagines que estás falto de remedio cuando te sucede lo que no esperabas.

No debes formar juicio de lo que será de tí por la afliccion que sientes al presente. Sea de donde fuere la parte de que provenga el mal, tolérale con paciencia, y no te aflijas, ni te muestres desconfiado del remedio.

4. No te creas desamparado cuando Yo te envio alguna afliccion, ó aparto de tí los consuelos que te parecian tan dulces: reflexiona bien que este es el camino por donde se vá al reino de los Cielos.

Y ten muy presente, que el padecer tentaciones y aflicciones, y el ejercitarte en ellas, es lo que mas conviene, tanto á tí, como á mis siervos, y no el lograr y disfrutar las cosas á su gusto.

Hasta los mas ocultos pensamientos me son conocidos; y sé que importa mucho para tu salud eterna el que á veces quedes privado de todo gusto espiritual, para que no te envanezcas de buenos sucesos, ni quieras complacerte y jactarte de lo que no eres.

Yo puedo quitarte lo que te he dado, y volvértelo á dar cuando me agrade.

5. Lo que Yo te diere, mio es siempre; y cuando te lo quite, no tomo cosa tuya; pues *toda dádiva escelente, y todo don perfecto es mio* (Jacob. 1. 17).

Si Yo permito que te maltraten ó persigan, ó que te suceda cualquier desgracia ó adversidad, no te ensoberbezcas, ni pierdas el ánimo, pues puedo aliviarte prontamente, y convertir en alegría todas tus aflicciones.

Además, acuérdate que soy Justo, y que debes alabarme cuando de ese modo te trato, enviándote males y tentaciones.

6. Si juzgas de las cosas con prudencia, en vez de sentir las adversidades, debes alegrarte, y darme gracias; y no solo esto, sino tener por grande gozo el que *afligiéndote* Yo con dolor y pena, *aun no te perdonara* (Job. 6. 10).

Tu constante paciencia en este caso, me manifestaria que te hallabas enteramente resignado á mi voluntad.

Como el Padre me amó, así tambien Yo os he amado (Joan. 15. 9), dije á mis Discípulos: y los envié por el mundo, no á que disfrutasen alegrías temporales y regalos, sino á que sostuviesen grandes combates; no á que fuesen colmados de honores, sino á que sufriesen desprecios, no á que poseyesen riquezas, sino á que viviesen pobremente; no á que permaneciesen en la holganza, si no á que trabajasen y procurasen frutos abundantes con la paciencia.

CAPITULO XXXI.

Apartarse de todas las criaturas para hallar al Criador.

1. *S. F.*—Señor, aun necesito mayor gracia para llegar al estado de no pensar

en criatura, ni cosa alguna de este mundo; porque ínterin me halle embarazado con el deseo de algo de la tierra, me es imposible volar á Vos libremente.

Libre deseaba volar el santo Rey David cuando decia: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré?* (Ps. 54. 7).

¿Qué criatura hay mas libre que aquella de recta intencion, y que nada quiere de cuanto en la tierra se halla?

Preciso es en verdad que el hombre desprenda de su corazon el amor á todo lo criado, negándose, despreciándose tambien enteramente á sí mismo, y que en este estado espiritual considere que Vos, Criador de todas las cosas, no teneis semejanza alguna con las criaturas.

Y el que no se halle así desenredado de todo lo del mundo, no puede aplicarse con libertad á las cosas del Cielo.

2. *V. I.*—Hijo mio, pocos son los que se entregan á la contemplacion; porque tambien son pocos los que saben desprenderse enteramente de las criaturas, y de todo lo perecedero.

Para llegar á tan feliz estado, es indispensable alcanzar aquella gracia que eleva al alma sobre sí misma.

Mas si el hombre no se halla despojado de todo apego á las criaturas, y entregado totalmente á Mí, vale poco cuanto sabe, y aun lo que tenga de virtuoso.

Todo aquel que considera grande alguna cosa fuera de Mí, será siempre pequeño, y se mantendrá pegado á la tierra.

Todo lo que no sea Yo, nada es, y por nada debe contarse.

Hay mucha diferencia entre la sabiduría de un hombre devoto á quien Yo se la comunico, y la sabiduría de un hombre que sigue las letras;

Porque la enseñanza que procede de Mí, no es comparable con aquella que facilita el estudio y la aplicacion del ingenio.

3. Muchos quisieran entregarse á la contemplacion; pero pocos se aplican á ejercitarse en lo que para esto se requiere.

Un grande estorbo es para esto el acomodarse el hombre á prácticas esteriores y cosas sensibles, y pensar poco en una mortificacion perfecta.

4. *S. F.*—Señor, no sé por qué espíritu nos gobernamos, ó qué es lo que pretendemos los que somos llamados devotos, cuan-

do tanto cuidado ponemos en las cosas perecederas, y tan poco en recoger nuestros sentidos á contemplar todo aquello que necesitamos hacer para salvarnos.

¡Tristísimo es el que apenas nos hemos recogido á la contemplacion de las cosas de Dios, al punto nos distraemos, y vamos á pasar á las del mundo!

Y triste tambien, que no reflexionemos cuán despreciables son sobre la tierra todas las cosas del mundo; y mucho mas lamentable que no lloremos la impureza y depravacion que reina en nuestra vida.

Y porque toda carne habia corrompido su camino sobre la tierra (Gen. 6. 12), enviasteis, Señor, el diluvio.

Si nos hallamos con el corazon depravado y corrompido, es preciso que tambien lo sean las acciones que nacen de él, por las cuales se conoce el ningun valor del alma.

De la pureza del corazon nacen los frutos de una vida cristiana.

5. Miramos lo que otros hacen, pero sin cuidarnos de los grados de virtud y santidad que los mueve á obrar el bien; de si son pobres de espíritu, sufridos, laboriosos, afables, devotos, y en fin, verdaderos cris-

tianos; y si alguno conoce sus virtudes, las calla:

Pero no omitimos el averiguar si otros son ricos, si bailan y cantan, bien si son hermosos, para por todas partes publicar sus gracias.

La naturaleza nos inclina al conocimiento esterior del hombre: la gracia se ocupa en conocerle interiormente; mas la naturaleza se engaña; y la gracia pone toda su confianza en Dios para no ser engañada.

CAPITULO XXXII.

Que el hombre se ha de negar á sí mismo, y huir de todo mal deseo.

1. *V. I.*—Hijo mio, si no te niegas enteramente á tí propio, no puedes gozar de perfecta libertad.

Y verdaderamente se encuentran oprimidos los amadores de sí mismos, porque buscan sus gustos segun los varios deseos que les sugiere la carne, y que no son duraderos; porque lo que no viene de Mí, permanece corto tiempo.

Ten presente esta breve y segura regla: *Déjalo todo, si todo quieres hallarlo.* Mortifica tus malas pasiones y vanos deseos, y hallarás quietud.

Cuando esto hicieres, has llegado á entender todo lo que te conviene.

2. *S. F.*—Toda la perfeccion religiosa se encierra en esas breves palabras. Y meditado bien; conozco que no es obra de un dia lo que me decis.

3. *V. I.*—Hijo mio, no te retires cuando oyeres hablar del camino de los perfectos, antes sí esfuérzate á seguirle, ó al menos aspira á ello con vivo deseo.

¡Dichoso tú si te hallares en tal disposicion y hubieres ya llegado á despojarte de todo amor desordenado de tí mismo, á conformarte con mi voluntad, y con la del que te he dado por superior! Así me complacerías sobremanera, y pasarías toda la vida en gozo y santa paz.

Aun tienes que renunciar muchas cosas; y si no las renuncias enteramente, jamás alcanzarás la quietud de corazon que deseas.

Yo te aconsejo que compres de mi oro afinado en fuego para que seas rico (Apocal. 3. 18).

Y entiende, que este oro tan puro es la Sabiduría del Cielo; que abate las cosas de la tierra.

Desprecia la falsa sabiduría del siglo, el

contento humano, y tu propio contento.

4. Quiero decirte, que dejes las cosas que son preciosas y grandes á los ojos de los mundanos, para adquirir la verdadera sabiduría que ellos estiman tan poco.

Despreciada se vé en la tierra, y casi olvidada, aquella Celestial Sabiduría que hace al hombre no estimarse á sí mismo, ni desear ser estimado de otros.

Muchos que la alaban y ponderan con la boca, desmienten lo que dicen con sus obras,

Pero tú, ten por cierto que esta Sabiduría es aquella *Perla de gran precio* (Mat. 13. 46), que hará felices á todos los que la busquen, y la estimen en lo que debe ser estimada.

CAPITULO XXXIII.

De la inconstancia del corazon humano, y que debe encaminarse la intencion á Dios

1. *V. I.*—Hijo mio, no te fies en el buen propósito que ahora te guia, pues no tardará tu deseo en fijarse en otra cosa.

Interin vivas, estarás sujeto á mudanzas, aunque no quieras: unas veces te hallarás alegre, otras triste; ya pacífico, ya desasosegado; ya te entregarás á la devo-

cion, ya la dejarás; ya te mostraràs diligente, y ya perezoso.

Mas el hombre prudente y esperimentado en lo espiritual, se mantiene firme en medio de estas diversas disposiciones; y sin detenerse en lo que sucede, ni de qué parte provienen tales mudanzas, se aplica cuidadosamente á encaminar su intencion y sus obras al fin único, y del que ha de esperar su felicidad, que soy Yo.

Así es como puede conservarse en todos tiempos inmutable, llevando siempre consigo una pura y recta intencion de agradarme.

2. Y cuanto mas pura fuere la intencion, tanto mayor firmeza adquirirá para conservarse en medio de las tempestades que acontecen.

Pero no pocas veces se disipa la pureza de la intencion porque se fija la atencion en alguna cosa que se presenta deleitable á los sentidos.

Y serán pocas las personas que todo lo dejen por Mí, y no busquen algo terreno, ya guiadas por el gusto, curiosidad, ó propio interés.

Sea de esto un símil aquellos judíos que fueron á Betania á la casa de Marta y de María, *no por causa de Jesus solamente, si-*

no tambien por ver á Lázaro resucitado (Joan. 12. 9).

Si quieres agradarme, purifica la intencion, para que recta y sencillamente la encamines en todo á mi servicio, desviándola de las cosas perecederas.

CAPITULO XXXIV.

El que ama á Dios, en Dios encuentra todo el contento que puede desear.

1. *S. F.—Mi Dios es mi todo.* ¿Qué otra cosa puedo querer, ni desear?

¡Oh, palabras deliciosas para los que os aman, Señor, y no al mundo, ni sus halagos!

Mi Dios es mi todo. Solamente el que las entiende bien puede dar su verdadero valor á estas palabras. Y el repetirlas con frecuencia todo aquel que de veras ama á Dios, le ocasiona suma alegría.

Cuando Vos, Dios mio, estais presente, todo es dulce, todo agradable; pero cuando os retirais, todo es amargo, todo aparece triste.

Vos sois quien dá la paz, é hinche de gozo los corazones.

Vos enseñais á juzgar las cosas segun

merecen, y á que se os alabe en todas ellas.

Sin Vos, nada puede ser agradable mucho tiempo; porque para ser agradable alguna cosa, es preciso que la acompañe vuestra gracia, y que la sal de vuestra sabiduría la sazone.

2. ¿Qué disgusto puede sentir el que tiene puesta en Vos toda su esperanza? ¿Y qué felicidad busca el que de Vos la separa?

Los sabios del mundo, y los entregados á la concupiscencia, quedan confundidos á la luz de vuestra Sabiduría. En los unos, solo se encuentra vanidad, y en los otros depravacion.

Pero los que os buscan á Vos, Señor Altísimo, despreciando lo del mundo, y mortificando la carne, son realmente sabios, pues pasan de la vanidad á la verdad, y de la carne al espíritu.

Estos solamente hallan contento en Vos; y si en las criaturas encuentran algo bueno, todo lo encaminan á honra y gloria vuestro, Señor.

Además, no puede haber comparacion entre las satisfacciones y contentos que Vos nos proporcionais, y los que nos vienen de las criaturas; entre la vida eterna y la presente; entre la Luz con que Vos ilumi-

nais las almas justas, y la luz que aquí abajo nos alumbra.

3. De vuestra purísima Luz haced, Dios mio, descender un pequeño rayo que penetre hasta lo íntimo de mi corazon.

Un solo rayo, Señor, que purifique mi espíritu, con sus potencias, y me vivifique, me instruya y consuele, á fin de que me una á Vos, y con Vos camine siempre.

¿Cuándo llegará la hora feliz y deseada en que me habeis de alegrar con vuestra presencia, y me sereis todo en todas las cosas?

No puedo disfrutar un verdadero gozo hasta que esto se verifique.

¡Pero, Dios mio, si todavía vive en mí el hombre viejo! Aun no está enteramente muerto á los gustos del mundo.

Todavía se revela fuertemente contra el espíritu, y mueve una guerra interior que llena de inquietud el alma.

4. Para sacarme de tan penoso estado Vos, Dios piadosísimo, *que dominais sobre el poder del mar, y amansais el movimiento de las ondas, levantáos, y ayudadme* (Ps. 88. 10.—43. 26).

Destruid todo aquello que al hombre hiciere guerra, para que viva en santa paz.

Manifestad vuestras maravillas, y la fuer-

za de vuestro poder invencible. Vos, Dios mio, sois toda mi esperanza y mi refugio.

CAPITULO XXXV.

Nadie puede tener seguridad de no padecer tentaciones en esta vida.

1. *V. I.*—Hijo mio, no te creas seguro en esta vida todo el tiempo que te dure: está siempre en vela y preparado con las armas espirituales, porque padecerás tentaciones y aflicciones.

Estás rodeado de enemigos, que por todos lados, y en todas partes te acometerán.

Si no estuvieres de contínuo cubierto con el escudo de la paciencia, no tardarás en ser herido.

Y si no fijas en Mí tu esperanza con entero consentimiento de tu corazon, y con purísima voluntad y el mas vehemente deseo de sufrir por mi amor cuantos males y tentaciones te sobrevengan, no podrás resistir las fuertes acometidas de tus contrarios, ni alcanzar el premio de los bienaventurados.

Así, pues, trabaja esforzadamente en dominarte, en sobreponerte á tí propio, en echar lejos de tí todo lo que te aparte de Mí.

Al pecador que con tenacidad combate para venir á Mí, y hacerse mi fiel amigo, le daré dulzuras y consuelos interiores, que el mundo y sus amadores no pueden conocer,

2. El perezoso, que busca descanso en esta vida, no puede disfrutar el descanso de la Gloria.

Disponte, siervo fiel, no á lograr en este mundo gozo y descanso, sí á sufrir con grande resignacion y santa paciencia, todas las aflicciones de que te veas acometido.

No busques la verdadera paz en la tierra, sino en el Cielo; no en las criaturas, sino en Mí.

Por mi amor debes sufrir de buena voluntad todos los males que te sobrevinieren, trabajos, dolores, tentaciones, malos tratamientos, pesares, pobreza, enfermedades, inquietudes, reprensiones, humillaciones, correcciones y desprecios.

Esto es lo que, tolerado con paciencia. vivifica, fortalece en la virtud: con esto se prueba el soldado nuevo del Cristo; y de esto se fabrica la corona del Cielo.

Y entiende bien, que por un trabajo corto ofrezco, y daré un premio eterno; y una gloria sin fin por sufrir humillaciones que pasan luego.

Si presumes recibir consuelos espirituales cuando los deseas, recuerda que no siempre lograron esta dicha los Santos, y que sufrieron muchas aflicciones y tentaciones, y grande sequedad sus corazones.

Y en todos los trabajos y penalidades con que fueron probados, se mantuvieron con paciencia, confiados en Mí, y no en sí mismos; porque sabian que todas las aflicciones de la vida presente, no tienen comparacion con la gloria futura, que es su premio.

3. ¿Quieres tú conseguir desde luego lo que apenas alcanzaron muchos, no obstante sus lágrimas y trabajos?

Pórtate varonilmente, confórtese tu corazon, y espera al Señor (Ps. 26. 14).

No desconfíes, ni retrocedas de tus buenos propósitos y cristiana vida: y ofrece tu cuerpo y alma, para gloria mia, con toda firmeza.

Yo te lo pagaré cumplidísimamente, y te asistiré en todas tus tribulaciones.

CAPITULO XXXVI.

Contra los juicios vanos de los hombres.

1. *V. I.*—Hijo mio, pon tu corazon fijamente en Mí, aplícate á servirme; y no

temas los juicios injustos de los hombres cuando de nada te acuse la conciencia.

Grande mérito se alcanza padeciendo sin causa por juicios vanos; lo cual sufre con paciencia el corazon humilde que confia en Mí, y no en sí mismo.

Muchas cosas se dicen sin fundamento, y por eso se ha de proceder con mucha discrecion en creer lo que se oye.

No es posible contentar á todos, ni obrar de modo que todos queden satisfechos, por cuanto se vé que aun las mayores obras de caridad que practica un buen cristiano, si algunos las alaban, son ridiculizadas por muchos que no conocen las virtudes.

El apóstol Pablo se esforzaba cuanto podia para salvar á todos, importándole poco el juicio que de él formaban los hombres (1 Cor. 9. 22.—4. 3).

2. Y aunque para edificacion y salud eterna de esos mismos hombres hizo por su parte lo que le estaba permitido, no se libró de murmuraciones y desprecios.

Todo lo puso en mis manos, convencido de que Yo sé la verdad de las cosas: y solamente con la humildad y la paciencia se defendia de las lenguas injustas y de los juicios vanos que de él formaban.

Y si algunas veces se defendió, fue solamente por no dar motivo de queja con su silencio á los cristianos flacos en la fé, y poner de manifiesto á sus calumniadores que no tenian razon.

3. *¿Quién eres tú para temer de un hombre mortal?* (Isai. 51. 12). Hoy es, y mañana no parece: no te acobarde su perfidia.

No te espantarán los hombres si de veras me amas, y me temes.

¿Qué mal puede hacerte un hombre con sus palabras, aunque sean muy injuriosas? El daño se le hace á sí propio, pues de cualquiera clase ó condicion que sea, no podrá evitar mi juicio.

En toda ocasion y tiempo ven á Mí, conversa conmigo; pero guárdate de proferir ante los hombres aun las menores palabras que les den á entender que estás quejoso.

Cuando, sin haber dado motivo para ello, intentáren avergonzarte, despreciarte, confundirte, no te impacientes, ni contristes, para que no disminuyas el premio que merecerás por tu paciencia.

Dirígete á Mí, que puedo librarte de toda injusticia y confusion, y dar á cada uno segun sus obras.

CAPITULO XXXVIII.

De la entera abnegacion de sí mismo para alcanzar la libertad del corazon.

1. *V. I.*—Hijo mio, déjate á tí, y me encontrarás. No escojas, ni te apropies cosa alguna, y ganarás en todo.

Porque si te negáres á tí mismo, y no volvieres á usar de tu propia voluntad, te dispensaré aun mas abundantes gracias.

2. *S. F.*—Señor mio, y Dios mio, ¿cuándo, y en qué me habré de negar á mí mismo?

3. *V. I.*—Siempre, y en todo, sea en lo poco, sea en lo mucho. No hago escepcion alguna, pues quiero hallarte despojado de todo vano deseo.

Si no te pones enteramente en mis manos, despojándote de todo lo terreno, así interior como esteriormente, ¿cómo podrás ser mio, ni Yo tuyo?

Cuanto mas pronto renuncies las cosas del mundo, y á tí mismo, por seguirme, tanto mejor te irá; y cuanto mas me amares, tanto mas me agradarás, y será mayor tu provecho.

4. Algunos hay que se entregan á Mí, pero no enteramente, sino con alguna des-

confianza: estos, no satisfechos de mi grande misericordia é infinita bondad, trabajan por sí mismos cuanto pueden para lograr lo que creen su bien.

Otros se me ofrecen desde luego enteramente; pero al verse acometidos de algun mal, ó tentacion, vuelven á sí mismos, haciendo poco aprecio de Mí; causa porque nada adelantan en la virtud.

Ni los unos, ni los otros alcanzarán jamás la libertad verdadera que gozan las almas puras; ni gustarán la dulzura de mi familiaridad, si no se entregan á Mí enteramente, y en todo, y para todo confian en Mí con fé pura, y si no me hacen todos los dias sacrificio de sí mismos. Fuera de esto, no esperen union perfecta conmigo.

5. Muchas veces he dicho, y ahora te lo repito, hijo mio: Déjate á tí mismo, niégate, renúnciate, y entrégate á Mí: en este caso; Yo cuidaré de tí, y gozarás una perfecta paz.

Dálo todo por conseguir al que es el Todo, y nunca vuelvas ni aun á imaginar el querer apartar de Mí lo que me hubieres dado.

Permanece confiadamente unido á Mí, y me poseerás. Así alcanzarás la libertad

del corazon, y no andarás en tinieblas.

Encamina todos tus esfuerzos, deseos y oraciones al fin de despojarte de todo apego al mundo, para seguir á Jesucristo desnudo de toda pasion, de todo afecto á las cosas de la tierra; y así es como vivirás eternamente para Mí.

Y muriendo enteramente para el mundo, y viviendo solo para Mí, se desvanecerán todos tus malos pensamientos, las inquietudes mal fundadas, y los cuidados inútiles: te verás libre del temor escesivo de perderte, y huirá de tí el amor desordenado.

CAPITULO XXXVIII.

Del buen régimen en las cosas esteriores, y del recurrir á Dios en los peligros.

1. *V. I.*—En todo lugar, hijo mio, y en cualquier ocupacion ó cosa en que te emplees, debes procurar mantenerte muy señor de tí mismo, para evitar que te dominen esas mismas cosas, y los malos pensamientos ó deseos.

Aplícate á tus quehaceres con buena disposicion, y de modo que no seas esclavo de tus obras, sino que sobre todas ellas ejerzas superioridad, y enteramente las domines.

Goza de la libertad y privilegios que gozan mis amados hijos, los cuales miran como de ningun valor las cosas presentes, y solamente ponen todo su cuidado en las eternas:

Que desprecian lo perecedero, y abrazan y siguen lo que dura siempre: que no se aficionan á las cosas temporales, de las que usan nada mas que, y esto muy sencillamente, en cuanto pueden serles medios útiles para mejor emplearse en mi servicio; porque conocen el fin á que quiero se encamine todo lo que Yo he criado.

2. Si por las cosas que te suceden no te alteras, ni las consideras segun aparecen, ni las juzgas con pasion; ni con lo que ves, oyes, ó te dicen te alucinas, sino que, á ejemplo de Moisés, entras en el Tabernáculo para consultarme, oirás algunas veces mis respuestas, y saldrás enseñado de muchas cosas presentes y venideras.

Nunca dejó Moisés de acudir al Tabernáculo para salir de sus dudas; y la oracion era su refugio en las penas que le causaba un pueblo intratable y duro.

A este modo debes tú tambien entrar á menudo en lo secreto de tu corazon, para implorar con mucha instancia mi socorro;

Porque si así no lo haces, has de temer que te suceda alguna cosa semejante á lo que sucedió á los hijos de Israel, que fueron engañados por los gabaonitas, *porque no consultaron el oráculo del Señor* (Jos. 9. 14).

CAPITULO XXXIX.

Evitar toda inquietud tocante á las cosas presentes.

1. *V. I.* — Hijo mio, encomiéndame siempre tus negocios, cuanto intentes ó te suceda, que Yo lo arreglaré todo bien, y á su tiempo.

Y espera con paciencia lo que Yo ordenáre. Si tal hicieres, recibirás gran provecho.

2. *S. F.*—Muy de corazon, Señor y Dios mio, pongo en vuestras manos mis negocios, y cuanto puedo pensar y desear, pues conozco bien que ningun fruto sacaré sin Vos de todos mis propios cuidados.

¡Qué dicha la mia, si me hallase con bastante firmeza para vivir sin inquietud de lo que puede sucederme en esta vida, y ofrecerme sin la menor reserva á lo que querais, Señor, disponer de mí! Concededme lo que para esto necesito, Altísimo Dios.

3. *V. I.*—Hijo mio, muchas veces se

atormenta el hombre por alcanzar una cosa que desea; y al punto que la consigue empieza á disgustarle, porque no es constante en sus deseos: pasan ligeramente de uno á otro objeto, pues tan pronto quiere una cosa, como ya le agrada otra.

Sabe pues, que no es corto mérito negarse el hombre á sí mismo, mortificando su inclinacion aun á las cosas mas pequeñas.

4. El verdadero modo de aprovechar el tiempo en el mundo, es vivir el hombre en completa abnegacion de sí mismo: y el que así se niega á su voluntad é inclinaciones, vive en un estado de mucha libertad y seguridad.

Pero el antiguo enemigo, adversario de todos los buenos, no cesa de tentarlos, armándoles lazos por todas partes, para enredar en ellos, y perder al que se descuida:

Por tanto, *velad y orad para que no entreis en tentacion* (Mat. 26. 41).

CAPITULO XL.

El hombre no tiene de suyo cosa buena, y de nada puede gloriarse

1. *S. F.*—Señor, *¿qué es el hombre, que*

te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, que lo visitas? (Ps. 85.)

¿Qué méritos ha contraido el hombre para que le concedais vuestra gracia?

Aun cuando me abandoneis, ¿de qué podria quéjarme, Señor? Ni debe causarme estrañeza el que no me concedais lo que os pida, por cuanto nada he hecho; nada tengo que alegar en mi favor para que me dispenses ni aun la menor gracia.

Lo que en verdad he de pensar y repetir contínuamente es, que nada soy, que nada valgo, ni nada puedo, nada bueno tengo de mí mismo, que en todo manifiesto tibieza, y voy caminando á la nada; que si Vos, Señor mio y Dios mio, no me asistis y dais vigor, al punto desmayo, y caigo en toda clase de desórdenes.

2. *Mas tú, Señor, permaneces para siempre, y siempre eres el mismo* (Ps. 101, 13, 28); siempre bueno, siempre justo, siempre santo: en todo cuanto haceis resplandece vuestra bondad, vuestra justicia, y vuestra sabiduría.

Pero yo, mas dispuesto al pecado que á adelantar en la virtud, no permanezco mucho tiempo en buen estado, por cuanto mi flaqueza, y mi soberbia me conducen al mal.

Mas si Vos, Señor, me mirais compasivo, y me asistis, al punto esperimentaré una grande variacion.

Vos solamente podeis inspirarme lo que fuere de vuestro agrado, y hacer que permanezca constantemente praticándolo, y que en Vos descanse siempre mi corazon.

3. Si yo supiera desechar todo contento humano para alcanzar la devocion, y buscáros á Vos únicamente, mi Señor (pues los consuelos de los hombres nada valen), entonces sí que podria esperar que vuestra gracia inundase mi alma de nuevos consuelos.

4. Todo bien que esperimento, de Vos procede, mi Dios. Gracias infinitas os tributo por todo lo bueno que me sucede.

Yo, que no soy mas que vanidad, inconstancia, flaqueza, nada delante de Vos, ¿de qué puedo gloriarme? ¿Y por qué pretendo que me alaben, y me estimen? ¿Será por aparecer algo, cuando en verdad soy nada? ¡Qué gran locura!

Ciertamente que la gloria vana que dá el mundo, es una peste contagiosa y peligrosísima, pues priva á las almas de la gloria verdadera, y las despoja de la gracia.

Porque cuando el hombre se complace

en sí mismo, os desagrada á Vos, Dios mio; y deseando alabanzas humanas, pierde las verdaderas virtudes.

5. La verdadera gloria y santa alegría es gloriarse el hombre en Vos, y no en sí mismo; alegrarse de que sois su protector, no en lo poco que por sí pueda hacer; en no complacerse en criatura ni cosa alguna sino por Vos.

Alabado sea vuestro Santo Nombre, poderoso Dios, y no el mio: ensalzadas sean todas vuestras obras, no las mias: glorificado y ensalzado seais en todo y por todos; y no permitais que yo me alegre de que los hombres me alaben.

Vos, Señor, sois mi gloria, y el gozo de mi corazon: en Vos me gloriaré y complaceré eternamente: *de mí no me alegraré sino en mis flaquezas*. (II Cor. 12. 5).

6. Busquen los hombres la gloria, la honra que se dan entre sí mismos; yo buscaré la que viene de Dios; no quiero otra.

Toda la gloria humana: todos los honores temporales, y todos los intereses del mundo, son vanidad y locura, en comparacion de vuestra gloria eterna, Señor.

¡Oh, Dios mio, verdad mia, y misericordia mia! ¡Trinidad Beatísima, solo á Vos

sea dada alabanza. honor, poder y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO XLI.

Del desprecio de todo honor temporal.

1. *V. I.*—Hijo mio, no sientas ver á otros cargados de honores, y ocupando puestos distinguidos, y estar tú abatido y despreciado: levanta el corazon á Mí en el Cielo, y nada te importará que los hombres no hagan caso de tí en la tierra.

2. *S. F.*—Señor, ciegos estamos; y la vanidad nos engaña fácilmente.

Si considero lo que soy, hallo que nadie me ha ocasionado mal alguno sin yo haberlo merecido. Os he ofendido, mi Dios, infinitas veces, y gravísimamente; y por esto no me asiste razon alguna para quejarme de que toda criatura me desprecie y se arme contra mí.

Confieso que merezco ser despreciado, confundido, y que solo á Vos pertenece la alabanza, el honor y la gloria.

Y conozco que si no estoy dispuesto á querer y consentir de buena voluntad ser despreciado y abandonado de todos los hombres, y tenido por nada, no puedo alcanzar la paz estable del corazon, ni ser alumbra-

do de vuestra Luz Divina, ni unirme con Vos estrechamente.

CAPITULO XLII.

No consiste la paz en las amistades de los hombres.

1. *V. I.*—Hijo mio, si te parece que lograrás vivir en paz por el frecuente trato y conversacion con alguno que creas de tu mismo genio, estás equivocado; padecerás inquietudes, y no pocos disgustos.

Mas si buscas la eterna Verdad, que siempre vive, y te acompañará si no la desechas, no te entristecerás por el amigo que se fue, ó se murió.

Cualquier amistad que contraigas, ha de estar fundada en Mí, y Yo debo ser de ella el único motivo; de modo que cuando encuentres en alguno virtudes que le hagan especialmente amable, no debes amarle por él, sino por Mí solamente.

Sin Mí no hay amistad buena ni durable. No es verdadero el amor en que Yo no me mezclo.

Consérvate indiferente, y como muerto, para las amistades.

Vive de buena voluntad apartado del trato humano cuanto te fuere posible, si deseas hallar descanso.

Cuanto mas se desvia el hombre de los gustos de la tierra, tanto mas se acerca á Mí; y tanto mas me agrada cuanto mas se humilla y desprecia á sí mismo.

2. Y al contrario el que á sí propio se atribuye la gloria de alguna buena accion que haya hecho; este se hace indigno de los dones del Cielo, porque no los derramo sino sobre los de corazon humilde.

Si supieras, y quisieras, anonadarte, y desprenderte de las cosas de acá abajo, te llenaria Yo de gracias.

Cuando miras á las criaturas, luego te olvidas de Mí.

Aprende á vencerte en todo por amor á Mí, y así serás capaz de entender las cosas espirituales.

Por pequeña que sea una cosa, si se ama desordenadamente, mancha el alma, y es un estorbo que se interpone en el camino del Cielo.

CAPITULO XLIII.

Contra la vana ciencia del siglo.

1. *V. I.*—Hijo mio, no hagas aprecio, no te guies por los dichos de los hombres, ni te arrebaten sus mas fogosos y elegantes discursos; porque *el Reino de Cristo no*

esta en las palabras, sino en la virtud (I Cor. 4. 20).

Escucha con atencion mis palabras, que son las que fortifican el corazon, alumbran el entendimiento, dan compuncion, y consuelan de varios modos.

Nunca leas con intencion de alcanzar nombre de sabio,

Aplícate á moderar tus deseos desordenados, de lo cual sacarás mas provecho que de mezclarte en cuestiones delicadas.

2. Por mucho que hubieres leido y entiendas, es preciso que por fin te sujetes á un solo principio, y es, que *el que enseña al hombre ciencia soy Yo* (Ps. 93, 10); y Yo quien concede á los humildes una inteligencia mas clara que la que son capaces de comunicar todos los maestros y doctores.

Aquel á quien yo hablo, será prontamente sabio; y adelantará maravillosamente en todas las virtudes.

¡Ay de aquellos que estudian por contentar su curiosidad, y viven poco aplicados á servirme!

Tiempo vendrá en que aparecerá mi Hijo Jesucristo, Maestro de los maestros, y Señor de los Angeles, á tomar la leccion á

todos, examinando la conciencia de cada uno.

Entonces lo escudriñará todo, y se pondrán de manifiesto *las cosas escondidas de las tinieblas* (I Cor. 4. 5), y callarán los argumentos de los hombres.

Yo soy quien instantáneamente comunica á las almas humildes mas conocimientos sobre las verdades eternas, que cuantos pudieran adquirir en muchos años de estudio.

Yo enseño, sin sonido de palabras, sin confusion de opiniones, sin ostentacion: y sin alterar con argumentos.

Yo soy el que enseña á despreciar las cosas de la tierra, á desear y buscar lo eterno, á huir los honores, á no seguir los malos ejemplos, á poner la esperanza en Mí, á no desear fuera de Mí cosa alguna, y á amarme sobre todas las cosas con toda el alma.

4. Si me amáres de todo corazon, lograrás aprender cosas espirituales, y hablar de ellas admirablemente.

Mas aprenderás con desprenderte de la aficion á las cosas del mundo, que con dedicarte á estudiar sutilezas.

Y sabe que á unos digo cosas comunes,

á otros especiales; á algunos me comunico poco á poco por medio de símbolos y figuras, y á otros descubro misterios con mucha claridad.

Los libros hablan á todos de un mismo modo, pero no instruyen con igualdad á todos: Yo soy quien enseña la verdad á las almas, el que registra los corazones, el que penetra los pensamientos, el que mueve á hacer las buenas obras, y el que distribuye á cada uno segun juzgo ser digno.

CAPITULO XLIV.

Húyase de buscar las cosas de acá abajo.

1. *V. I.*—Hijo mio, muchas cosas hay que es bueno las ignores. Considérate como muerto sobre la tierra, á la cual todo el mundo está tan unido, tan apegado.

A muchas cosas conviene tambien que te hagas sordo, y dejar que digan; pues así podrás aplicarte mas fácilmente á conservar la paz del corazon.

Mejor es apartar la vista y el oido de lo que no te agrade, y dejar á cada uno con su parecer, que meterse en porfías.

Si vives entregado á Mí, y te conformas con mis juicios, sufrirás sin irritarte que

no te den la razon, aun cuando enteramente esté de tu parte.

2. *S. F.*—Así como me lo encargueis lo haré, mi Dios.

¡Ay, Señor! ¡Cuán triste es el estado del hombre! ¡Una pérdida temporal se llora, por un mediano interés se corre, y se trabaja; por sostener nuestro parecer, aunque equivocado, se disputa acaloradamente; y los males del alma se olvidan, ó apenas, y muy tarde se medita sobre ellos!

Cosas que sirven de poco, ó de nada, se llevan toda nuestra atencion; y tocante á lo sumamente necesario, se vive con flogedad y descuido, porque el hombre sale de sí enteramente deleitándose en las cosas que agradan á los sentidos, y á poco que se detenga en ellas, las cobra aficion, y las sigue, y le envuelven en el pecado.

CAPITULO XLV.

Que no se debe creer á todos, y que fácilmente se incurre en faltas hablando.

1. *S. F.—Señor, socorredme en la tribulacion, porque vana es la salud del hombre* (Ps. 59. 13). Ninguna confianza inspira su socorro.

Buscamos amparo muchas veces en

quien puede ; y se cree que nos lo ha de prestar, y nos le niegan ; y en quien no esperamos, se suele hallar.

Por esta razon es vana la esperanza que ponemos en los hombres. Solo Vos, Dios mio, sois la esperanza, la salud y seguridad de los justos.

Bendito seais en todo, y por todo cuanto nos sucede.

Somos flacos y ligeros en pensar y obrar: fácilmente nos engañamos, y cambiamos de parecer.

2. ¿Cuál es el hombre que puede guardarse en todas las ocasiones con tanta precaucion y prudencia, que no caiga alguna vez en engaño ó duda embarazosa?

El que confia en Vos, Señor, y os busca con un corazon sencillo, está poco espuesto á caer.

Y si cae en alguna afliccion ó embarazo, no tardareis en librarle ó consolarle; porque no desamparais, Señor, á los que hasta el fin confian en vuestra misericordia.

Rara vez se encuentra un amigo que persevere constante al lado de su amigo cuando las adversidades le rodean:

Vos solo, Dios mio, Vos solo sois nuestro amigo fidelísimo y constante en todo

tiempo; y fuera de Vos no hay amistades.

¡Oh! qué gran sabiduría la de aquella Santa (Agueda) que dijo Mi alma está firme y fundada en Jesucristo.

Si la mia se encontrára en igual caso, no temeria tan fácilmente el mal que pudieran causarme los hombres, ni me inquietarian las palabras picantes, ni las sumamente injuriosas.

¿Quién puede preverlo todo, ni guardarse de los males venideros?

Si aquello que á nuestro mal se dirige, y vemos venir, por mas que procuremos evitarlo, muchas veces no es posible, y nos lastima, nos hiere, ¿qué sucederá respecto los peligros que ocultamente nos amenazan, y cuando por ningun concepto se esperan?

¿Por qué, desdichado de mí, no he vivido con mas precaucion? ¿Y por qué he creido á otros tan de ligero?

Pero los hombres somos frágiles, somos nada, aunque se quiera considerarnos como Angeles.

¿A quién creeré, Señor; y en quién confiare sino en Vos solamente? Vos sois la Verdad; ni engañais, ni podeis ser engañado:

Pero *todo hombre* es mentiroso (Ps. 115. 2), débil, inconstante: sus palabras, aunque parezcan dichas con sinceridad, no se deben creer desde luego.

4. Nos decis, Señor, *Los enemigos del del hombre, los de su casa* (Mat. 10. 36), previniéndonos que nos guardemos de los hombres, y que no creamos á los que nos digan que está aquí ó allí lo que deseamos.

El daño que he recibido por mi mucha confianza, me enseña cuán provechoso me será el no olvidar esta vuestra leccion:

¡Ojalá que yo la recuerde constantemente, no sea que si la olvido me vea cercado de grande confusion.

Uno viene á mí, y me comunica un secreto, encargándome que guarde el mas profundo silencio. Guárdole con la mayor fidelidad; y cuando mas persuadido estoy de que todos le ignoran, vengo á saber que el mismo sugeto, poco despues de participármele, lo revela á otros, añadiendo que yo le sé tambien.

Señor, Señor, libradme de tales ficciones, de hombres tan indiscretos, de que me traigan en sus lenguas, y de que los imite.

Poned en mi boca palabras sencillas y

de verdad, y apartad de mi lengua toda malicia y ficcion, todo lo que pueda ser en ofensa de otros.

Y libradme de cometer aquellas faltas que me parecen mal en otros.

¡Oh, cuán bueno es para vivir en paz, y cuán necesario, no hablar mal de otros, no creer ligeramente lo que se oye, ni despues comunicarlo á persona alguna, guardarse de descubrir los sentimientos del corazon, buscar en todo y para todo á Dios, que es quien registra nuestro interior; permanecer en los buenos propósitos con firmeza (diga el mundo lo que quiera), y desear que todas las cosas sucedan segun la voluntad del Señor!

¡Y qué bueno es tambien, para conservar la gracia celestial, huir las vanas apariencias, no desear las cosas que halagan nuestros sentidos, y sí abrazar con sinceridad todo lo que contribuya á la enmienda de nuestra vida, y adelantar en el fervor!

Teniendo presente, que ha dañado á muchos el haber sido conocida y alabada su virtud antes de tiempo;

Y lo muy provechoso que ha sido para otros el ocultar á los ojos del mundo las

gracias recibidas del Cielo porque frágil es esta vida, que toda se dice ser malicia y tentacion.

CAPITULO XLVI.

Cuando nos injurian ó calumnian, pongamos en Dios nuestra confianza.

1. *V. I.*—Hijo mio, persevera firmemente, y espera en Mí. ¿Qué son las palabras sino palabras? Vuelan por el aire sin hacer mal alguno al que permanece en Mí.

Si eres culpable en lo que dicen de tí, piensa bien que debes corregirte. Si no lo eres, sufre con paciencia por Mí cuanto mal digan.

No harás mucho en tolerar palabras injuriosas, ya que no tengas fortaleza para sufrir otros males con que yo quisiera ejercitarte.

La causa de atormentarte el que de tí digan mal, es que aun continúas siendo carnal, y te importa mas de lo que conviene la vana estimacion de los hombres.

Temes ser despreciado de ellos, y por eso no quieres que se publiquen tus faltas: y si se publican, buscas disculpas para negarlas, y no quedar vencido.

2. Examínate bien, y descubrirás que

todavía vive el mundo en tí, y el vano deseo de parecer bien á los hombres.

En rehusar ser abatido, y avergonzado por tus faltas, manifiestas bien claramente que no eres verdaderamente humilde, y que no estás del todo muerto para el mundo, ni te son indiferentes sus pompas y vanidades.

Oye mis palabras, y no te cuides de cuantas digan los hombres.

Aun cuando profieran contra tí todas las que pueda inventar la mas refinada malicia, ¿qué mal recibirás dejándolas pasar como el humo que lleva el viento? ¿Te arrancará ni un solo cabello de la cabeza lo que dijeren de tí sin razon?

3. El hombre que vive fuera de sí, y no me tiene delante de sus ojos en todo, y para todo, fácilmente se altera á la menor palabra de menosprecio que le digan;

Pero el que confia en Mí, y no se guia por su propio dictámen, no teme mal alguno de parte de los hombres;

Porque sabe que Yo soy el Juez de todos; que no hay nada secreto para Mí; que no puedo ignorar cómo pasan las cosas, y que conozco quién es el que hace la injuria, y quién la sufre.

Tambien sabe que Yo soy quien ha per-

mitido que se dijesen aquellas palabras, *para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones* (Luc. 2. 35).

Dia vendrá en que Yo juzgaré al inocente y al culpado; pero antes he querido sujetar al uno y al otro á juicio secreto.

4. El testimonio de los hombres engaña muchas veces; mas mis juicios son verdaderos, y siempre se mantendrán sin alterarse.

Y aunque estan ocultos, y tanto que pocos los conocen enteramente, jamás puede haber error en ellos: los mundanos no saben lo justísimos que son.

A Mí deben acudir los hombres para juzgar sanamente de las cosas, desconfiando de su propio parecer.

No se contristará el justo por cosa que le acontezca (Prov. 12. 21), ordenada por Mí.

Y si contra el justo se levantáre falso juicio, ó profiriesen palabras injuriosas, no se inquietará por ello;

Ni se envanecerá cuando otros le defiendan, ni cuando se ponga en claro su inocencia.

Considere que Yo soy quien penetra en lo mas interior, y no juzgo segun lo que parece por de fuera.

Y por eso muchas veces es culpable á mis ojos lo que á los hombres parece bien.

5. *S. F.*—Señor Dios mio, justo y paciente Juez, que conoceis la fragilidad y maldad de los hombres, sed mi fortaleza, y toda mi esperanza, pues no me basta el testimonio de mi conciencia, por muy favorable que me parezca.

Vos conoceis en mí, y descubrís lo que yo mismo ni conozco, ni descubro; así pues, he debido, y debo humillarme en cualquiera reprensiones, y sufrirlas con paciencia.

Misericordia, Señor: perdonadme las culpas que he cometido por no haberme sujetado á esas reprensiones, y dadme para en adelante la gracia de mayor sufrimiento.

Dios mio, conozco que para perdonarme necesito que useis conmigo de vuestra infinita misericordia; porque todas las buenas obras que yo crea haber hecho, no pueden asegurarme de la rectitud de mi conciencia.

Aunque de nada me arguye la conciencia (dice S. Pablo), *no por eso soy justificado*, ni exento de culpas (I Cor. 4. 4).

Piadosísimo Criador, si no usais de vuestra gran clemencia, *ningun viviente será justificado en vuestra presencia* (Ps. 142. 2).

CAPITULO XLVII.

Para alcanzar la vida eterna se han de sufrir muchas clases de trabajos.

1. *V. I.*—Hijo mio, no desmayes en cualquier clase de trabajos que te sobrevengan, ó que voluntariamente abrazares por Mí; ni te dejes postrar de las aflicciones; esfuérzate al considerar mis promesas, y sírvante siempre de consuelo.

Mira que Yo puedo recompensarte de un modo superabundante por tu constancia en padecer.

Considera que no puede ser muy largo tu penar en la tierra, ni han de durar siempre tus aflicciones. Espera un poco mas, y verás el fin de tus males.

Una hora llegará en que se acabe toda tu inquietud y pena.

Todo lo que pasa con el tiempo, dura poco, y es de poco valor.

2. Esfuérzate, pues, trabaja fielmente en mi viña, que Yo mismo seré tu galardon.

Escribe, lee, canta cánticos espirituales, gime, calla, ora, sufre con valor las adversidades: estos, y mayores combates son necesarios para adquirir la vida eterna.

Habrá un dia conocido del Señor, que

no será ni dia, ni noche (Zacar. 14. 7). En este dia, que no tendrá noche como los dias del mundo, pues será una luz perpétua, una claridad infinita, alcanzarás la paz, el sosiego, un gozo sin igual y eterno.

Entonces no dirás: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* (Rom. 7. 24); ni clamarás: *¡Ay de mí que mi morada en tierra agena se ha prolongado!* (*Ps*. 119. 5); *porque el Señor Dios despeñará á la muerte para siempre* (Isai. 25. 8); y vivirás eternamente, sin la mas leve sombra de inquietud, colmado de un dichoso gozo, en la mas dulce y amorosa compañía.

3. ¡Ah! si vieras la corona eterna de los Santos en el Cielo, y cuál es ahora la gloria de unos hombres que cuando en el mundo habitaron fueron despreciados de todos, sin duda alguna te humillarías de buena voluntad hasta la tierra, y mas, querrias estar sujeto á todos los hombres que mandar á uno solo.

Y en vez de desear dias alegres en esta vida, tendrias grandísimo gozo en padecer por Mí, y ser tenido por nada entre los hombres.

4. Si creyeres estas verdades, si penetrasen en tu corazon, de ningun trabajo,

por áspero que fuera, te atreverias á quejar.

¿No te parece bien que por conseguir la vida eterna se deben sufrir las mayores humillaciones, y padecer toda clase de trabajos?

Medita con mucho detenimiento, que es muy grande la diferencia que media entre ganar ó perder el Reino mio, que tan ansioso te ofrezco.

Levanta los ojos al Cielo, donde me verás con todos los Santos, que padecieron grandes combates en el mundo.

Ahora, inundados de gozo, descansan en paz; y por los siglos de los siglos vivirán conmigo en mi Reino.

CAPITULO XLVIII.

Del dia de la eternidad, y miserias de esta vida.

1. *S. F.*—¡Oh morada dichosísima de la ciudad Celestial! ¡Oh dia clarísimo de la eternidad, jamás oscurecido con noche, y siempre iluminado con los rayos de la Verdad suma! ¡Oh dia alegre, y sin mudanza alguna! Amanece; ven pronto, y acabe cuanto antes todo lo temporal.

Para los Santos ya luces, pues están gozando sin interrupcion de tu res-

plandeciente claridad; mas los que peregrinamos en la tierra. solamente de lejos, y como en un espejo, le vislumbramos.

2. Los ciudadanos del Cielo esperimentan cuán lleno de gozo es aquel dia; pero los hijos de Eva gemimos desterrados entre las amarguras y aflicciones de esta vida.

Los dias de la peregrinacion del hombre en la tierra, son pocos y trabajosos, llenos de dolores y de angustias.

Aquí se mancha el hombre con muchos pecados, se enreda en distintas pasiones, le angustian diversos temores, camina rodeado de graves cuidados; la curiosidad le distrae, le ciega la vanidad, la presuncion le envuelve en muchos errores, los trabajos le abruman, las enfermedades y los deleites le debilitan, las tentaciones le afligen; y por fin, la pobreza le atormenta, le rinde.

¿Cuándo vendrá el fin de estos males? ¿Cuándo me veré libre de la desdichada esclavitud de los vicios? ¿Cuándo, Señor, pensaré en Vos solo? ¿Cuándo alcanzaré una paz perfecta en Vos? ¿Cuándo será el dia en que goce de verdadera libertad, sin que ni al alma ni al cuerpo agobien pesadumbres? ¿Cuándo entraré en aquella paz

sólida, paz inalterable y segura, paz interior, esterior, y firme por todas partes.

¡Oh mi buen Jesus! ¿Cuándo me hallaré en estado de veros, y de contemplar vuestra gloria? ¿Cuándo sereis todo para mí en todas las cosas? ¿Cuándo estaré con Vos en el Reino que teneis preparado de toda eternidad para vuestros escogidos?

Ahora me hallo pobre, y desterrado en una tierra enemiga, donde hay que sostener contínuas guerras, y sufrir grandes miserias.

4. Consolad, Señor, mi destierro, aliviad mi dolor, pues á Vos, Dios mio, se encaminan todos mis deseos; porque tengo por carga muy pesada todo lo que ofrece el mundo para consolarme.

Solamente deseo gozar de vuestra presencia, y no puedo conseguirlo.

Quiero aplicarme á lo del Cielo, y me distraigo, y me vencen las cosas temporales, y mis pasiones no mortificadas.

Quiero levantarme en espíritu sobre todo lo del mundo; y á pesar mio la carne me arrastra, y sujeta á las cosas del mundo.

Vivo peleando conmigo mismo, y padezco estremadamente con este pelear, pues el espíritu quiere elevarse á las cosas de

arriba, y la carne se opone, inclinándose á las de abajo.

5. ¡Cuánto padezco, Señor, cuando al meditar en lo celestial me acosan en la oracion un tropel de ideas de mundo. Dios mio, Dios mio, *no apartes de mí tu rostro, no te retires airado de tu siervo* (Ps. 26. 9).

Iluminad, y fortificad mi alma con un destello de vuestra Luz Divina, que al propio tiempo desvanezca los crueles pensamientos con que me quiere alucinar el comun enemigo.

Recoged en Vos todos mis sentidos; hacedme olvidar todas las cosas de la tierra, y concededme desechar prontamente, y despreciar las imágenes de los vicios.

Socorredme, Verdad eterna, para que no me deje llevar de las cosas vanas del mundo.

¡Oh Fuente purísima de las dulzuras de la Gloria! venid, y limpiad mi alma de toda impureza.

6. Perdonadme tambien, y tened misericordia de mí todas las veces que en la oracion me distraiga pensando en otra cosa que no seais Vos; porque preciso es, Señor, confesar que me acontece con frecuencia estar muy distraido.

Repetidas veces no estoy donde está el cuerpo, sino donde mis pensamientos me llevan.

Estoy donde está mi pensamiento, y mi pensamiento está por lo comun en lo que amo.

Lo que desde luego me viene al pensamiento, es lo que naturalmente me agrada, ó que me agrada por costumbre.

Por eso, Verdad eterna, dijisteis: *En donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon* (Mat. 6. 21).

Si amo al Cielo, gustosamente pienso en las cosas del Cielo. Si amo al mundo, me alegro en las prosperidades, y las adversidades me entristecen.

Si amo los placeres, en ellos se ocupa la imaginacion. Si amo el espíritu, medito de buena gana las cosas espirituales.

Hablo, y oigo hablar con gusto de aquellas cosas que amo, ó á las cuales tengo particular inclinacion; y de tal modo se imprimen en mi memoria, que las llevo conmigo donde quiera que voy.

¡Dichoso aquel, oh Dios mio, que por vuestro amor renuncia todas las cosas criadas, que se hace una violencia contínua, y crucifica los deseos de la carne con el fervor

del espíritu, para ofreceros con una conciencia sosegada su oracion pura, sin que pensamiento alguno mundano la interrumpa; y así hacerse digno de alabaros con los Angeles, desprendido interior y esteriormente de todo lo terreno!

CAPITULO XLIX.

Del deseo de la vida eterna, y grandes bienes prometidos á los que combaten.

1. *V. I.*—Hijo mio, cuando el deseo de la Bienaventuranza te anime, y anheles ver libre tu alma de la cárcel del cuerpo, para contemplar sin sombras todo el esplendor de mi Gloria, ensancha el corazon, y recibe con la mayor complacencia esa inspiracion santa con que te favorezco.

Dame infinitas gracias por la bondad con que te miro, visitándote con clemencia, moviéndote con tanta caridad, y sosteniéndote con mi poder, para que el peso de tu propia naturaleza no te lleve á las cosas de la tierra:

Porque ese santo deseo que sientes en tí, no nace de tus pensamientos ni esfuerzos, sino solamente de la gracia y misericordia que Yo te concedo para que crezcas en virtudes, y especialmente en humildad,

que te preparen á los combates que te han de sobrevenir; y para que trabajes en unirte mas estrechamente á Mí, y me sirvas con voluntad mas fervorosa.

2. Hijo mio, muchas veces arde el fuego, pero sube la llama con mezcla de humo.

Así algunos que tienen un deseo encendido de las cosas del Cielo, pero no estan desenredados de todo afecto á lo terreno.

Estos no desean con pureza lo que piden; es decir, no lo piden por la honra y gloria mia, sino por su propio interés.

Tales son muchas veces tus deseos con que me importunas, á los cuales no puedo prestar atencion, porque no es puro, ni perfecto lo que vá manchado con el amor propio, y deseo de la propia comodidad y gusto.

3. No me pidas lo que sea para tí deleitable y provechoso, sino lo que fuere de mi agrado, y ceda en gloria mia. Si no quieres equivocarte, has de anteponer mi voluntad á tus intereses y antojos.

Bien sé lo que deseas, y he oido tus repetidos clamores. Quisieras hallarte ya en la libertad de la Gloria en que estan mis hijos; y piensas con gusto en aquella ciudad eterna, y patria celestial llena de gozo:

Pero todavía no te ha llegado la hora: aun tienes que pasar otro tiempo, que será tiempo de guerra, de prueba, y de trabajos.

Anhelas gozar el Sumo Bien; pero no puedes aun. Yo soy el Bien Sumo. Espérame hasta que llegue mi Reino.

4. Todavía tienes que pasar por pruebas en la tierra, y ser ejercitado de muchos modos.

Algunas veces recibirás consuelos del Cielo; pero no para que quedes enteramente satisfecho.

Anímate pues, y está firme, así en hacer esfuerzos para dominar los vicios, como para padecer penalidades.

Es preciso que te vistas del hombre nuevo, que te mudes y conviertas en otro hombre.

Muchas veces debes hacer lo que no quieres, y dejar de hacer lo que te place.

Lo que sea del gusto de otros, se efectuará; y lo que á tí contente, no se hará.

Lo que otros digan, será aplaudido; y lo que tú digas, será despreciado.

Otros alcanzarán lo que pidan; y tú pedirás, y nada alcanzarás.

5. Otros serán aplaudidos; y de ti no habrá quien haga mencion.

A otros se encargarán negocios; y á tí te tendrán por inútil para todo.

La naturaleza se entristecerá algunas veces al ver estas cosas; mas si lo sufres con paciencia, mucho será lo que gane el espíritu.

Así, y por otros caminos, pruebo al siervo fiel para que se mortifique en todas ocasiones, y se venza.

Apenas hay cosa alguna en que mas necesites morir á tí mismo, que cuando tienes precision de ver, practicar y sufrir lo contrario á tu voluntad, y especialmente si lo que ves, practicas ó sufres, es fuera de razon.

Y porque tú eres súbdito, y mandándote el superior no puedes resistir á su voluntad, por eso en ocasiones te parece duro obrar segun te mandan, y no como tú quisieras.

Pero considera, hijo mio, el fruto de estos trabajos, y el pronto fin que tienen; y esta consideracion, en vez de crearte dificultades para sufrir, te servirá de apoyo, y de mucho consuelo para ejercitar la paciencia:

Porque si ahora, con toda voluntad y asentimiento de tu corazon, te sujetas á no cumplir tu voluntad, aun en las cosas mas

pequeñas, despues la verás cumplida en el Cielo eternamente.

Allí se contentarán todos tus deseos, y encontrarás la plenitud de todo bien, sin el mas leve temor de perderle.

Allí, unida siempre tu voluntad con la mia, no desearás cosa alguna fuera de Mí, ni tampoco para tí solo.

Allí nadie te hará oposicion, nadie se quejará de tí, nadie te estorbará, ni nada te faltará de cuanto puedas desear; y todos tus afectos estarán cumplidamente satisfechos.

Allí daré Yo gloria por los oprobios pacidos, alegría por la tristeza, y una silla en el Reino eterno en recompensa del ínfimo lugar que por humildad hubiere escogido el hombre en el mundo.

Allí se conocerá el fruto de la obediendecia, el consuelo que se sigue al trabajo de la penitencia, y la sujecion humilde será gloriosamente coronada.

7. Así pues, sométete ahora humildemente á todos, y no mires quién es el que te dice ó manda las cosas.

Y si alguno que sea superior, inferior ó igual á tí, te pide, ó dá á entender que quiere le sirvas en algo, no te niegues á

ello, y procura ejecutarlo de buena voluntad.

Busque cada cual lo que quisiere; gloríense unos de una cosa, y otros de otra, y alábense cuanto quieran; mas tú no te alegres, ni vanaglories de ninguna accion, por buena que sea; alégrate solo de verte despreciado, desprendiéndote del afecto á todo lo terreno; procura solamente mi honra, y hacer mi voluntad.

Y aplícate á trabajar para que así en el tiempo de tu vida, como en en el de tu muerte, sea Yo glorificado en tí.

CAPITULO L.

El hombre desconsolado, debe ponerse en manos de Dios.

1. *S. F.*—¡Oh Señor y Dios mio, Padre Santo! bendito seais ahora y eternamente, pues todo lo que haceis es bueno: cúmplase vuestra Divina voluntad ahora y siempre.

Alégrese en Vos vuestro siervo, y no en sí mismo, ni en otro alguno; porque Vos solo sois, Señor, la verdadera alegría; Vos mi esperanza y mi corona, Vos mi honra y regocijo.

¿Qué tengo yo sino lo que he recibido de Vos, y sin merecerlo? Vuestro es todo

lo que me habeis dado, y lo que habeis hecho en mi favor.

Pobre soy, y en trabajos desde mi juventud (Ps. 87. 16). Algunas veces se entristece mi alma, y lágrimas en abundancia derramo, y en grande turbacion me veo, al considerar el peligro en que me hallo de rendirme á las malas pasiones.

Deseo, Señor, el gozo de la paz, y os pido la paz de vuestros hijos, á los cuales llenais de luz y de consuelo.

Si me concedeis esa paz, y derramais en mí ese gozo sumo, no cesaré de alabaros con gran devocion y alegría:

Pero si os retirais de mí, como lo haceis tantas veces, *no podré correr el camino de vuestros Mandamientos* (Ps. 118. 32); y doblaré las rodillas para darme golpes de pecho, porque ya no me irá como los dias pasados *cuando lucia vuestra antorcha sobre mi cabeza* (Tob. 29. 3), y me hallaba protegido contra los asaltos de las tentaciones *bajo la sombra de vuestras alas* (Ps. 16. 8).

3. Padre Justo, Padre Santo, y siempre digno de ser alabado, ha llegado la hora en que sea probado vuestro siervo.

Padre, que por siempre debeis ser amado, justo es que yo padezca en esta hora.

Padre, siempre adorable, ya ha llegado esta hora que Vos, desde la eternidad sabiais que habia de llegar, en que he de ser afligido de penas por algun tiempo, para vivir siempre en Vos interiormente.

Sea, pues, despreciado este vuestro siervo, sea humillado y desechado delante de los hombres, y abatido y quebrantado con toda clase de trabajos durante el tiempo de vuestra voluntad, para que despues resucite á la aurora de una nueva luz, y sea glorificado en el Cielo.

Padre Santo, así lo habeis ordenado, así habeis querido que suceda; y lo que habeis mandado, se ha cumplido.

4. La gracia que concedeis á vuestros amigos es, que padezcan y sean afligidos por vuestro amor en este mundo, y todas las veces que Vos querais, sea cual fuere la parte de donde les sobrevengan los males.

Nada sucede en la tierra sin vuestra sabiduría y providencia, ni sin causa.

Bueno es, Dios mio, que me hayais humillado, para que aprenda á observar vuestros Mandamientos (Ps. 118. 71), y destierre de mi corazon toda presuncion y soberbia.

Provechoso es que la confusion haya cubierto mi rostro, para que busque el consuelo en Vos, y no en los hombres.

Con esto he aprendido tambien á temer vuestros ocultos juicios, segun los cuales afligís al justo, juntamente con el malo, pero siempre con equidad y justicia.

5. Gracias os doy, Señor, porque no me habeis librado de males, y me habeis quebrantado con duros azotes, hiriéndome con dolores y angustias interior y esteriormente.

Nadie debajo del cielo presta dulces consuelos sino Vos, Señor Dios mio, médico Celestial de las almas, que afligís al hombre con gravísimos males; pero que cuando ya le veis al borde del sepulcro, compasivo le sanais, librándole de todos ellos.

Corregidme, Señor, corregidme, y vuestro castigo me servirá de leccion, me hará cuerdo.

6. Vedme aquí en vuestras manos, Padre amado, sometido al castigo que me imponga vuestra recta justicia.

Heridme, Señor, por todas partes, para domar mi voluntad hasta que se sujete á la vuestra.

Inspirad en mí aquella piedad y humildad que inspirais á vuestros escogidos, para que en todo os obedezca.

En vuestras manos me pongo, Dios mio, para que me corrijais segun vuestra voluntad; porque mas quiero ser corregido y castigado duramente en esta vida, que con blandura en la otra.

Vos sabeis todas las cosas en general, y cada una de ellas en particular, y nada se os oculta de la conciencia del hombre.

Vos sabeis lo que ha de venir antes que suceda, y no teneis necesidad de que os digan lo que pasa en el mundo.

Vos sabeis lo que conviene para mi adelantamiento en la virtud, y de cuánto sirven las aflicciones para purificarme de la escoria de los vicios.

Haced de mí lo que sea de vuestro agrado; pero miradme, Dios benignísimo, con misericordia, no obstante mis muchos y enormes pecados, que Vos conoceis mas claramente que yo.

7. Concededme, Señor, la gracia de que sepa lo que me conviene saber; que ame lo que debo amar, que alabe lo que es mas de vuestro agrado, que estime lo que es estimable á vuestros ojos, y que obre so-

lamente lo bueno, separándome enteramente de lo que Vos teneis por malo.

No permitais que juzgue de las cosas segun lo que parecen á primera vista, ni que decida y sentencie sobre ellas por lo que oiga decir á los mundanos: para conocerlas con toda claridad, alumbrad, Señor, mi entendimiento, y por Vos iluminado, procederé con acierto, así en lo temporal como en lo espiritual, y conoceré cuál es vuestra santa voluntad, y me aplicaré á cumplirla.

8. Muchas veces se engañan los sentidos, y estorban el acierto en el juzgar; y los que se gobiernan por las leyes del mundo, se engañan tambien amando los bienes visibles y perecederos.

¿Es acaso mejor un hombre porque otro le alabe y tenga por mas de lo que es en realidad?

Las alabanzas que dá un soberbio á otro soberbio, un ciego á otro ciego, y un enfermo á otro enfermo, son realmente lisonjas con que se engañan; y debieran causarles, no vanidad, sino confusion y lástima de sí mismos:

Porque el hombre, segun dice el humilde S. Francisco de Asís, no es mas,

Dios mio, que aquello que aparece á vuestros ojos.

CAPITULO LI.

Debemos ocuparnos en ejercicios humildes cuando nos faltan fuerzas para los elevados.

1. *V. I.*—Hijo mio, no eres capaz de mantenerte siempre en un deseo fervoroso de adelantar en virtudes, ni perseverar en un alto grado de contemplacion, porque la corrupcion que en el hombre introdujo el pecado original, te precisa algunas veces á descender á cosas bajas, y llevar, aun contra tu gusto, el peso de las miserias de esta vida.

Interin arrastres ese cuerpo mortal, esperimentarás disgustos, y será afligido con diversas penas tu corazon.

Así pues, conviene que durante el tiempo que estés vestido de la carne, gimas á menudo, y te lamentes, porque el peso de esa misma carne no te deja aplicar sin interrupcion á los ejercicios espirituales, y contemplacion de las cosas Divinas.

2. Cuando esto te impida la naturaleza, empléate en actos de humildad, y en hacer buenas obras; y espera con firme confianza que yo vuelva á visitarte, soportando con paciencia tu destierro, y la se-

quedad de corazon en que te hallas, hasta que recibas mis consuelos:

Porque yo te haré olvidar los trabajos pasados, y que goces de reposo interior:

Y te descubriré el campo de mis Escrituras, para que, ensanchado tu corazon, corras por el camino de mis Mandamientos.

No son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros en la otra vida (Rom. 8. 18).

CAPITULO LII.

No se tenga el hombre por digno de consuelo, sino de castigo.

1. *S. F.*—Señor, no soy digno de que me visiteis, ni consoleis espiritualmente; y por tanto, confieso que me tratais con justicia cuando me dejais en pobreza y desconsuelo.

Y aunque fuere capaz de deshacerme en un mar de lágrimas, no seria digno de que Vos me consolaseis.

Solamente merezco ser maltratado y castigado, pues os he ofendido de varios modos, gravemente, y muchas veces.

Y considerando detenidamente la enormidad de mis pecados, hallo que soy in-

digno aun del menor consuelo vuestro.

Pero Vos, Dios clemente y misericordioso, que no quereis que perezcan vuestras obras, os dignais manifestar las riquezas de vuestra bondad, consolando de un modo sobrehumano á vuestro siervo, sin haber contraido mérito alguno para merecerlo.

No son, Dios mio, vuestros consuelos como los que dan las palabras de los hombres.

¿Y qué es, Señor y Dios mio, lo que yo he hecho para que os digneis consolarme como me consolais?

Nada bueno; todo malo, pues siempre mi inclinacion ha sido al vicio, sin manifestar sino mucha flogedad para enmendarme.

Esto es una verdad, que aun cuando quisiera, no podria ocultar.

Señor, si dijera otra cosa, os indignariais contra mí, y nadie podria ni se atreveria á defenderme.

¿Qué otra cosa he merecido por mis pecados sino el fuego eterno del infierno?

Verdaderamente confieso que soy digno de todo desprecio, y de que no se me cuente entre los que se emplean en servicio vuestro.

Mas aunque lleno de rubor, diré la verdad contra mí mismo; y con íntimo dolor de haber pecado, me acusaré, y me acuso de todas mis culpas, con esperanza de alcanzar vuestra misericordia.

3. ¿Y qué os diré, Dios misericordioso, hallándome cercado de tanta confusion, de la pena que me oprime por la enormidad de mis pecados?

No me atrevo ni aun á mover la lengua. Pequé, Señor, pequé; tened lástima de mí, perdonadme.

Dejadme que llore un poquito mi dolor antes que vaya á la tierra tenebrosa, y cubierta de oscuridad de muerte (Job. 10, 20, 21).

¿Qué pedís principalmente ál miserable pecador, sino que se humille, y arrepienta de sus culpas?

De la contricion verdadera y humildad del corazon, nace la esperanza del perdon; la conciencia turbada se aquieta; la gracia perdida se vuelve á alcanzar; el pecador se liberta de la ira que le amenazaba, y Vos, Señor y Dios mio, os comunicais en santa paz al alma que se convierte.

4. Para Vos es sacrificio agradable la humilde contricion del pecador, y de un

olor mas suave en vuestra presencia que el de todos los inciensos.

La contricion es aquel precioso ungüento. Jesus mio, que quisisteis se derramára sobre vuestros sagrados pies: y *al corazon contrito y humillado*, no le desprecias, gran Dios (Luc. 7. 38. Ps. 50. 19).

La contricion es el refugio contra el furor del enemigo; y en fin, con ella se corrigen y purifican las impurezas y manchas que afean el alma á vuestros ojos.

CAPITULO LIII.

La gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas del mundo.

1. *V. I.*—Hijo mio, mi gracia es un don que no tiene precio; siempre quiere ser sola, sin mezclarse con los placeres, con los gustos, consuelos ni demás cosas de la tierra.

Si pretendes que Yo te conceda mi gracia, es preciso que apartes de tí lo que la sirve de estorbo.

Ama el retiro; complácete en morar á solas contigo; evita conversaciones inútiles, y fervorosamente ora, pidiéndome que te conceda compuncion de corazon, y pureza de conciencia.

Ten por nada todo lo del mundo, y estima mas el vivir pensando y esperando en Mí, que desear y procurarte las cosas de la tierra que no te sean de pura necesidad; pues no podrás emplearte ibremente en mi servicio, si al propio tiempo te estás deleitando en lo que es perecedero.

Provechoso es al hombre alejarse de amigos y conocidos, y privarse de todo gusto temporal.

Y el Apóstol S. Pedro rogaba á los fieles, porque sabia los perjuicios que esto acarrea, *se abstuviesen de los deseos carnales que combaten contra el alma*. (I Petr. 2, 11).

Considera, hijo, la grande confianza que tendrán á la hora de la muerte los que hubieren vivido sin apego á cosa alguna del mundo; y esta consideracion te moverá tambien á imitarlos.

Las almas flacas no entienden lo que es tener apartado el corazon de las cosas perecederas, ni el hombre animal conoce la libertad que goza el hombre que vive segun el espíritu.

El que desee vivir espiritualmente, ha de renunciar en todo lo posible á parientes y estraños; y de nadie ha de guardarse tanto como de sí propio.

Vencerse á sí mismo, es ganar una victoria completa.

Si trabajas para vencerte enteramente á tí mismo, con facilidad vencerás todo lo demás, que sea en perjuicio de tu alma.

El que á sí mismo se tiene sujeto de tal modo que pueda sujetar los apetitos desordenados, en términos de nunca ser vencido por ninguno de ellos, este en verdad es el señor de sí mismo, y del mundo entero.

3. Si quieres llegar á tan dichoso estado, es preciso que varonilmente, y sin titubear, apliques la segur á la raiz de todos los vicios, al amor oculto y desordenado que te tienes á tí propio, á tus gustos y comodidades, y que en todo seas humilde.

Del amor desordenado que el hombre se tiene á sí mismo depende todo lo malo que encierra su corazon.

Vencido este amor de sí mismo, disfrutará grande paz y sosiego.

Mas, siendo pocos los que se aplican á trabajar para vencer este amor, de aquí resulta que tantos y tantos esten, y permanezcan enredados en sus pasiones, y no puedan levantarse en espíritu sobre sí propios.

Así, pues, el que desee caminar libremente conmigo, ha de mortificar todas sus inclinaciones y afectos desordenados, y no apegarse con amor particular á cosa alguna del mundo.

CAPITULO LIV.

De los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia.

1. *V. I.*—Hijo mio, observa con mucho cuidado los movimientos de la naturaleza y los de la gracia, que, aun cuando enteramente contrarios, apenas son conocidos, sino que por un hombre enteramente espíritual, y alumbrado por Mí.

Todos desean su propio bien, y todos le buscan en cuanto dicen y hacen; pero muchos se dejan engañar con solo la apariencia del bien que desean.

2. La naturaleza es astuta, y engaña al hombre atrayéndole hasta enredarle y hacerle caer en sus lazos; y siempre con el fin de darse gusto y contento á si misma.

La gracia camina sencillamente, evita hasta la apariencia del mal, no pretende engañar, y en todo obra solamente por Mí, y en Mí descansa como en su principio y su fin.

3. La naturaleza muere sin confor-

marse con morir; rehusa lo que la incomoda, resiste la humillacion, la sujecion y la obediencia.

La gracia obra muy al contrario: procura mortificarse, reprime los deseos de la carne, ama la sujecion, no quiere usar de su propia libertad, se complace en vivir obedeciendo, en vez de querer mandar á otros, sigue en todo mi voluntad, y está siempre pronta á *someterse humildemente por amor á Mí á toda humana criatura* (I Petr. 2. 13).

4. La naturaleza trabaja por su interés y comodidad, y pone la mira en el provecho que puede sacar de otro.

La gracia cuida, atiende al provecho de muchos, no á su comodidad y utilidad particular.

5. La naturaleza se complace en verse honrada y respetada.

La gracia, fielmente atribuye á Mí, y me dedica todo honor y toda gloria.

6. La naturaleza teme verse confundida y despreciada.

La gracia *se alegra de sufrir afrentas por el Nombre de Jesus* (Actor. 5. 41).

7. La naturaleza ama la ociosidad, y el descanso del cuerpo.

La gracia quiere estar siempre en accion, y abraza el trabajo gustosamente.

8. La naturaleza aborrece lo que no es hermoso, y procura poseer cosas de sobresaliente gusto y belleza.

La gracia se contenta con las cosas sencillas y muy comunes, se aviene á las privaciones, y no rechaza el vestir tosca y pobremente.

9. La naturaleza pone su aficion en las cosas temporales, se alegra con las ganancias terrenas, se entristece cuando pierde, y á la menor palabra injuriosa que la dirijan se irrita.

La gracia pone toda su atencion en lo eterno, y no se enreda en cosas temporales; y si pierde lo que lícitamente posee, no se altera, ni ensoberbece aun cuando sin fundamento para ello se la reconvenga ó trate injuriosamente, porque su tesoro, su esperanza, su alegría lo tiene puesto en el Cielo, donde nada perece.

10. La naturaleza es codiciosa; de mejor gana recibe que dá; y quiere poseer las cosas en propiedad, y para su servicio solamente.

La gracia es caritativa; reparte lo que tiene, nada quiere para sí sola, se conten-

ta con poco, y dice *ser cosa mas bienaventurada dar, que recibir* (Actor. 20. 35).

11. La naturaleza se inclina á las criaturas, á la vanidad, á las distracciones y al regalo.

La gracia inclina al hombre á mi servicio, y á las virtudes; huye del mundo, sus pompas y vanidades; reprime los deseos de la carne; se avergüenza de parecer en público; y para evitar la holganza, de que nacen muchos vicios, busca de contínuo sosas útiles en que ocuparse.

12. La naturaleza abraza con alegría los placeres que dan gusto á los sentidos.

La gracia cifra en Mí todos sus placeres, pues no quiere mas contentos que los que Yo la proporciono, sin hacer el menor caso de todo lo visible, que considera perecedero.

13. La naturaleza no se mueve de valde: si hace algun beneficio, es porque espera crecida recompensa, ó por merecer alabanzas, ó tener á su devocion á las personas que se le dispensa.

La gracia no exije por los beneficios que dispensa otra recompensa que agradarme; cuanto bueno hace es por amor á Mí.

14. La naturaleza se complace en tener crecida parentela, y muchos amigos; se gloría de ocupar puestos distinguidos, y de que se diga que el individuo desciende de ilustre linaje; quiere complacer, adular á los grandes y poderosos, lisonjea á los ricos, y aplaude á sus iguales.

La gracia, sin desechar parientes, ni amigos, los mira como de paso, porque no son ellos quienes han de procurarla su felicidad eterna: ama, y desea todo bien, aun á sus mas encarnizados enemigos, no adula á los poderosos; lo que sí hace es ensalzar y respetar las virtudes donde quiera que las encuentra.

15. La naturaleza, por halagar al rico priva de la razon, y de sus derechos al pobre; desprecia la inociencia, y se burla de los que hablan verdad, porque solamente con el artificio saca partido.

La gracia no se aparta un ápice de la justicia; sea pobre, ó sea rico aquel á quien asiste, sin vacilar la aplica; defiende al inocente, aun cuando disguste al grande señor; se alegra con las personas que tratan verdad, y exorta contínuamente á los buenos á que permanezcan en la virtud, é imiten mas y mas á Jesucristo.

16. La naturaleza se queja así que la falta alguna cosa, y cuando padece cualquier incomodidad.

La gracia sufre con paciencia la pobreza, y toda clase de molestias.

17. La naturaleza lo encamina todo á sí misma; y si en contiendas ó altercados se mezcla, siempre lo hace por sobreponerse á los demás.

La gracia todo lo refiere á Mí; porque sabe que de Mí proviene todo lo bueno; no se atribuye á sí misma bien alguno; no demuestra presuncion en cosa alguna, ni entra en contiendas ó porfias; no antepone su dictámen al de los demás; y todo cuanto piensa ó juzga, lo somete á mi Sabiduría eterna.

18. La naturaleza desea que se la comuniquen secretos, y oir novedades; gusta de aparecer en público, oyendo y viendo variedad de cosas; en fin, desea ser conocida de las gentes, y hacer aquello por lo cual sea aplaudida y admirada.

La gracia no se mezcla en cosas puramente del mundo; no la interesa lo que en él pasa, ni lo que otros dicen ó hacen: conoce que todo esto proviene de la corrupcion del hombre viejo, y que nada hay en

la tierra durable: y por eso enseña á recoger los sentidos, y refrenarlos, huir de la ostentacion y vana complacencia, y ocultar en sí con humildad todo lo que hace, y puede ser admirado y alabado; y en todo, su principal fin es aprovechar en la virtud, y la honra y gloria mia. No quiere alabanzas, de sí, ni de sus obras; solamente quiere que sea Yo bendito en sus dones, pues soy quien los concede por pura caridad y misericordia.

19, Esta gracia es una luz sobrenatural, y don especial mio. Propiamente es el sello de los escogidos, y prenda de la salvacion.

Mi gracia es la que levanta al hombre del amor á lo terreno al amor de las cosas celestiales, y de carnal le hace espiritual.

Así pues, cuanto mas sujetes y mortifiques la naturaleza, tanto mas abundantemente recibirás la gracia: y este aumento de gracia con que Yo te visitaré, te reformará, y hará conforme á mi Imágen.

CAPITULO LV.

De la corrupcion de la naturaleza, y eficacia de la gracia.

1. *S. F.*—¡Señor Dios mio, que me ' beis criado á vuestra Imágen y semej'

concededme esa gracia que me decís ser tan poderosa y necesaria para alcanzar la salud eterna, á fin de que yo venza mi mala naturaleza, que me arrastra al pecado, y con él á la perdicion.

Siento en mi carne la ley de ese mismo pecado, que se opone á la ley de mi espíritu, y me lleva cautivo á consentir con cuanto quiere la sensualidad; siéndome imposible resistir la violencia de mis pasiones, si vuestra gracia no me dá la fortaleza que necesito.

2. Es una triste verdad *que el sentido y el pensamiento del corazon humano, son propensos al mal desde su juventud* (Gén. 8. 21).

Por tanto, Señor y Dios benignísimo, indispensable me es vuestra gracia, y que me la concedais muy superabundante para vencer la naturaleza; esta naturaleza corrompida por la culpa de Adan, y que así corrompida con la pena de tan fea mancha, pasó á todos sus descendientes; resultando que aquella naturaleza criada por Vos tan pura y sin defecto, es ahora una naturaleza viciosa, cancerada, inclinada al mal, y á las cosas de la tierra; sin vigor; pues el poquísimo que conserva es á manera de una pavesa escondida entre ceniza.

Esta pavesa es la razon natural, que aun cuando oscurecida y cubierta de tinieblas, con su debilísimo resplandor distingue el bien del mal, y lo verdadero de lo falso; pero no le dá fuerzas al hombre para seguir aquello que tiene por bueno, ni para recuperar el verdadero conocimiento de la verdad, y lo bien ordenado de los afectos y deseos que perdió lastimosamente.

3. De aquí proviene, Dios mio, *que yo me deleite en vuestra santa Ley, segun el hombre interior, porque sé que vuestro mandamiento es bueno, justo y santo* (Rom. 7. 22 y 12), y conozco que de todo mal y pecado se ha de huir.

Pero *con la carne sirvo á la ley del pecado* siempre que obedezco á la sensualidad sin consultar la razon (Ibid. 25).

No hay duda que *está en mí el querer lo bueno*, mas no encuentro cómo cumplirlo (Ibid. 18).

Tambien es cierto que muchas veces formo buenos propósitos; pero faltándome la gracia que sostenga mi flaqueza, al tropezar con cualquier dificultad, desmayo y retrocedo.

De aquí proviene que aun cuando conozco el camino de la perfeccion, y veo lo

que estoy obligado á practicar, no obstante, agobiado con el peso de mi propia corrupcion, no me levanto á obrar cosas mas perfectas.

4. ¡Dios mio, Dios mio, cuán necesaria me es vuestra gracia para comenzar el bien, para adelantar en él, y para con perfeccion praticarlo!

Sin vuestra gracia, nada puedo hacer; pero sí todo cuanto fuere de vuestro agrado, siempre que me fortalezcais con ella.

¡Oh gracia, don precioso del Cielo, sin la cual son ningunos los méritos que el hombre puede contraer, ni sirven de cosa alguna todos los dones y ventajas de la naturaleza!

Sin vuestra gracia, Señor, nada valen ante Vos las artes, las riquezas, la hermosura, la fuerza, el ingenio, ni la elocuencia:

Porque los dones de la naturaleza son comunes á los buenos y á los malos, pero la gracia es el don propio de los escogidos, y los señalados con ella son tenidos por dignos de la vida eterna.

Tan excelente es esta gracia, que sin ella no merece aprecio el don de profecía, ni la operacion de milagros, ni la contemplacion mas elevada.

Y no solo esto, Señor, sino qne tambien sé que la fé misma, y las demás virtudes, no os son agradables sin la gracia y la caridad.

5. ¡Oh gracia preciosísima, que enriqueces de virtudes al pobre de espíritu, y haces humilde de corazon al que se vé colmado de bienes terrenos!

Ven, desciende sobre mí, gracia Divina; lléname de tus consuelos, para que no desmaye mi alma de sequedad y cansancio.

Señor, Señor, halle yo gracia á vuestros ojos, pues aunque me falte todo lo que desea la naturaleza como necesario, *vuestra gracia me basta* (II Cor. 12. 9).

Aun cuando innumerables sean las tentaciones y trabajos que me acometan, no temeré mal alguno si me asiste vuestra Divina gracia:

Porque ella me dá fuerzas, me aconseja y sostiene; ella es mas poderosa que todos mis enemigos, y mas sabia que todos los sabios.

6. Ella es la que enseña la verdad, la que arregla las costumbres; es la luz del mundo, el consuelo de los afligidos, la que destierra la tristeza, la que quita el temor,

la que alimenta la devocion y produce las santas lágrimas de la penitencia.

¿Qué es el hombre sin la gracia de Dios sino un tronco seco, que se desecha por inútil?

Haced, Señor, que vuestra gracia me prevenga siempre, y me acompañe, y me tenga aplicado sin cesar á la práctica de buenas obras. Por Jesucristo vuestro Santísimo Hijo. Amen.

CAPITULO LVI.

Debemos negarnos á nosotros mismos, y seguir á Jesucristo por la Cruz.

1. *V. I.*—Hijo mio, cuanto mas te apartes de tí mismo, y de menos goces terrenos disfrutes, tanto mas te unirás conmigo:

Porque así como el no desear nada de lo visible causa la paz interior, así el desprenderse de sí mismo interiormente forma conmigo íntima union.

Quiero que aprendas la perfecta abnegacion de tí mismo, y te sometas á mi volunlad sin oponerte ni quejarte.

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Joan. 14. 6).

Sin camino no se anda; sin la verdad, nada se sabe; sin vida no se vive.

Yo soy el camino que debes seguir, la verdad á quien debes creer, y la vida que debes esperar.

Yo soy el camino donde nadie se estravía, la verdad incapaz de engañar, y la vida que nunca se acaba.

Yo soy el camino perfectamente derecho, la verdad suma, la vida verdadera, la vida bienaventurada, la vida increada.

Si perseveras en mi camino, *conocerás la verdad, y la verdad te hará libre* (Joan. 8, 32), y alcanzarás la vida eterna.

2. *Si quieres entrar en la Vida, guarda mis Mandamientos* (Mat. 19. 17). Si quieres conocer la verdad, cree mis palabras.

Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes, y dálo á los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo (Mat. 19, 21).

El que no lleva su Cruz acuestas y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo (Luc. 14. 27).

Si quieres poseer la dicha eterna, despídete de los gustos de esta vida.

Si quieres ser ensalzado en el Cielo, humíllate en el mundo.

Si quieres reinar conmigo, lleva la cruz

conmigo; porque solamente los siervos de la Cruz encuentran el camino de la luz verdadera y de la bienaventuranza.

3. *S. F.*—Señor, Señor mio Jesus, pues que Vos camimásteis acá abajo por un camino estrecho, y despreciado del mundo, concededme la gracia de imitaros, sufriendo que el mundo me desprecie, pues *no es el discípulo mas que su Maestro, ni el siervo mas que su Señor* (Mat. 10. 24).

Haced, Señor, que sea mi ejercicio imitar vuestra vida, pues en ella consiste mi felicidad, y la santidad verdadera.

Ninguna de cuantas cosas oigo ó leo me recrea ni satisface, sino vuestra vida.

4. *V. I.*—Pues has leido, y oido leer, y sabes muchas cosas buenas, *serás bienaventurado si las pones por obra* (Joan. 13. 17).

El que tiene mis Mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama, y Yo le amaré tambien, y me manifestaré á él, y le hare sentar conmigo en el Reino de mi Padre.

5. *S. F.*—¡Oh, Señor Jesus, haced que se cumpla en mí lo que teneis dicho y prometido, y que yo sea digno de recibir esa gracia!

De vuestra mano he recibido la cruz:

yo la llevaré hasta la muerte del modo que Vos me la habeis puesto.

La vida del buen religioso y fiel cristiano, es verdaderamente una cruz, pero cruz que lleva al Cielo.

Ya hemos comenzado á caminar con ella, y por tanto, aun cuando mucho sea su peso, si queremos salvarnos, no debemos parar en nuestro camino.

6. Queridos hermanos, sigámosle constantes hasta el fin, Jesus será con nosotros.

Por Jesus hemos abrazado esta cruz; perseveremos por Jesus con ella. Jesus es nuestra cabeza y guia, y él mismo nos ayudará.

Mirad que nuestro Rey vá delante de nosotros, y peleará á nuestro favor: sigámosle animosamente: que no nos acobarden los trabajos, ni clase alguna de penalidades: sostengámonos firmes hasta morir en este combate, y no manchemos nuestra gloria huyendo de la Cruz.

CAPITULO LVII.

No debe desanimar el hombre cuando cae en pecado.

1. *V. I.*—Hijo mio, mas quiero verte humilde, y sufrido en aflicciones y trabajos,

que lleno de alegría y devocion en la prosperidad.

¿Por qué te entristeces de una cosa leve que se diga ó haga contra tí? Ni aun cuando sea muy grave te has de entristecer ni inquietar.

No hagas caso, pues no será lo primero que contra tí se haya dicho lo de ahora, ni será lo último si vives algun tiempo.

Cuando no te ves acometido de penalidades, te hallas bastante animoso; y das buenos consejos á otros, y los sabes alegrar con tus palabras; mas si cualquier afliccion te sobreviene, pierdes el ánimo, y no sabes lo que has de hacer.

Considera cuán grande flaqueza es la tuya, pues lo ves por esperiencia aun en las ocasiones mas ligeras: pero ten presente que todas las aflicciones y trabajos de que te veas acometido suceden para tu bien.

2. No te aflijas por cosa alguna de las que te acontezcan, por muy penosas que sean.

Si te acomete la tentacion, mantente firme, ni desmayes, ni pienses mucho en ella.

Si no puedes sufrir con alegría, al menos sufre con paciencia, poniendo en Mí tu

corazon y esperanza, rogándome como mejor puedas y sepas.

Cuando oyeres algo contra razon, y por ello sientas cualquier movimiento de indignacion, reprímete, y pon el mayor cuidado en que no salga de tu boca ninguna palabra que por su mal sonido escandalice á los circunstantes.

Luego se mitigará el ímpetu que te alteraba el corazon, y la gracia convertirá en dulzura la amargura interior que padecias.

Yo vivo siempre, y estoy pronto á ayudarte y consolarte mas que antes, si confias en Mí, y me invocas fervorosamente.

3. Apercíbete, fortifica tu espíritu para sufrir mayores aflicciones, mas graves males de los que hasta hoy has esperimentado.

Y aunque te veas muchas veces atribulado y gravemente tentado, no por eso creas que ya todo está perdido.

Eres hombre, y no Dios: eres carne, y no Angel; ¿cómo, pues, has de poder mantenerte en un mismo estado de virtud, siendo así que para ello le faltó fuerza al Angel en el Cielo y al primer hombre en el Paraiso?

Yo soy el que levanta con entera salud

á los que lloran, y comunico mi fuerza divina á los que conocen su flaqueza.

4. *S. F.*—Benditas sean, Señor, vuestras palabras: vuestros juicios *son mas dulces que la miel y que el panal* (Ps. 18 11).

¿Qué haría yo entre tantas penas y aflicciones si Vos no me dieseis fortaleza con vuestras santas palabras?

Por muchos y penosos que sean los males que en esta vida me atormenten, cuando llegue al puerto de salvacion, nada me importará el haber padecido.

Concededme, Señor, buena muerte, para que pase dichosamente de este mundo al otro.

Acordáos de mí, Dios mio, y llevadme por el camino derecho á vuestro Reino. Amen.

CAPITULO LVIII.

No deben investigarse los altos misterios y ocultos juicios de Dios.

1. *V. I.*—Hijo mio, no disputes sobre cosas altas y escondidas, y guárdate de averiguar mis juicios.

No te pertenece el inquirir por qué dejo á uno, y favorezco á otro con especiales gracias, ni por qué padece aquel tentacio-

nes, y otro disfruta comodidades, y se vé ensalzado.

Estos son misterios que esceden á la penetracion del hombre; y no hay entendimiento ni capacidad humana que pueda investigarlos. Toda disputa sobre ellos es vana.

Por tanto, cuando el enemigo te incite á escudriñar mis juicios, ó algunos curiosos pretendan entablar conversacion contigo sobre ellos, diles estas palabras que pronunció David: *Justo es el Señor, y rectos sus juicios* (Ps. 118. 137); *y sus juicios verdaderos, justos en sí mismos* (Ps. 18. 10).

Mis juicios se han de temer, no examinar, pues son incomprensibles al entendimiento humano.

2. Tampoco converses sobre el mérito de los Santos, ni pretendas indagar cuál, por sus merecimientos, es mayor que otro, ó mas elevado en gloria en mi Reino.

Semejantes conversaciones son muchas veces causa de disputas, inútiles sobremanera por su orígen, las cuales fomentan la vanagloria y la soberbia, y las enemistades, queriendo unos dar por mayor á un Santo, y otros á otro.

Ningun provecho se saca de altercar

sobre esto, al paso que mucho se desagrada á los Santos que se pretende enaltecer, pues tienen muy presente que *Yo no soy Dios de disputas, sino de paz* (1 Cor. 14. 33); y esta paz consiste en la humildad verdadera, y no en el deseo de ensalzarse, ni ser ensalzado.

3. Hay algunos que por un celo de ternura se inclinan mas afectuosamente á unos Santos que á otros; pero este afecto mas es humano y natural que divino.

Yo soy el que ha formado todos los Santos; Yo los he dado la gracia, y los he recibido en mi Gloria.

Yo sé los meritos de cada uno; *Yo les previne con las bendiciones de mi dulzura* (Ps. 20. 4).

Yo conocí á mis amados antes de todos los siglos. No me escogieron ellos á Mí; los escogí Yo á ellos, y los separé del mundo.

Yo los llamé por mi gracia, los atrage por misericordia, y los llevé por diferentes tentaciones.

Yo los concedí grandísimos consuelos espirituales; Yo les dí la perseverancia; Yo coroné su paciencia.

4. Yo conozco desde el primero hasta el

último, y á todos los amo entrañablemente.

Yo soy quien debe ser alabado en todos mis Santos: Yo soy quien debe ser bendito y honrado en cada uno de ellos, pues los ensalcé y predestiné á tanta gloria, sin que antes hubiere mérito alguno de su parte.

Así pues, el que desprecie uno de los mios mas pequeños, no honra á los grandes, porque, tanto el grande como el pequeño son hechuras de mi bondad y misericordia. Y el que pretende disminuir la gloria de algun Santo, á Mí es á quien intenta disminuirla y á los demás Santos en el Cielo.

Todos ellos son uno, por el vínculo de la caridad: todos piensan y quieren una misma cosa, y todos se aman en Mí y por Mí como si fueran uno solo.

Pero aun hay mas, y es, que mas me aman á Mí que á sí mismos, y mas que su propia gloria:

Porque arrebatados y trasportados fuera de sí, y purificados de todo amor propio, están como inundados en el amor que me tienen, y encuentran el perfecto gozo y descanso en amarme.

No hay cosa que los pueda apartar, ni

hacer bajar un poco de este dichoso estado; porque como se hallan penetrados, y llenos de la verdad eterna; estan ardiendo sin cesar en el fuego de un amor que nunca puede apagarse.

Callen pues los hombres carnales que no saben amar sino sus gustos; callen, y no se entrometan en hablar del estado y diferentes grados de la gloria de los Santos.

Guárdense de formar juicios acerca de ellos, juicios vanos, temerarios, no arreglados á la Verdad eterna, si no á la mundanal vanidad é ignorancia, y á sus diversas inclinaciones.

6. Hijo mio, muchos se mezclan en esto que te prohibo, y en especial aquellos ignorantes poco iluminados interiormente, los cuales apenas han sabido jamás lo que es amar á otro con perfecto amor espiritual.

Si se inclinan á una ú otra persona, solo lo hacen movidos de un afecto natural, sin que pase de amistad humana; y estos suponen que segun ellos juzgan de las cosas de la tierra, así ha de ser respecto las del Cielo.

Pero resulta una grande diferencia entre lo que suponen los imperfectos y lo que

conocen los que han recibido las luces de arriba.

7. Guárdate, pues, hijo mio, de tratar con curiosidad las cosas que esceden á tu saber: en vez de hablar de ellas, y desear averiguarlas, empléate con cuidado en negociar tu salvacion; y consideráte muy dichoso si alcanzas siquiera ser contado el último de mi Reino.

Aunque alguno supiera cuál es el Santo mas Santo, ó cuál mas grande que otro en la gloria, ¿de qué le serviría este saber, si no le aprovechaba para humillarse delante de Mí, y darme mayor honra y alabanza?

Aquel que medita en la gravedad de sus pecados, en lo poco adelantado que se halla en la virtud, y cuán distante está en la perfeccion de los Santos, hace una cosa mas agradable á mis ojos que el que se entretiene en comparar á los unos con los otros, y quiere averiguar quiénes son mayores ó menores.

Ocúpate en implorar con humildad, devocion y lágrimas la intercesion de los Santos en tu favor para conmigo, y déjate de examinar, porque te será tiempo perdido, el secreto de su estado.

Los Santos se hallan sumamente contentos cuando los hombres que habitan en la tierra procuran imitarlos, pues desean que todos lleguen á ser como ellos, y se abstengan de vanos discursos y equivocadas palabras.

No se glorían los Santos de sus méritos propios, pues no se atribuyen á sí mismos bien alguno, sino solamente á Mí, que por una caridad infinita los enriquecí de mis dones.

Y es tan grande el amor con que me aman, y tan superabundante el gozo de que estan llenos, que nada falta, ni puede faltar á su gloria y felicidad eterna.

Y cuanto mas elevados estan en gloria, tanto mas hnmildes son en sí, y tanto mas se llegan á Mí, y tanto mas los amo.

El Discípulo amado vió que *echando sus coronas delante del trono, y postrados sobre sus rostros, adoraban al que vive en los siglos de los siglos* (Apocal. 4. 10. 5. 14).

No preguntes *quién es el mayor en el Reino de los Cielos*, puesto que ignoras si serás digno de tener lugar entre los mas pequeños (Mat. 18. 1).

Cosa grande es ser siquiera el menor en el Cielo, donde todos son grandes, pues

todos se llaman hijos de Dios y lo serán realmente.

El menor valdrá por mil (Isai. 60. 22). Todos vivirán eternamente; y *el pecador*, aunque haya tenido vida *cien años*, morirá, y *será maldito* (Isai. 65. 20).

Cuando preguntaron los Apóstoles ¿quién es el mayor en el Reino de los Cielos, oyeron esta respuesta:

Si no os volvieseis é hiciereis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos. Cualquiera que se humilláre como este niño (que estaba presente), *será el mayor en el Reino de los Cielos* (Mat. 18. 3, 4).

¡Ay de aquellos que rehusan humillarse de buena voluntad como los pequeñuelos, pues no podrán entrar por la puerta del Cielo, que es estrecha!

¡*Ay de vosotros los ricos, porque teneis*, (en este mundo) *vuestro consuelo*! (Luc. 6. 24).

Cuando entren los pobres en mi Reino, vosotros, ricos, quedareis fuera, y gemireis eternamente, *si poneis en las riquezas el corazon* (Ps. 61. 11).

Alegraos, humildes; y vosotros, pobres, alegráos, pues el Reino de los Cielos es vuestro si no os apartais del camino de la verdad.

CAPITULO LIX.

Toda la esperanza y confianza se ha de poner en Dios solamente.

1. *S. F.*—Señor, ¿en quién habré de poner mi confianza en este mundo? ¿A quién demandaré consuelo? Ni esperanza, ni consuelo puedo recibir de ningun mortal.

Solo en Vos, Dios mio, confio, porque vuestra misericordia es infinita.

Sin Vos, en ninguna parte puedo estar bien; mas estando Vos conmigo, encuentro el bien en todo lugar.

Prefiero el ser pobre acompañado de Vos, á ser el mas poderoso del mundo sin Vos.

Quiero mas peregrinar en la tierra acompañado de Vos, que habitar en el Cielo sin Vos.

Donde Vos estais, es Cielo; y donde no residís, muerte é infierno.

Vos sois lo que únicamente deseo; y por tanto suspiro por Vos, y os encamino mis gemidos y oraciones.

En fin, Señor, solo en Vos confio; y de Vos solo, que sois mi Dios, espero el socorro en mis necesidades.

Vos sois mi esperanza, mi confianza, mi consolador, y en todo fidelísimo.

2. Todos buscan sus intereses; pero Vos, Dios benignísimo, solo buscais mi salvacion y mi adelantamiento en la virtud, y todo lo convertís en mi provecho.

Y aunque es vuestra voluntad hacerme pasar por varias tentaciones y adversidades, todo esto lo ordenais, Señor, para mi bien, pues de diversos modos poneis á prueba á los que amais.

Pero en medio de estas pruebas y ejercicios, es mi obligacion amaros y alabaros lo mismo, y del mismo modo que si me llenaseis de vuestros consuelos y dulzuras.

3. Y así, Señor, en Vos pongo toda mi esperanza, porque sois mi refugio: solo á Vos quiero acudir en todas mis penalidades y trabajos, porque en las criaturas no veo poder alguno, sino presuncion, inconstancia, debilidad, nada en fin.

Y de nada puede servirme el tener muchos amigos: ni los mas poderosos protectores podrán ayudarme; ni los mas prudentes sabran aconsejarme provechosamente; ni hallaré consuelo en los libros mas doctos; ni las riquezas me sostendrán; ni podré encontrar recurso alguno en el

lugar mas retirado y delicioso, si Vos, Dios mio, no me asistis y socorreis, si Vos no me fortaleceis, consolais y guardais.

4. Porque todo lo que parece bueno para alcanzar la paz y felicidad, no vale nada sin vuestra asistencia, ni proporciona la felicidad verdadera.

En Vos está el colmo de todos los bienes: Vos sois la fuente de la vida; y toda la elocuencia humana enmudece al hablar de vuestras perfecciones.

La esperanza que tienen en Vos vuestros siervos, es la que les sostiene, los anima y fortalece en esta vida.

A Vos solo, Señor, vuelvo mis ojos, y en Vos confio, Dios Omnipotente, Padre de las misericordias.

Bendecidme y santificadme con vuestra bendicion Divina; y haced que sea mi alma una habitacion tan santa, y tan digna de Vos, que no haya en ella cosa alguna que os desagrade.

Por vuestra misericordia infinita os pido que me mireis benignamente, y oigais las oraciones de este pobre siervo vuestro, desterrado y distante de su verdadera patria en la region de las sombras de la muerte.

Proteged mi alma, y conservadla pura en medio de la corrupcion de esta vida; asistidme con vuestra gracia, y llevadme, Gran Dios, por el camino de la paz á vuestra gloria eterna. Amen.

LIBRO CUARTO.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

Convite á la Sagrada Comunion.

La Voz de Cristo.

Venid á Mí todos los que estais trabajados, y cargados (con el peso de vuestros pecados), *y Yo os aliviaré* (Mat. 11, 28).

El pan que Yo daré, es mi Carne, por la vida del mundo (Joan. 6. 52).

Yo soy el Pan Vivo, que desciendo del Cielo (Joan. 6. 51).

Tomad, y comed: este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí (I Cor. 11. 24).

El que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora, y Yo en él (Joan. 11. 57).

Las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son (Joan. 6. 64).

CAPITULO I.

Que con suma reverencia se ha de recibir á Jesucristo.

El Siervo fiel.

1. Las palabras anteriores son vuestras, mi dulcísimo Jesus; palabras que no pronunciasteis una sola vez, ni en el Sagrado Libro estan escritas en un solo lugar.

Y pues que son verdaderas, porque Vos las dijisteis para salud de los hombres, estoy obligado á recibirlas todas con agradecimiento y fidelidad.

Son vuestras ciertamente; pero tambien son mias, porque las dijisteis para mi bien.

Con toda voluntad las recibo de vuestra boca, para que se graben en mi corazon muy profundamente.

Palabras tan piadosas, y llenas de tal dulzura y amor, me alientan; pero me espantan mis pecados; y la impureza de mi conciencia me acobarda y aparta de acudir á participar de tan soberanos Misterios.

La suavidad de vuestras palabras me impele hácia Vos; pero la multitud de mis vicios me obstruye el camino.

2. Mandaisme, Señor, que me llegue á

Vos con confianza, porque quiero tener parte con Vos; y recibir el manjar de la inmortalidad para conseguir la vida y la gloria.

Venid á Mí, decís, *todos los que estais trabajados y cargados, Yo os aliviaré.*

¡Oh cuán dulces y tiernas son á los oidos de un pecador estas palabras con que Vos, mi Dios y Señor, convidais á recibir vuestro Cuerpo Santísimo al pobre y necesitado!

¿Y quién soy yo para merecer acercarme á Vos? para hospedaros en mi alma? *No cabeis en los Cielos de los Cielos* (III Reg. 8. 27), y decís: *Venid á mí todos*!

3. ¿Qué quiere dar á entender tan piadosa misericordia, y convite tan amigable, hecho con amor tan entrañable?

¿Y cómo me atreveré á llegar á él, cuando nada bueno, nada meritorio reconozco en mí que me anime y haga digno?

¿Cómo os he de recibir en mi casa, Señor, estando sucia en estremo con las manchas de los innumerables pecados que hasta hoy he cometido ante vuestros benignísimos ojos?

¡Los mismos Angeles y Arcángeles tiemblan en vuestra presencia; los Justos, y los mayores Santos se sienten llenos de

espanto, y Vos decís á los hombres, *Venid á Mí todos*!

Si no fuereis Vos mismo, Señor, quien nos llama, aun cuando muchos lo dijeran, ¿quién se atreveria á creerlo?

Venid á Mí todos. Si Vos no lo mandaseis, ¿cuál seria el audaz que á Vos se acercára?

Señor, Señor, ¡cuán repetidas gracias y alabanzas está obligado á tributaros el hombre por la infinita bondad y misericordia con que le tratais!

4. Noé, varon justo, para salvarse del diluvio, y con pocas personas, estuvo trabajando cien años en fabricar un arca (Gen. 6. 14). ¿Y cómo podré yo disponerme en una hora para recibir con la debida reverencia al Criador del mundo?

Moisés, vuestro siervo y especial amigo, hizo un arca de madera incorruptible, y la cubrió de láminas de oro purísimo, para guardar en ellas las Tablas de la Ley (Exod. 25. 10 y 11).

Y yo, criatura corrompida, sin un pequeño rincon siquiera limpio de culpas en la morada donde os debo aposentar, ¿cómo me podré atrever á recibir al que es el Autor de la ley y de la vida.

Salomón el mas sabio de los Reyes de Israel, ocupó siete años en edificar un templo magnífico en honor de vuestro Nombre; celebró la fiesta de su dedicacion ocho dias; ofreció mil hostias pacíficas, y colocó solemnemente el Arca del Testamento en el lugar preparado, al son de trompetas, y entre aclamaciones de regocijo (III Reg. 8).

¿Y yo el mas pobre y miserable de los hombres, os he de aposentar en mi pecho, siendo así que apenas puedo emplear devotamente media hora en ejercicios cristianos, y consideracion de vuestra inmensa grandeza?

5. ¡Dios mio, Dios mio, cuánto hicieron aquellos varones para agradaros, y qué poco es lo que yo hago! ¡Y qué cortísimo tiempo empleo cuando me dispongo para comulgar!

Rara vez estoy del todo recogido, y casi nunca libre de distracciones.

Bien conozco que en vuestra adorable presencia no debe ocuparse mi pensamiento de cosas pertenecientes á negocios del mundo, ni tener entrada en mi memoria criatura alguna, por estar para recibir, no á un Angel, sino al mismo Señor de los Angeles. Así lo procuraré, Señor.

6. Y debo tener presente, que no puede haber comparacion entre el Arca del Testamento, con todo lo que encerraba, y vuestro Cuerpo purísimo con sus gloriosas cualidades.

Ni puede haberla tampoco entre los sacrificios de la ley escrita, que solo eran figuras de lo que habia de suceder, y la verdadera Hostia de vuestro Cuerpo, que es el cumplimiento de los sacrificios antiguos.

7. ¿Y por qué no me enciendo de un purísimo amor, de una perfecta caridad, y de una sincera contricion, en vuestra soberana presencia? ¿Por qué no me dispongo con todo el cuidado que se requiere, para recibir vuestro Sacratísimo Cuerpo, siendo así que aquellos antiguos Patriarcas, Profetas, Reyes y Príncipes, con todo el pueblo, mostraron tanta devocion y celo por el culto Divino?

8. *David*, rey devotísimo, *danzó con todas sus fuerzas* (III Reg. 6. 14), delante del Arca del Señor, acordándose de los beneficios que se habia concedido en otros tiempos á los Padres antiguos; dispuso que se hiciesen diferentes instrumentos de música; compuso Salmos, y mandó que se cantasen con alegría; y él mismo, inspirado de

la gracia del Espíritu Santo, los cantó al harpa muchas veces: enseñó al pueblo de Israel á alabar á Dios con toda el alma, á juntar sus voces para bendecirle cada dia y publicar sus grandezas.

9. Si solo la presencia del Arca del Testamento escitaba entonces una devocion tan grande, y avivaba la memoria de las Divinas alabanzas, ¿con cuánta mas devocion y reverencia debo yo estar, é igualmente todo cristiano, delante del Sacramento Augusto, y al recibir, Jesus mio, vuestro Cuerpo Santísimo?

10. Muchos hay que van en peregrinacion á varios lugares, con el fin de visitar las reliquias de algunos Santos; y quedan admirados al oir relatar los hechos de su vida: y besan sus huesos conservados entre sedas, plata y oro, y se elevan contemplando la magnificencia de los templos:

Pero Vos, Dios mio, que sois el Santo de los Santos, Criador de los hombres, y Señor de los Angeles, estais presente en los altares; y no obstante lo cercano que os hallais á nosotros, son cortos los esfuerzos que hacemos para visitaros frecuentemente, para adoraros, contemplar vuestra grandeza, y hospedaros en nuestros pechos.

Aquellos que emprenden las peregrinaciones para visitar las reliquias de los Santos, si no lo verifican movidos de una verdadera contricion, y por via de penitencia, para implorar su proteccion con Vos, Jesus amabilísimo, y sí solo les mueve la curiosidad, y deseo de ver cosas nuevas, ningun fruto sacarán para su enmienda.

Los que acuden á los Altares donde Vos, como Dios y Hombre verdadero, estais realmente presente, cuantas mas veces os reciben digna y devotamente, con tanta mayor abundancia recogen el fruto de la salud eterna. Pero si la ligereza, el deseo de que los vean acercarse á Vos, y pasar por devotos recibiéndoos, es quien los conduce, y no una fé viva, una verdadera caridad acompañadas del mas firme dolor de haber pecado en el Augusto Sacramento, recibirán su condenacion.

11. ¡Oh Dios invisible, Criador del mundo, cuán cariñosamente nos tratais! ¡cuán espléndidamente obsequiais y regalais á vuestros escogidos, á quienes os dais Vos mismo por manjar en el Augusto Sacramento; colmándoles así de vuestra Divina gracia!

Este don, en verdad que escede á todo

discurso; esto es lo que principalmente arrebata las almas devotas, y las enciende, Jesus mio, en vuestro Divino amor:

Porque los que os sirven con fidelidad, y viven aplicados toda su vida á corregirse y purificarse, reciben á menudo en este admirable Sacramento la gracia de una devocion muy encendida, é indecible amor á la virtud.

12. ¡Oh gracia del Sacramento, maravillosa y oculta, la cual solo conocen vuestros fieles amadores, mi benditísimo Jesus, pero que no pueden esperimentar los infieles, y los que están en pecado!

En este Sacramento es donde la gracia espiritual se comunica, donde el alma recobra la fuerza perdida, y vuelve á aquella primera hermosura que habia desfigurado el pecado.

Y á veces es tan superabundante esta gracia, que por la plenitud de devocion que se recibe, no solamente el alma sino tambien el cuerpo fragil, se siente con mucha fuerza.

13. Por eso es muy de sentir y lamentar nuestra tibieza y negligencia en acudir á este Sacramento, dispuesto para ello de un modo digno, y dignamente recibir á

nuestro Señor Jesucristo en quien está puesta toda la esperanza y méritos de los que se han de salvar.

Pues Jesucristo *es nuestra santificacion y redencion* (I Cor. 1. 30), el consuelo de las buenas almas en esta vida, y la delicia eterna de los Santos.

Pero ¡oh dolor! cuántos hay que apenas conocen, porque no se reflexionan, la excelencia de este saludable Sacramento, siendo el regocijo de la Gloria y la conservacion de todo el mundo!

¡Oh ignorancia, ceguedad y dureza del corazon del hombre, que con tan poco aprecio mira este don inefable, mostrándose á él hasta indiferente, sin duda porque le tiene tan cerca, y le proporciona con mucha facilidad el aprovecharse de sus infinitas gracias diariamente.

14. Si este Augusto Sacramento no se celebrase sino en un solo lugar, y solo un sacerdote consagrase en el mundo cristiano, sin duda que con ánsia correrian las gentes á aquel lugar para hallarse presentes á la celebracion de los misterios Divinos.

Mas, pues hay abundancia de sacerdotes, y se ofrece en tantos lugares el Cuer-

po de Jesucristo, es con el fin de que nos aprovechemos de una de las gracias mas singulares que nos dispensa el Cielo.

Y cualquiera puede conocer el grande amor que Dios nos tiene, el que tanto mas se descubre cuanto mas se aumentan los lugares para que con mas facilidad recibamos los cristianos la Sagrada Comunion.

Gracias os doy, mi buen Jesus, Pastor eterno, que os habeis dignado alimentar con vuestro preciosísimo Cuerpo y Sangre á unos pobres y desterrados, cuales somos nosotros; y convidarnos á participar de estos Misterios con las siguientes palabras dichas por vuestra propia boca: *Venid á Mí todos los que estais trabajados y cargados, que Yo os aliviaré.*

CAPITULO II.

La especial bondad y caridad de Dios para con el hombre, se manifiesta en este Sacramento.

El Siervo fiel.

1. Porque estoy enfermo; confiado, Señor, en vuestra bondad y misericordia infinita, vengo á Vos, que sois mi Médico Celestial, y mi Salvador: como hambriento y muy sediento, á la fuente de la Vida: como

pobre, al Rey de los Cielos: como siervo, á mi Señor: como criatura, á mi Criador: y como desconsolado, á mi dulce Consolador.

¡Y Vos, Señor, os dignais venir á mí! ¿De dónde procede para este miserable tanta dicha?

¿Cómo se atreve un pecador á ponerse en vuestra presencia? ¿Y cómo os dignais Vos, y por qué, acercaros á un pecador?

Bien conoceis lo que soy, y sabeis que nada bueno hay en mí para recibir esta gracia.

Confieso, Señor, mi bajeza: conozco vuestra bondad, alabo vuestra misericordia, y os doy gracias por vuestra inmensa caridad.

Solo por vuestra bondad, no por mis merecimientos, haceis todo esto, para que así conozca mejor la ternura de vuestro amor, y hasta qué punto os humillais por el hombre.

Y pues veo que Vos lo quereis así, no puedo menos de alegrarme espiritualmente al considerar vuestra especial benignidad; y os suplico, Señor, que no me priven de ella mis pecados.

2. ¡Oh dulcísimo y piadosísimo Jesus, cuán rendidas gracias y alabanzas os debe-

mos tributar, y cuánto os debemos bendecir y alabar por el incomparable beneficio que nos dispensais dándonos á comer vuestro Sacratísimo Cuerpo, cuya escelencia no cabe en el entendimiento humano.

¿Y qué es lo que debo pensar en la Comunion cuando me llego á Vos, Dios mio, que mereceis infinitamente mas reverencia de la que yo soy capaz de daros, aunque deseo con ánsia recibiros devotamente.

Lo mas acertado y saludable es humillarme profundamente ante Vos, inclinando mi rostro hasta la tierra, dolerme de todo corazon de cuanto he pecado, suplicándoos misericordia, bendiciendo la bondad que usais conmigo; despreciándome, y sometiéndome á vuestra Divina voluntad en el abismo de mi nada.

3. Vos sois el Santo de los Santos, yo el mas indigno de los pecadores; y esto no obstante, os bajais hasta mí, que ni aun merezco me permitais levantar los ojos para miraros.

Y me visitais benignamente, y quereis estar conmigo, y me convidais á vuestro banquete.

Y me presentais un alimento Celestial,

el pan de los Angeles, que sois Vos mismo, *Pan vivo que bajasteis del Cielo para la vida del mundo* (Joan. 6. 51 y 52).

4. Aquí, Señor, se conoce vuestra admirable benignidad, y lo que amais á los hombres. ¿Qué de gracias y alabanzas estamos obligados á tributaros por tan inmensos beneficios!

¡Oh qué provechosos y saludables fueron vuestros designios cuando instituisteis este Sacramento! ¡Qué convite tan dulce y agradable el que nos haceis, en que os dais Vos mismo por comida!

¡Cuán admirables son, Señor, vuestras obras! cuán grande vuestro poder! cuán inefable vuestra verdad! *Vos digísteis, y todo fue hecho*, y se hizo como lo digísteis (Genes. 1).

5. ¡Cosa verdaderamente maravillosa es, y que no se creería sino por la luz de la fé, que Vos, Señor, verdadero Dios y verdadero Hombre, esteis todo entero bajo las especies de un poco de pan y un poco de vino, y que sin menguaros en nada seais comido de los que os reciben!

¡Oh Señor, que sois dueño del universo, y que sin necesitar de nadie instituisteis este Sacramento para habitar entre nos-

otros! conservad sin mancha mi alma y mi cuerpo, para que pueda yo recibiros; y el ministro del Altar celebrar frecuentemente vuestros Misterios con una conciencia serena y pura: Sacramento que ordenasteis para mayor gloria vuestra, memoria eterna de vuestros beneficios, y para que los hombres consigamos por él nuestra eterna salvacion.

6. Alégrate, alma mia, y dá gracias al Señor por el don tan precioso que te ha dejado para tu mayor consuelo en este valle de lágrimas.

Cuantas veces, ¡oh Sacerdote! celebras este Misterio, y recibes el Cuerpo de tu Salvador, otras tantas representas la obra de nuestra redencion, y te haces participante de los méritos de Jesucristo, pues jamás se disminuye su caridad, y la grandeza de su misericordia es inagotable.

Así pues, para celebrar el Sacerdote tan gran Misterio, y los fieles recibir el Sacratísimo Cuerpo del Redentor, nos hemos de disponer todos con mas y mas devocion pensando además en estas cosas, establecidas para nuestra salud, con una atencion siempre nueva.

Todas las veces que celebra Misa el Sa-

cerdote, y que el fiel la oye, á uno y otro debe parecer tan grande, tan nuevo y tan agradable el Santo Sacrificio, como si fuese el mismo dia en que encarnase el Verbo en las entrañas de la Vírgen, ó como si el Cristo padeciese y muriese enclavado en la Cruz por la salud eterna de los hombres.

CAPITULO III.

Es provechoso comulgar con frecuencia.

El Siervo fiel.

1. Señor, á Vos vengo con intencion de aprovecharme de vuestro don precioso, y regocijarme en este Santo Convite *que habeis preparado para el pobre* (Ps. 67. 11).

En Vos encuentro todo lo que puedo y debo desear. Vos sois mi salud y mi redencion, mi esperanza y mi fortaleza, mi honor y mi gloria.

Alegrad en este dia *el alma de vuestro siervo, pues á Vos*, ¡oh Jesus y Señor mio! *la he levantado* (Ps. 85. 4).

Lo que yo deseo ahora es recibiros con devocion y reverencia: deseo que entreis en la morada de mi alma, para merecer vuestra bendicion, como Zaqueo, y que me trateis como á verdadero hijo de Abraham (Luc. 19. 5 y siguientes).

Mi alma apetece ansiosamente recibir vuestro Sagrado Cuerpo: mi corazon ansía unirse con Vos.

2. El don que os pido sois Vos mismo: teniéndoos á Vos, estaré contento; porque fuera de Vos no hay cosa alguna que me consuele.

No puedo estar sin Vos; y si Vos no me visitais, ¿cuál será mi vida?

Veo que es preciso llegarme á Vos á menudo, y recibiros como remedio de mi salud, para no desfallecer en el camino por falta del alimento Celestial.

Vos mismo, Jesus preciosísimo, cuando predicabais á los pueblos, *y las gentes se llegaban á Vos, y os presentaban mudos, ciegos, cojos, mancos, y otros, y los sanásteis, dijisteis:* A estas gentes, que ha *tres dias permanecen conmigo, y no tienen que comer, no quiero despacharlas en ayunas, porque no desfallezcan en el camino* (Mat. 15. 30 y siguientes).

Señor, usad conmigo de la misma benignidad, supuesto que os habeis quedado en este Sacramento para consuelo de los fieles.

Vos sois el dulce alimento del alma; y el que os recibe dignamente, será par-

ticipante y heredero de la vida eterna.

Siendo yo tan propenso como soy á pecar, y tan sujeto á entorpecerme y perder el camino, necesito renovarme, purificarme, y encenderme por medio de oraciones, confesiones, y comuniones frecuentes: no sea que absteniéndome demasiado de vuestro Santo Cuerpo, me aparte de mis buenos propósitos.

3. *Los sentidos del hombre son inclinados al mal desde su juventud* (Gén. 8. 21). *De su corazon salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, y blasfemias* (Mat. 15. 19).

Y se vá desmayando mas y mas, si Vos no le socorreis con vuestra Celestial Medicina.

La Santa Comunion aparta del mal, y fortalece en el bien.

Y si, aunque comulgo (ó celebro Misa), siento en mí todavía tibieza y negligencia; ¿qué seria si no recibiese este socorro, y viviese sin tan eficacísimo remedio?

Verdad es que no me hallo preparado, ni dispuesto para celebrar todos los dias (ó para comulgar); pero tendré cuidado de recibir los Misterios Divinos en los tiempos

convenientes, para hacerme participante de sus gracias:

Porque el único y principal consuelo del alma fiel, ínterin su cuerpo mortal la tiene separada de Vos, Dios mio, es pensar en su Criador lo mas que pueda, y recibir á su Amado devotamente.

4. ¡Oh efecto admirable de vuestro amor para con los hombres, pues Vos, Dios poderosísimo, Criador y Vida de todos los espíritus, os dignasteis venir á un alma pobre, y satisfacerla con vuestra Divinidad y Humanidad el hambre que tiene!

¡Dichoso el corazon, bendita el alma que merece recibir devotamente á su Dios y Señor, y ser llena de gozo espiritual al recibirle!

¡Oh, qué grande es el Señor que recibe, qué amable el Huésped que aposenta en su pecho, qué Compañero tan afable, qué Amigo tan fiel, qué Esposo tan noble! Es, en fin, el mas digno de ser amado de todo cuanto puede amarse ó desearse.

Callen en vuestra presencia, Dulcísimo y Amado mio, el Cielo y la tierra con todos sus adornos y hermosura, pues cuanto lustre y hermosura tienen, les vienen de vuestra liberalidad, y nunca igualarán á la

hermosura de vuestro Ser, cuya sabiduría es infinita.

CAPITULO IV.

Los que comulgan devotamente, reciben grandes bienes.

El Siervo fiel.

1. Prevenid, Dios mio, *prevenid á vuestro siervo con bendiciones de dulzura* (Ps. 20. 4), para que merezca llegar digna y devotamente á vuestro adorable Sacramento.

Atraed mi corazon á Vos, y sacadme de este pesado letargo. Visitadme con vuestra gracia saludable, para que me regocije con Vos en este Sacramento, que es la fuente y manantial de toda dulzura.

Alumbradme, Señor, los ojos del alma, para contemplar tan alto Misterio, y dádme fuerza para creerle con vivísima fé:

Porque como es obra de vuestro soberano poder, y no de hombres, no hay ninguno capaz por sí de comprenderle, ni aun los mismos Angeles.

Siendo yo pecador indigno, tierra y ceniza, ¿cómo podré examinar, ni averiguar un secreto tan sagrado y tan profundo?

2. Señor, Señor, con sencillez de cora-

zon, con firme y verdadera fé, y porque Vos me lo mandais, me llego á Vos, lleno de esperanza y reverencia; y creo, sin la mas leve sombra de duda, que Vos, Dios y Hombre verdadero, estais presente en el Sacramento del Altar.

Y pues quereis que yo os reciba, y me una con Vos por amor, imploro vuestra clemencia, y os pido que me concedais una gracia especial para que enteramente me derrita en vuestro amor, sin querer fuera de Vos consuelo alguno.

Este altísimo y adorable Sacramento es la salud del alma y del cuerpo, y el remedio de todas las enfermedades espirituales.

Con él se curan mis vicios, se refrenan mis pasiones, mis tentaciones se vencen ó disminuyen, y se me comunican gracias muy abundantes. Por él crece la virtud comenzada, la fé se aviva, la esperanza se fortalece, y la caridad se dilata.

3. ¿Quién podrá apreciar en todo su valor, Dios benignísimo, los bienes que habeis hecho y haceis á los justos que comulgan dignamente?

Vos quereis ser el protector de las almas, el remedio de las flaquezas de los

hombres, el dador de todo consuelo: y así es que los consolais en sus diferentes aflicciones, los levantais desde lo profundo de su propio desprecio á la esperanza de vuestra proteccion, recreándolos, y alumbrándolos interiormente con una nueva gracia, de manera que los que estaban tristes y faltos de devocion antes de comulgar, se encuentran notablemente mejorados despues de haber recibido el celestial Alimento.

Esta benignidad con que tratais, Señor, á vuestros escogidos, es para que esperimenten, para que conozcan su propia flaqueza, y confiesen la gracia que reciben de Vos, y el amor que los profesais.

Por nosotros mismos somos duros de corazon, faltos de devocion, y muy tibios en amaros; y solo por vos, Dios piadoso, nos hacemos fervorosos, devotos, disfrutamos alegría, y os amamos con sinceridad:

Porque ¿quién será el que se acerque á la Fuente de la Dulzura, y no saque de ella alguna gota? ¿O quién está al lado de un gran fuego, y no recibe algun calor?

Vos sois esta fuente, siempre viva y abundante, y ese fuego que arde contínuamente, sin nunca apagarse, ni debilitarse.

4. Si no puedo, ó me fuere privado acercarme lo bastante á esa fuente para beber hasta hartarme, aplicaré al menos mis labios á la corriente de aquel canal Divino, y sacaré algunas gotas que templen, aunque poquísimo sea, mi ardorosa sed, para no quedar en una sequedad eterna.

Y si no puedo del todo ser celestial, ni hallarme, Dios mio, tan abrasado en vuestro Divino amor como los Querubines y Serafines, haré los esfuerzos posibles por vivir aplicado á la devocion, y disponerme de manera que recibiendo con humildad el Sacramento de Vida, alcance alguna chispa del Divino incendio.

Todo lo que me falta para lograr la gracia que deseo, suplidlo Vos, mi buen Jesus, Salvador Santísimo, por vuestra benignidad, pues os dignásteis llamar á todos los hombres, diciendo: *Venid á Mí todos los que estais trabajados y cargados* con vuestros pecados, *que Yo os aliviaré.*

5. Verdaderamente yo trabajo con sudor de mi rostro, me atormentan el corazon diversas penas, el peso de mis pecados me agovia, véome combatido de tentaciones, y diversas pasiones me enredan y me oprimen; y no hay quien me libre, ni me

salve sino Vos, Señor Dios y Salvador mio: y así en vuestras manos me encomiendo, para que me guardeis y conduzcais á la Vida eterna.

Recibidme, Señor, para honra y gloria de vuestro Santo Nombre, pues que no os habeis desdeñado de darme vuestro Cuerpo por comida, y vuestra Sangre por bebida,

Haced ¡oh Señor Dios y Salvador mio! que crezca en mí el afecto de devocion segun vaya frecuentando este Soberano Misterio

CAPITULO V.

De la excelencia del Sacramento de la Eucaristía, y del estado Sacerdotal.

Voz del Amado.

1. Aunque tuvieres la pureza de un Angel, y la santidad de San Juan Bautista, no serias digno de recibir, ni tener en las manos el Augusto Sacramento del Altar,

Porque no es debido á ningun mérito de hombre el poder consagrar ó tener en las manos este Santísimo Sacramento, ni recibir el Pan de los Angeles por alimento.

Grande es este Misterio, y grande tam-

bien la dignidad de los Sacerdotes, á los cuales está concedida una potestad que no se ha dado á los Angeles.

Solamente los Sacerdotes legítimamente ordenados en la Iglesia pueden celebrar la Misa, y consagrar el Cuerpo de Jesucristo.

Un Sacerdote es verdaderamente Ministro del Señor en el Sacramento; emplea las palabras del mismo Jesus segun el mandamiento y su institucion; mas el principal autor de las grandes maravillas que allí se ejecutan, lo es el Señor mismo, aquel Dios invisible y Todopoderoso á quien todas las cosas obedecen.

2. Basta esto para que conozcas y te persuadas de que en este admirable Sacramento debes dar mas crédito á Dios Omnipotente que á tus propios sentidos, ó á cualquiera señal visible; y por tanto, ha de llegar el hombre á este Misterio con temor y reverencia.

Así pues, ¡oh Sacerdote! mira lo que haces, y considera qué Misterio te ha sido confiado por la imposicion de las manos del Obispo.

Reflexiona que eres Sacerdote consagrado para celebrar; ten cuidado de ofrecer á

Dios este sacrificio con devocion y fé en el debido tiempo, y cuida de vivir una vida sin tacha.

Lejos de haberse aligerado tu carga, te hallas ahora mas estrechamente atado al yugo de una regla esacta, y obligado á mayor perfeccion de santidad.

El Sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes, y edificar á los demás con el ejemplo de una vida enteramente cristiana.

En todo ha de portarse de diferente modo que los no pertenecientes á su estado: su conversacion ha de ser con los que gozan fama de perfectos y virtuoso varones; y sus pensamientos deben estar, como los de los Angeles, en el Cielo.

3. El Sacerdote revestido de las vestiduras sagradas, representa á Jesucristo para pedir á Dios, con insistencia y humildad, por sí propio, y por todo el pueblo.

Lleva en la casulla la Cruz delante de sí, y á las espaldas, para que piense continuamente en los trabajos y pasion del Salvador.

Llévala delante para que atienda con cuidado á los pasos de Jesucristo, y procure seguirle con fervor. Y la lleva á las espal-

das para que aprenda á sufrir por Dios los males que le hicieren.

Tambien la lleva delante para que llore sus propios pecados, y á las espaldas para que llore compasivamente los agenos, y sepa que está puesto para ser medianero entre Diòs y los pecadores y no cese de orar y ofrecer el Santo Sacrificio hasta haber alcanzado gracia y misericordia del Señor.

Cuando el Sacerdote celebra, honra á Dios, regocija á los Angeles, y edifica á la Iglesia; socorre á los vivos, alivia á los difuntos, y consigue para sí muchos bienes.

CAPITULO VI.

Ejercicios para antes de la Comunion.

El Siervo fiel.

1. Cuando considero, Señor, vuestra grandeza, y medito sobre mi bajeza, sobre lo nada que soy, me estremezco, me confundo. No sé lo que debo hacer. Si no me llego á Vos, huyo de la Vida; y si me llego indignamente, os ofendo mas y mas. ¿Qué haré, Dios mio, socorro mio, y consejo en mis necesidades?

2. Enseñadme Vos el camino derecho: inspiradme algun ejercicio conveniente con

que me disponga para comulgar; porque me interesa en estremo el saber de qué modo debo preparar mi corazon para recibir con fruto vuestro Sacratísimo Cuerpo (ó para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, tan grande, y tan Divino).

CAPITULO VII.

Exámen de conciencia, y propósito de la enmienda.

Voz del Amado.

1. Preciso, absolutamente necesario es que el Sacerdote del Señor, para celebrar, tomar en sus manos, y recibir el Augusto Sacramento en que el Redentor se os dá á sí mismo por alimento, se llegue al Altar con profunda humildad de corazon, con devoto respeto, con vivísima fé, y con pura intencion de que todo sea para mayor honra y gloria de Dios. Y á lo mismo está obligado el que no siendo Sacerdote, se acerca á comulgar.

Examina con cuidado la conciencia, límpiala, y purifícala, cuanto te fuere posible, por una verdadera contricion, y una confesion humilde; en términos que no te quede por confesar ninguna cosa grave, ni sientas algun remordimiento que te impida llegar libremente al Sacramento.

Ten verdadero dolor de todos tus pecados en general, y llora en particular aquellas culpas en que caes con mas frecuencia.

Y si el tiempo lo permite, confiesa á Dios en lo íntimo de tu corazon todas las miserias á que te reducen tus pasiones.

2. Gime, y duélete de ser todavía tan carnal y mundano, tan poco mortificado en las pasiones, y tan sujeto á los movimientos del apetito:

Tan poco cuidadoso de guardar los sentidos, tan lleno de imaginaciones vagas:

Tan propenso á las cosas esteriores, tan negligente y descuidado en lo interior:

Tan inclinado á la diversion y á la risa, tan duro para la compuncion y las lágrimas:

Tan pronto para tus comodidades y el regalo de la carne, tan flojo para la austeridad y el fervor:

Tan amigo de saber novedades y ver cosas curiosas, tan perezoso para abrazar lo que es humilde y bajo:

Tan ansioso de adquirir, tan escaso en dar, y tan avariento en guardar:

Tan indiscreto en las palabras, tan enemigo del silencio:

Tan descompuesto en las costumbres, tan importuno y enfadoso en las acciones;

Tan sin regla en el comer, tan sin cuidado en alimentar al pobre:

Tan amigo de conversar con todos, tan poco afecto á oir las palabras de Dios:

Tan pronto para el descanso, tan flojo para el trabajo:

Tan despierto para oir cuentos, tan lleno de sueño para levantarse á la oracion: tan deseoso de que se acabe luego, y tan poco atento á ella:

Tan negligente en rezar el Oficio Divino, tan tibio en celebrar, tan seco en comulgar:

Tan fácilmente distraido, tan raras veces recogido interiormente:

Tan pronto movido á cólera, tan poco comedido, y tan áspero para los demás:

Tan inclinado á juzgar mal de otros, tan severo en reprenderte tus defectos, tan tolerante contigo:

Tan alegre en la prosperidad, tan triste y angustiado en la adversidad:

Tan fácil en formar buenos propósitos, tan olvidado de cumplirlos.

3. Estos, y demás defectos que halles en tí, debes llorar y confesar, con dolor y sentimiento grande de tu propia flaqueza, haciendo propósito firme de vivir siempre

aplicado á enmendarte, y adelantar mas y mas en la virtud.

Despues, con total resignacion y entera voluntad, ofrécete en holocausto perpétuo sobre el Altar de tu corazon en honra de mi Nombre; lo cual harás poniendo fielmente en mis manos tu cuerpo y alma, para que de este modo seas digno de ofrecer á Dios el Sacrificio, y recibir con fruto el Sacramento de mi Cuerpo:

4. Porque no hay ofrenda mas digna ni satisfaccion mas plenaria para borrar los pecados, que el ofrecerse el hombre á Dios pura y enteramente, en union de mi Cuerpo, en la Comunion, y en la Misa.

Si haces lo que esté de tu parte, y con verdadero dolor de tus pecados me pidieres perdon y gracia, *Vivo Yo*, dice el Señor Dios, *no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva* (Ecequiel. 33. 11). Si se arrepiente *de todas sus maldades que él obró, no me acordaré Yo* (Ibid. 18. 22).

CAPITULO VIII.

Del ofrecimiento de Jesucristo en la Cruz, y de la propia renunciacion.

Voz del Amado.

1. Así como Yó me ofrecí voluntaria-

mente á Dios mi Padre por tus pecados, estendidos mis brazos en la Cruz, y desnudo el Cue po, no quedando cosa alguna en Mí que no ofreciese en Sacrificio para reconciliarte con Dios, así tambien debes tú ofrecerte á Mí todos los dias de buena voluntad en la Misa en ofrenda pura y santa, con todas tus potencias y todas las inclinaciones y afectos de tu corazon, lo mas entrañablemente que pudieres.

¿Qué quiero Yo de tí sino que resignes enteramente tu voluntad en la mia? Nada de cuanto me dieres puede serme agradable sino tú mismo; porque no solicito tus dones, sino tu alma.

2. Así como tú no podrás quedar satisfecho, aunque poseyeras todas las cosas, si no me poseyeras á Mí, así tampoco me puede agradar nada de cuanto me ofrezcas, si no eres tú mismo el don que me presentas.

Ofrécete pues á un Dios que se sacrificó enteramente por tí, y será bien recibida tu ofrenda.

Ya sabes que Yo me ofrecí todo entero á mi Padre por tí, y que te doy todo mi Cuerpo y Sangre en alimento, para ser todo tuyo, y que tú seas todo mio.

Pero si te quedas pegado á tí mismo, y no te ofreces de corazon á mi voluntad, no harás ofrenda perfecta, ni habrá union cabal entre nosotros.

Así pues, antes de todas tus obras, debe ser la ofrenda voluntaria de tí mismo en las manos de Dios, si quieres alcanzar la libertad y la gracia.

El motivo de haber tan pocas personas espirituales, y libres interiormente, es que no saben negarse del todo á sí mismas.

Mi sentencia es esta: *Cualquiera de vosotros que no renuncie á todo, no puede ser mi discípulo* (Luc. 14. 33): y así, si tu deseas serlo, ofrécete á Mí enteramente con todas tus inclinaciones.

CAPITULO IX.

Debemos ofrecernos á Dios sin reserva alguna, y pedirle por todos.

El Siervo fiel.

1. Señor, todo cuanto hay en el Cielo y en la tierra es vuestro: y yo deseo ofrecerme á Vos en ofrenda voluntaria, y ser vuestro para siempre.

Desde ahora, Señor, con toda verdad y sencillez de corazon, me ofrezco á Vos por siervo perpétuo, con voluntad de serviros

todos los dias de mi vida en sacrificio contínuo de alabanza.

Recibidme por vuestro con la santa oblacion de vuestro Sacratísimo Cuerpo que os hago en este dia en presencia de los Angeles que asisten invisiblemente; y haced que este Sacrificio me sea provechoso, y á toda vuestra Santa Iglesia.

2. Sobre vuestro Altar, Señor, pongo cuantos pecados he cometido hasta ahora en toda mi vida delante de Vos y de vuestros Santos Angeles; y os suplico que los quemeis y consumais todos juntos con el fuego de vuestro amor; que borreis todas las manchas de mis iniquidades; que me purifiqueis la conciencia de toda culpa; que me volvais vuestra gracia que perdí pecando; y en fin, concediéndome un perdon entero, me recibais misericordiosamente al ósculo de vuestra paz.

3. ¿Qué puedo hacer por mis pecados sino confesarlos con humildad, llorando, y pidiéndoos sin cesar que me perdoneis?

Suplícoos, Dios mio, que me oigais favorablemente aquí donde estoy delante de Vos.

Sinceramente, y de todo mi corazon aborrezco cuantos pecados he cometido; y

hago firme propósito de no volver á pecar; pésame de ellos, y me pesará toda la vida; y quiero hacer penitencia, y daros satisfaccion segun todas mis fuerzas.

Perdonadme, Dios benignísimo, todos mis pecados para gloria de vuestro Santo Nombre; y salvad mi alma, pues la redimisteis con vuestra Sangre preciosa.

Á vuestra misericordia me encomiendo; en vuestras Santísimas manos me pongo; tratadme segun vuestra bondad, y no segun lo que merecen mis iniquidades y malicia.

4. Tambien os ofrezco mis escasas virtudes, y los deseos de serviros que puede haber en mí, aunque sean imperfectos y escasos; y os ruego que os digneis enmendarlos, y hacer que lleguen á perfeccion de santidad, para que en todo tiempo os sean agradables.

Señor, protegedme siempre por vuestra misericordia: y pues soy un siervo perezoso, inútil y despreciable, hacedme la gracia de corregirme y llevarme á un fin dichoso.

5. Asímismo os ofrezco todos los buenos deseos de las almas devotas; y os ruego atendais á las necesidades de mis padres, hermanos, parientes, amigos, y personas

de mi estimacion; á las de aquellas que por amor á Vos han hecho ó hacen bien á mi y á otros; y á las de aquellos que se han encomendado á mis oraciones, ó me han pedido ó deseado que yo dijese Misas por ellos ó por los suyos, ya sea que vivan todavía, ó ya que hayan salido de este mundo. Dignaos, Señor, mirar con piedad á los que he nombrado, fortalecedlos con vuestra gracia, socorredlos en los peligros, consoladlos en las aflicciones, y libradlos de sus penas, para que desembarazados de todo mal os den llenos de gozo las alabanzas mas solemnes.

6. Tambien os ofrezco con mis oraciones este Sacrificio agradable, especialmente por aquellos que me han ofendido en algo, ó me han molestado, censurado, ó hecho cualquier mal.

Por todos aquellos tambien á quienes alguna vez he causado disgustos, he agraviado de cualquier modo que haya sido, ó escandalizado con palabras ú obras, de intento, ó por ignorancia.

Y os pido, Señor, que á todos nos perdoneis nuestros pecados, y las ofensas que nos hubiéremos hecho los unos á los otros.

Desterrad de nuestros corazones toda

vana sospecha, malicia, indignacion, ira, contienda, y cuanto puede ser causa de que faltemos á la caridad, ó disminuya el amor al prógimo.

Misericordia, Señor; tened misericordia de los que os la piden: proteged vuestra Santa Iglesia; y hacednos á todos tales, que merezcamos por vuestra gracia caminar á la vida eterna. Amen.

CAPITULO X.

No se debe omitir la Comunion por causas leves.

La Voz del Amado.

1. Para que puedas sanar de tus pasiones y vicios, y hacerte mas fuerte y vigilante contra todas las tentaciones y artificios del demonio, es necesario que acudas con frecuencia á la Fuente de la Gracia y de la Divina Misericordia, fuente de bondad y de toda pureza.

Bien sabe el enemigo que en la Comunion está encerrado el escelente y poderoso remedio que cura las cancerosas llagas, aunque muy añejas sean, que privan de la Vida al pecador; y por tanto, no pierde ocasion, empleando cuantos medios le son posibles, de separar del Augusto Sacramento á las almas fieles y devotas.

2. Por tal causa hay algunos que son atormentados por el diablo con gravísimas tentaciones cuando se disponen para recibir la Sagrada Comunion.

Oye á Job (cap. 1, vers. 6): *Un cierto dia, como hubiesen ido los hijos de Dios para asistir delante del Señor, se halló entre ellos Satanás*: y esto hace hoy para turbarlos con su acostumbrada malicia, ó que entre en ellos la timidez, ó los escrúpulos, á fin de entibiarles en la devocion, ó amortiguar su fé, para que suspendan la comunion, ó la dejen enteramente, ó se lleguen á ella faltos de deseo de recibirla.

Desprecia, si esto te acontece, los artificios de que se valga el enemigo; desecha los pensamientos que te sugiera, aun cuando te ocasionen gran tristeza.

En vez de prestar atencion á sus sugestiones, con mas vivas ánsias has de procurar comulgar devotamente, que es el modo de vencerle.

3. Muchas veces tambien es un estorbo la mucha ánsia de tener devocion, y la inquietud que padecen algunos sobre si se confesaron bien ó mal.

En tal caso, acomódate al consejo de personas doctas y verdaderamente religio-

sas, y depon la ansiedad y escrúpulos, pues solo sirven para atenuar la devocion y privarte de la gracia.

No dejes de comulgar por algun ligero disgusto que te ocasionan cuando para comulgar te hallares preparado; pero vete luego á confesar, y perdona de todo corazon á quien te le causó.

4. Y si tú has ofendido á alguno, pídele perdon con humildad, y Dios te perdonará tu pecado.

¿De qué aprovecha retardar la confesion, ó dejar la comunion para otro tiempo? Toma pronto, y con gusto la medicina, el antídoto que lanzará de tu alma el veneno que ha de causar la muerte eterna, y de seguro que mejorarás. La dilacion te perjudicará en estremo.

Si hoy omites el confesar y comulgar por una causa ligera, mañana se te presentará otra de mayor entidad; y privándote así de estos Sacramentos por largo tiempo, cada dia que pase estarás menos dispuesto.

Sacude la pereza lo mas pronto que puedas. Nada consigues con escrúpulos sino atormentarte. Ningun motivo puedes alegar que te impida llegar á Mí: solo tu flogedad, la falta de fé, y el poquísimo amor

que me profeses te lo estorbarán. Las cosas que te ocurran y sean de pequeña monta, no son admisible escusa.

- Mira que es sumamente dañoso el dilatar la comunion, porque esta dilacion aumenta la falta de devocion y la tibieza.

¡Cosa lastimosa por cierto que haya personas tan frias en la devocion, tan apáticas para proporcionarse los bienes Celestiales, que se alegren de tener pretestos que alegar para retardar la confesion, y que se las dilate el comulgar, por no verse obligadas á vivir en contínua vigilancia cristiana!

5. ¡Ay! Cuán poco amor tienen á Dios, y cuán poca devocion hay en aquellos que con tanta facilidad dejan de recibir la Comunion Sagrada!

¡Y qué dichosos, cuán agradables son á mi Padre Celestial aquellos que viven conservando la conciencia pura en tan alto grado, que se hallan en disposicion de comulgar todos los dias, y que comulgarian si no hubiese inconveniente, y pudieran ejecutarlo sin ser notado.

Digno de alabanza es el respeto de aquella persona que por humildad, ú otro impedimento legítimo, se abstiene algunas

veces de comulgar; pero si en ello se mezcla frialdad, preciso es que trabaje cuanto pueda para desecharla de sí, y escitarse á gran devocion, que en este caso Dios favorecerá su deseo viendo la buena voluntad con que procura huir todos los estorbos que pretenden impedirle sus buenos propósitos, cuyo deseo es lo que mas principalmente agrada á mi Padre.

El que no pudiere comulgar realmente por alguna causa legítima que se lo impide, debe conservar el buen deseo y santa intencion de hacerlo; y así no quedará privado del fruto del Sacramento.

Y aunque es verdad que toda persona devota puede comulgar espiritualmente todos los dias, y aun á todas horas, tambien lo es que en ciertos dias, y en el tiempo señalado por la Iglesia, deben recibir sacramentalmente el Cuerpo de su Redentor con amoroso respeto, moviéndolas á ello mas la honra y gloria de Dios que su propio consuelo.

Y todas las veces que esas personas devotas contemplan con detenimiento el misterio de mi Encarnacion ó Pasion, y se encienden en amor Divino, comulgan en espíritu, y se alimentan del Manjar invisible.

7. Pero los que no se preparan en otro tiempo, sino cuando llega alguna festividad, ó movidos de la costumbre que tienen de practicarlo en tales dias, ó porque así se hace en el pueblo, se hallarán por lo comun mal dispuestos.

¡Dichoso aquel que siempre que celebra ó comulga se ofrece á Dios enteramente!

Cuando celebras, no seas demasiado prolijo, ni demasiado breve; observa en ello un medio justo, arreglándote á la práctica loable de las personas de tu estado.

Y en vez de ser molesto y cansado para los demás, sujétate á seguir la senda comun trazada por los mayores; y atiende al provecho de los otros mas que á tu devocion y deseo.

CAPITULO XI.

El Cuerpo de Jesucristo y la Sagrada Escritura, son cosas muy necesarias la alma fiel.

El Siervo fiel.

1. ¡Oh Señor y benignísimo Jesus mio! qué consuelo es tan grande para el alma devota comer á vuestra mesa, donde el alimento que se sirve sois Vos mismo, dulcísimo Amado mio, y á quien con toda reverencia encamina sus deseos!

¡Cuán dulce sería para mí derramar lagrimas de amor en vuestra presencia, sacadas de lo mas íntimo de mi corazon, y regar con ellas vuestros pies como la Magdalena!

Pero ¿dónde encontraré una devocion tan tierna? ¿Dónde unas lagrimas tan abundantes, y que de arrepentimiento procedan de lo íntimo del corazon?

El mio debería abrasarse en amor vuestro, mi Señor, bien lo conozco, y tambien llorar de gozo en vuestra presencia y la de vuestros Santos Angeles, porque real y verdaderamente os tengo en el Augusto Sacramento, aunque oculto debajo de lo que parece pan y vino, y ya no lo es.

2. Y si de tal modo no os ocultaseis, mi Dios, imposible sería que criatura alguna os miràra; porque con los ojos del cuerpo ninguna podria resistir el resplandor y gloria de vuestra infinita Magestad.

Oculto en el Sacramento, os acomodais á mi flaqueza; y me dispensais la singularísima gracia de que así oculto os posea en el Misterio, y que en él os adore como os adoran los Ángeles en el Cielo, aunque es verdad que no os veo todavía sino por la fé, cuando ellos gozan la dicha de veros

clarísimamente, sin la sombra de ningun velo.

Mas, preciso es que me contente con la luz de la verdadera fé, y que camine guiado de ella hasta que amanezca el dia de la claridad eterna, y se desvanezcan las sombras de las figuras.

Cuando venga lo que es perfecto (I Cor. 13, 10) cesará el uso de los Sacramentos; porque en la Iglesia Celestial no necesitan los Bienaventurados este remedio.

Pues gozan de la vista de Dios contínuamente; contemplan su grandeza y su gloria claramente; son transformados de luz en luz en el abismo de la Divinidad; gustan las dulzuras del Verbo Encarnado, y le ven, y le poseen cual fué en el principio, y cual será eternamente.

3. Cuando medito sobre estas maravillas, me causan fastidio todos los contentos de este mundo; y hasta los mismos consuelos espirituales me parecen insípidos, porque interin no vea claramente á mi Dios en su gloria, tengo por nada cuanto veo y oigo en esta vida.

Vos, Señor, sois testigo de que ninguna cosa criada me puede contentar, ni consolar, pues solo Vos sois todo mi consuelo y

alegría, y en quien deseo pensar eternamente.

Bien veo que es imposible participar de vuestra vista, de las delicias que gozan los Bienaventurados, en el entretanto que dure esta vida mortál; que debo armarme de mucha paciencia para sufrir, y que estoy obligado á someterme, y gustosamente me someto á vuestra voluntad en todo.

Así procedieron los Santos que ahora se regocijan con Vos en vuestro Reino; pues esperaron con fé y paciencia en esta vida el dia feliz en que los recibieses en la Gloria.

Yo creo lo que ellos creyeron; espero lo que esperaron; y confío llegar á donde llegaron, con el socorro de vuestra gracia.

Entretanto, iré caminando guiado de la fé, y animado de los ejemplos de esos mismos Bienaventurados.

Tambien tengo los Libros Sagrados para que me consuelen y me enseñen á vivir; pero sobre todo, tengo vuestro Cuerpo Santísimo, que será el remedio de mis necesidades, y mi refugio en las aflicciones.

4. Conozco que necesito precisamente dos cosas en esta vida miserable, sin las cuales no la podria sufrir, y son el alimento y la luz.

Y por eso me habeis dado vuestro Sagrado Cuerpo para alimento de mi alma y cuerpo; y me habeis dejado vuestra Palabra como luz y antorcha para alumbrar mis pasos (Ps. 118. 105).

Mal podria yo vivir sin estas dos cosas; pues la Palabra de Dios es la luz de mi alma, y vuestro Sacratísimo Cuerpo el Pan de Vida.

Tambien puede decirse que son como dos mesas puestas en vuestra Iglesia á los dos lados. La una es la mesa del Altar, donde está el Pan Santísimo. que lo es vuestro Sagrado Cuerpo. Y la otra es la mesa de la Ley Divina, que contiene una Doctrina Santa, enseña la verdadera fé, y nos lleva con seguridad hasta lo interior de aquel velo donde se adora al Santo de los Santos.

Gracias os doy, Señor mio Jesus, Luz de la Luz eterna, por esa mesa de Doctrina Sagrada que me habeis preparado por el ministerio de los Profetas, Apóstoles, y otros Doctores vuestros siervos.

5. Gracias os doy, Criador y Redentor de los hombres, porque para manifestar á todo el mundo vuestro amor dispusísteis ese gran banquete, en el que nos dais á co-

mer, no ya el Cordero figurado, sino vuestro Santísimo Cuerpo y Sangre.

En vuestro banquete llenais de gozo á todos los fieles con tan Sagrado Alimento, y los embriagais con el Cáliz de la salud eterna, en el cual están encerradas todas las delicias celestiales. Banquete, en fin, á que asisten los Angeles, participando por su feliz estado de una suavidad deliciosa, que nosotros no podemos alcanzar en esta vida.

6. ¡Oh qué grande, y cuán digno de honor es el ministerio de los sacerdotes, pues les es concedido consagrar con palabras santas al Señor de la Magestad, bendecirle con sus labios, tenerle en sus manos, recibirle en su boca, y distribuirle á los demás.

¡Qué limpias deben estar aquellas manos! ¡qué pura debe hallarse aquella boca! ¡qué santo el cuerpo, y qué puro y casto ha de hallarse el corazon donde entra tantas veces el mismo Autor de la pureza!

7. De la boca de un Sacerdote, que con tanta frecuencia recibe el Sacramento de Jesucristo, jamás deben salir sino palabras santas, honestas, y provechosas para edificacion de los demás.

Sus ojos, acostumbrados á mirar el Cuerpo de Jesus, deben ser honestos y humildes; y sus manos, que tan á menudo tocan al Autor de todo lo criado, han de estar siempre purificadas, y levantadas al Cielo.

Con los Sacerdotes hablan mas particularmente aquellas palabras de la Ley: *Sed Santos, pues Yo Santo soy, el Señor Dios vuestro* (Lev. 19. 2).

8. Señor Dios Omnipotente, vuestra gracia nos ayude á los que ejercemos el ministerio Sacerdotal, para que podamos serviros digna y devotamente con la pureza de conciencia que para serviros se requiere.

Y si no nos conservamos en una vida tan santa como debemos, concedednos llorar amargamente los pecados que hayamos cometido, y que os sirvamos de hoy en adelante con mas fervor, fidelidad y humildad.

CAPITULO XII.

De la gran diligencia con que ha de disponerse el que ha de Comulgar.

Voz del Amado.

1. Yo soy amante de la pureza, y dador de toda santidad: busco corazones puros, y ellos son el lugar de mi descanso. *Prepárame* una grande sala aderezada, y hará

la Pascua en tu casa con mis Discípulos (Lúc. 22. 11 y 12).

Si quieres que venga á tí, y me quede contigo, *limpia la vieja levadura para que seas nueva masa* (1 Cor. 5. 7); quiere decirte, que limpies la morada de tu corazon.

Aparta de tí las cosas del siglo, y todos los vicios y pasiones que te impiden llegar al Sacramento.

Escóndete; y así, sin testigos, ni cosa alguna que pueda distraerte, recuerda bien tus pecados, repasa todos tus años con amargura de tu alma (Isai. 38 15).

El que tiene especial amor y cariño á otro, le prepara en su casa el mejor cuarto; y en esto se conoce el afecto con que recibe á su amigo.

2. Pero has de saber, que por tí mismo no puedes prepararte para recibirme dignamente, aunque un año entero trabajes a fin de conseguirlo, y sin pensar en otra cosa:

Pues solamente por mi bondad y gracia conseguirás llegar á mi mesa, cual si un pobre fuese convidado al banquete de un rico, y no tuviese con que corresponder á este beneficio sino humillándose, y dándole gracias.

Haz todo lo que esté de tu parte, pero con cuidado. Recibe mi cuerpo, no por fuerza, ni por costumbre, ni por mero cumplimiento, y sí solo por amor; y recíbele con temor, con respeto y alegría interior.

Yo soy el que te ha convidado, el que te ha mandado venir: y Yo mismo supliré los requisitos que te faltaren para acudir. Ven, ven á recibirme.

3. Cuando te concedo la devocion, dá gracias á tu Dios; y acuérdate de que no te ha sido dada por tus méritos, sino porque Yo he tenido misericordia de tí.

Si careces de los afectos de la devocion, porque padece sequedad tu corazon, ora y persevera en la oracion, llora, suspira llama á la puerta y no ceses de pedir con ahinco hasta que merezcas recibir una migaja ó una gota del Rocío Celestial.

Tú eres el que necesitas de Mí, pues Yo no necesito de tí; ni tú vienes á Mí á santificarme; Yo soy quien vengo á tí para sacarte del mal estado en que te hallas, para santificarte.

Tú vienes á que Yo te haga santo, á unirte conmigo, á recibir nueva gracia, y alcanzar mas vivos deseos de enmendarte y adelantar en la virtud.

No malogres la gracia con que te asisto; y haz lo posible por prepararte y disponerte de modo que entre á reinar en tu corazon tu amado Jesus.

Pero mira que no solo debes moverte á devocion antes de Comulgar, sino tambien conservarte en ella despues de haber recibido el Sacramento; porque no estás menos obligado á la vigilancia despues de haber comulgado, que á la buena preparacion antes de recibirla.

Esta vigilancia y cuidado en las acciones es una escelente preparacion para alcanzar mas abundancia de gracia.

Pero al contrario le sucederá al que luego se entrega á los gustos esteriores, los cuales apagan todas las buenas disposiciones.

Así pues, abstente de toda conversacion y pláticas inútiles: recógete á algun lugar retirado, y goza de Dios, pues le posees verdaderamente, y el mundo entero no te le podrá quitar.

Yo soy á quien debes entregarte enteramente, de modo que de aquí adelante, libre de toda inquietud, no vivas en tí, sino en Mí.

CAPITULO XIII.

El alma devota debe desear de todo corazon unirse á Jesucristo en el Sacramento.

El Siervo fiel.

1. Señor, ¿quién me dará modo de encontraros á Vos solamente, descubriros mi corazon, y gozar de Vos como mi alma lo desea; y que ninguna criatura me arrastre hacia sí, ni haya cosa que me altere ni mueva, sino que Vos solo me hableis, y yo a Vos como un amigo suele hablar á otro amigo, y estar con el en compañía?

Esto pido, esto deseo, unirme estrechamente con Vos, apartar mi corazon de todo lo criado, y aprender á gustar mas y mas las cosas Celestiales y eternas por medio de la santa Comunion y celebracion frecuente de los sagrados Misterios.

¡Ay Dios mio! ¿cuándo estaré enteramente unido, y de tal modo entregado á Vos, que no me acuerde de mí mismo?

Estad en mí, Señor, para que yo esté en Vos; y concededme la gracia de que estemos unidos eternamente.

2. Vos sois verdaderamente mi Amado, *mi Amado escogido entre millares* (Cant. 5.

10), y con quien desea habitar mi alma todos los dias de su vida.

Vos sois verdaderamente quien me dá la paz: en Vos está la paz suma, y la quietud verdadera; y fuera de Vos no hay sino trabajo, dolor y miseria.

Verdaderamente Vos sois un Dios escondido (Isai. 45. 15); no os comunicais con los malos; *vuestra conversacion es con los sencillos* (Prov. 3. 32).

¡Oh, Señor, cuán suave es vuestro espíritu, pues para declarar la ternura con que tratais á vuestros hijos, os dignais alimentarlos con el pan delicioso bajado del Cielo!

Y verdaderamente *no hay otra nacion tan grande que tenga tan cercanos á sí los dioses como el Dios nuestro* (Deut. 4. 7), que á sí mismose dá en comida y en posesion á todos los fieles, para contínuo consuelo, y para que agradecidos levanten sus corazones al Cielo.

3. ¿Qué otro pueblo hay en todo el mundo tan ilustre como el pueblo Cristiano? ¿Qué criatura hay debajo del Cielo tan amada de su Dios como un alma devota, á la cual se digna el Señor alimentar con su gloriosísimo Cuerpo, estrechándose así íntimamente con ella?

¡Oh favor inesplicable! ¡oh bondad maravillosa! ¡oh amor intenso empleado en el hombre de un modo tan singular!

¿Y qué diré yo al Señor por tan crecidísima gracia, por un amor tan sin límites?

No puedo daros, Dios mio, cosa mas de vuestro agrado que mi corazon, el cual os entrego todo entero; aceptadle, Dios benignísimo, unidle á Vos.

Toda mi alma se hallará inundada de gozo cuando esté perfectamente unida con su Dios.

Entonces, Señor, me direis: Si tú quieres estar conmigo, Yo tambien quiero estar contigo. Y yo os responderé: Señor, dignaos estar conmigo, que yo no quiero otra cosa sino estar con Vos; y todo mi deseo es tener unido siempre á Vos mi corazon.

CAPITULO XIV.

Del ardiente deseo de Comulgar que tienen algunas buenas almas.

El siervo fiel.

1. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de vuestra dulzura que teneis escondida para los que os aman!* (Ps. 30. 20).

Cuando contemplo la ardiente devocion y afecto con que se llegan algunas almas

devotas á vuestro Sacramento Divino, me confundo, y me avergüenzo de llegar á vuestro altar y mesa de la Sagrada Comunion con tanta frialdad como me acerco.

Me confundo, Señor, y me avergüenzo de verme tan seco, tan sin afecto hácia Vos mi corazon, de no estar todo encendido de amor en presencia de mi Dios; de no sentir en mí aquellos incentivos y movimientos afectuosos que esperimentan muchas almas devotas que inspiradas de un ardiente deseo de la devocion, y del amor tierno con que os aman, no pueden contener las lágrimas; antes bien, abriendo á un mismo tiempo la boca del corazon que la del cuerpo, suspiran con toda el alma por la fuente viva, que sois Vos, Dios mio, porque no pueden hartar el hambre y sed que tienen sino recibiendo, como lo hacen con ansia espiritual y gozo indecible, vuestro Cuerpo Santísimo.

2. ¡Oh qué fé tan ardiente y verdadera la de estas almas, y qué prueba tan solemne de vuestra presencia en el Sacramento:

Porque verdaderamente conocen á su Señor *en el partir del Pan* aquellos cuyo corazon está tan *ardiente* porque Jesus vá con ellos (Luc. 24. 32 y 35).

Pero yo me hallo muchas veces muy distante de semejante afecto de devocion, y de un amor tan encendido.

Y así, mi buen Jesus, pues sois la misma benignidad y dulzura, doleos de mí; conceded á este vuestro pobre siervo y mendigo que siquiera algunas veces sienta en la Sagrada Comunion una parte de aquel afecto entrañable y amor encendido con que mereceis ser amado, para que se fortalezca mas y mas mi fé, mi esperanza se adelante al ver vuestra bondad, y mi caridad jamás se disminuya despues de haberse encendido una vez con el gusto del Maná Celestial.

3. Vos podeis, Dios mio, por vuestra bondad y misericordia, concederme esta gracia que tanto deseo, y favorecerme, cuando sea de vuestro agrado, con una de aquellas visitas en que comunicais el espíritu de fervor y celo.

Confieso que aun no estoy animado de todo aquel ardiente deseo de unirme con Vos que tienen las almas de vuestros devotos siervos; pero ansío que me acompañe; y así, Señor, pues me habeis concedido la gracia de desearlo, de corazon os suplico que me hagais del número y santa compa-

ñía de aquellas almas dichosas que os aman con fervor entrañable.

CAPITULO XV.

La gracia de la devocion se alcanza con la humildad, y negándose á sí mismo

Voz del Amado

1. Busca con diligencia la gracia y la devocion, pídela al Señor tu Dios, y sin cesar: espérala con paciencia y confianza; y cuando te fuere concedida, recíbela con agradecimiento, consérvala con humildad, trabaja cuidadosamente con ella, y deja á la voluntad de Dios el tiempo y modo con que quiera visitarte.

Humíllate, especialmente cuando te sientas con poca ó ninguna devocion interior; pero no por eso te desanimes ni entristezcas demasiado.

Muchas veces concede Dios en un instante lo que habia rehusado largo tiempo, y suele dar al fin de la oracion lo que no concedió al principio.

2. Si el hombre alcanzase siempre la gracia al punto que la pide, no tendria fuerzas para conservarla.

Espera la gracia de la devocion con firme confianza, y con humilde paciencia; y

cuando te vieres privado de ella, cúlpate á tí mismo, que la perdiste por tus pecados.

Algunas veces priva de la gracia un pecado, una cosa de poca entidad (si es que de corta entidad puede calificarse lo que priva de un bien tan especial):

Pero que sea de poca ó de mucha, si enteramente desechas de tí el pecado, ó cosa que te impide conseguirla, alcanzarás lo que deseas y pides.

3. Así que te entregues á Dios de corazon, y que, sin buscar por tu inclinacion ó fantasía cosa alguna, te pongas en sus manos, encontrarás paz y recogimiento; porque nada te dará mas gusto, nada será tan de tu agrado como aquello que te envie la Providencia Divina.

Y así, todo aquel que levante su intencion á Dios con sencillez de corazon, y se desnude de todo amor y deseo desordenado de las criaturas, venciendo tambien la repugnancia que tiene la carne á todo lo bueno que la disguste, estará muy dispuesto para recibir gracia, y merecerá el don precioso de la devocion:

Porque el Señor derrama sus bendiciones sobre los vasos que estan desocupados:

y cuanto mas se niega el hombre á las cosas de la tierra; y mas se desprecia y muere á sí mismo, tanto mas pronta y abundantemente se le concede la gracia, y tanto mas con ella se enardecen las almas en el Divino amor.

4. Y el preparado para recibir la gracia cuando le fuere concedida, se admirará de verse tan abundantemente socorrido con bienes celestiales; y su corazon se dilatará en estremo, porque la mano de Dios le asiste porque se ha puesto en sus manos enteramente.

De este modo bendice Dios á los que le buscan de todo corazon, y cuidan de sus almas, para que no aparezca que las recibieron en vano.

A estas almas dichosas, cuando reciben la Sagrada Eucaristía, me comunico Yo, su Amado, muy especialmente, porque no acuden al Sacramento Divino con el fin de satisfacer su propia devocion, ó hallar la dulzura del consuelo, sino por la honra y gloria de mi Padre, que es lo que mas ha de moverlas

CAPITULO XVI.

Debemos declarar á Jesucristo nuestras necesidades, y pedirle su gracia.

El Siervo fiel.

1. ¡Dulcísimo y amabilísimo Jesus! deseo recibiros ahora devotamente. Vos coconoceis mi flaqueza y mis necesidades: Vos sabeis cuáles son los vicios, los males en que me hallo sumergido, y que muchas veces me veo agoviado de penas, combatido de tentaciones, inquieto con diversos cuidados, y siempre cargado de culpas.

A Vos vengo en busca de consuelo, ansioso de que me faciliteis el remedio que necesito para mi alivio.

¿Y á quién he de dirigir mi voz? en quién he de buscar mi amparo sino en Vos, único que puede prestármele?

A Vos, Señor, os hablo, que nada ignorais de cuanto pasa en mi corazon; á Vos que ha de socorrerme y ayudarme.

Vos sabeis lo muy pobre que soy en virtudes, y los bienes que mas necesito.

2. En vuestra presencia estoy, pobre y desnudo de todo merecimiento, pidiéndoos gracia y misericordia.

Remediad, Dios mio, el hambre de este mendigo con el Pan vivo de vuestro Cuerpo Sacratisímo· mi voluntad apagada encendedla con el fuego de vuestro amor: y curadme la ceguera del entendimiento con la claridad de vuestra presencia Divina.

Convertid en amargura para mí todas las cosas de la tierra: dadme paciencia para sufrir las molestias, las adversidades de esta vida, y hacedme despreciar y olvidar todo lo mundano y perecedero.

Hácia el Cielo, hácia Vos levantad mi corazon; y no permitais que ande distraido en la tierra buscando lo que no debo.

Haced que en Vos solo tenga mi dulzura desde ahora para siempre, porque Vos sois mi comida, mi bebida, mi amor, mi gozo, mi suavidad, y todo mi bien.

3. ¡Qué dicha la mia si enteramente me encendieseis con vuestra presencia, me derritieseis, y me transformáseis en Vos, para hacerme con Vos un mismo espíritu mediante la gracia de una union interior, y de un amor puro y ardiente.

No me dejeis apartar de Vos vacío y seco; haced en mí segun vuestra misericordia, como tantas veces, y tan admirablemente lo habeis hecho con vuestros Santos.

No fuera maravilla que encendiéndome en amor vuestro, me derritiese y consumiese todo con el esfuerzo y ansia de amaros mas y mas, pues sois un fuego que arde siempre, y nunca se debilita ni apaga un amor que alumbra los entendimientos y purifica los corazones.

CAPITULO XVII.

Del ardiente deseo y ánsia de recibir á Jesucristo.

El Siervo fiel

1. Deseo, Señor, recibiros con suma devocion, y con amor ardentísimo, y con todo el fervor y celo de mi corazon, así como os han deseado al comulgar muchos Santos y almas puras, agradables á vuestros ojos por la santidad de su vida, pues tuvieron una devocion encendidísima.

¡Oh Dios mio, amor eterno, único bien mio, y felicidad siempre durable! Deseo recibiros con tanto celo y reverencia como el que haya tenido, ó podido sentir en algun tiempo cualquiera de vuestros Santos.

2. Y aunque soy indigno de tener todos aquellos sentimientos de devocion y de amor, os ofrezco, Dios mio, todo el afecto de mi corazon, cual si yo solo tuviera en

mí todos aquellos deseos fervorosos que os son mas agradables.

Tambien os presento y ofrezco con la mas profunda reverencia, y de lo íntimo de mi corazon, todos los buenos pensamientos y deseos que puede formar un alma que suspira por Vos contínuamente.

Con nada quiero quedarme para mí: todo mi corazon y voluntad, y todo cuanto tengo, quiero que se emplee y sirva para vuestra gloria, segun fuere de vuestro agrado.

¡Señor y Dios mio, que me criasteis y redimisteis! quisiera yo recibiros hoy con el mismo fervor y reverencia, con el mismo deseo de honraros y alabaros, con el mismo amor y fé, con la misma esperanza y pureza que os deseó y recibió vuestra Santísima Madre la gloriosísima Vírgen María cuando habiéndola declarado el Angel el Misterio de la Encarnacion respondió con devota humildad: *Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra* (Luc. 1. 38).

3. Tambien quisiera hallarme abrasado en santos y fervorosos deseos, y presentarme y ofrecerme á Vos con todo el afecto de que sea capaz mi alma, como el excelentísimo entre todos los Santos vuestro bien-

aventurado precursor San Juan Bautista, que lleno de consuelo se gozó en vuestra presencia con gozo del Espíritu Santo, estando en el vientre de su madre, y despues, viéndoos, mi Jesus, entre los hombres, dijo de Vos humillándose profundamente, y con devota ternura: *El amigo del Esposo que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del Esposo* (Joan 3. 29).

Tambien os ofrezco los escesos de gozo, los ardientes afectos, los éxtasis de espíritu, las luces sobrenaturales, y las visiones celestiales de todas las almas devotas; y os las presento con todas las virtudes y alabanzas que os han dado y darán las criaturas, así en el Cielo como en la tierra.

Aceptad, Señor, esta ofrenda que os hago por mí, y por todos aquellos que se han enconmendado á mis oraciones, para que seais dignamente alabado de todos, y glorificado por siempre.

4. Señor Dios mio, recibid las ánsias y deseos que me asisten de daros las infinitas alabanzas y bendiciones que os son debidas, segun vuestra inefable grandeza.

Esto es lo que os ofrezco hoy, y lo que deseo ofreceros cada dia y cada momento;

y convido, y pido encarecidamente á todos los espíritus celestiales, y á todos vuestros fieles, que os alaben y den gracias juntamento conmigo.

5. Deseo, Señor, que todos los pueblos, todas las generaciones y lenguas del mundo os alaben; que con estremo regocijo y devocion fervorosa engrandezcan vuestro Santo y dulce NOMBRE:

Que los que celebran con respeto y reverencia vuestro admirable Sacramento, y los que le reciben con fé viva, merezcan hallar gracia y misericordia en vuestra presencia, y que os rueguen humildemente por mí, que soy un pecador miserable:

Y que despues que hubiesen alcanzado la devocion y union con Vos que deseaban, y se retiren de vuestra santa Mesa maravillosamente satisfechos y colmados de consuelos, se dignen acordarse de mí el mayor pecador del mundo.

CAPITULO XVIII.

No sea el hombre curioso escudriñador del gran Misterio del Sacramento, sino imitador de Cristo, sujetándose humildemente á la razon y á la fé.

Voz del Amado.

1. No intentes penetrar la profundidad

del Sacramento Augusto de la Eucaristía, si no quieres caer, por tu inútil curiosidad en un laberinto de dudas.

Al escudriñador de la Magestad del Altísimo le hundirá su gloria (Prov. 25. 27). Dios puede hacer muchísimo mas de lo que el hombre es capaz de llegar á comprender.

Lo que no se prohibe es el devoto y humilde deseo de alcanzar la verdad, que está siempre dispuesta para ser enseñada á los que quieren recibirla por medio de la sana doctrina de los Santos Padres.

2. ¡Dichosa la sencillez, que evita la senda de las cuestiones dificultosas, y toma el camino derecho y seguro de los Mandamientos de Dios!

Muchos han perdido la devocion por querer penetrar cosas profundas.

Lo que se te pide es fé y vida pura, no una grande inteligencia y altísimo conocimiento de los Misterios de Dios.

Siendo así que no alcanzas á estender cosas que estan bajo de tí, ¿cómo quieres averiguar las que á tu capacidad son en estremo superiores?

Sométete á Dios, y rinde el entendimiento á la fé, y te será concedida luz de

ciencia segun te fuere provechosa y necesaria.

3. Hay algunos que padecen violentas tentaciones sobre la fé del Sacramento del Altar, mas esto se debe atribuir al comun enemigo, y no á ellos.

No te cuides, ni te pares á disputar con tus propios pensamientos: ni respondas á dudas que con esos mismos pensamientos quiera sugerirte el diablo; cree la palabra de Dios, cree á sus Profetas y Santos, y el espíritu maligno huirá de tí.

Muchas veces es de gran provecho al siervo de Dios el ser afligido por tales medios; porque no tienta el demonio á los infieles y á los malos, pues que ya los tiene seguros; tienta á los fieles y devotos, atormentándolos y combatiéndolos de diferentes maneras, por si puede hacerlos caer en pecado.

4. Llégate al Sacramento Santísimo de la Eucaristía con fe sencilla y firme, y con humilde reverencia: y respecto lo que no eres capaz de entender, ni te está permitido saber, guiate por lo que Dios tiene revelado á su Iglesia, y que ésta te enseña.

Dios á nadie engaña: el que se engaña

es el hombre que se fia demasiado de su propia capacidad.

Dios se comunica á los sencillos, se descubre á los humildes, dá inteligencia á los pequeños, alumbra á las almas puras, y esconde su gracia á los curiosos y soberbios.

5. La razon humana es flaca, y se engaña muchas veces; pero la fé verdadera no se engaña.

La fé y el amor valen aquí mas que todo, y de un modo oculto causan efectos admirables en este Divino Sacramento.

Dios, que es Eterno, Inmenso y Todopoderoso, hace en el Cielo y en la tierra cosas tan grandes, que seria temeridad quererlas escudriñar y saber.

Y si las obras de Dios fuesen tales que pudiese el hombre entenderlas fácilmente, ni serian maravillosas, ni debieran llamarse inefables.

INDICE.

LIBRO PRIMERO.

CONTIENE AVISOS PROVECHOSOS PARA LA VIDA ESPIRITUAL.

Págs.

LIBRO SEGUNDO.

AVISOS UTILÍSIMOS PARA LA VIDA INTERIOR.

LIBRO TERCERO.

DEL CONSUELO INTERIOR.

Hablan Dios y el Siervo Fiel.

LIBRO CUARTO.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

LIBRERIA DE D. LEON PABLO VILLAVERDE.

Madrid.—Calle de Carretas, núm. 4.

En esta librería se encuentra un completo surtido de libros de todas clases, y entre otros los siguientes:

Esposicion histórica, dogmática, moral y litúrgica de la religion, por el P. Bugeant, traducida bajo la direccion del P. Melguizo. En esta obra encontrarán los fieles un Manual completo de la religion, 2 ts., 20 rs.

Afectos y sentimientos que una alma pecadora exhala de su corazon arrepentido, 4 rs.

Directorio eucarístico: ejercicios, oraciones y meditaciones sacadas de Lapuente, Rivadeneira, etc., 12 rs.

El carnaval santificado: ejercicios de desagravios á Dios y su Madre en las ofensas de estos dias, 3 rs.

El cisne del Calvario. Devocionario de Semana Santa, escrito en verso por B. Selles, 2.ª edicion, 4 rs.

Lágrimas cristianas en la contemplacion de los funestos progresos de la incrédula filosofía, 4 rs.

Los salterios de la Vírgen, por San Buenaventura, seguidos de oraciones y del oficio de la Concepcion, 8 rs.

Mensuario de la Vírgen ó devocionario de la Madre del amor hermoso para cada dia del mes, 4 rs.

Mes eucarístico, edicion de letra gruesa, 5 rs.

Recreaciones en la contemplacion del cristianismo, 4 rs.

Tratado de los escrúpulos de conciencia, instrucciones para ilustrar, dirigir, consolar y curar á las personas escrupulosas, por el abate Grimes: sacado de los SS. PP. y doctores de la Iglesia, 4 rs.

Ejercicios devotos al corazon de Jesus para los primeros viernes de cada mes, por el P. Deronville, 4 rs.

Completísima Semana Santa y de Pascua, con todos los salmos, antífonas, versículos, responsorios, rúbricas y cuanto la Iglesia reza y canta en el Misal y Breviario romanos; dispuesta en latin por el Pbro. D. J. Leglisa, aumentada con la misa y vísperas de la semana de pasion y viernes de Dolores, el ordinario de la misa en latin y castellano, el por

qué de las ceremonias, visita á los monumentos, siete palabras, corona de María, via-crucis en verso, confesion y comunion, 10 rs. en pasta y 14 en tafilete con relieves.

Semana Santa solamente en castellano, dispuesta por el mismo autor y de igual contenido que la anterior, 10 rs. en pasta y 14 en tafilete con relieves.

Id. id. en latin y castellano, por Baeza, 12 rs. pasta y 16 en tafilete con relieves.

La perla del cristiano, completo Devocionario por S. Alvarado, adornado con láminas en acero, 8 rs. en pasta y 12 en tafilete con relieves.

Visitas al Santísimo Sacramento y á María Santísima para cada dia del mes por S. Ligorio, aumentada con los ejercicios de confesion, comunion, misa etc., impresion de letra muy crecida, 4 rs. en rústica y 7 en tafilete.

Novísimo año cristiano dispuesto segun el P. Croiset y añadido con el martirologio y la misa de cada dia, edicion corregida y censurada; 14 tomos, 42 rs. sin láminas y 64 con 371 estampas, y encuadernado en pasta 60 rs. sin láminas, y 80 con ellas.

Vida de los mártires del Japon y de S. Miguel de los Santos, con la lámina del martirio, 8 rs.

Diccionario de las herejías, errores y cismas que han dividido la Iglesia de Jesucristo, 7 tomos, 40 rs.

Discursos sobre las relaciones que existen entre las ciencias y la religion revelada, por Wisseman, 2 tomos, 20 rs.

Lucero divino, Devocionario y Semana santa, impreso en letra gruesa y adornado con preciosas láminas, 18 rs. encuadernado en piel de color con relieves y 22 con cantos dorados.

Diario evangélico, en que se hallan incluidos todos los Evangelios correspondientes á todas las Festividades del año, traducidos en verso, y seguidos de oportunas reflexiones, sobre el sagrado texto, por D. M. G. Retamero, 3 ts., 14 rs.

Indice general de libros prohibidos, última edicion, un tomo en 4.°, mayor, á dos columnas, 30 rs.

Tratado de la verdadera religion contra los incrédulos y los herejes, por el P. Perrone, 8 rs.





